

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

1, 2 y 3 JUAN

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

Table of Contents

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Contenido](#)

[Prólogo](#)

[Introducción a 1 Juan](#)

- [1. Seguridades del Verbo de vida](#)
- [2. Pruebas de la salvación. Primera parte: Creencia en Dios y certeza del pecado](#)
- [3. Pruebas de la salvación. Segunda parte: Creer en el perdón de pecados y en la confesión](#)
- [4. Jesucristo: El divino abogado defensor y la perfecta propiciación](#)
- [5. La certeza de la seguridad cristiana](#)
- [6. Una nueva clase de amor](#)
- [7. Etapas del crecimiento espiritual](#)
- [8. El amor que Dios aborrece](#)
- [9. Anticristos y cristianos](#)
- [10. La esperanza purificadora](#)
- [11. Incompatibilidad del cristiano con el pecado](#)
- [12. Los hijos del diablo frente a los hijos de Dios](#)
- [13. Afectos santos](#)
- [14. Cómo probar los espíritus](#)
- [15. Manifestación del amor perfecto](#)
- [16. Cómo reconocer a un vencedor](#)
- [17. El testimonio de Dios](#)
- [18. Certezas cristianas](#)

[Introducción a 2 Juan](#)

- [19. La vida en la verdad](#)
- [20. Los límites del amor](#)

[Introducción a 3 Juan](#)

- [21. Amor sacrificial por quienes son fieles a la verdad](#)
- [22. El hombre al que le encantaba la preeminencia](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

[Tomos del Comentario al Nuevo Testamento de John -MacArthur](#)

[Editorial Portavoz](#)

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

1, 2 y 3 JUAN

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

Dedicatorias

A Bill Shannon, con agradecimiento por sus años de haber pastoreado con fidelidad el rebaño de Dios.

Contenido

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Introducción a 1 Juan](#)

[1. Seguridades del Verbo de vida](#)

[2. Pruebas de la salvación. Primera parte: Creencia en Dios y certeza del pecado](#)

[3. Pruebas de la salvación. Segunda parte: Creer en el perdón de pecados y en la confesión](#)

[4. Jesucristo: El divino abogado defensor y la perfecta propiciación](#)

[5. La certeza de la seguridad cristiana](#)

[6. Una nueva clase de amor](#)

[7. Etapas del crecimiento espiritual](#)

[8. El amor que Dios aborrece](#)

[9. Anticristos y cristianos](#)

[10. La esperanza purificadora](#)

[11. Incompatibilidad del cristiano con el pecado](#)

[12. Los hijos del diablo frente a los hijos de Dios](#)

[13. Afectos santos](#)

[14. Cómo probar los espíritus](#)

[15. Manifestación del amor perfecto](#)

[16. Cómo reconocer a un vencedor](#)

[17. El testimonio de Dios](#)

[18. Certezas cristianas](#)

[Introducción a 2 Juan](#)

[19. La vida en la verdad](#)

[20. Los límites del amor](#)

[Introducción a 3 Juan](#)

[21. Amor sacrificial por quienes son fieles a la verdad](#)

[22. El hombre al que le encantaba la preeminencia](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

[Tomos del Comentario al Nuevo Testamento de John -MacArthur](#)

[Editorial Portavoz](#)

Prólogo

Para mí sigue siendo una experiencia gratificante de comunión divina predicar de manera expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi meta es tener siempre un profundo compañerismo con el Señor en el entendimiento de su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que un pasaje bíblico significa. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por poner “el sentido” en las Escrituras para que las personas puedan oír realmente a Dios hablando, y que al hacerlo puedan a su vez contestarle.

Es evidente que el pueblo de Dios debe entenderle, lo cual exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). De ahí que la idea central de mi ministerio sea ayudar a hacer viva la Palabra de Dios a su pueblo. Se trata de una aventura reconfortante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja el propósito de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son sobre todo lingüísticos, otros teológicos, y otros tienen que ver más con la homilética. En esencia este comentario es explicativo o expositivo. No es lingüísticamente técnico, pero tiene que ver con la lingüística cuando eso parece ayudar a la adecuada interpretación. No es teológicamente extenso, pero se enfoca en las principales doctrinas de cada texto y en cómo estas se relacionan con toda la Biblia. Ante todo, no es homilético, aunque por lo general a cada unidad de pensamiento se la trata como un capítulo, con un claro esquema y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y se aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he tratado de seguir de cerca el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Oro pidiendo que cada lector comprenda bien lo que el Espíritu Santo está diciendo a través de este segmento de su Palabra, de modo que su revelación pueda alojarse en las mentes de los creyentes y así lograr una mayor obediencia y fidelidad para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a 1 Juan

El mundo grecorromano de finales del siglo I de nuestra era se hallaba en un estado de fermentación cultural, filosófica y religiosa. El sincretismo religioso y el inclusivismo eran las consignas de la época, según observa Donald W. -Burdick:

Aparte de la esfera judeocristiana, el mundo era religiosamente inclusivista. Siempre había espacio para una nueva religión, con tal que no tuviera una naturaleza exclusivista. Sin embargo, el sincretismo no se limitaba a expresarse simplemente en un ambiente de tolerancia hacia otras creencias. Su expresión característica estaba en la combinación de varias ideas y creencias de diferentes fuentes para formar nuevas o aberrantes religiones. Esta fue la era del desarrollo de religiones misteriosas, del ocultismo, y de la proliferación de sectas gnósticas (*The Letters of John the Apostle* [Chicago: Moody, 1984], p. 4).

En ninguna parte era más evidente esa situación que en la provincia romana de Asia, situada en la parte occidental Asia Menor, la Turquía moderna. La región forma una franja de tierra entre los continentes de Europa y Asia, a través de la cual fluían las olas de invasión y migración. Como resultado el lugar era un crisol de ideas, filosofías y religiones. El culto imperial de adoración al emperador estaba generalizado. La región también era el centro de adoración de innumerables dioses falsos, entre ellos Asclepio, Atenea, Zeus, Dionisio (Baco), Cibele, Apolo y Artemisa, cuyo magnífico templo en Éfeso era una de las siete maravillas del mundo antiguo.

En medio de las tinieblas y la superstición del paganismo, la Iglesia Cristiana fue un faro de esperanza que hacía brillar la luz de la verdad (cp. Mt. 5:14; Fil. 2:15). Pero la iglesia en Asia no existió aislada de la cultura circundante. La gran abundancia de ideologías conflictivas representaba inevitablemente una amenaza, tanto a nivel externo de parte de falsas religiones, como a nivel interno de parte de falsos maestros (“lobos rapaces”; Hch. 20:29; Mt. 7:15) y sus seguidores (cp. 2 Co. 11:26; Gá. 2:4) que se infiltraban en las iglesias. La presión ya había comenzado a hacer mella en las iglesias en Asia. Algunas se habían dividido, y habían salido de ellas los falsos maestros y sus seguidores (1 Jn. 2:19). Solo dos de las siete -iglesias en la región de las que habla Apocalipsis 2—3 fueron elogiadas por el Señor (Esmirna y Filadelfia); las otras cinco fueron reprendidas por la mundanalidad y por tolerar falsas doctrinas (Éfeso, Pérgamo, Tiatira, Sardis y Laodicea).

Fue en este lugar estratégico donde la batalla contra “los gobernadores de las tinieblas... [y las] huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12) se propagó más agresivamente de lo que Juan, el último apóstol vivo, ministraba. Él había llegado a Asia muchos años antes y se había establecido en Éfeso, la capital de la provincia (véase *Fecha y lugar del escrito* más adelante). Aunque Juan ya era un hombre anciano (lo más probable al menos en sus 80 y tantos años), su edad no había disminuido su celo ardiente por la verdad. Reconociendo los peligros que amenazaban a las congregaciones bajo su cuidado, el apóstol tomó su pluma para defender “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3).

En nuestra era inclusivista del secularismo, el relativismo posmoderno, las sectas de la Nueva Era, y los militantes de las religiones del mundo, las palabras de advertencia y convicción del apóstol son a la vez oportunas y relevantes. Como siempre, la Iglesia las ignora para su propio peligro.

AUTOR

Primera de Juan y Hebreos son las únicas dos epístolas del Nuevo Testamento que no identifican a sus autores. Pero desde el siglo I hasta el surgimiento de la moderna y destructiva alta crítica a finales del siglo XVIII, la Iglesia constantemente identificó al apóstol Juan como el autor de 1 Juan. Hay posibles y definitivas alusiones a 1 Juan en obras de finales del siglo I y principios del siglo II como *Primera y segunda epístolas a los corintios* de Clemente de Roma, el *didaché*, la *Epístola de Bernabé*, el *Pastor de Hermas*, la *Epístola de Diogneto*, las *Apologías y Diálogo con Trifón* de Justino Mártir, la *Epístola a los filipenses* de Policarpo, y los escritos de Papías, contemporáneo de Policarpo. Pero el primer escritor que citó directamente de 1 Juan y nombró al apóstol Juan como su autor fue Ireneo, en las últimas décadas del siglo II. Su testimonio es especialmente significativo puesto que se trata de un discípulo de Policarpo, quien a su vez fue discipulado por el apóstol mismo. Clemente de Alejandría y Tertuliano, contemporáneos de Ireneo, también atribuyeron 1 Juan al apóstol Juan, al igual que lo hizo la lista de libros canónicos del siglo II conocida como el canon muratorio. En el siglo III Orígenes, Dionisio de Alejandría y Cipriano de Cartago también manifestaron que el apóstol Juan fue el autor de esta epístola. Al resumir la evidencia de la iglesia primitiva, el historiador de la iglesia del siglo IV Eusebio escribió: “Pero de los escritos de Juan, no solo su evangelio, sino también la primera de sus epístolas [1 Juan], ha sido aceptada sin debate tanto ahora como en los tiempos antiguos” (*Historia Eclesiástica*, 3.24).

Aunque Juan no se identifica a sí mismo en 1 Juan (como tampoco lo hace en el Evangelio de Juan), la evidencia interna apoya firmemente el testimonio de la iglesia primitiva de que él escribió esta epístola.

Primero, la carta muestra notables similitudes con el Evangelio de Juan. Ambas obras presentan una serie de marcados contrastes, sin una tercera alternativa (p. ej., luz y tinieblas; vida y muerte; amor y odio; verdad y mentiras; amor del Padre y amor del mundo; hijos de Dios e hijos del diablo; estar en el mundo, pero no ser del mundo; conocer a Dios o no conocer a Dios; tener vida eterna o no tener vida eterna).

Sus estilos gramaticales también son muy parecidos, lo que llevó a Nigel Turner a escribir: “Las consideraciones estilísticas a favor de la unidad [de autoría] en realidad son abrumadoras” (J. H. Moulton, *A Grammar of New Testament Greek*; vol. IV: *Style*, por Nigel Turner [Edinburgh: T. & T. Clark, 1976], p. 133).

Los dos libros también tienen en común muchas palabras y frases, algunas de las cuales no se encuentran en otras partes del Nuevo Testamento (para listas detalladas de tales similitudes, véase Robert Law, *The Tests of Life* [Edinburgh: T. & T. Clark, 1914], pp. 341-45; y A. E. Brooke, *A Critical and Exegetical Commentary on the Johannine Epistles*, *The International Critical Commentary* [Edinburgh: T. & T. Clark, 1912], ii-ix). Algunos críticos señalan las diferencias entre 1 Juan y el Evangelio de Juan como evidencia de dos autores distintos. Pero tales diferencias son debatibles, intrascendentes o explicables por las variadas circunstancias que motivaron los dos escritos. A pesar de las diferencias, los vocabularios de 1 Juan y el Evangelio de Juan son más parecidos que los de Lucas y Hechos, Efesios y Colosenses, o 1 Timoteo y Tito, los cuales se saben que han venido del mismo escritor (D. A. Carson, Douglas J. Moo, y Leon Morris, *An Introduction to the New Testament* [Grand Rapids: Zondervan, 1992], pp. 448-49).

Por último, los mismos temas teológicos impregnan ambas obras, e incluyen la encarnación (1 Jn. 4:2; Jn. 1:14) del único (“unigénito”; 1 Jn. 4:9; Jn. 3:16) y eterno (1 Jn. 1:1; Jn. 1:1), Hijo de Dios (1 Jn. 5:5; Jn. 20:31); la verdad de que Jesucristo es la fuente de vida eterna (1 Jn. 5:11; Jn. 6:35) y

de que es vida eterna (1 Jn. 5:20; Jn. 11:25); de que los creyentes una vez fueron hijos del diablo (1 Jn. 3:8; Jn. 8:44) y parte de su sistema mundial perverso (1 Jn. 4:5; Jn. 15:19), que anduvieron en tinieblas (1 Jn. 1:6; Jn. 12:35), que estuvieron espiritualmente ciegos (1 Jn. 2:11; Jn. 9:39-41) y muertos (1 Jn. 3:14; Jn. 5:25); de que debido a su amor por los pecadores perdidos, Dios envió a su Hijo a dar su vida por los creyentes (1 Jn. 3:16; Jn. 10:11) y pagar por sus pecados (1 Jn. 3:5; Jn. 1:29), con el fin de que pudieran nacer de nuevo (1 Jn. 5:1; Jn. 3:5-7) y recibir vida eterna (1 Jn. 5:11; Jn. 3:15-16) por medio de creer en Jesús (1 Jn. 5:13; Jn. 3:16); y que como resultado conocieran a Dios (1 Jn. 5:20; Jn. 17:3), supieran la verdad (1 Jn. 2:21; Jn. 8:32), fueran de la verdad (1 Jn. 3:19; Jn. 18:37), obedecieran la verdad (1 Jn. 2:5; Jn. 8:51), y fueran hijos de Dios (1 Jn. 3:1-2; Jn. 1:12).

El autor de 1 Juan también afirma haber sido testigo de los acontecimientos de la vida de Cristo (véase más adelante en esta obra mi exposición de 1 Jn. 1:1-4), en oposición a la segunda generación de cristianos a la que se dirigió. Eso reduce considerablemente el campo de posibles autores. Significa que el escritor debió haber sido uno de los pocos que habían estado íntimamente relacionados con Jesús durante su vida terrenal (cp. 1:1) y que aún estuvieron vivos muchas décadas después, cuando se escribió 1 Juan.

Algunos críticos intentan evadir la fuerza de este argumento afirmando que el uso del “nosotros” en los primeros versículos se refiere a la Iglesia como un todo. Sin embargo, recurrir a la experiencia común de todos los creyentes difícilmente se utilizaría para autenticar el mensaje del escritor. Además, si el “nosotros” en los versículos 1-4 es la Iglesia como un todo, ¿quién es el “vosotros”? Este punto de vista da como resultado el absurdo de que la comunidad cristiana se esté dirigiendo a sí misma. Esto no es nada más que un intento fallido de evitar la obvia verdad de que el escritor fue un testigo presencial, como lo fue el apóstol Juan.

El autor también escribe con un aire de autoridad:

No hay nada indeterminado o apologético en cuanto a lo que el autor escribe. Él no duda en llamar a ciertas clases de individuos mentirosos, engañadores o anticristos. Suministra pruebas por las cuales a todo el mundo se le puede clasificar en una u otra de las dos categorías. Según la relación que tengan con sus pruebas, o tienen a Dios o no lo tienen, conocen a Dios o no lo conocen, han nacido de Dios o no lo han hecho, tienen vida o permanecen en muerte, andan en las tinieblas o en la luz, son hijos de Dios o hijos del diablo. Esta autoridad dogmática del escritor se ve particularmente en sus declaraciones y en sus mandamientos (John R. W. Stott, *The Epistles of John*, The Tyndale New Testament Commentaries [Grand Rapids: Eerdmans, 1964], p. 34).

El autor esperaba claramente que sus lectores obedecieran sus mandamientos sin cuestionarlos. Solo un apóstol conocido y respetado por los destinatarios pudo haber escrito la carta con tal autoridad sin dar su nombre.

Ya que es evidente que el mismo autor escribió tanto el Evangelio de Juan como 1 Juan, la evidencia de que el apóstol Juan escribió el evangelio también es evidencia de que escribió la epístola. Esa evidencia se puede resumir brevemente en cinco puntos que de modo inequívoco limitan el enfoque hacia el apóstol:

Primero, el autor del evangelio era judío, según indica su familiaridad con las costumbres y creencias judías.

Segundo, había vivido en Palestina, como lo evidencia su detallado conocimiento de esa región.

Tercero, el autor debió haber sido testigo presencial de muchos de los acontecimientos que narró, ya que proporcionó numerosos detalles que solo un testigo presencial habría conocido.

Cuarto, el autor era un apóstol. Sabía íntimamente lo que los doce estaban pensando y sintiendo.

Por último, el autor fue el apóstol Juan, ya que su nombre no aparece en el cuarto evangelio. Ningún otro escritor pudo haber dejado de mencionar a tan prominente apóstol. (Para un estudio más completo de la evidencia de que el apóstol Juan escribió el evangelio que lleva su nombre, véase *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan* [Grand Rapids: Portavoz, 2011], pp. 15-20).

A pesar del testimonio unánime de la iglesia primitiva y de la fuerte evidencia interna de que el apóstol Juan escribió esta epístola, algunos críticos insisten perversamente en atribuirle a otra persona. El candidato habitual es el llamado Juan el Anciano. La existencia de ese sombrío personaje descansa totalmente en una controversial afirmación atribuida por Eusebio a Papías quien, al igual que Policarpo, fue discípulo del apóstol Juan. Eusebio cita que Papías manifiesta: “Si, pues, cualquiera que hubiera servido para representar a los ancianos viniera, preguntaría detalladamente después de lo que expresara, qué dijeron Andrés o Pedro, o lo que dijo Felipe, Tomás, Jacobo, Juan, Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor: qué cosas afirman Aristión y el presbítero [anciano] Juan, los discípulos del Señor” (*Exposition of the Oracles of the Lord*, p. 1).

No obstante, es dudoso que Papías tuviera en mente a dos Juanes distintos. Menciona a Juan otra vez con Aristión porque ambos aún estaban vivos (como indica el verbo en tiempo presente “afirman”). Papías repite la palabra “presbítero” antes de nombrar otra vez a Juan para demostrar que se está refiriendo al Juan al que anteriormente describió como uno de los ancianos (presbíteros). R. C. H. Lenski señala:

En la segunda mención de Juan, Papías repite con cuidado la frase “*el presbítero Juan*”, a fin de mostrar más allá de toda duda que Papías tenía en mente el Juan nombrado entre los siete a quienes acababa de llamar “los presbíteros”; porque si en este segundo caso solo hubiera escrito “Juan”, el lector pudo haber tomado a este Juan como otro distinto del mencionado en la lista de los siete denominados “los presbíteros”. Papías se asegura que pensemos en el mismo hombre cuando se menciona “al presbítero Juan”, uno de los siete presbíteros que acababa de mencionar (*The Interpretation of St. John's Revelation* [Minneapolis: Augsburg, 1943], p. 9).

Es poco probable que dos hombres tan eminentes llamados Juan vivieran en Éfeso al mismo tiempo. Pero, aunque se pudiera demostrar que “el anciano Juan” realmente existió, no hay ni una pizca de evidencia de que escribiera las epístolas juaninas (o cualquier otra cosa). Que ejercía autoridad sobre varias iglesias (cp. 2 y 3 Juan) también sugiere que el escritor fuera un apóstol, ya que la autoridad de los ancianos estaba limitada a sus propias congregaciones. El punto de vista de que “el anciano Juan” escribió 1 Juan tampoco explica por qué Ireneo, discípulo de uno de los discípulos de Juan, lo atribuyó al apóstol.

Juan era el menor de los dos hijos de Zebedeo (ya que casi siempre se coloca a Jacobo el primero cuando se mencionan juntos a los dos), un próspero pescador en el lago de Galilea que poseía su propia barca y tenía jornaleros contratados (Mr. 1:20). La madre de Juan era Salomé (cp. Mr. 15:40 con Mt. 27:56), quien contribuyó económicamente al ministerio de Jesús (Mt. 27:55-56), y que pudo haber sido la hermana de María, la madre de Jesús (Jn. 19:25). Si es así, Juan y Jesús habrían sido primos.

Juan era discípulo de Juan el Bautista (cp. Jn. 1:35-40; aunque típicamente Juan mismo no se nombraba a sí mismo). Cuando Juan el Bautista señaló a Jesús como el Mesías, al instante Juan lo dejó y siguió a Jesús (Jn. 1:37). Tras permanecer con Él por un tiempo, Juan regresó al negocio de pesca de su padre. Más tarde se convirtió en un discípulo permanente de Jesús (Mt. 4:18-22) y fue denominado apóstol (Mt. 10:2).

Junto con Jacobo y Pedro, Juan formaba parte del círculo de los doce (cp. Mt. 17:1; Mr. 5:37; 13:3; 14:33). Después de la ascensión se convirtió en uno de los líderes de la iglesia en Jerusalén (Hch. 1:13; 3:1-11; 4:13-21; 8:14; Gá. 2:9). De acuerdo con la tradición, Juan pasó las últimas décadas de su vida en Éfeso, supervisando las iglesias en la región adyacente (Clemente de Alejandría, *¿Quién es el hombre rico que se salvará?*, 42) y escribiendo su evangelio (aprox. 80-90 d.C.) y sus tres epístolas (aprox. 90-95 d.C.). Hacia el final de su vida (según Ireneo [*Contra las herejías*, 3.3.4], Juan vivió hasta la época del emperador Trajano [98-117 d.C.]) y fue desterrado a la isla de Patmos. Allí fue donde recibió y escribió las visiones descritas en el libro del Apocalipsis (aprox. 94-96 d.C.).

A pesar de su reputación como “el apóstol del amor”, Juan tenía un temperamento vehemente. Jesús llamó “Hijos del trueno” a Jacobo y Juan (Mr. 3:17), y los dos hermanos hacían honor a ese nombre. Indignados cuando una aldea samaritana se negó recibir a Jesús y los discípulos, y valorando en exceso su poder apostólico, con vehemencia le preguntaron al Señor: “¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?” (Lc. 9:54). En el único incidente narrado en los evangelios sinópticos en que Juan actúa y habla solo, muestra la misma actitud al decirle a Jesús: “Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros” (Lc. 9:49).

Aunque con el tiempo se ablandó hacia las personas (analizo el desarrollo de su carácter espiritual en mi libro *Doce hombres comunes y corrientes* [Nashville: Caribe, 2004]), Juan nunca perdió su pasión por la verdad. Dos anécdotas de sus años en Éfeso dan a conocerlo. Según Policarpo, “Juan, el discípulo del Señor, al ir a bañarse en Éfeso y percibir adentro [al hereje] Cerinto, salió corriendo del baño público sin bañarse, exclamando: ‘Huyamos, no sea que incluso el baño público se derrumbe porque Cerinto, el enemigo de la verdad, está adentro’” (Ireneo, *Contra las herejías*, 3.3.4). Clemente de Alejandría relata cómo Juan entró valientemente al campamento de una banda de ladrones y llevó a su capitán, quien una vez había profesado fe en Cristo, a un verdadero arrepentimiento (véase *¿Quién es el hombre rico que se salvará?*, 42).

LUGAR Y FECHA DE ESCRITURA

A pesar de no contener indicios claros de cuándo o dónde se escribió esta carta, lo más probable es que Juan la escribiera en la última parte del siglo I en Éfeso. Según se indicó antes, el testimonio de la iglesia primitiva ubica a Juan en esa ciudad durante ese período. Las repetidas referencias del apóstol a sus lectores como “hijitos míos” (2:1, 12, 28; 3:7, 18; 4:4; 5:21) sugiere que era mucho mayor que ellos y que escribió 1 Juan hacia el final de su vida. La herejía que Juan enfrentó (véase a continuación el estudio bajo el título de *Ocasión y propósito*) parece haber sido una forma incipiente de gnosticismo, que comenzó a desarrollarse hacia el final del siglo I. Además, la ausencia de cualquier referencia a la persecución bajo el emperador Domiciano (aprox. 95 d.C.) sugiere que Juan escribió la epístola antes de que comenzara esa persecución. Por último, 1 Juan se escribió probablemente después del Evangelio de Juan (cp. Burdick, *The Letters of John*, pp. 38-40, quien calcula que al menos el 80 por ciento de los versículos en 1 Juan reflejan conceptos hallados en el Evangelio de Juan [p. 40]). Puesto que Juan escribió su evangelio aproximadamente entre los años 80-90 d.C. (*Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan*, p. 20), es razonable ponerle una fecha a 1 Juan entre los años 90-95 d.C.

OCASIÓN Y PROPÓSITO

Como se indicó anteriormente, los padres de la iglesia (p. ej. Justino Mártir, Ireneo, Clemente de Alejandría, Eusebio) ubican a Juan en Éfeso durante la época en que esta epístola fue escrita, y que el

anciano apóstol supervisaba a muchas iglesias en la región adyacente. Como Pablo ya había predicho (Hch. 20:29-30), habían surgido falsos maestros, influenciados por la corriente religiosa y tendencias filosóficas del día. Esos herejes estaban contagiando las iglesias con falsas doctrinas; esas enseñanzas heréticas representaban las etapas iniciales de la virulenta herejía conocida posteriormente como gnosticismo, que se desarrolló en el siglo II y planteó una grave amenaza para la verdad.

El gnosticismo (de la palabra griega *gnōsis* [“conocimiento”]) era una -mezcla de varios sistemas de pensamiento pagano, judío y casi cristiano. Influido por la filosofía griega (en especial la de Platón), el gnosticismo enseñaba que la materia era intrínsecamente mala y que el espíritu era bueno. Ese dualismo filosófico llevó a los falsos maestros confrontados por Juan a aceptar alguna forma de deidad de Cristo, pero a negar su humanidad. Según ellos, Cristo no pudo haber tomado un cuerpo físico, ya que la materia era mala. La negación de la encarnación en el gnosticismo tomó dos formas básicas. Algunos, conocidos como los docetistas (del verbo griego *dokeō* [“parecer” o “aparecer”]), enseñaban que el cuerpo de Jesús no era real ni físico, sino que solamente parecía serlo. En marcado contraste, Juan afirmó de modo enérgico que había “oído”, “visto”, “contemplado” y palpado a Jesucristo (1:1), quien en realidad había “venido en carne” (4:2; cp. Jn. 1:14).

Otros (como el hereje Cerinto, cuya presencia hizo huir a Juan de los baños públicos) enseñaban que el espíritu de Cristo descendió sobre Jesús hombre en su bautismo, pero que salió de Él antes de la crucifixión. Juan refutó ese engañoso argumento afirmando que el Jesús que fue bautizado fue la misma persona crucificada (véase la exposición de 1 Jn. 5:6 en el capítulo 17).

Cualquiera de esos puntos de vista heréticos socava no solamente la enseñanza bíblica de la verdadera humanidad de Jesús, sino también de la expiación. Si Jesús no fue verdadero hombre, como también verdadero Dios, al sufrir y morir no pudo haber sido un sacrificio sustitutivo aceptable por el pecado.

El dualismo filosófico del gnosticismo también les hacía ser indiferentes a los valores morales y a la conducta ética. Para ellos el cuerpo era simplemente la prisión en la cual el espíritu estaba encarcelado. Por tanto, el pecado cometido en el cuerpo no tenía relación ni efecto sobre el espíritu. Sin embargo, así declaró Juan enérgicamente: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros... Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1:8, 10; cp. 2:4; 3:3-10; 5:18; 3 Jn. 11).

Ya que los gnósticos se veían como la élite espiritual, y los únicos que tenían verdadero conocimiento espiritual, despreciaban a los no iluminados que carecían de tal conocimiento. Los gnósticos eran arrogantes, perversos y carentes de amor. Pero esa conducta no caracteriza a quienes poseen un conocimiento superior de Dios, sino más bien a quienes no lo conocen en absoluto, una verdad que Juan declaró de manera clara y reiterada:

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. (2:9)

En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. (3:10)

Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. (3:14-15)

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano. (4:20-21)

Al igual que cualquier pastor, Juan no podía permanecer cruzado de brazos mientras a su pueblo lo agredían con las mentiras satánicas que propagaban los falsos maestros. En respuesta a la grave crisis que amenazaba a las iglesias bajo su cuidado, el apóstol les envió esta carta para ayudarles a confrontar la plaga mortal. Pero el propósito de Juan no era tan solo polémico sino también pastoral, expresando su profunda preocupación por los creyentes. Él no solo quería refutar a los falsos maestros sino también consolar a los verdaderos cristianos. Por tanto, mientras que Juan expresó la finalidad de su evangelio afirmando: “Éstas [palabras] se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn. 20:31), el apóstol expresó así el propósito de 1 Juan: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 Jn. 5:13). Al repetir una y otra vez las verdades esenciales del cristianismo, Juan, con creciente, profunda y amplia divulgación, fortaleció a su pueblo contra las agresiones de los falsos maestros y les aseguró que poseían vida eterna. Primera de Juan se mueve en espiral a través del equilibrio bíblico de la verdad, la obediencia y el amor.

DESTINO Y LECTORES

Algunos han puesto en duda que 1 Juan sea realmente una carta, ya que carece de algunas características generales de las cartas de esa época. Pero su tono y contenido íntimo indican que no fue un tratado general sino una carta pastoral y personal. Las iglesias a las que se dirigió estaban probablemente ubicadas en Asia Menor, cerca del hogar de Juan en Éfeso (véase el título Autor para evidencia de que Juan vivía en Éfeso).

Poco se sabe con certeza acerca de los destinatarios de 1 Juan. Lo más probable es que eran sobre todo gentiles, como sugiere la ausencia de citas y -referencias al Antiguo Testamento (aparte de 3:12) y la advertencia final en contra de la idolatría (5:21).

BOSQUEJO

- I. Evidencias fundamentales de la comunión genuina: ESPIRAL I (1:1—2:17)
 - A. Evidencias doctrinales fundamentales (1:1—2:2)
 - 1. Una visión bíblica de Cristo (1:1-4)
 - 2. Una visión bíblica del pecado (1:5—2:2)
 - B. Evidencias morales fundamentales (2:3-17)
 - 1. Una visión bíblica de la obediencia (2:3-6)
 - 2. Una visión bíblica del amor (2:7-17)
 - a. El amor que Dios exige (2:7-11)
 - b. El amor que Dios aborrece (2:12-17)
- II. Evidencias fundamentales de la comunión genuina: ESPIRAL II (2:18—3:24)
 - A. Parte 2 de la evidencia doctrinal (2:18-27)
 - 1. Los anticristos salen de la comunión cristiana (2:18-21)
 - 2. Los anticristos niegan la fe cristiana (2:22-25)
 - 3. Los anticristos engañan a los fieles cristianos (2:26, 27)
 - B. Parte 2 de la evidencia moral (2:28—3:24)
 - 1. La esperanza purificadora del regreso del Señor (2:28—3:3)
 - 2. La incompatibilidad del cristiano con el pecado (3:4-24)
 - a. Requisito de la justicia (3:4-10)
 - b. Requisito del amor (3:11-24)

III. Evidencias fundamentales de la comunión genuina: ESPIRAL III (4:1-21)

A. Parte 3 de la evidencia doctrinal (4:1-6)

1. La fuente demoníaca de la falsa doctrina (4:1-3)
2. Necesidad de la sana doctrina (4:4-6)

B. Parte 3 de la evidencia moral (4:7-21)

1. El carácter del amor de Dios (4:7-10)
2. Requisito del amor de Dios (4:11-21)

IV. Evidencias fundamentales de la comunión genuina: ESPIRAL IV (5:1—21)

A. La vida victoriosa en Cristo (5:1-5)

B. El testimonio de Dios por Cristo (5:6-12)

C. Certidumbres cristianas a causa de Cristo (5:13-21)

1. Seguridad de la vida eterna (5:13)
2. Seguridad de la oración contestada (5:14-17)
3. Seguridad de victoria sobre el pecado y Satanás (5:18-21)

1. Seguridades del Verbo de vida

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. (1:1-4)

Vivimos en una época que ve con recelo cualquier clase de certidumbre o convicción acerca de la verdad. Nuestra sociedad ha abandonado la idea de los absolutos, y en su lugar ha decidido arbitrariamente darle igual validez a toda opinión y divagación filosófica. Tristemente, la Iglesia moderna, influenciada por la cultura circundante, ha caído presa de un inclusivismo que al parecer tolera todo punto de vista, excepto el dogmatismo. En la esfera de la interpretación bíblica, por ejemplo, un nuevo e importante movimiento está ganando terreno en afirmar que nadie puede saber con seguridad lo que la Biblia quiere decir. Según este punto de vista emergente, la Biblia confunde tanto que cualquier persona que interpreta las Escrituras no debería ofrecer más que una cautelosa, “humilde” y comprensiva opinión del significado del texto. Pero tal escepticismo radical y sin base alguna hace abiertamente caso omiso a la propia enseñanza de la Biblia de que los cristianos no solo pueden sino que deben conocer la verdad (Jn. 8:32; cp. Sal. 19:8; 119:105; Pr. 22:21; Is. 29:24; Lc. 1:4; 1 Ti. 4:3; 2 P. 1:12, 19; 1 Jn. 2:21; 4:6; 2 Jn. 1). Por tanto, afirmar que el significado de la Biblia es misterioso constituye un ataque directo a la claridad divinamente asignada de la Palabra de Dios; en esencia es acusar a Dios de no poder revelarse claramente ni poder revelar su verdad a la

humanidad. La consecuencia inevitable de tal arrogancia — para quienes la aceptan — es la pérdida de la certeza y la confianza en cuanto a las ricas y esenciales verdades doctrinales de la fe cristiana.

Por el contrario, los escritores de la Biblia estaban absolutamente seguros de lo que creían, y bajo la inspiración del Espíritu Santo escribieron con una claridad y una audacia que hace al mensaje de salvación en toda su plenitud comprensible para la mente regenerada e iluminada. Sin embargo, el adecuado sentido de dogmatismo es totalmente contrario a las actitudes relativistas de hoy, y a quienes lo apoyan se les condena constantemente como insensibles, sin afecto natural y opuestos a lo intelectual. La realidad es que quienes niegan la claridad de las Escrituras están probablemente motivados por la rebelión contra el claro mensaje de pecado y justicia que la Biblia proclama (cp. Jn. 3:20). Negar que la Palabra de Dios se puede entender ofrece falso consuelo a quienes no les gusta la verdad que revela. Por el contrario, los que aman la verdad se apresuran a buscarla y aplicarla a sus vidas (Jn. 3:21). Esa adherencia a la verdad divina y absoluta que honra a Dios es precisamente lo que el apóstol Juan exalta en su primera epístola como evidencia de la auténtica salvación.

La enseñanza de esta carta se puede dividir en tres categorías: certidumbre teológica con relación al evangelio y la persona de Jesucristo (2:1-2, 22; 5:1, 20), certidumbre moral respecto a los mandamientos de Dios (2:4, 7, 29; 3:9, 22), y certidumbre relacional en cuanto al amor (2:10; 4:7, 21; 5:2-3). (Para una visión general y completa de los temas de Juan en su primera epístola, véase *Introducción a 1 Juan* al principio de esta obra).

Conforme a su firme compromiso con la certidumbre de la verdad divina, Juan prescindió de todas las buenas maneras introductorias: ni siquiera se nombra como el autor ni identifica a sus lectores. Más bien, se lanza inmediatamente a escribir la verdad inspirada por el Espíritu. Comienza presentando cinco certidumbres acerca de la persona y la obra de Cristo: El Verbo de vida es inmutable, histórico, transmisible, relacional y gozoso.

EL VERBO DE VIDA ES INMUTABLE

Lo que era desde el principio, (1:1a)

El mensaje de redención es invariable. **Desde el principio** de la predicación del evangelio ha sido el mismo. Los que predicán el verdadero evangelio siempre han exigido fe y arrepentimiento (Mt. 4:17; Jn. 3:16-18; Hch. 2:38; 17:30), han declarado que el reino de Dios está a la mano (Mt. 3:2; Hch. 19:8), han anunciado la disponibilidad misericordiosa y clemente del perdón divino (Hch. 10:43; Ef. 1:7), y han instado a los pecadores a reconciliarse con Dios por medio de Jesucristo (2 Co. 5:18-21). Cuando el apóstol Juan escribió esta epístola, un incipiente gnosticismo ya estaba amenazando a las iglesias de Asia Menor. Sus partidarios negaban la total deidad y humanidad de Jesucristo, y por consiguiente su verdadera naturaleza esencial al evangelio. Además afirmaban haber obtenido, sin tener en cuenta el evangelio, un conocimiento extraordinario de lo divino, disponible tan solo para la élite “espiritual”, y por lo demás fuera del alcance del creyente común.

Estos falsos maestros amenazaban la Iglesia de la época de Juan, así como lo siguen haciendo hoy día; y lo seguirán haciendo hasta el final de la era. Jesús advirtió: “Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:24). Amenazan con socavar la Iglesia (Hch. 20:29-30; 2 Ti. 3:1-9), tratando de alejarla de la doctrina apostólica de fe (cp. Hch. 2:42; 13:8; 14:22; 16:5; 1 Co. 16:13; 2 Co. 13:5; Ef. 4:4-6; Col. 1:23; 1 Ti. 4:1, 6; 6:10, 21; 2 Ti. 3:8; 4:7; Tit. 1:13; 3:15; 2 P. 1:20-21; Jud. 3, 4, 20), es decir, la verdad inspirada que nada puede nunca reemplazar (cp. He. 13:8-9).

Cualquier alteración a esta revelación celestial, sea añadiendo o quitando de ella, significa un ataque a la verdad y a su Autor soberano. Todos los predicadores, maestros y testigos del evangelio (en cualquier generación o localización, por cualquier razón, incluso la de hacer el mensaje más aceptable o comercializable) deberían saber que no pueden libremente cambiar con impunidad cualquier elemento de la revelación de Dios.

El apóstol Pablo también advirtió antes con palabras claras a quienes propagan un evangelio alterado o falso:

Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema (Gá. 1:6-9).

Con una sencilla declaración inicial Juan establece que el mensaje del evangelio acerca del Verbo de vida es permanente e inalterable (cp. Ap. 22:18-19).

EL VERBO DE VIDA ES HISTÓRICO

lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, (1:1b-2a)

Contrariamente a lo que los falsos maestros enseñaban, experimentar a Cristo y su evangelio no es algo místico, espiritualmente trascendente, y de visión secreta reservada tan solo para aquellos de élite que ascienden a algún entendimiento superior. Juan manifestó a sus lectores, incluso a quienes eran jóvenes en su fe (cp. 2:12), que podían comprender la verdad actual e histórica acerca del **Verbo de vida** (la persona y la obra de Jesucristo como se proclama en el evangelio). En su registro de la vida y el ministerio de Cristo, Juan escribió que “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14; cp. Ro. 1:3; Gá. 4:4; He. 1:1-3; 1 Ti. 3:16; Ap. 19:13). Jesucristo era el Dios-hombre (Jn. 10:30), totalmente divino (Fil. 2:6; Col. 2:9); y completamente humano (Lc. 1:31; Fil. 2:7-8; He. 2:14; 4:15). El apóstol había experimentado esa realidad por medio de sus sentidos naturales y era un testigo verdadero de la encarnación en su plenitud.

Juan enumeró cuatro maneras en las que de veras había percibido al Verbo de vida con sus sentidos. Primera había **oído** hablar al Señor. Juan oyó las parábolas (p. ej., Mt. 13:3-33; Mr. 4:26-29; Lc. 15:11-32), los sermones (Mt. 4:23; 5-7), y las palabras confidenciales de instrucción y consejo de parte de Jesús (Mt. 10:5-42; Jn. 13:12-17; 14-16). **Hemos oído** se traduce de una forma del tiempo perfecto del verbo akouō que indica una ocurrencia terminada en el pasado con influencia en el presente. Juan no simplemente oyó algo de Jesús en una sola ocasión. Estuvo presente a lo largo del ministerio terrenal de Cristo (cp. Jn. 20:30-31; 21:24-25). Aunque el apóstol escribió esta carta como unos sesenta años después, lo que había oído de primera mano aún era una verdad vívida en su corazón.

Segunda, Juan no solo había oído al Señor, también lo había **visto**. El verbo traducido **hemos visto** también está en tiempo perfecto, y de nuevo sugiere una acción pasada y terminada con una influencia actual y continua. El apóstol añade **con nuestros ojos** para clarificar que se estaba refiriendo a la experiencia física de ver; no se estaba refiriendo a algún tipo de visión espiritual que

solo hubiera en su mente. Cristo no era una imagen mística, un fantasma como algunos han afirmado, sino un hombre real a quien Juan había observado diariamente durante tres años por medio de una visión normal.

Tercera, reforzando la verdad de que había visto realmente a Jesús, Juan añadió el término **hemos contemplado**. Ese vocablo implica más que un simple vistazo o una rápida mirada; al contrario, denota una mirada detenida y escudriñadora (cp. 4:14; Mt. 11:7; Lc. 23:55). Es el mismo verbo (*theaomai*) que la *Reina Valera* traduce “vimos” en Juan 1:14. Además de las obras que Jesús realizó, Juan y los otros apóstoles lo observaron atentamente por varios años y vieron las asombrosas e inconfundibles realidades de quién es Él (cp. Mt. 13:16-17): el Señor y Dios, Mesías y Salvador (Lc. 2:25-32; Jn. 1:29, 41), con poder sobrenatural sobre los demonios, la enfermedad, la naturaleza y la muerte (Mt. 4:23-24; 8:28-32; Mr. 1:23-27; Lc. 5:4-6; 7:12-15; Jn. 2:6-10; 4:46-53; 5:5-9; 9:1-7; 11:38-45), y con la autoridad para perdonar pecados (Mr. 2:5, 9; Lc. 7:48) y otorgar vida eterna (Lc. 19:10; Jn. 11:24-27). Como testigos íntimos y constantes del ministerio terrenal de Jesús tuvieron amplias evidencias de que Jesucristo era Dios en carne humana (Jn. 14:8-11).

Por último, Juan expresó a sus lectores que sus **manos palparon al Verbo de vida**. La palabra traducida **palparon** (psēlaphaō) significa “sentir después de” o “tantear” (como un ciego). Jesús usó la misma palabra en Lucas 24:39: “Palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo”. Los apóstoles habrían tocado a Jesús todo el tiempo en el curso diario de su compañía con Él. Juan incluso se describió como aquel que se recostó en el pecho de Jesús (Jn. 13:23, 25; 21:20). El Señor animó a Tomás a que lo tocara en aquella ocasión posterior a la resurrección: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (Jn. 20:27).

Con la encarnación de Jesucristo **la vida fue manifestada**. El verbo traducido **fue manifestada** (phaneroō) significa “revelar” o “hacer visible lo que estaba oculto”. Dios no se reveló en carne humana hasta el ministerio terrenal de Cristo cuando la **vida** eterna se volvió visible para la humanidad. Así declaró Jesús: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Jn. 5:26; cp. 1:1-4; 5:39-40; 11:25-26; 1 Jn. 5:12). El Padre y el Hijo tienen la misma vida divina, y ambos pueden conceder vida eterna (Jn. 6:37-40).

EL VERBO DE VIDA ES TRANSMISIBLE

y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, (1:2b-3a)

Para Juan, lo que **se le manifestó**, el Verbo de vida, se convirtió en la base para su proclamación de la verdad. Su vida privilegiada en la presencia del Señor Jesucristo no fue una experiencia privada para elevarlo por sobre los demás que no fueran tan bendecidos, como si de alguna manera él fuera uno de los “hijos predilectos” de Dios. Más bien, su privilegio se volvió la plataforma para su responsabilidad y mandato, como apóstol y testigo presencial, a fin de dar testimonio (testificar) de la verdad (Jn. 20:30-31; 21:24; cp. 1:41-42; 2 Co. 5:14-15) y anunciar el regalo de **la vida eterna** en Cristo (cp. Sal. 145:11-12; 1 Co. 2:2; 9:16) a aquellos, incluso sus lectores, que no habían visto a Jesús. Debido a su amplia reputación con aquel que había estado con Jesús como un apóstol (cp. Jn. 1:14, 16-18, 37-51), Juan era un testigo verdadero y creíble (Jn. 19:35-37). Otros libros del Nuevo Testamento escritos por apóstoles o sus colaboradores también presentan narraciones de testigos presenciales acerca de Jesús y la verdad del evangelio. Los otros evangelios hacen eso (cp. Lc. 1:1-4), al igual que el libro de Hechos (cp. 1:1-3) y las epístolas (p. ej., 2 P. 1:16-21).

El apóstol Juan sabía que el asunto de comunicar al Verbo de vida no era una opción sino un mandato. El contenido del mensaje no debía ser atesorado, sino que su verdad inmutable se debía declarar en todo el mundo. Al comentar sobre este pasaje, John R. W. Stott proporcionó esta perspectiva clave:

La manifestación histórica de la vida eterna fue proclamada, no monopolizada. La revelación fue dada a unos pocos para muchos. Ellos tenían que comunicarla al mundo... Él [Cristo] no solo se manifestó a los discípulos para capacitarlos como *testigos*, sino que les entregó una comisión seria como *apóstoles* para predicar el evangelio. El autor [Juan] insiste en que él posee esas credenciales necesarias. Al poseerlas, él muestra gran valentía. Después de oír, ver y tocar al Señor Jesús, da testimonio de Él. Tras recibir una comisión, predica el evangelio con autoridad, porque el mensaje cristiano no es una especulación filosófica, ni una sugerencia tentativa, ni una modesta contribución al pensamiento religioso, sino una afirmación dogmática por parte de aquellos cuya experiencia y comisión los calificó para llevarla a cabo. (*The Epistles of John*, Tyndale New Testament Commentaries [Grand Rapids: Eerdmans, 1964], pp. 61, 62-63, cursivas en el original).

EL VERBO DE VIDA ES RELACIONAL

para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. (1:3b)

John predicó al Verbo de vida **para que** (*hina*, “con el fin de que”) todos los creyentes se dieran cuenta de que tienen **comunión** (una auténtica relación) **con** Jesucristo y con los compañeros creyentes (cp. Hch. 1:14; 2:42, 44-47; 1 Co. 12:26-27; Ef. 4:1-3; He. 10:25; 12:22-24). La palabra traducida **comunión**, el conocido término griego *koinonia*, significa una participación mutua en una causa común o vida conjunta (cp. Gá. 2:9; 6:6; 1 Ti. 6:18; Tit. 1:4; Flm. 6; 1 P. 4:13; Jud. 3). Se trata de algo más que una simple asociación de quienes han tenido las mismas creencias y, por tanto, se congregan. Más bien es una vida y un amor mutuos de quienes son uno en espíritu (1 Co. 6:17; cp. Ef. 5:30-32).

El objetivo de la predicación del evangelio es producir fe que descansa en Cristo (Jn. 6:29; Hch. 20:21). Quienes creen en Jesús para salvación entran en una unión genuina **con el Padre, con su Hijo Jesucristo**, y con el Espíritu Santo. El apóstol Pablo escribió:

Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor (1 Co. 1:9; cp. Gá. 2:20).

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén (2 Co. 13:14; cp. Jn. 17:21).

Incluso cristianos en pecado que pierden el gozo de su comunión con Dios no pierden la realidad de esa vida eterna de Él (1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14; Fil. 2:1; He. 12:10), que les ha sido dada a través de su unión con Cristo (Ro. 6:3-5; Ef. 2:5; Col. 3:3). Jesús declaró: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Jn. 5:24; cp. Ef. 5:26; Tit. 3:5). El nuevo nacimiento produce nueva vida, por lo que los creyentes están regenerados en la comunión eterna con el Dios trino (cp. Jn. 3:5-8).

EL VERBO DE VIDA ES GOZOSO

Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. (1:4)

Debido a que es una verdad transformadora, el mensaje de Juan ocasiona **gozo cumplido**, produciendo satisfacción y realización total que nunca se pueden perder (Jn. 10:28-29; Ro. 8:35-39; Fil. 1:6; 2 P. 1:10-11). Jesús indicó a los apóstoles en el aposento alto: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11; cp. 16:22, 33; Lc. 2:10). Así lo explicó el apóstol Pablo: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17; cp. Fil. 4:4; 1 Ts. 5:16).

La definición secular que el diccionario da de **gozo** (“emoción evocada por el bienestar, el éxito o la buena fortuna, o por la posibilidad de poseer lo que se desea”) es totalmente inadecuada cuando se aplica a la vida cristiana. Martyn Lloyd-Jones observó de manera correcta:

Algo más que debemos tener en mente, en cualquier definición que podamos dar del gozo del Nuevo Testamento, es que no tenemos que ir al diccionario; en vez de eso vamos al Nuevo Testamento. Esto es algo bastante peculiar que no se puede explicar; es una cualidad que pertenece a la vida cristiana en su esencia, por lo que en nuestra definición de gozo debemos tener mucho cuidado en que se conforme a lo que vemos en nuestro Señor. El mundo nunca ha visto a alguien que conociera el gozo como lo conoció nuestro Señor, y sin embargo Él fue un “varón de dolores, experimentado en quebranto”. Así que nuestra definición de gozo de alguna manera debe corresponder a esa realidad (*Life in Christ: Studies in 1 John* [Wheaton, Ill.: Crossway, 2002], p. 28).

Lloyd-Jones pasó a resumir adecuadamente el tipo de emoción de la que el apóstol Juan estaba hablando:

El gozo es algo muy profundo y significativo, algo que afecta por completo a toda la personalidad. En otras palabras, se trata de esto: solo existe una cosa que puede producir verdadero gozo y es la contemplación del Señor Jesucristo. Él satisface mi mente; satisface mis emociones; satisface todos mis deseos; Él y su gran salvación incluyen la personalidad plena y nada menos, y en Él estoy completo. Es decir, el gozo es la respuesta y la reacción del alma al conocimiento del Señor Jesucristo (*Life in Christ*, p. 30).

Juan quería que sus lectores experimentaran el **gozo** que viene de comprender la realidad de Cristo, la verdad salvadora del evangelio, y la comunión que cada cristiano tiene con Dios y con los compañeros creyentes. Es entonces que todos los verdaderos seguidores de Jesús tendrán el “gozo [de Cristo] cumplido en sí mismos” (Jn. 17:13; cp. 15:11; 16:24; Sal. 16:11).

2. Pruebas de la salvación. Primera parte: Creencia en Dios y certeza del pecado

Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad... Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros... Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. (1:5-6, 8, 10)

Además de guiar y alimentar a las ovejas, los pastores temerosos de Dios, como guías espirituales, deben advertir a sus rebaños en cuanto a los falsos maestros y los errores doctrinales que estos propagan. Así exhortó el apóstol Pablo a los ancianos efesios:

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno (Hch. 20:28-31; cp. 1 Ti. 6:20; 2 Ti. 1:13-14).

Del mismo modo, Juan escribió esta carta para proteger a su rebaño de creyentes fieles en Asia Menor reiterándoles la verdad de Dios. La celosa preocupación del apóstol por las seguridades de la enseñanza divina también lo motivó a escribir su segunda y su tercera carta. Por tanto, dirigió su segunda epístola “a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros” (vv. 1-2). Tres veces en ese saludo de apertura Juan se refiere a “la verdad”, lo que subraya la importancia que esta tenía para él. Luego en el versículo 4 añade: “Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre” (cp. 3 Jn. 3-4).

En la medida que Juan era apasionado en su amor por la verdad, lo era igualmente en su oposición al error. En 2 Juan 7 advirtió a sus lectores: “Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo”. Entonces los exhortó a separarse de todos esos herejes:

Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras (vv. 9-11; cp. 3 Jn. 9-10).

A fin de proteger al rebaño de quienes tratan de destruirlo, un fiel pastor debe saber y enseñar la sana doctrina (cp. Tit. 1:9). También debe dar a su iglesia las pruebas por las cuales ellos pueden distinguir a los verdaderos creyentes de los falsos profesantes. Hacer esa distinción fundamental es básico para la protección y el crecimiento espiritual de la Iglesia. El trigo debe diferenciarse de la

cizaña (cp. Mt. 13:24-30), las ovejas de las cabras, o si no el pastor piadoso nunca podrá clarificar a su pueblo su verdadera condición ni protegerlo de los engaños mortales de los falsos maestros.

En estos versículos Juan presenta dos pruebas doctrinales cruciales para determinar quién es verdadero: una creencia correcta en la naturaleza de Dios, y una creencia genuina en la certeza del pecado.

NATURALEZA DE DIOS

Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. (1:5)

El mensaje, predicado por Juan y los demás apóstoles, era el que habían **oído de él** [Jesús] y que anunciaban a sus lectores. Como Dios en carne humana (Jn. 1:1-4, 18; Tit. 2:13; He. 1:8; 1 Jn. 5:20; cp. Jn. 4:26; 8:24, 28, 58; 18:5), Jesucristo es la fuente perfecta de revelación relacionada con la naturaleza y el carácter de Dios. Tiempo atrás el apóstol registró la declaración de Jesús: “Dios es Espíritu” (Jn. 4:24); aquí en su primera epístola declaró: **Dios es luz**, y más adelante afirmaría: “Dios es amor” (4:8).

La descripción de **Dios** como **luz** capta la esencia de su naturaleza y es -fundamental para el resto de la epístola. Sin embargo, a diferencia de las expresiones directas “Dios es Espíritu” (que significa que Él es inmaterial en forma; compárese Jn. 4:24 con Lc. 24:39) y “Dios es amor” (que significa que las personas de la Trinidad se aman entre sí y a la humanidad; cp. 3:17; 4:7, 16; Mi. 7:18; Sof. 3:17; Jn. 5:42; 15:10; Ro. 5:5, 8; 8:39; Ef. 2:4; Tit. 3:4), la idea de que **Dios es luz** (cp. Sal. 78:14; Is. 60:19-20; Jn. 1:9; 3:19; 8:12; 9:5; 12:46; Hch. 9:3; Ap. 21:23) es más compleja.

A lo largo de las Escrituras, Dios y su gloria a menudo se describen en términos de luz. Por ejemplo, durante el éxodo Dios apareció a los israelitas en la forma de luz:

Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego (Éx. 13:21-22; cp. 40:34-38; 1 R. 8:11).

Cuando Moisés bajó del monte Sinaí después de reunirse con el Señor, su rostro resplandecía con un reflejo de la luz de Dios (Éx. 34:29-35; cp. 2 Co. 3:7-8). En el Salmo 104:1-2, el salmista afirma: “Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia. El que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina” (cp. 1 Ti. 6:14-16). No solo que Dios es luz en su esencia, sino que también es la fuente de la luz del creyente (Sal. 27:1; Jn. 1:9; 12:36).

En la transfiguración, cuando Jesús ofreció a los tres discípulos un vislumbre de su gloria plena se manifestó como luz: “Se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (Mt. 17:2). Segunda de Corintios 4:4-6 resume bien la importancia de Dios como luz y de su papel en la vida cristiana:

En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (cp. Mt. 5:14-16; Ef. 5:8-10; Fil. 2:15; Col. 1:12-13; 1 P. 2:9).

Aunque los pasajes anteriores describen la importancia de la luz divina, no la definen. No obstante, el Salmo 36:9 sí lo hace: “Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz” (cp. 1 P. 2:9). El salmista empleó aquí un paralelismo usando dos declaraciones para decir lo mismo. Equipara la luz y la vida: Dios es luz en el sentido de que es vida, y es la fuente y el sustento tanto de la vida física como de la espiritual.

Juan expresó esa verdad en el prólogo de su evangelio:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Jn. 1:1-13; cp. 2:23-3:21; Col. 1:15-17).

Jesús declaró: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12; cp. 12:45-46). Dios, la fuente de la luz verdadera, la da a los creyentes en la forma de vida eterna a través de su Hijo, quien fue la luz encarnada.

La Biblia revela dos principios fundamentales que fluyen de la verdad básica de que Dios es luz. Primero, la luz representa la verdad de Dios, encarnada en su Palabra. El salmista escribió estas conocidas palabras: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino... La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples” (Sal. 119:105, 130; cp. Pr. 6:23; 2 P. 1:19). La luz y la vida de Dios están intrínsecamente relacionadas con la verdad y caracterizada por ella.

Segundo, la Biblia también vincula a la luz con la virtud y la conducta moral. El apóstol Pablo instruyó a los efesios: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad)” (Ef. 5:8-9; cp. Is. 5:20; Ro. 13:12; 1 Ts. 5:5-6).

Esas dos propiedades esenciales de luz y vida divinas son cruciales para distinguir la fe verdadera de una pretensión falsa. Si alguien profesa tener la Luz y morar en ella (haber recibido vida eterna) mostrará evidencia de vida espiritual por su devoción tanto a la verdad como a la justicia, según Juan escribe más adelante en esta carta:

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos (2:9-11; cp. Mt. 5:16; 25:34-40; Lc. 1:6; 11:28; Ro. 6:17; 16:19; Fil. 1:11; Tit. 2:7; Stg. 2:14-20).

Si la verdad y la justicia están ausentes de la vida de alguien, esa persona, diga lo que diga, no posee vida eterna (Mt. 7:17-18, 21-23; 25:41-46). No puede pertenecer a Dios, porque **no hay ningunas tinieblas en él**. Dios es absolutamente perfecto en verdad y santidad (Éx. 15:11; 1 S. 2:2; Sal. 22:3; 48:10; 71:19; 98:2; Is. 6:3; Ap. 4:8; 15:4). Por supuesto que los creyentes están muy lejos de esa

perfección, pero manifiestan un deseo y un esfuerzo divino y continuo hacia la verdad y la justicia celestiales (cp. Fil. 3:7-16).

CERTEZA DEL PECADO

Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad... Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros... Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. (1:6, 8, 10)

A partir de la caída la humanidad ha tratado de negar la realidad del pecado, a pesar de que todo ser humano es innatamente consciente de su presencia.

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio (Ro. 2:14-16; cp. Ec. 7:20; Ro. 5:12; Gá. 3:22).

La gente hoy día minimiza y redefine el pecado, aduciendo a menudo que los “fracasos” de su vida y ciertos “trastornos” existen debido a cómo otros los han tratado. La mentalidad de víctima reina soberana mientras la cultura popular se consuela afirmando que las personas son básicamente buenas y que cualquier cosa que pueda estar mal no es realmente mala, sino tan solo una preferencia de libertad personal. En lugar de asumir la responsabilidad por su conducta, las personas exigen ser aceptadas como son. Reclasifican asuntos graves y de corazón como “enfermedades” y “adicciones”, e intentan “curarlos” con -medicamentos prescritos y psicoterapia. Pero debido a que no se trata con el pecado, que es la verdadera causa del problema, la sociedad va de mal en peor. En contraste con todo ese engaño, Jesús enseñó que toda persona es pecadora en el mismo centro de su ser:

Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mr. 7:20-23; cp. Gn. 6:5; Jer. 17:9; Stg. 1:15; 4:1).

Sin embargo, muchos en la Iglesia de hoy parecen reacios a hacer el diagnóstico que Jesús hizo, por temor a ofender a alguien o a ser considerados de “no tener amor”. Por tanto, el pecado está explicado en términos culturalmente aceptables.

El pueblo de Judá en la época de Malaquías era igualmente adepto a negar su pecado. Dios les había dado instrucciones muy claras y detalladas con relación a qué ofrendas le eran aceptables (Lv. 1:1—7:38); pero ellos siguieron presentando al Señor alimentos contaminados y animales defectuosos. Entonces se mostraron sorprendidos (como si no hubieran hecho nada malo) cuando el Señor, a través del profeta Malaquías, los confrontó acerca de su clara -desobediencia:

El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En qué te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable. Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es

malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agrada de ti, o le serás acepto? dice Jehová de los ejércitos (Mal. 1:6-8).

Entonces Dios pasó de una expresión de desagrado a una advertencia de juicio severo sobre los dirigentes religiosos, los sacerdotes:

Ahora, pues, oh sacerdotes, para vosotros es este mandamiento. Si no oyereis, y si no decidís de corazón dar gloria a mi nombre, ha dicho Jehová de los ejércitos, enviaré maldición sobre vosotros, y maldeciré vuestras bendiciones; y aun las he maldecido, porque no os habéis decidido de corazón. He aquí, yo os dañaré la sementera, y os echaré al rostro el estiércol, el estiércol de vuestros animales sacrificados, y seréis arrojados juntamente con él. Y sabréis que yo os envié este mandamiento, para que fuese mi pacto con Leví, ha dicho Jehová de los ejércitos (2:1-4).

La reprensión que el Señor hizo a los judíos fue necesariamente dura porque ellos le habían desobedecido en manera muy grave (2:11-16), y sin embargo estaban actuando como si no hubieran hecho nada malo. De modo arbitrario (y erróneo) excusaban su malvada conducta, hasta el punto en que con audacia acusaban a Dios de ser injusto con ellos (v. 17). En un sentido similar, hoy día hay muchos que creen que Dios sería brutalmente injusto por enviar a algún ser humano al infierno. No es hasta que las personas acepten tanto la absoluta santidad de Dios como la total responsabilidad por sus pecados, que van a admitir que Dios tiene el derecho de juzgarlos y castigarlos (cp. Esd. 9:13; Neh. 9:33; Lc. 15:21; 23:41).

El apóstol Juan enfrentó una situación parecida en las iglesias a las que escribió su carta. A Éfeso y las otras ciudades e iglesias en Asia Menor las estaban inundando engañosos y falsos maestros que negaban el pecado (cp. 2:18; 4:1-3; 2 P. 2:1-2; Jud. 4). Además de las herejías del docetismo (que afirmaba que el cuerpo de Cristo solo parecía ser físico) y del cerintianismo (que sostenía que el “espíritu divino” de Cristo descendió sobre el Jesús humano en su bautismo pero que se marchó justo antes de su crucifixión), Juan debió contender con el dualismo filosófico griego (la base del gnosticismo), un punto de vista que negaba la realidad del pecado y el mal. Los que apoyaban esta filosofía mística y elitista sostenían que lo espiritual siempre era bueno y que lo físico siempre era malo; por tanto, crearon una dicotomía artificial entre el reino espiritual y el mundo físico, sosteniendo que las realidades espirituales eran lo único que importaba, y que lo que se hacía en la carne (incluso el pecado) era una insignificancia. A medida que Juan se topaba con esta herejía debía desenmascarar a quienes negaban la existencia del pecado y, por consiguiente, eludían su propia responsabilidad por el pecado y sus consecuencias.

Juan dividió en tres categorías similares pero diferentes a quienes afirman estar en comunión, pero rechazan la verdad: los que están en tinieblas, los engañados, y los que difaman a Dios. Estos tres grupos de personas o rechazaban obstinadamente o hacían total caso omiso a la realidad de que los verdaderos creyentes y el pecado son incompatibles. Pablo exclamó en Romanos 6:2: “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” Más tarde en ese capítulo agregó: “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (vv. 17-18; cp. Ef. 2:1-5). Al no arrepentirse, estos falsos profesantes (o maestros) que negaban el pecado demostraban estar fuera del plan de salvación de Dios, que empieza con elección (Ro. 8:29; Ef. 1:4, 11) e incluye redención (1 Co. 1:30; Gá. 3:13; He. 9:12), santificación (1 Co. 6:11; Ef. 5:26-27; Fil. 2:12-13), y crecimiento espiritual (Jn. 16:13; 17:17; cp. 2 Ts. 2:13; 1 Ti. 3:15); y culmina con glorificación (2 Co. 3:18; 2 Ts. 2:14; 2 Ti. 2:10).

LOS QUE ESTÁN EN TINIEBLAS

Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; (1:6)

La primera categoría de falsos profesantes la conforman quienes miran con frialdad su pecado como si no fuera una realidad para ellos. Afirman tener **comunión con Dios**, compartir aspectos comunes de vida **con Él**, es decir, vida eterna (cp. Jn. 17:3). Sin embargo, esa afirmación no tiene sentido si se sigue andando **en tinieblas**. **Andando** hace referencia a una manera de vivir o conducta (Ro. 8:4; cp. 13:13; Ef. 4:1; Col. 1:10; véase también Dt. 10:12-13; Sal. 119:1; Mi. 6:8), y es allí donde la verdadera salvación se manifiesta, no en una simple profesión de que se posee vida eterna. Profesar una cosa y vivir en contradicción a ello es mentir y **no practicar la verdad**. Jesús condenó la religión superficial de los judíos al declararles: “La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” (Mt. 6:22-23). En esta analogía el Señor lanzó un argumento de menor a mayor. Si es algo negativo estar en oscuridad física (ciego), mucho peor es estar en tinieblas espirituales. Juan en su evangelio enseñó que Jesús era la luz verdadera para un mundo ensombrecido por el pecado (Jn. 1:4-5; cp. 8:12). Pero ya que la humanidad pecadora prefiere la oscuridad sobre la luz (Jn. 3:19-20), nadie que afirma ser cristiano pero que vive en tinieblas (es decir que continuamente practica acciones perversas) es realmente salvo (1 Jn. 3:4, 9; cp. Mt. 7:17-18; 13:38; Jn. 8:42-44).

Los que aceptan de veras la verdad prestan atención a la amonestación de Santiago:

Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace (Stg. 1:22-25).

Los creyentes poseen la vida de Dios, son nuevas criaturas en Cristo hechas para buenas obras (1 Jn. 5:20; Ro. 6:11-17; 8:1-2; 12:5; 1 Co. 1:2; 2 Co. 1:21; 5:17; Gá. 3:28; Ef. 2:10; Fil. 1:1; Col. 1:27-28), y son morada del Espíritu Santo (Ro. 8:11; 1 Co. 3:16; 2 Ti. 1:14). Por tanto, no pueden hacer caso omiso a la existencia de la iniquidad personal y andar en tinieblas (cp. Col. 1:12-14). Declare lo que declare alguien con relación a sí mismo, la autenticidad de la fe siempre se puede ver en su vida por el amor a la justicia (Mt. 7:15-20).

LOS ENGAÑADOS

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. (1:8)

Un segundo grupo de falsos profesantes afirman **no tener pecado**. Esta posición es más orgullosa que la actitud de los de la primera categoría que ignoran su pecado (cp. Jer. 17:9). Todos los supuestos cristianos que afirman haber alcanzado un plano espiritual más elevado, donde el pecado ya no existe en sus vidas, malinterpretan por completo su condición y la obra de santificación progresiva del Espíritu.

Una vez más, todos los que ignoran la existencia del pecado muestran clara evidencia de que **la verdad no está en ellos**. La Biblia enseña claramente el principio de la depravación humana. En Romanos 3:10-23 Pablo escribió:

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos. Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (cp. Gn. 8:21; 2 Cr. 6:36; Sal. 51:5; Jer. 13:23; Ro. 8:7-8; 1 Co. 2:14; Tit. 3:3).

Jesucristo fue el único ser humano que siempre pudo afirmar que no tenía pecado (He. 4:15). Todos los que hacen una declaración tan descabellada -simplemente se están engañando. Solo cuando los creyentes sean glorificados en el cielo, su proceso de santificación se habrá completado (Ro. 8:19, 23), y entonces estarán sin pecado.

LOS QUE DIFAMAN A DIOS

Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. (1:10)

La lista de los que niegan la certeza del pecado finaliza con un tercer grupo: quienes no solo afirman no pecar ahora, sino que dicen **que no han pecado** nunca. Al hacer esa declaración ridícula, de modo blasfemo hacen **mentiroso a Dios** (cp. Tit. 1:2; 1 Jn. 5:10-11) en dos maneras. Primera, de forma explícita niegan la enseñanza divina de que todos hemos pecado (véase anteriormente), y segunda, de modo implícito niegan la necesidad de un Salvador (cp. Is. 53:10-11; Zac. 9:9; Mt. 1:21; Lc. 2:11; 19:10; Hch. 5:31; 13:38-39; Ro. 6:23; 1 Ti. 1:15; He. 5:9). Después de todo, ¿por qué necesitarían un Sustituto que cargue con su castigo por algo que declaran nunca haber cometido?

A estos tres tipos de falsos pretendientes les va mal en la segunda prueba doctrinal de Juan porque niegan la certeza del pecado. Por tanto, demuestran que la **palabra** de Dios (la verdad) **no está en ellos**. Cualquier persona, incluso creyentes profesos, que trata de encubrir su pecado, está en las profundidades del engaño y las tinieblas espirituales, y blasfema de Dios. En cambio, cuando los que están verdaderamente en comunión caen en pecado, no niegan la presencia del pecado o su propensión a pecar (Ro. 7:14-25; 1 Ti. 1:12-15; cp. Sal. 32:5; 51:1, 3; Pr. 28:13). Al contrario, con franqueza y sinceridad confiesan sus pecados delante del Señor y se arrepienten de ellos.

La Biblia corrobora la validez y la necesidad de las dos primeras pruebas doctrinales de Juan en cuanto a la salvación: creer en Dios y creer en la certeza del pecado. Con respecto a la fe esencial, el autor de Hebreos declara:

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve... Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que

es galardonador de los que le buscan (11:1, 6; cp. Jn. 6:47; 20:31; Ro. 1:17; 3:21-22, 28; 1 Jn. 5:1).

La parábola de Jesús acerca del fariseo y el publicano (cobrador de impuestos) deja bien claro que nadie puede ser justificado aparte de una sincera confesión de su propia pecaminosidad:

Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido (Lc. 18:13-14; cp. Pr. 26:12; 1 Co. 6:9-10; Gá. 5:19-21; Ef. 5:5).

3. Pruebas de la salvación. Segunda parte: Crear en el perdón de pecados y en la confesión

pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado... Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad... Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; (1:7, 9; 2:1a)

La promesa gloriosa del evangelio es el perdón gratuito y clemente del pecado ofrecido a todos los que de verdad se arrepienten y creen en la persona y la obra del Hijo de Dios. Ese perdón divino es tan completo que Dios quita toda impureza, culpa y castigo de los creyentes pecadores, y reemplaza esos aspectos con justicia, santificación y recompensa celestial. Además, el perdón de Dios es eterno e inalterable (cp. Jn. 5:24; He. 10:17-18). El apóstol Pablo resumió esa sublime bendición en su epístola a los romanos:

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús... Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro. 8:1, 28-35, 37-39; cp. Sal. 103:12; Ro. 5:20-21; Gá. 3:13-14; Ef. 1:7; véase también Sal. 32:1-2; Ro. 4:6-8).

Sin embargo, el hecho de que el perdón sea total e irrevocable ha llevado a algunos a concluir erróneamente que quienes han recibido la salvación nunca necesitan volver a confesar sus pecados delante de Dios ni a requerir perdón. Los partidarios de este enfoque sostienen que, a fin de que los cristianos acepten de veras todo su perdón y disfruten por completo su libertad en Cristo, deben pasar por alto el pecado y enfocarse únicamente en la gracia de Dios. Pero por tradición tal enseñanza ha llevado continuamente al error del antinomianismo: un desprecio práctico por la ley de Dios y una falta insensible de preocupación por haberla violado. Si tales individuos son realmente salvos, son indiferentes hacia las disciplinas que produce santidad en sus vidas. Los efectos de ese pensamiento incorrecto son desastrosos. (Para más análisis de este tema, véase John MacArthur, *La libertad y el poder del perdón* [Grand Rapids: Portavoz, 1999], capítulo 3).

A fin de justificar su indiferencia hacia la ley moral de Dios, muchos que sostienen tal posición relegan la enseñanza de Cristo sobre el perdón a otra dispensación (y consideran que la instrucción de Jesús se aplica solo al Israel del Antiguo Testamento, y no a la Iglesia del Nuevo Testamento). Por tanto, alegan que cuando Jesús mandó a los apóstoles que oraran por el perdón del Padre (cp. Lc. 11:4), sus palabras reflejaban la era de la ley, no de la gracia. Además, sugieren que la razón de que Cristo diera tales estipulaciones a sus discípulos se debió a que entendía que la salvación en el Antiguo Testamento era condicional, basada en confesar el pecado, ofrecer sacrificios y guardar la ley. No obstante, esas afirmaciones básicamente son infundadas, porque la salvación nunca funcionó de ese modo durante ninguna parte de la era del Antiguo Testamento (y desde luego, no fue así como Jesús la entendió). Dios salvaba entonces a personas en la misma base que las salva ahora: por medio de la muerte sustitutiva y expiatoria de Jesucristo, la cual visualizaba el sistema sacrificial. Los pecadores de entonces, igual que los de ahora, eran salvos solo por fe, demostrada cuando al ser abrumados por su pecado y por la imposibilidad de guardar la ley santa de Dios, pedían misericordia a Dios y recibían perdón (cp. Sal. 32:1-2a; Is. 55:6-7; Mi. 7:18-19; Lc. 18:13-14). Aquellos a quienes salvó antes de la cruz los eligió Dios en la eternidad pasada y, mirando adelante hacia la muerte “del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8), aplicó a su favor la muerte del Cristo venidero, incluso de la manera en que ahora Él mira atrás hacia el Calvario y extiende la misma gracia de elección a todos los que han creído el evangelio. Los justos siempre vivieron por fe (Hab. 2:4; Ro. 1:17), así que no hay sacrificio, confesión o cumplimiento de la ley que en alguna época pudiera conseguir el derecho de estar delante de Dios o satisfacer el justo juicio contra los pecadores (cp. Ro. 4:1-24; He. 9:11-15). Únicamente la muerte perfecta y sustitutiva del Cordero de Dios podía satisfacer la justicia y salvar de la ira de Dios a los pecadores creyentes. Y solamente la vida justa de Cristo acreditada a su favor podía hacerlos aceptables ante Dios (Jn. 1:29; 2 Co. 5:21; 1 P. 1:18-19).

¿Cómo entonces puede alguien con la necesidad continua de penitencia cristiana (p. ej., Sal. 6; 32; 38; 51; 102; 130; 143; Mt. 6:14-15) reconciliar la amplitud y la permanencia del perdón de Dios, y la imputación de la justicia perfecta a los creyentes en la salvación? Es necesario reconocer que el

perdón divino consta de dos aspectos interrelacionados: el judicial (o legalmente forense) y el santificador (o personal y paternal). El Señor ilustró esos dos aspectos del perdón cuando lavó los pies de los apóstoles en el aposento alto:

Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos (Jn. 13:3-10).

Como prototipo de humildad y servicio, el Señor realizó uno de los más frecuentes actos serviles de cortesía hallados en el antiguo Oriente Medio, una tarea normalmente hecha por el esclavo de más bajo nivel. En lugar de pedir a uno de sus discípulos que hiciera aquella tarea sucia, Jesús mismo les quitó las sandalias a sus seguidores y les lavó los pies mugrientos en preparación para la Pascua.

Cuando le dijo a Pedro: “El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio” (Jn. 13:10), el Señor hizo una distinción entre los dos aspectos del perdón. El baño que limpia todo representa la aplicación forense de Dios de la muerte de Cristo para pecadores arrepentidos, justificándolos por completo y para siempre (Hch. 13:39; Ro. 3:22, 24; 4:6-8; 5:1; Gá. 2:16), y -librándolos de forma perenne del infierno eterno. Por otra parte, lavar los pies representa el perdón paternal de la santificación. Aunque los pecadores arrepentidos ya han sido justificados de una vez, aún no han sido liberados de la presencia y el poder del pecado en sus vidas diarias (Ro. 7:15-20; Gá. 5:17). Por tanto, los creyentes deben confesar y abandonar el pecado de modo regular, lavando de esta forma la suciedad metafórica del pecado de sus pies (cp. Sal. 38:18; 97:10; 139:23-24; Pr. 28:13; Ro. 8:13; 12:9; Col. 3:5; He. 12:1). Pero al hacer eso, puesto que ya han sido limpiados por completo, van a confesar, no ante un Juez condenador (cp. Mt. 25:41; Ap. 20:11-15), sino más bien ante el Padre amoroso (1 Jn. 2:5; 4:16; cp. Sal. 36:7; Ro. 5:5; 8:39; Ef. 2:4), tratando de evitar el desagrado y la disciplina divina (cp. He. 13:17). Es esta clase de perdón el que buscan los cristianos confesos, y también la razón de que perdonen a los demás para que Dios no les retenga el perdón relacional que bendice (Mt. 6:14-15).

El arrepentimiento no solo es la obra de Dios en el corazón, que lleva a la salvación (Hch. 2:38; 3:19; 11:18; 2 Co. 7:10; 2 Ti. 2:25), sino también un elemento esencial de la santificación de todo creyente (cp. 2 Co. 7:1). Juan concluye la sección de apertura mediante la aplicación de dos pruebas de salvación verdadera que se relacionan con el arrepentimiento: creer en el perdón divino del pecado y una práctica regular de confesión de los pecados. Esta instrucción sugiere tres términos que describen a los verdaderos creyentes, a diferencia de aquellos que falsamente profesan estar en la comunión de fe (cp. 1:6, 8, 10). Los verdaderos creyentes están limpios del pecado; sin embargo, confiesan el pecado; e incluso vencen el pecado.

LIMPIEZA

pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. (1:7)

Andar se usa a lo largo del Nuevo Testamento, especialmente en las cartas de Pablo, para describir el efecto, no de justificación sino de santificación. La salvación no solo es un cambio en el estado legal de la persona cuando se le acredita en su cuenta la justicia divina, sino un cambio de comportamiento cuando la verdadera justicia se les da a los creyentes mediante la misma morada permanente del Espíritu de Dios. Vivir a diario la vida cristiana es andar con la activación del Espíritu (Jn. 8:12; 12:35; Ro. 6:4; 8:4; 1 Co. 7:17; 2 Co. 5:7; Gá. 5:16, 25; Ef. 2:10; 4:1; 5:8; Col. 1:10; 1 Ts. 4:1). El verbo es un subjuntivo presente que expresa acción continua, que no obstante es hipotético porque se aplica solo a algunas personas.

Quienes **andamos en la luz** lo hacemos porque el poder de Dios nos ha regenerado. Como “nueva[s] criatura[s]” para quienes “todas [las cosas] son hechas nuevas” (2 Co. 5:17), nos comportaremos de tal manera que se refleje el poder de la vida justa de Dios en nosotros, así **como** Dios mismo **está en la luz** (véase el análisis de 1:5 en el capítulo anterior de esta obra). El patrón general de nuestras acciones y actitudes diarias será divino. Tales caminantes experimentaremos **comunión unos con otros** (1:3, 7; Hch. 2:42; cp. Col. 1:12; Fil. 2:17-18), que se deriva de nuestra unión con el Dios trino (1:6; 1 Co. 1:9; 6:17; 12:6, 13). Todos los cristianos verdaderos viven y andan en la luz (es decir, en la vida de Dios) y en la comunión con los santos.

A todos los que **andamos en luz**, Dios nos concede su gracia de modo que a lo largo de nuestras vidas **la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado**. Esto no quiere decir que los cristianos ya no luchemos con el pecado, porque en esta vida nadie estará alguna vez totalmente libre de la humanidad no redimida de nuestra carne (Mt. 26:41; Ro. 7:18-24; Gá. 5:17; cp. Ro. 13:14). Sin embargo, debido a que **la sangre de Jesucristo** continuamente **limpia** toda impureza, el pecado no puede cambiar la posición del creyente delante de Dios (cp. Ro. 8:33-39). El término **sangre** se usa a menudo en el Nuevo Testamento como una manera dramática y gráfica de representar la muerte expiatoria de Cristo en la cruz (cp. Hch. 20:28; Ro. 3:25; 5:9; Ef. 1:7; He. 9:12; 10:19), por la cual “nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Ap. 1:5; cp. Col. 1:20-22; 1 Ti. 2:6; He. 2:17; Ap. 5:9).

La limpieza de salvación que Juan describe abarca todas las transgresiones del pecador, pasadas y futuras, y no depende de ninguna condición sino de la gracia soberana de Dios en respuesta a la fe salvadora. Sin lugar a dudas Juan está de acuerdo con la enseñanza de Pablo inspirada por el Espíritu de que los redimidos disfrutan perdón total, inalterable e irrepetible (cp. 1 Co. 6:11; 2 Co. 5:18-19; Ef. 1:7; Col. 1:14; He. 10:10).

CONFESIÓN

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. (1:9)

La confesión de pecado es absolutamente esencial para entrar a la Luz (justificación) (cp. Mr. 1:15; Lc. 18:13-14) y andar en ella (santificación). Aunque esto es obvio en la Biblia, hay muchos que incluso afirman que solo se necesita aceptar los hechos acerca de Jesús para la salvación, argumentando que la confesión y el arrepentimiento del pecado son innecesarios (u opcionales a lo mejor) para la justificación. Del terreno de esa soteriología errante viene la indiferencia antonómica hacia la vida cristiana de arrepentimiento y confesión por el bien de la santidad. (Para un análisis a fondo de este erróneo punto de vista y una exposición de la doctrina bíblica de la salvación, véase John -MacArthur, *El -evangelio según Jesucristo* [El Paso, TX.: Casa Bautista de Publicaciones,

1991, 1994, 1997, 2002], y *The Gospel According to the Apostles* [Nashville: Thomas Nelson, 1993, 2000]).

Tales puntos de vista existen a pesar del llamado bíblico al arrepentimiento y a los ejemplos de personas que reconocieron francamente sus pecados ante Dios. “Entonces dijo Judá: ¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos, o con qué nos justificaremos? Dios ha hallado la maldad de tus siervos; he aquí, nosotros somos siervos de mi señor” (Gn. 44:16a; cp. 41:9; Jon. 3:5-10). Abrumado por una visión de la majestuosa santidad de Dios, el profeta Isaías clamó: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:5; cp. 1 Cr. 21:17; Dn. 9:20). Los Salmos están llenos de confesiones, sobre todo la de David en el Salmo 51:

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre. He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido. Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades (vv. 1-9; cp. 32:5; 38:1-8, 17-18; 41:4).

El Nuevo Testamento incluye expresiones parecidas. Nada menos que Juan el Bautista predicó el arrepentimiento con evidencia manifiesta como algo necesario para entrar al reino de salvación de Dios (Mt. 2:4-12; Lc. 3:4-14). Jesús exigió el reconocimiento del pecado y una respuesta de arrepentimiento para todos los que desean salvación (Mt. 4:17), diciendo incluso que los pecadores debían arrepentirse o perecer (Lc. 13:3, 5). El arrepentimiento y la confesión del pecado que Él exigió eran tan fuertes que requerían abnegación total (Lc. 9:23-26) y aborrecerse a sí mismo (Lc. 14:25-27), lo que hizo de la salvación algo demasiado exigente para algunos (Lc. 13:23-24). Pedro y Pablo confesaron cada uno su pecaminosidad (Lc. 5:8; 1 Ti. 1:12-16), y dos de las parábolas de Jesús se relacionaron con hombres que reconocieron sus propias condiciones pecadoras (Lc. 15:18; 18:13). Además, cuando los apóstoles predicaron el evangelio dejaron en claro que Dios llama a los pecadores en todas partes a admitir su pecado y arrepentirse (Hch. 17:30; cp. Is. 45:22; Hch. 2:38).

Primera de Juan 1:9 se ajusta a este patrón con una coherencia perfecta, si se interpreta correctamente. Puesto que Juan está escribiendo a creyentes (“hijitos míos”, 2:1), a aquellos que son antinomianos que parecían hacer condicional el perdón (es decir, si los creyentes confiesan, Dios perdonará; si no confiesan, Dios no perdonará). Esta confusión se elimina fácilmente, antes que nada al observar que el versículo es en realidad una reiteración de la fidelidad de Dios a su promesa del Nuevo Pacto de salvación en el Antiguo Pacto: “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:34; cp. Lc. 1:77-78; He. 9:13-14). El recordatorio de que **él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad** vuelve a resaltar la verdad que Juan acababa de declarar en el versículo 7, de que Dios, debido a su carácter, asegurará su gloria eterna al seguir limpiando a los creyentes de todo pecado futuro. Él es fiel a su promesa y siempre hace lo que es justo. (El tiempo aoristo del verbo *aphiēmi* [**perdonar**] conlleva una connotación pasada y además demuestra que el perdón de Dios se deriva de un acontecimiento histórico, la expiación, que tiene beneficios perdurables para todos los que creen.) En el capítulo 2 Juan escribe: “Vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre” (v. 12). El perdón es coherente con quién

es Jesucristo y con lo que el Padre prometió, según su naturaleza perfectamente fiel (Is. 49:7; 1 Co. 1:9; He. 2:17; Ap. 19:11), justa (Sal. 7:11; Is. 53:11), recta (Gn. 18:25; Col. 3:25), santa (Éx. 15:11; Ap. 4:8) y amorosa (Jer. 31:3; 1 Jn. 4:8). En la confesión de los creyentes el perdón no es incompleto ni dependiente en el sentido de la salvación.

Con esto establecido, es posible entender el lugar de la confesión continua. La palabra traducida **confesamos** (homologeō) significa “decir la misma cosa”. De ahí que los creyentes son aquellos que confiesan sus **pecados**, estando de acuerdo con Dios en relación a esos pecados, pues reconocen la realidad de ese pecado y declaran que es una transgresión de la ley y una violación de la voluntad divina, y el verdadero penitente trata de eliminar de su vida la presencia del pecado (3:4; Stg. 2:10-11; 4:17; cp. Ro. 7:24). Lo que Juan está diciendo realmente aquí acerca de la confesión es que puesto que los creyentes son perdonados, confiesan con regularidad sus pecados. Dicho de otro modo, ese perdón no viene a causa de la continua confesión, sino que el patrón continuo de penitencia y confesión se debe al perdón y la transformación. Cuando el Espíritu Santo santifica a los creyentes produce continuamente en ellos un odio por el pecado (Sal. 97:10; Pr. 8:13; Ro. 7:15-25; Fil. 3:8-9; cp. Sal. 1:1-2), que resulta en corazones penitentes y en un reconocimiento sincero de los pecados. Mientras más crecen en Cristo, más grande se vuelve el odio de los cristianos por el pecado y más profunda es su penitencia. Pablo, el creyente más devoto y dedicado, al final de su santificación terrenal, se veía como el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15).

Si la confesión es genuina, siempre provendrá de adecuada tristeza por el pecado y de un anhelo real por no volver a cometerlo. En 2 Corintios 7:9-11, Pablo escribió:

Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto (cp. 2 S. 12:13).

El apóstol no se refería a sentirse mal en cuanto a las consecuencias de la conducta pecaminosa, que es la tristeza del mundo caracterizada por desesperación, depresión y a veces suicidio (Mt. 27:3-5). Más bien estaba describiendo el tipo de tristeza según Dios que produce verdadero arrepentimiento que lleva a la salvación. El arrepentimiento bíblico se traducirá en “vehemencia”, “reivindicación”, “justificación”, “temor”, “anhelo”, “celo”, y “venganza”. (Para más sobre estos resultados, véanse los comentarios sobre 2 Corintios 7:9-11 en John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 2 Corintios* [Grand Rapids: Portavoz, 2015]). Cuando el arrepentimiento está presente, los creyentes tienen un fuerte deseo de que Dios trate con el pecado a cualquier costo (cp. Mt. 5:29-30), incluso si ese costo podría ser alto para ellos personalmente (cp. Lc. 19:8-10). Por tanto, los verdaderos creyentes son confesores habituales que demuestran que Dios no solamente les ha perdonado su pecado y que todos los días los limpia fielmente de ese pecado, sino que en realidad los ha regenerado, convirtiéndolos en nuevas criaturas con deseos santos que dominan su voluntad. (Más adelante en esta epístola Juan muestra cómo los verdaderos creyentes no siguen pecando [3:4-10] sino que luchan por obedecer a Dios [3:19-24]).

A pesar de este significado sencillo, muchos individuos a lo largo de la historia han malinterpretado y aplicado erróneamente el concepto de la confesión. Por ejemplo, la Iglesia Católica Romana ve a la confesión como la declaración anónima de pecados a un sacerdote humano en un confesionario. Los

católicos creen que tal confesión es un acto meritorio que obtiene el perdón del confesor, seguido por la ejecución de algún ritual penitencial (tal como repetir una oración o rezar el rosario cierta cantidad de veces). Bajo tal sistema en esencia se recibe perdón en base a las buenas obras de la confesión y la penitencia.

Otros ven a la confesión como un acto psicológico y emocionalmente terapéutico, un acto que ayuda a las personas a sentirse bien con relación a los malos sentimientos, asegurando que se “sienten” perdonados y experimentan sanidad. Otros más enseñan que la confesión en este versículo se refiere tan solo al momento de la salvación, sin tener en cuenta los tiempos posteriores de reconocer el pecado. Pero si alguien confía de veras en Cristo como Señor y Salvador (Lc. 9:23; Hch. 2:38-39; 16:31; Ro. 10:9-10; cp. Mr. 10:21-27; Jn. 15:4-8), admitirá regularmente sus pecados delante de Dios, como indica la forma activa del verbo *confesar*.

Tal vez la perspectiva más popular pero errónea de la confesión en este contexto es que los creyentes son perdonados solo de aquellos pecados que confiesan. Si eso fuera correcto, significaría que los pecados no confesados permanecen con los creyentes hasta el tribunal de juicio de Cristo, momento en el que tendrán que rendir cuentas por esas iniquidades. Pero ese simplemente no es el caso. Nadie entrará al cielo con una lista de pecados no confesados colgando aún sobre su cabeza (cp. 1 Co. 15:50; Gá. 5:21; Ef. 5:5; Ap. 22:15), puesto que la obra terminada de Jesucristo cubre totalmente todos los pecados de quienes creen, incluso los que permanecen sin confesar (véase el comentario sobre 1 Jn. 2:12 en el capítulo 7 de este comentario). Así escribió el apóstol Pablo:

Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado (Ro. 4:6-8; cp. 8:33; 2 Co. 5:21; Gá. 3:13; Col. 2:13).

VICTORIA

Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; (2:1a)

El Nuevo Testamento deja en claro que a los cristianos, al no ser ya esclavos al pecado, se les proporciona los medios espirituales para tener victoria sobre el pecado. El fuerte mandato de Pablo supone que los creyentes se apropian de sus recursos para vencer el pecado que aún permanece en el cuerpo no glorificado:

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (Ro. 6:12-14; cp. 2 Co. 5:15; 1 P. 2:24).

La ley hace exigencias, pero no proporciona poder ni habilitación para cumplirlas. Como resultado, solo condena y no salva.

El fuerte amor de Juan por sus lectores y su deseo de que le presten atención a sus palabras y **no** pequen se encuentran en su tierna designación, **hijitos míos**, una expresión que aparece otras seis veces en esta carta (2:12, 28; 3:7, 18; 4:4; 5:21; cp. 2:13, 18). Ser fieles y diligentes confesores del pecado, como una expresión de su nueva creación, vuelve a ese pecado contrario a la propia disposición de los creyentes de abusar de la gracia de Dios por caer en más pecado (cp. Ro. 6:1-2; Gá. 5:13; 1 P. 2:16). Juan les escribe **estas cosas** para animarlos en la santidad constante, porque eran

personas regeneradas por la morada del Espíritu Santo, quien los había liberado del pecado habitual (cp. Ro. 8:12-13; Tit. 2:11-12; 1 P. 1:13-16). Una vez más Juan repite en un modo conciso la siguiente exhortación que Pablo hizo en Romanos 6:

¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia (vv. 15-18).

Por tanto, al final de 1 Juan 1, el anciano apóstol presenta más pruebas de salvación y una descripción clara de quién pasa esas pruebas. Los que las superan son los verdaderos cristianos que aceptan el perdón de Dios pero, sin embargo, son constantes confesores de su propio pecado. Esa característica es una realidad en sus vidas debido a la obra regeneradora y santificadora de Dios en sus corazones, por medio del Espíritu Santo (Jn. 16:13; Ro. 8:15) y la Palabra de verdad (Jn. 17:17). Por tanto, los verdaderos creyentes son personas que han recibido limpieza de todo pecado, pero que siguen sintiendo la poderosa presencia del mal y están deseosos de confesar sus pecados que quedan y así, por el poder de la nueva vida en el Espíritu, vencen la tentación.

4. Jesucristo: El divino abogado defensor y la perfecta propiciación

y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. (2:1b-2)

La gente en la sociedad contemporánea es adicta a los dramas legales. Los programas de televisión y las películas que tratan con delincuencia y juicios mantienen hechizadas a las personas. Existen incluso canales de televisión por cable y por satélite que transmiten esa programación todo el tiempo. Miles siguen ávidamente los últimos juicios de alto perfil, convirtiéndolos en la oferta de entretenimiento del sistema judicial, y complaciendo el apetito de esta cultura hastiada.

Tales pequeñeces están trascendiendo infinitamente en un drama judicial cósmico que hace parecer insignificantes en alcance y gravedad a todos los juicios humanos. Dios el Padre es el Juez (Gn. 18:25; Sal. 7:11; He. 12:23), Satanás es el acusador (Zac. 3:1; Ap. 12:10; cp. Job 1:9-11; 2:4-5), y todas las personas que han vivido están en juicio. El asunto es cómo los pecadores injustos pueden justificarse delante de un Dios santo. R. C. Sproul escribe:

La doctrina de la justificación conlleva un asunto legal de la más alta magnitud. Implica un asunto de juicio delante del tribunal supremo de Dios. El más básico de todos los problemas que enfrentamos en calidad de seres humanos caídos es cómo, siendo pecadores injustos, esperamos sobrevivir a un juicio ante la corte de un Dios absolutamente santo y justo. Dios es el Juez de toda la tierra. En eso radica nuestro dilema. Él es justo; nosotros injustos. Si recibimos de sus manos lo que la justicia debe darnos, enfrentamos el castigo eterno del infierno. (“The Forensic Nature of Justification”, en Don Kistler, ed., *Justification by Faith Alone* [Morgan, Pa.: Soli Deo Gloria, 1995], p. 24).

Todos los que están ante el tribunal de la justicia divina son culpables de violar la santa ley de Dios; “todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno” (Ro. 3:9-10), y “cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Stg. 2:10). La sentencia justa que la corte divina debe dictar es castigo eterno en el infierno, “porque la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23).

Pero no todo es irremediable para los culpables, porque hay que tener en cuenta a un personaje más en este escenario del tribunal divino: el Señor Jesucristo, quien actúa como mediador o abogado defensor para todos los que confían que Él les dé la salvación. Sin embargo, Jesucristo es el abogado defensor más insólito, ya que no sostiene la inocencia de sus clientes, sino que más bien reconoce que son culpables. No obstante, nunca ha perdido un caso, y nunca lo perderá (Jn. 6:39; cp. Ro. 8:29-30). Usando el lenguaje de la corte, Pablo declaró: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:33-34; cp. Col. 2:13-14). Esa última frase es la clave de cómo el Señor Jesucristo gana infaliblemente la absolución de todos los que ponen su fe en Él. Cristo intercede por los pecadores ante el Padre basándose en su propia sustitución en muerte expiatoria, la cual pagó totalmente la pena del pecado de todos los que confían en que les dé la salvación, supliendo así las exigencias de la justicia de Dios. Puesto que Dios “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos” los creyentes (Ro. 8:32), y que por ellos “lo hizo pecado, para que [fueran] hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21), Dios los justificó “gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24). El resultado del veredicto divino es que los creyentes, “justificados [declarados justos] por fe [tienen] paz para con Dios por medio de [su] Señor Jesucristo” (Ro. 5:1).

El designio predeterminado del Padre y la aceptación del sacrificio de su Hijo como pago total por los pecados de los creyentes responde el dilema de cómo el Padre puede ser “el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro. 3:26). El amor y la justicia de Dios fueron igualmente satisfechos cuando consumó la redención por medio de Jesucristo.

Es ese drama judicial divino lo que sustenta el pensamiento del apóstol Juan en esta sección. Basándose en la gloriosa afirmación de 1:9 de que Dios “es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”, Juan explica que Dios puede hacerlo porque su Hijo es el abogado defensor de los creyentes y la propiciación perfecta por los pecados de ellos. Esa doble verdad es central al evangelio.

EL DIVINO ABOGADO DEFENSOR

y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. (2:1b)

Esta analogía de **Jesucristo** encaja perfectamente con el vocabulario legal de Juan. Como se indicó antes, el lenguaje del apóstol describe el escenario de sala de juicio en el que los pecadores acusados

llegan ante el estrado de Dios, y Cristo acelera el paso como el defensor legal de ellos. Con esa descripción en mente, Juan ofreció a sus lectores instrucción vital sobre cómo la justicia divina se relaciona con la salvación.

Pecado se traduce de una forma del verbo hamartanō, la palabra más común en el Nuevo Testamento para pecado, que literalmente significa “errar el tiro”. La santidad de Dios marca la pauta de la conducta (Éx. 15:11; Lv. 19:2; 1 S. 2:2; Ap. 15:4), y la humanidad ha perdido ese modelo supremo (Gn. 6:5; Ec. 7:20; Ro. 5:12; Gá. 3:22a) al violar totalmente los requisitos divinos de obediencia perfecta (Ro. 3:23; Stg. 2:10).

La gramática griega de la frase **y si alguno hubiere pecado** es instructiva. El verbo es un subjuntivo pasado condicional de tercera clase que transmite la fuerte posibilidad de que tal situación ocurra en realidad. La expresión de Juan se podría traducir: “Si alguno hubiera pecado, y esto sucederá”. Inmediatamente después del énfasis en la primera parte del versículo 1, de que los creyentes no deben pecar, el apóstol reconoce que en última instancia lo harán (cp. 1:8, 10). El uso de la primera persona del plural incluye al apóstol con los “hijitos”, a los que se refiere antes en el versículo 1, demostrando que Juan se estaba refiriendo a los pecados de creyentes verdaderos.

De acuerdo con las imágenes, Dios aparece como el Juez supremo del universo, sentado en el trono celestial y juzgando a todas las personas según la absoluta perfección de su santa ley. Él es el autor (Lv. 26:46), intérprete (Sal. 119:34), y aplicador (Jer. 31:33) de la ley. Sin embargo, los creyentes deben ver la realidad de la justicia divina con gran sobriedad y respeto (1 P. 1:17; cp. Hch. 17:31; Col. 3:25), ya que Dios tiene el poder y la autoridad para condenar al infierno a todo pecador que alguna vez ha vivido. Jesús ofreció esta seria advertencia: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt. 10:28; cp. Lc. 12:5; 2 Ts. 1:5-9). Los profetas del Antiguo Testamento también dieron clara advertencia acerca de ese tipo de juicio divino (cp. Am. 5:18-20; Sof. 1:14-18).

No obstante, los que son salvos no deben temer la justicia divina porque tienen un **abogado para con el Padre**, nada menos que a **Jesucristo el justo**. Aquí **abogado** se traduce de paraklētos (“uno que acompaña”) y denota en entornos jurídicos al defensor o consejero que llega para ayudar a su cliente. (Juan utiliza en su evangelio el mismo término, traducido allí como “Consolador” [14:16, 26; 16:7] para referirse al apoyo y consuelo dado a cada creyente por medio del Espíritu Santo). Cristo es el Abogado perfecto, ya que el Juez es su Padre, y los dos siempre están en armonía perfecta (cp. Mt. 26:39; Jn. 4:34). Además, el Hijo entiende por completo las debilidades humanas de los santos porque vino a la tierra como el Hijo del hombre totalmente humano (He. 4:14-15; cp. Gá. 4:4; Fil. 2:5-8). Él acepta como clientes solo a quienes confiesan su culpa y su desesperada necesidad de recibirlo como Salvador y Señor (cp. Mt. 7:21-23; 25:31-46; Jn. 6:37; 10:3, 14-15); y se convierte para ellos en el intercesor incomparable que siempre obtiene la absolución para los que confían en Él. En el lenguaje del Antiguo Testamento, Cristo es el gran Sumo Sacerdote (He. 7:25-28).

LA PROPICIACIÓN PERFECTA

Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. (2:2)

Cristo no podría presentar argumentos a favor de los santos como abogado defensor si no fuera también su Propiciador que lleva sobre sí la ira de Dios para con los pecadores, quitándoles por consiguiente toda culpa y condenación. La **propiciación** por medio de la muerte de Cristo es una de las doctrinas clave de la fe cristiana, que se halla en el centro mismo del plan redentor de Dios (Ro.

3:25; 5:1, 10-11; 1 Co. 15:3; 2 Co. 5:18-19; Col. 1:20-22; 1 P. 1:18-20; cp. Lv. 10:17; 17:11; Mt. 26:28; Lc. 24:47; Hch. 20:28; He. 12:24; 13:20). Un correcto entendimiento de esta verdad en todos sus aspectos esenciales es vital para la salvación y la búsqueda de una vida de santidad.

El término **propiciación**, tanto en su definición como en su aplicación, es sobre todo una palabra bíblica y teológica. Se trata de una traducción de *hilasmos*, que significa “pacificación” o “satisfacción”. La muerte expiatoria de Cristo en la cruz satisfizo las demandas de la justicia de Dios, y por consiguiente pacificó su santa ira contra los pecados de los creyentes.

Varios términos relacionados proporcionan un entendimiento adicional de la naturaleza de la propiciación. El verbo *hilaskomai*, “hacer satisfacción por”, aparece en Lucas 18:13 y Hebreos 2:17. *Hilastērion* se refiere a la expiación o sacrificio requerido para aplacar la ira de Dios (cp. Ro. 3:25). Los traductores de la Septuaginta (LXX) usaron este término para designar al propiciatorio, que establece el vínculo de propiciación para el sistema sacrificial del Antiguo Testamento:

Harán también un arca de madera de acacia, cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. Y la cubrirás de oro puro por dentro y por fuera, y harás sobre ella una cornisa de oro alrededor. Fundirás para ella cuatro anillos de oro, que pondrás en sus cuatro esquinas; dos anillos a un lado de ella, y dos anillos al otro lado. Harás unas varas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro. Y meterás las varas por los anillos a los lados del arca, para llevar el arca con ellas. Las varas quedarán en los anillos del arca; no se quitarán de ella. Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré. Y harás un *propiciatorio* de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Harás también dos querubines de oro; labrados a martillo los harás en los dos extremos del *propiciatorio*. Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el *propiciatorio* harás los querubines en sus dos extremos. Y los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con sus alas el *propiciatorio*; sus rostros el uno enfrente del otro, mirando al propiciatorio los rostros de los querubines. Y pondrás el *propiciatorio* encima del arca, y en el arca pondrás el testimonio que yo te daré. Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el *propiciatorio*, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel (Éx. 25:10-22; cursivas añadidas para indicar usos de *hilastērion* en la LXX).

El propiciatorio era la tapa o cubierta del arca, situado entre la nube divina de la gloria Shekinah por encima del arca y las tablas de la ley dentro del arca. Debido a que los sacerdotes rociaban el propiciatorio con sangre de los sacrificios, este era el lugar en el cual ocurría la expiación por el pecado. Por tanto, la sangre rociada quedaba entre Dios (la Shekinah) y su ley quebrantada (las tablas). La sangre sacrificial de animales nunca aplacó a Dios (cp. He. 7:26-28; 9:6-15; 10:1-18), pero representaba el sacrificio futuro de Cristo que satisfaría por completo al Padre (He. 9:23-28; cp. Is. 53:6, 10; Mt. 20:28; Ef. 5:2). Si el sistema expiatorio del Antiguo Testamento hubiera apaciguado la ira de Dios de una vez por todas, los judíos no habrían seguido llevando sin parar ofrendas encendidas (Lv. 1:3-17; 6:8-13), ofrendas por el pecado (Lv. 4:1—5:13; 6:24-30), y ofrendas por la culpa (Lv. 5:14—6:7; 7:1-10) a lo largo de los siglos.

La propiciación es necesaria a causa de los **pecados** (cp. Sal. 7:11; Ez. 18:4; Ro. 1:18; 3:23; 6:23; 1 Ts. 1:10). Los pecadores quebrantan continuamente la perfecta ley de Dios (Jer. 17:9; Mt. 15:19-20a; Jn. 8:34; Ro. 3:9-19; 5:12-20; Stg. 1:14-15; 2:10-11) y Él, como el Creador justamente ofendido, debe reaccionar de manera justa en santo enojo, ira y juicio (Gn. 6:6-7; Dt. 25:16; Job 34:21-22, 25; Sal. 5:4-6; Pr. 6:16-19; Is. 59:1-2; Jer. 10:10; Nah. 1:2-3; Lc. 13:27; 16:15; Jn. 3:36; Ro. 1:18; 2:5, 8; Ef. 5:6; He. 3:17). La justicia de Dios debe ser satisfecha. Cada pecado cometido

por toda persona que ha vivido será castigado en una de dos maneras. O la ira de Dios será satisfecha cuando todos los pecadores no arrepentidos e incrédulos sufran eternamente en el infierno (Mt. 13:42; 25:41, 46; 2 Ts. 1:9; Ap. 20:15), o es satisfecha por el castigo de Cristo en la cruz (Jn. 3:14-18) para todos los que, por el poder condenador y regenerador del Espíritu, se arrepienten y creen en Jesús para salvación. El castigo divino ofrece perdón según la gracia y el amor soberanos de Dios (cp. Ro. 3:24-26).

Por designio divino, representado en el requisito de la ley de un cordero sin defecto (Nm. 6:14), el Señor Jesucristo debía ser sin pecado (cp. 2:1). De otro modo no habría sido aceptable al Padre (cp. He. 9:14), y habría estado sujeto al juicio de Dios por sus propios pecados. Pero Cristo es justo (Is. 53:11), santo (Ap. 3:7), inocente (Jn. 8:46; 18:37-38), sin mancha (He. 7:26), y está separado de los pecadores; no tan solo es el agente que hizo posible la propiciación para los pecadores, Él es la propiciación. El profeta Isaías lo describió como el sacrificio ideal:

Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada (Is. 53:5-10; cp. 2 Co. 5:21; Ef. 5:2; Gá. 3:13; 1 P. 2:24; 3:18).

Todo el plan divino de redención fluye del amor del Padre por pecadores indignos que no merecen ser redimidos (Ro. 5:8; Ef. 1:4-7). Juan dejó en claro esta verdad cuando escribió: “En esto consiste el amor... en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (4:10; cp. Tit. 3:5).

Las palabras del apóstol **y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo** muchos las han entendido como que se refieren a una expiación ilimitada, por la cual Cristo provee una salvación potencia para todas las personas sin excepción. Lógicamente, tal interpretación despoja la obra de Cristo en la cruz de cualquier expiación para cualquier persona en concreto, y provee solamente una satisfacción potencial a la ira de Dios. (Para un análisis de otros aspectos de la magnitud de la expiación, véase el estudio sobre 2 Pedro 2:1c en el capítulo 29 de mi comentario de 1 y 2 Pedro).

Para ser fieles a la verdad revelada en las Escrituras, la frase **de todo el mundo** debe comprenderse como una expresión genérica que se refiere a la humanidad a lo largo de la tierra, pero no necesariamente a todas las personas. **Mundo** simplemente identifica la esfera terrenal de la humanidad a la que Dios dirigió su amor reconciliador y al que suministró propiciación (cp. Jn. 1:29; 3:16; 6:51; 1 Ti. 2:5-6; Tit. 2:11; He. 2:9). El lenguaje de la Biblia es fuerte y claro al afirmar que la muerte de Cristo en realidad satisface de modo total y eterno las exigencias de la ira de Dios para quienes creen (Jn. 10:11, 15; 17:9, 20; Hch. 20:28; Ro. 8:32, 37; Ef. 5:25). Aunque la muerte del Salvador tuvo valor intrínseco e infinito, fue designada para asegurar de manera real (y no potencial) la satisfacción de la justicia divina solo en beneficio de aquellos que creerían.

Los creyentes judíos habrían entendido la propiciación porque estaban familiarizados con el sistema sacrificial del Antiguo Testamento, con la función del propiciatorio, y con el significado del día de la expiación, según se relata en Levítico 16:15-17:

Después degollará el macho cabrío en expiación por el pecado del pueblo, y llevará la sangre detrás del velo adentro, y hará de la sangre como hizo con la sangre del becerro, y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas. Ningún hombre estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre a hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí, por su casa y por toda la congregación de Israel.

Sin embargo, ellos entendían ahora que “la congregación de Israel” incluía prosélitos. En Cristo fueron abolidas todas las limitaciones nacionales (cp. Hch. 11:18; Ro. 1:17; 2:28-29). La muerte propiciatoria de Jesús es para todas las clases de los elegidos de Dios, que por su nombre Él está llamando “de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Ap. 5:9; cp. Jn. 10:16; Hch. 15:14-18; 26:23; Ro. 9:25-26; Tit. 2:14). La obra de Cristo en la cruz expió por todos aquellos que serían soberanamente atraídos por Dios a arrepentirse y creer (cp. Ro. 5:18), **y no solamente por** esos creyentes que constituían la iglesia en la época de Juan. No obstante, su muerte no expió para satisfacer la justicia divina con respecto a los millones de no arrepentidos e incrédulos que comparecerán delante del Juez en el gran trono blanco, en donde serán sentenciados al castigo eterno en el lago de fuego (Ap. 20:11-15).

Incluso al planear la muerte de Jesús, el sumo sacerdote Caifás pronunció de manera inconsciente palabras que providencialmente afirmaban la verdadera magnitud de la propiciación de Cristo. Juan 11:45-52 relata el escenario:

Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.

Caifás quiso decir solo que Jesús debía ser ejecutado para salvar la nación y las posiciones de los líderes de las represalias romanas contra ellos por causa de Jesús. Caifás habló *políticamente*, inconsciente del peso de las implicaciones *teológicas* de sus palabras. Sin embargo, puesto que él era el sumo sacerdote, el Espíritu Santo lo dirigió a que pronunciara tales palabras (cp. 2 S. 15:27a) para profetizar que Cristo moriría por la nación. Pero es obvio que “nación” no significa cada una de las personas judías porque prácticamente toda la nación había rechazado a Jesús (Jn. 1:11; cp. Ro. 2:28-29; 9:6-18, 27). Por tanto, la designación se limita a aquellos judíos que creyeron. Según el apóstol explicó en Juan 11:52, Jesús murió no solo por los judíos creyentes sino también por “los hijos de Dios que estaban dispersos”. En el contexto original de su evangelio, la referencia de Juan a “los

hijos de Dios” alude ante todo a los judíos creyentes de la dispersión que serían reunidos en el reino de Dios (cp. Is. 43:5; Ez. 34:12). Pero en el sentido más amplio, esa expresión anticipaba el alcance a los gentiles (cp. Jn. 12:32; He. 2:9). Por tanto, como resultado de la muerte expiatoria de Cristo, todo el mundo para el cual Cristo fue la propiciación se convirtió por fe en parte del mismo cuerpo, su Iglesia (Ef. 2:11-22; cp. Gá. 3:7-9, 26-29; Ef. 3:1-6).

5. La certeza de la seguridad cristiana

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. (2:3-6)

Thomas Brooks, el puritano inglés del siglo XVII, escribió:

La seguridad es un acto reflejo de un alma compasiva, por cuyo medio se ve de forma clara y evidente en un estado misericordioso y bendecido; es un sentimiento sensible, y un discernimiento experimental [experiencial] de un individuo que se halla en estado de gracia... la seguridad es un arca del creyente, donde se sienta, al igual que Noé, tranquilo incluso en medio de todas las distracciones y destrucciones, conmociones y confusiones (*Heaven on Earth: A Treatise on Christian Assurance* [reimpresión; Edinburgh: Banner of Truth, 1982], pp. 14, 11).

La seguridad da lugar a que los creyentes se regocijen con el escritor del himno: “¡Seguridad Bendita, Jesús es mío! ¡Oh, que anticipación de la gloria divina!” Tener seguridad es en cierto sentido experimentar el cielo en la tierra.

Pero tristemente, como Brooks pasa a lamentarse, la seguridad

es una perla que la mayoría desea, una corona que pocos usan... Una seguridad muy bien cimentada... debe hallarse entre la mayoría de cristianos. Sin embargo, casi todos los seres humanos viven entre temores y esperanzas, y penden, por así decirlo, entre el cielo y el infierno; a veces esperan que su situación sea buena, en otras ocasiones temen que su condición sea mala: por ahora esperan que todo esté bien, y que así será para siempre; luego [en poco tiempo] temen que perecerán a manos de la corrupción, o que prevalecerán en tal o cual tentación. Por consiguiente, son como un barco en medio de la tormenta, lanzado de aquí para allá (*Heaven on Earth*, pp. 15, 11).

La seguridad no es solo un privilegio; también es un derecho básico que los cristianos poseen como miembros del Cuerpo de Cristo (Ro. 5:1; 8:16; cp. Sal. 4:3; Jn. 10:27-29; Fil. 1:6; 1 Ts. 1:4). Por otra

parte, no tener seguridad, y por tanto dudar de la salvación propia, produce incertidumbre y temor que a su vez provoca desdicha y desesperación.

Aunque la seguridad de la salvación es parte de la redención y vital para el gozo y el consuelo, la Palabra de Dios enseña que es posible perder el derecho a ella, a menos que se la busque. El apóstol Pedro escribió: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección” (2 P. 1:10a; cp. He. 10:22). Pedro reveló que esta certeza llega a quienes van tras todas las características de la santidad con creciente diligencia (vv. 5-8).

No obstante, a pesar de tales mandatos bíblicos muchos en el cristianismo contemporáneo simplemente ignoran el sentido bíblico de la seguridad. Con frecuencia los maestros les aseveran que, si han repetido cierta oración, si han pasado adelante en una reunión evangelística, si han hecho una profesión de fe, si han dado asentimiento mental al evangelio, o incluso si se han bautizado, definitivamente son salvos y nunca deberían cuestionar su salvación. Tales personas no quieren examinarse como la Biblia enseña (2 Co. 13:5), porque razonan que al hacerlo podrían dañar sus frágiles autoestimas o hacerlos sentir culpables de dudar de Dios. Como resultado, a menudo todo el asunto de la seguridad no se enfatiza o se le hace caso omiso por completo.

Pero ese no siempre ha sido el caso. A través de la historia de la Iglesia, la seguridad personal de la salvación ha sido un tema importante (véase John MacArthur, *The Gospel According to the Apostles* [Nashville: Thomas Nelson, 1993, 2000], cap. 10). Por un lado, el catolicismo romano siempre ha negado rotundamente la posibilidad de la seguridad de la salvación. Esta perspectiva se deriva de la herejía católica de que la salvación es un esfuerzo conjunto entre Dios y los pecadores. Dios siempre hará su parte, pero el pecador tal vez no siga haciendo la suya; por tanto, nadie puede estar seguro de la salvación en esta vida. En las palabras del Concilio de Trento (1545-63), cualquier “seguridad del creyente en el perdón de sus pecados es una confianza vana e impía” (citado en J.C. Ryle, *Holiness* [1877, 1879; reimpresión, Moscow, Idaho: Charles Nolan, 2002], p. 123). El cardenal Roberto Belarmino, un teólogo jesuita de esa época, afirmó una vez que la seguridad es “un error fundamental de los herejes” (Ibid., n. 1). En otras palabras, según el catolicismo romano nadie puede saber con certeza si ha recibido o no la salvación hasta el más allá, y pensar que sí puede tenerla es herejía.

Cuando los reformadores protestantes del siglo XVI recuperaron el verdadero evangelio de la ramera romana y reafirmaron la doctrina bíblica de la salvación, también expusieron con precisión el tema de la seguridad. Contrario a la teología romana, ellos estaban convencidos por medio de la Biblia que los creyentes pueden y deben disfrutar la confiada esperanza de la salvación. Juan Calvino enseñó correctamente que tal confianza no es una adición a la fe sino que en realidad es la esencia de la fe, ya que quienes confían de veras en el evangelio lo hacen porque intrínsecamente disfrutan una medida de seguridad en este. Cuando las personas experimentan fe salvadora reconocen tanto la verdad del evangelio como la maldad de su condición pecadora (cp. Ef. 2:4-6), y se arrepienten de sus pecados y aceptan a Jesucristo como Salvador y Señor (Lc. 18:13; Hch. 2:37-39; cp. 8:35-37; 16:27-34). Cuando esa obra divina (de conversión y regeneración) tiene lugar (Hch. 11:18; 16:14; 18:27), motivados por el Espíritu Santo, los creyentes sienten su recién hallada fe y están seguros de su salvación basándose en las promesas de la Biblia (p. ej., Lc. 18:14; Jn. 1:12-13; 3:16; 6:37; 10:9; Hch. 13:38-39; Ro. 10:9-13). Al exhibir las promesas de Dios sobre las cuales reposa la salvación, la Palabra de Dios provee a los creyentes una fuente objetiva de seguridad; adicionalmente, el Espíritu Santo ofrece seguridad subjetiva a través del fruto espiritual manifiesto.

Casi un siglo después de Calvino, los escritores de la Confesión de Fe de Westminster (1648) compusieron el siguiente párrafo:

Esta seguridad infalible no pertenece a la esencia de la fe, pero puede ser que un verdadero creyente tenga que esperar mucho tiempo y luchar con muchas dificultades antes de ser partícipe de esta seguridad. Sin embargo, al estar habilitado por el Espíritu Santo para conocer lo que Dios le da gratuitamente, el creyente puede obtenerlo por el uso correcto de los medios ordinarios sin una revelación extraordinaria. Por tanto, es deber de cada uno dedicarse con toda diligencia a asegurar su llamamiento y su elección, para que así su corazón se ensanche de gozo y paz en el Espíritu Santo, en amor y gratitud a Dios, y en fortaleza y alegría en los deberes de la obediencia, que son los frutos propios de esta seguridad; hasta el momento, esa seguridad está muy lejos de inducir a los seres humanos a la negligencia (capítulo XVIII, artículo III).

Yendo un poco más allá de algunos de los primeros reformadores (que principalmente se habían enfocado en refutar a Roma), los teólogos de Westminster dirigieron las tendencias antinomianas de su época haciendo hincapié en la seguridad subjetiva, además de la enseñanza de Juan Calvino (y de la Biblia) sobre la seguridad objetiva. Destacaron el examen personal que llevaba a que los creyentes reconocieran evidencias prácticas en sus vidas de obediencia a la ley moral y los mandamientos de Dios. Pero algunos en la iglesia presionaron con exageración la idea de Westminster de que “un verdadero creyente tiene que esperar mucho tiempo y luchar con muchas dificultades” antes de poder tener seguridad plena. Por ejemplo, la sobria y minuciosa predicación de los puritanos ingleses del siglo XVII ocasionó que por lo general mucha gente careciera de seguridad, sin poder disfrutar de confianza incluso respecto al fruto evidente de la salvación. En consecuencia, algunos se volvieron temerosos, inseguros y obsesionados con introspección morbosa, rigurosa examinación personal, y fuertes dudas en cuanto a si eran elegidos o no, o incluso a que pudieran serlo. Los pastores puritanos escribieron muchos tratados para exhortar, animar y consolar a tales almas atribuladas, predicando especialmente lo que el apóstol Pablo escribió con relación al testimonio del Espíritu:

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios (Ro. 8:14-16).

El testimonio de esta seguridad conlleva la obra del Espíritu Santo en la conciencia y las emociones de los creyentes para que sientan el gozo del perdón y anhelan estar en la presencia de Dios, como niños con un padre amado. Ellos sienten cómo el Espíritu los guía y los dirige (1 Co. 2:14-16; Gá. 5:16-18, 25; cp. Lc. 24:44-45; Ef. 1:17-19; 3:16-19; Col. 1:9), no por medio de sabiduría y discernimiento propio, sino a través de concederles el deseo de vivir de manera piadosa y de obedecer las Escrituras.

Sin lugar a dudas, la Biblia enseña con toda claridad que los verdaderamente salvos nunca pueden perder su salvación (cp. Jn. 10:28). Han sido sellados de modo permanente con el Espíritu Santo (Ef. 1:13), y nada puede separarlos del amor de su Salvador (Ro. 8:38-39). Sin embargo, al mismo tiempo la Palabra de Dios también manda que todo cristiano profesante debe examinar su vida para ver si la salvación que ha afirmado es realmente auténtica (2 Co. 13:5). Si en realidad la salvación es verdadera habrá señales de que el Espíritu está obrando en la vida de esa persona, tanto en actitud como en comportamiento. La Biblia se refiere a estas características como “el fruto del Espíritu”. Pablo las enumera en Gálatas 5:22-23: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”. En sentido subjetivo, la seguridad de la salvación llega al examinar la propia vida y ver si hay evidencia de la

obra del Espíritu en las actitudes. Tales disposiciones espirituales se manifiestan en acciones correspondientes de “amor, gozo, paz”, etc., en sumisión a los mandatos de las Escrituras.

El propósito de Juan al escribir esta epístola se expresa claramente en 5:13: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”. El apóstol escribió para dar seguridad de la salvación a quienes de otro modo podrían llegar a dudar. Por eso en los versículos 3-6 del capítulo 2 Juan enfoca la seguridad manifiesta, desde la perspectiva de la obediencia, la cual constituye evidencia visible y objetiva de que alguien es cristiano. Ese es un elemento crucial en la prueba moral de Juan para los creyentes, un aspecto que él divide en tres secciones: la prueba especificada, la prueba aplicada y la prueba ejemplificada.

LA PRUEBA ESPECIFICADA

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. (2:3)

Y en esto es una frase de transición que Juan usa para presentar un nuevo conjunto de pruebas que verifican la salvación y estimulan la seguridad. El apóstol presentó a sus lectores algunos aspectos adicionales por medio de los cuales podían verificar que estaban andando en la luz y que tenían una verdadera relación con Dios.

Juan expone el caso con certeza; no dice “esperamos”, “creemos” o “deseamos”, sino **sabemos**. **Sabemos** se traduce del tiempo presente del verbo ginōskō, y significa percibir continuamente algo por experiencia. La seguridad viene de obedecer los **mandamientos** de Dios en la Biblia. Quienes no los obedecen pueden y deben preguntarse si son convertidos y si el Espíritu Santo los está dirigiendo de veras. Pero los creyentes obedientes podemos estar seguros de **que nosotros le conocemos** (a Cristo). El tiempo perfecto del verbo ginōskō (**le conocemos**) recuerda una acción pasada (creer en Jesucristo para salvación) que tiene resultados continuos en el presente.

El conocimiento del que Juan habla no es el místico conocimiento “oculto” del gnosticismo (que promovía un conocimiento secreto y trascendental cuyos poseedores eran miembros de una fraternidad religiosa elitista), el conocimiento racionalista de la filosofía griega (que enseñaba que la razón humana podía desbloquear sin ayuda alguna los misterios del universo, tanto natural como sobrenatural), ni el conocimiento experiencial del hedonismo (que afirmaba que la verdad definitiva se descubría al experimentar los placeres del mundo físico). En cambio, Juan habla del conocimiento salvador de Cristo que viene de estar en una relación correcta con Él. Entonces el planteamiento del apóstol es que la obediencia externa proporciona evidencia de si se ha producido o no una realidad interna y transformadora, que viene al conocer a Jesucristo en la salvación.

Al escribir a Tito, Pablo resalta la diferencia entre el conocimiento falso y el verdadero: “[Algunos] profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tit. 1:16; cp. 2 Ti. 3:5, 7).

Pero ese no es el caso de la fe cristiana que Juan y los otros apóstoles enseñaron. Las personas que conocen de verdad a Dios son aquellas que buscan vidas santas y coherentes con el nuevo pacto de Dios. El profeta Jeremías explicó la naturaleza de ese pacto:

He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano,

diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado (Jer. 31:31-34).

El pueblo del nuevo pacto tiene la ley de Dios escrita en sus corazones, y lo que hay en el corazón de un individuo controla cómo vive. Así observó el escritor de Proverbios: “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Pr. 23:7; cp. 2:10; 3:1; 4:4, 23; Sal. 40:8; 119:10-11; Mt. 6:21; 12:34-35; Ro. 6:17). Israel ilustra bien la relación entre conocer a Dios y obedecerle. Aunque la nación afirmaba conocerlo, demostró lo vacío de esa afirmación con su continua desobediencia (Éx. 32:9; Nm. 14:11; 25:3; Dt. 9:7, 24; 32:16; Is. 1:2, 4; 2:8; 29:13; Jer. 2:11-13; 3:6-8; 6:13; 8:5; 31:32; Ez. 16:59; 33:31; Mt. 15:7-9; Hch. 13:27; Ro. 10:3; 2 Co. 3:13-15). Por supuesto, la obediencia que acompaña a la salvación no es legalista, impuesta exteriormente, ni observada de manera superficial e hipócrita; es una actitud de obediencia activa que brota de la verdad aceptada interiormente, siguiendo lo que el Espíritu Santo está revelando de esa verdad a través de la Palabra. Aunque los creyentes aún batallan con el pecado (cp. Job 13:23; Sal. 19:13; Ro. 8:13; He. 12:1, 4), pueden estar de acuerdo con Pablo, quien escribió:

Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado (Ro. 7:21-25).

La palabra traducida **guardamos** (una forma del verbo *tēreō*) resalta la idea de una obediencia vigilante y activa. También se puede traducir “cumplir”, y en este contexto significaría cumplimos **sus mandamientos**. Puesto que **guardamos** es un subjuntivo presente activo, transmite el sentido de que los creyentes salvaguardan continuamente los mandamientos porque los consideran valiosísimos (5:3; Esd. 7:10; Sal. 19:7-8; 119:1, 34, 77, 97, 113, 165; Ro. 7:22). Juan no quería que sus lectores se conformaran con una norma mínima o marginal de justicia. Más bien, el apóstol resalta una obediencia amplia que proviene de una verdadera reverencia por los mandatos de Dios (Sal. 119:66, 172; cp. Hch. 17:11; Stg. 1:25).

Mandamientos es *entolē* (“requerimiento judicial”, “orden” o “mandato”, no *nomos* (“ley”). El término no se refiere a la ley mosaica sino a los preceptos y directrices de Cristo (cp. Mt. 28:19-20). Pero por supuesto, los preceptos morales y espirituales que enseñó el Señor son coherentes con los revelados a Moisés (cp. Mt. 5:17-18; Jn. 5:46), y todos reflejan la naturaleza inmutable de Dios.

Bajo el nuevo pacto Dios acepta la obediencia amorosa y sincera, aunque imperfecta, de los creyentes (cp. 1 R. 8:46; Pr. 20:9), y les perdona su desobediencia (cp. Sal. 65:3; 103:3; Is. 43:25). Por la gracia de Dios ellos muestran una devoción constante y sincera a la mente de Cristo (1 Co. 2:16; cp. Os. 6:6) como se revela en la Palabra (Sal. 1:1-2; 112:1; 119:1-2; Is. 48:17-18; Lc. 11:28). Esa obediencia voluntaria a las Escrituras en la vida diaria es un indicador fiable, tanto para nosotros mismos como para los demás, de que hemos llegado a un conocimiento salvador de Jesucristo (cp. Mt. 7:21; Jn. 8:31; 14:21). Esto distingue a los no arrepentidos de los regenerados; Pablo llamó a los no arrepentidos “hijos de desobediencia” (Ef. 2:2), mientras que Pedro identificó a los regenerados “como hijos obedientes” (1 P. 1:14).

La obediencia que honra a Dios es realmente un reflejo del amor genuino; según escribió Juan más adelante en esta epístola: “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (5:2b-3). Pero este principio no era nuevo para Juan, pues lo había oído de Jesús años antes en el aposento alto y lo registró en su evangelio:

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn. 14:15).

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (14:21).

“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (14:23-24).

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (15:10).

LA PRUEBA APLICADA

El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. (2:4-5)

En consonancia con el apodo de Boanerges (“Hijos del trueno”) que Jesús les dio a él y a su hermano Jacobo, Juan explota ante todo aquel **que dice: Yo conozco** a Cristo pero que **no guarda sus mandamientos**. Así como había advertido antes en 1:6: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad”, Juan vuelve a advertir que la afirmación que tales personas hacían de estar en comunión es totalmente infundada. Cualquiera que afirma eso y vive en desobediencia **es mentiroso**. El epíteto del apóstol expone con valentía el peligro del autoengaño en cuanto a la salvación, que es condenador para los que no se dan cuenta de su ceguera, no se arrepienten de sus pecados, y no aceptan la verdad (cp. Gá. 6:7; Tit. 3:3).

Está claro que quienes están en el reino de Dios oyen su voz y la obedecen. Jesús le advirtió a Poncio Pilato: “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Jn. 18:37c; cp. 1 Jn. 3:18-19). En marcado contraste, quienes no obedecen los mandamientos demuestran que **la verdad no está en ellos**. Por tanto, Juan puso al descubierto la pretensión vacía de aquellos que suponían que habían ascendido a un nivel más elevado de la “verdad divina”. Para tales falsos maestros, presentes con los lectores, su supuesto conocimiento los elevaba por sobre los asuntos terrenales prosaicos y hacían innecesaria toda preocupación por la conducta moral o la vida piadosa. Pero como Santiago declaró: “Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma... Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Stg. 2:17, 26; cp. Ef. 2:10; He. 12:14; 1 P. 1:14-16). Aquellos cuya fe es verdadera obedecen la verdad.

El versículo 5 se aplica entonces de forma positiva a la prueba de la seguridad. **El que con sinceridad y cariño guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado**. Es mejor entender la frase traducida **el amor de Dios** como un objetivo genitivo, que significa **el amor por Dios**. Juan describe el amor verdadero que los creyentes tienen por Dios como algo que **se ha perfeccionado**, no en el sentido de perfección acabada, sino de salvación cumplida. Es más, este verbo griego teteleiōtai se tradujo “acabe” en Juan 4:34; “cumpliese” en Juan 5:36; y “he acabado” en Juan 17:4. Incluso puede significar “dar comienzo a”. La concesión sobrenatural de

este amor (Ro. 5:5) resulta en obediencia a la Biblia, y no es simplemente una experiencia emocional o -mística.

Es **por** este amor verdadero que los creyentes **sabemos que estamos en él**. La corta frase **en Él** [Cristo] aparece en varios lugares del Nuevo Testamento (vv. 8, 27-28; 3:6; 4:13; 5:20; 1 Co. 1:5; 2 Co. 5:21; Ef. 1:4, 7, 13; 4:21; Fil. 3:9; Col. 2:6-7, 10-11; 2 Ts. 1:12; cp. Col. 1:28) e indica una verdad central de la fe cristiana. El comentarista John Stott resume así este significado:

Todo el contexto, y en especial el versículo 6, sugieren que la frase *en él* se refiere de nuevo a Cristo. Estar “en Cristo” es la descripción característica que Pablo hace del cristiano. Pero Juan también usa ambas formas. Estar (o “permanecer” del versículo 6) “en” Él equivale a “conocerlo” (3, 4) y “amarlo” (5). Ser cristiano consiste en esencia de una relación personal con Dios en Cristo, conociéndolo, amándolo y permaneciendo en Él así como el pámpano permanece en la vid (Jn. 15:1 ss.). Este es el significado de “vida eterna” (Jn. 17:3; 1 Jn. v. 20). (*The Epistles of John*, The Tyndale New Testament Commentaries [Grand Rapids: Eerdmans, 1964], p. 91. Cursivas en el original).

PRUEBA EJEMPLIFICADA

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. (2:6)

La única persona que puede pasar la prueba de obediencia y hacer realidad la plena seguridad es la **que permanece en él**, porque Jesucristo es el modelo perfecto para obedecer al Padre. En Juan 15:4-5 Jesús mandó:

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer (cp. vv. 10-11).

Los creyentes obtienen vida espiritual del Señor Jesucristo, así como las ramas lo sacan de una vid. Permanecer en Cristo es mantenerse en Él; no se trata de una unión temporal y superficial sino de una relación permanente y profunda (cp. Lc. 9:23; Jn. 6:53-65; Fil. 1:6; 2:11-13). Tal permanencia auténtica en el Salvador caracteriza a quienes permanecen “fundados y firmes en la fe, y sin [moverse] de la esperanza del evangelio que [han] oído” (Col. 1:23; cp. 2:7; Ef. 3:17), porque son realmente regenerados: nuevas criaturas que poseen vida eterna irrevocable.

Juan dejó bien claro que todo aquel que afirma vivir en Cristo **debe andar como él anduvo. Andar** es una metáfora para conducta diaria en los creyentes (1:7; Jn. 8:12; 12:35; Ro. 6:4; 8:4; 1 Co. 7:17; 2 Co. 5:7; Gá. 5:16; Ef. 2:10; 4:1; 5:2, 8; Col. 1:10; 2:6; 1 Ts. 2:12; 4:1; 2 Jn. 6; cp. Mr. 7:5). El Señor mismo ejemplificó a la perfección este principio durante su ministerio terrenal. Él obedeció la voluntad de su Padre en toda manera:

Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Jn. 6:38).

Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada (Jn. 8:29).

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre (Jn. 10:17-18).

Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago (Jn. 14:31).

Obviamente, la obediencia de los creyentes no será perfecta, como fue la de Jesús. Sin embargo, Él estableció el modelo ideal que ellos deben seguir. Si alguno afirma conocerlo y morar en Él, esto será evidente en la vida de tal persona. Andará en la luz, en el reino de la verdad y la santidad, y guardará (obedecerá) los mandamientos del Señor debido a su apasionado amor por la verdad y por el Señor de la verdad. Ahí radica la clave para la verdadera seguridad de la salvación.

6. Una nueva clase de amor

Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra. El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos. (2:7-11)

El amor es la marca preeminente de un creyente verdadero. El amor por Dios es el punto de referencia de la relación que se tenga con Él, y el amor por los demás es la síntesis de las relaciones humanas. El Nuevo Testamento explica varias veces la supremacía del amor. Jesús citó dos versículos del Antiguo Testamento (Dt. 6:5; Lv. 19:18) como prueba de que amar a Dios y al ser humano es cumplir el mandato supremo de la ley:

Entonces los fariseos, oyendo que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una. Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas (Mt. 22:34-40; cp. 7:12; Ro. 13:10; 1 Ti. 1:5).

En un pasaje majestuoso y lírico en su primera carta a los corintios, el apóstol Pablo defendió la superioridad del amor sobre los dones espirituales:

Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente. Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que -trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiase todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser

quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor (1 Co. 12:31-13:13; cp. Mt. 5:44-45; Jn. 13:34-35; 15:9; Ef. 4:32; Fil. 2:1-4; Col. 3:14; He. 10:24; 1 P. 4:8; 1 Jn. 4:8, 17-19).

Debido a que el amor de Dios es el máximo deber moral de los santos hacia los demás, no es solo la señal suprema de la verdadera salvación, sino que también provee la seguridad definitiva de esa realidad.

En este pasaje Juan reitera el tema de la luz en oposición a la oscuridad que ya había presentado (cp. 1:5-7). La luz representa el reino de Cristo y la vida eterna (Lc. 2:32; Jn. 1:4, 9; 8:12; 12:46; 2 Co. 4:4b; 1 P. 2:9; cp. Sal. 36:9; Pr. 4:18; Jn. 3:20-21; Ef. 5:13), y la oscuridad representa el reino de Satanás y la muerte eterna (Pr. 2:13; Mt. 8:12; 22:13; Hch. 26:18; Ef. 5:11; 6:12; Col. 1:13; 1 Ts. 5:5; 2 P. 2:4; Jud. 6; cp. Is. 59:9-10). Aunque en esta sección únicamente aparece una forma de la palabra *amor*, es claro que el amor es el tema de Juan a medida que resalta su primacía como una prueba moral para verificar la salvación (cp. 3:10-11, 16-18, 23; 4:7-12, 16-21; 5:1-3; 2 Jn. 5-6). El pasaje describe al amor como un mandamiento antiguo, un mandamiento nuevo, y una forma de vida.

EL AMOR COMO UN ANTIGUO MANDAMIENTO

Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. (2:7)

A lo largo de los siglos predicadores, maestros y comentaristas han llamado a Juan “el apóstol del amor”. Su amor por los compañeros creyentes a quienes a menudo escribía se expresaba en el conocido término **hermanos** o amados (cp. 3:2, 21; 4:1, 7; 3 Jn. 2). Ese título era tan adecuado en esta epístola, que afirma al amor como el punto de referencia de la verdadera salvación.

En un juego de palabras, extendido hasta el versículo 8, Juan escribió que el mandato de amar no era un **mandamiento nuevo** en cierto sentido, sino realmente un **mandamiento antiguo**. Este se había enseñado a lo largo del texto bíblico. Sea que fueran judíos o gentiles, **desde el principio** los lectores de Juan habrían **oído** el concepto del Antiguo Testamento de amarse unos a otros (1 S. 20:17, 41-42; cp. Gn. 45:15; Sal. 133:1-2). En el Pentateuco, Dios estableció en términos inconfundibles la ley: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová” (Lv. 19:18).

Al instruir a los romanos con relación al amor fraternal, Pablo citó el Decálogo y Levítico 19:18:

No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti

mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor (Ro. 13:8-10; cp. Jn. 13:34-35; 1 Co. 14:1; Fil. 1:9; Col. 3:14; 1 Ts. 4:9; 1 Ti. 2:15; He. 6:10; 1 P. 1:22; 4:8; 1 Jn. 3:23; 4:7, 21).

Hay un vínculo inseparable entre obedecer y amar a Dios y al prójimo; por eso Pablo declara “que el cumplimiento de la ley es el amor”.

La verdad de que los lectores debían amarse unos a otros era algo que habían **tenido desde el principio**. El principio del que se habla aquí no es la creación ni la entrega que Dios hiciera de la ley de Moisés, sino el principio de sus vidas cristianas (cp. 2:24; 3:11; 2 Jn. 6). Esto se enseñaba desde el inicio, y no simplemente se trataba de una innovación reciente de Juan. La palabra relacionada con el amor que ellos habían oído era el **mandamiento antiguo**, la enseñanza del Antiguo Testamento sobre el amor, la cual Jesús ya había reiterado (Mt. 22:34-40; Mr. 12:28-34; cp. Mt. 5:43-48; Lc. 6:27-36). Cuando los lectores de Juan se convirtieron en cristianos se habrían comprometido a obedecer la ley de Dios, a amarlo, y a amar a los demás, todo lo cual Jesús había enseñado y ejemplificado durante su ministerio terrenal (Mt. 5:1-7:27; 16:24-27; 19:16-26; 28:18-20; Lc. 10:29-37; 14:25-35; Jn. 4:21-24; 6:26-58; 8:12, 31-32; 12:23-26; 13:1, 12-17; 15:1-17; 21:15-19; cp. Jn. 7:37-38; 10:11-18; 11:25-26). La enseñanza de Juan era por consiguiente parte de la instrucción ética a lo largo de toda la revelación divina, y era así como los lectores la habían oído desde el inicio de sus vidas cristianas. La obediencia a esa instrucción era la prueba de la realidad de que se habían convertido, y además constituía un elemento básico en la sumisión general de todo aquel que está en Jesucristo y que voluntariamente se somete a su señorío (Mt. 7:21-23; Lc. 6:46; 9:22-26; Hch. 4:19-20; 5:29; Ro. 6:17; 1 P. 1:2, 14; cp. Ec. 12:13; Stg. 1:25).

EL AMOR COMO UN MANDAMIENTO NUEVO

Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra. (2:8)

Al parecer **os escribo** contradice el anterior “no os escribo” (v. 7) de Juan. Pero una mirada más de cerca revela claramente que el apóstol estaba usando esta aparente contradicción para clarificar cómo el antiguo mandato de amar no es al mismo tiempo nuevo y, sin embargo, es nuevo. Hay una sensación de que Juan estaba escribiendo **un mandamiento nuevo** (*kainos*). *Kainos* (usado en los vv. 7 y 8) define algo que es fresco en esencia y calidad, aunque no necesariamente nuevo en cronología (*kairos*).

La novedad del mandamiento no se encuentra en las palabras, sino en la ilustración del amor, descrito en la expresión: **que es verdadero en él**. Aunque el Antiguo Testamento enseña el deber de amar, nunca antes el amor perfecto se había manifestado de manera tan clara como ocurrió en el Cristo encarnado (Jn. 13:1; 15:13; Hch. 10:38; 2 Co. 8:9; cp. Is. 40:11; Mt. 4:23-24; 11:28-30; 23:37-39; Lc. 19:41). Por tanto, lo novedoso no está en el mandamiento de amar, sino en la manifestación perfecta del amor en la persona de Cristo. Esta es una de las muchas maneras en que el Hijo encarnado de Dios reveló la naturaleza de Dios en una plenitud nunca antes manifestada (cp. Jn. 1:14-15; Col. 2:9).

El Señor ejemplificó magníficamente esta verdad en el aposento alto solo pocas horas antes de su muerte. Las promesas que esa noche les hizo a los apóstoles de que iba a prepararles un lugar en el cielo (Jn. 14:1-4), de que su paz estaría con ellos (Jn. 14:27), de que les enviaría el Espíritu Santo (Jn. 14:25-26; 15:26; 16:7-15), y de que si permanecían en Él llevarían mucho fruto (Jn. 15:1-11) eran

reflejos de su amor divino. Sin embargo, les demostró su amor de modo más misericordioso en su humilde servicio a ellos. Juan 13:1-17 relata lo que sucedió:

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos. Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.

El acto humilde y desinteresado del Señor estuvo en concordancia con la descripción que Pablo hiciera en su carta a los filipenses:

El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:6-8).

La ministración de Cristo en el aposento alto manifestó el corazón de Dios: amor perfecto, sacrificio perfecto (Is. 53:3-12; Ef. 5:2; He. 9:12), y humildad perfecta (Lc. 22:27).

Pero el mandato de amar no solo tiene una nueva expresión debido a la poderosa muestra del amor en la vida y el ministerio de Cristo, sino que también es fresca a causa de su manifestación en las vidas de los creyentes. Se trata de una demostración gloriosa de lo que significa ser nueva criatura en Cristo (2 Co. 5:17). Si algo define este amor desde el lado humano, es la humildad. Los pecadores han de humillarse radicalmente (cp. Stg. 4:6-10) hasta el punto de odiarse (Lc. 14:26) y de sacrificarse (Mt. 16:24-27), para ser como el publicano arrepentido en Lucas 18:13-14:

Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.

En la salvación, el Espíritu Santo llega a residir en la vida del creyente (Jn. 14:16-17; Ro. 8:9, 14; 1 Co. 6:19; Ef. 1:13-14; 2 Ti. 1:14; 1 Jn. 2:27; 3:24; 4:13) y afirma la humildad original, de la cual Él produce los elementos del fruto espiritual (Gá. 5:22-23), de los cuales el más importante es el amor.

El apóstol Pablo afirmó la presencia de este amor en los creyentes cuando escribió a los -romanos: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (5:5), y cuando escribió a los tesalonicenses diciendo: “Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque... también lo hacéis así con todos los hermanos... Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más” (1 Ts. 4:9-10).

El mandamiento nuevo o la manifestación del amor ha venido **porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra**. Es obvio que **la luz verdadera** es Jesucristo (Jn. 8:12), quien vino e inauguró su reino (Zac. 9:9; Mt. 21:5; Jn. 12:12-15; He. 1:8-9; 12:28; cp. Sal. 24:7-10), en el cual Él (y esta nueva dimensión del amor) **ya alumbra** (cp. Ef. 3:16-19). Con la inauguración del reino espiritual del Mesías, **la luz verdadera** comenzó a brillar y a vencer a **las tinieblas** del reino de Satanás (Ro. 16:20; Col. 2:15; He. 2:14; 1 Jn. 3:8; cp. Ef. 6:11-16). En este momento la luz coexiste con las tinieblas, pero *la Luz* y el amor divino que Él irradia disiparán cada vez más las tinieblas (cp. 1 Jn. 2:17a), resplandecerán aun con más brillo durante el reino milenial de Cristo, y al final gobernarán supremamente a lo largo de la eternidad. Por tanto, es solo debido a que a los creyentes se los ha “librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”, la Luz, que este mandamiento nuevo es una realidad en sus vidas (Col. 1:13).

EL AMOR COMO UNA FORMA DE VIDA

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos. (2:9-11)

Juan aplica en esta parte final del pasaje la prueba del amor sobrenatural a quienes afirman ser cristianos. La presencia de este amor es una señal segura de transformación, salvación y vida divina. Los falsos maestros de la época de Juan afirmaban con arrogancia que tenían un conocimiento superior acerca de la naturaleza divina y comunión con la deidad, pero esto solo producía orgulloso desprecio por las personas comunes y no iluminadas. Sin embargo, los cristianos, la mayoría de los cuales eran esclavos o miembros de la clase trabajadora (cp. 1 Co. 1:26-29), constituían los verdaderos iluminados que demostraban su verdadero conocimiento de Dios puesto que no solo se amaban unos a otros, sino que se extendían en amor hacia los perdidos en las tinieblas del pecado (cp. Mt. 5:44; Lc. 6:27, 35).

Es un alarde sin sentido que alguien diga **que está en la luz** (cp. Mt. 7:21-23; Stg. 1:22; 2:14-26; 1 Jn. 1:6); si **aborrece a su hermano** (lo que significa que no ama a los santos de manera desinteresada como Dios ama) no se encuentra en el reino divino de la luz sino que **está todavía en tinieblas**. Por otro lado, **el que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo**. Quienes aman y obedecen la Palabra de Dios, y expresan amor desinteresado a los hermanos creyentes, están realmente transformados; no harán que otros caigan. En el Nuevo Testamento, **tropiezo** se refiere a pecar (cp. Mt. 5:29-30; 13:41; 18:6, 8-9; Lc. 17:2; Jn. 16:1; 1 Co. 8:13; Ap. 2:14). Juan usa el término para explicar que la persona que ama de veras a los demás (como un reflejo de su amor por Cristo) no los motivará a pecar (cp. Ro. 13:8-10) ni a rechazar el evangelio. Por tanto, este es un amor que demuestra la salvación, como el Hijo de Dios dijera: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:34-35).

Juan reitera de manera enfática que cualquiera que aborrece a su hermano está en tinieblas [sigue un curso normal de vida], y anda en tinieblas. Esa clase de individuo no sabe a dónde va [cp. Jn. 12:35] porque las tinieblas le han cegado los ojos. Es como quien está completamente ciego y tantea alrededor para determinar dónde se encuentra (cp. Gn. 19:11; Hch. 13:11-12). Tales personas sin amor se hallan claramente fuera del reino de la Luz (cp. Mt. 5:21-22; 1 Jn. 3:15) y vacíos de vida espiritual. Juan describió antes a tales sujetos como mentirosos:

Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad (1:5-6).

A los pecadores no convertidos, carentes de amor y que viven en tinieblas espirituales, no les es posible cumplir con el conocido mandato de Jesús acerca del amor (véase otra vez Jn. 13:34-35), que entregó originalmente a los apóstoles en el aposento alto. Tampoco pueden expresar el tipo de amor sacrificial que Jesús mostró cuando lavó los pies de los apóstoles (Jn. 13:3-15), ni aquello a lo que se refirió más tarde esa noche cuando declaró: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13; cp. 1 Jn. 3:16).

Por otra parte, la obediencia a ese mandamiento es una prueba válida de la autenticidad de cada creyente. Tal obediencia proporciona un contraste distinto con los que no muestran amor y persisten en caminar en las tinieblas. Los creyentes que manifiestan el nuevo tipo de amor enseñado primero por Jesús y reiterado por Juan, obedecen de veras el mandamiento del Señor en el Sermón del Monte: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16; cp. Ef. 5:8; Fil. 2:15; 1 P. 2:9).

7. Etapas del crecimiento espiritual

Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. (2:12-14)

Una esencia de la vida es el crecimiento. Esto es verdad en el reino físico y en el espiritual. Así como las semillas vivas crecen hasta convertirse en plantas maduras y los bebés crecen hasta llegar a ser adultos maduros, así también los nuevos cristianos crecen en semejanza a Cristo. Cuando el crecimiento se ve obstaculizado en el reino físico, ya sea por desnutrición, enfermedad o defectos de nacimiento, los resultados pueden ser trágicos. Pero una tragedia aún mayor es cuando los creyentes no crecen ni maduran espiritualmente. Después de todo, los cristianos inmaduros no pueden apreciar

de lleno todas las bendiciones y los privilegios que Dios les ha reservado, ni servirle con la utilidad que Él desea (Jn. 15:4-5; 17:21; Ro. 5:2; 8:28, 34; 9:23; 2 Co. 4:15-17; Ef. 2:19; 3:12, 20; Fil. 4:7; He. 7:25; Stg. 1:17; 2 P. 1:4; cp. Sal. 18:2; 27:1; 46:11; 48:14; Is. 40:11).

Al igual que el crecimiento físico, el crecimiento espiritual depende en última instancia del poder de Dios, pero también requiere el elemento de responsabilidad humana. Todos los llamados bíblicos a la obediencia evidencian eso. Es más, el Nuevo Testamento repite varias veces este llamado a los cristianos: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Fil. 2:12). Pedro mandó a los creyentes: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18a), mientras Pablo los exhortó: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados” (Ef. 5:1). Pablo también expuso el fin último del crecimiento espiritual:

Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3:13-14; cp. Ro. 8:29).

El apóstol entendió que “la meta... [para alcanzar el] premio del supremo llamamiento de Dios” es llegar a ser como “Cristo Jesús” (cp. Fil. 2:5; 3:10). El apóstol Juan reiteró esa misma verdad cuando escribió: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6). Ya que son los que aman al Señor, los creyentes deben estar continuamente buscando la santidad “como aquel que [los] llamó es santo” (1 P. 1:15). Afortunadamente, Dios ha proporcionado a su Iglesia hombres dotados para ayudar a los creyentes a medida que crecen en ese propósito:

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef. 4:11-13; cp. vv. 15-16; 3:16-20; Ro. 8:29; 2 Co. 3:18; Gá. 4:19; 1 P. 2:2).

Cada mandato bíblico hacia la santificación supone la obediencia necesaria de parte de los creyentes. Eso deja en claro que estos tienen el deber de usar fiel y obedientemente los medios de gracia para crecer hasta llegar a la madurez.

Al hablar del crecimiento espiritual es importante examinar varios conceptos erróneos que con mucho cuidado deben evitarse. Primero, el crecimiento espiritual no determina la posición del creyente en gracia delante de Dios. Ese asunto se resuelve de manera final y completa cuando los pecadores confían en la obra expiatoria de Jesucristo y se les imputa la justicia divina (Ro. 3:21-26; 4:5-8; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21; Gá. 3:13; Fil. 3:9; Col. 2:10; 1 P. 2:24). En el momento de la conversión, al pecador creyente se le aplica el propio sacrificio de Cristo por el pecado y al penitente se le acredita la propia justicia de Cristo a fin de que la ira de Dios se aparte, todos los pecados sean perdonados, y el creyente sea aceptado por Dios en Cristo Jesús. La posición resultante es fija e irrevocable, y establece para siempre el destino celestial de los creyentes.

Segundo, el crecimiento espiritual no afecta al amor de Dios por los creyentes. Él no ama a los santos maduros más que a los menos maduros. (La razón de esto es que el amor de Dios no se basa en el mérito individual de alguna persona [Ro. 5:8]). El Señor Jesucristo ama perfectamente a todos los elegidos. Incluso la noche antes de la crucifixión, los apóstoles demostraron inmadurez y orgullo (se pusieron a debatir acerca de quién sería el más grande en el reino [Lc. 22:24; cp. Mt. 20:20-24; Mr. 9:34]), siendo insensibles a su Señor que ya estaba en la sombra amenazante de la cruz. Sin

embargo, Juan escribe que en medio del peor comportamiento de ellos, el Señor siguió amándolos “hasta el fin”, es decir, hasta la perfección o lo máximo de su amor (Jn. 13:1).

Tercero, el crecimiento espiritual no se mide por el calendario (cp. He. 5:11-14). Quienes han sido creyentes durante muchos años a menudo son menos maduros que otros que llevan menos tiempo como creyentes. Eso podría ser el resultado del estudio inadecuado o instrucción en la Palabra (cp. Ef. 4:11-15), o de desobediencia carnal y aplicación infiel de la sana doctrina (1 Co. 3:1-3).

Cuarto, el crecimiento espiritual no tiene que ver con la cantidad de información teológica que los creyentes tengan. Algunos cristianos poseen una cantidad adecuada e incluso excepcional de conocimiento bíblico y teológico, y sin embargo espiritualmente son muy inmaduros. Esa es una situación peligrosa en la cual estar porque mientras más información bíblica una persona reciba y no la aplique, más engañada llega a estar en cuanto a su propia condición espiritual (cp. Ro. 2:17-29; He. 5:12-14). El mismo sol que derrite la cera endurece el barro. La desobediencia constante produce indiferencia y una conciencia sometida, lo que impide el crecimiento espiritual.

Quinto, el crecimiento espiritual tampoco tiene nada que ver con la actividad ministerial exteriormente exitosa. Algunos de los más ocupados en la iglesia son inexpertos en la verdad e inmaduros en la sabiduría que viene de lo alto (Stg. 3:17-18). Incluso prominentes líderes espirituales pueden mostrar una terrible falta de sabiduría bíblica. El éxito temporal grandioso, un elevado nivel de influencia, la dirección de una organización grande, o la generación de mucho apoyo económico no es indicador de verdadera madurez espiritual. Es más, a veces lo contrario es la verdad. Para Pablo la debilidad, el sufrimiento, la persecución y la pobreza (2 Co. 6:3-10; 11:23-33; 12:9-10; Fil. 4:11-13; cp. 1 Ti. 6:6-10) fueron las verdaderas señales de su madurez en el Señor.

Por último, el crecimiento espiritual no es místico, sentimental o psicológico. No proviene de un acto único de renovación espiritual, decisión religiosa, o experiencia emocional que produce buenos sentimientos. Más bien, al igual que el crecimiento físico resulta del proceso de consumir alimento, así también el crecimiento espiritual resulta del proceso de asimilar la verdad de Dios (su Palabra), creerla y aplicarla (Jn. 5:24, 39; 6:63; 8:31-32; Hch. 17:11; Ro. 15:4; 1 Ts. 2:13; 4:1-2; 1 Ti. 4:5-6; Stg. 1:22-25). Al responder a la tentación de Satanás, Jesús citó palabras de Moisés tomadas de Deuteronomio 8:3: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4). Las cartas de Pablo definen así el crecimiento espiritual: “Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Ro. 12:2); “perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1); prosiguiendo “a la meta” (Fil. 3:14); “arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe” (Col. 2:7); y siguiendo “la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre” (1 Ti. 6:11). Además, Pedro mandó a sus lectores en 1 Pedro 2:2: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación”.

El apóstol Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, puso este párrafo aquí para dar seguridad y consuelo a sus lectores de que eran verdaderos hijos de Dios, a diferencia de los falsos maestros y falsos creyentes que los amenazaban. En vista de las pruebas doctrinales y prácticas que Juan ya había presentado (la prueba acerca de creer en Cristo y de reconocer el pecado, y las pruebas de la obediencia y el amor) el apóstol quería confirmar la autenticidad de la salvación de sus lectores. Este párrafo recalca el propósito declarado a continuación de toda la carta: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 Jn. 5:13; cp. 1:4).

Obviamente no todos los lectores originales o actuales de esta epístola estaban o están en igual etapa de madurez espiritual. Algunos son bebés espirituales mientras que otros son adultos espirituales. Con el fin de animar eficazmente a todos los destinatarios, Juan comenzó esta sección clave con una

reafirmación general, después de lo cual ofreció seguridad específica a los que se encontraban en cada etapa general de crecimiento espiritual: niños pequeños, jóvenes y padres.

REAFIRMACIÓN GENERAL

Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre.
(2:12)

Juan sabía que las personas a quienes escribía eran creyentes y que sus **pecados** habían **sido perdonados**. En este versículo, y en los siguientes, el apóstol dijo seis veces: **Os escribo**, u “os he escrito”, con el fin de afirmar enfáticamente que este mensaje estaba limitado a sus lectores, los únicos que eran de verdad parte de la familia de Dios.

La palabra traducida **hijitos** (*teknia*) significa “nacidos”, y habla de descendencia en un sentido general sin relación con edad. Se usa comúnmente en el Nuevo Testamento para describir a los creyentes como los **hijitos** de Dios (Jn. 13:33; 1 Jn. 2:1, 28; 3:7, 18; 4:4; 5:21; cp. Gá. 4:19, 28). Mediante el uso de este término el apóstol se estaba dirigiendo a todos los que formaban parte del verdadero linaje de Dios, en cualquier nivel de madurez espiritual. Juan centró su atención en todos aquellos que lamentan su condición pecaminosa (Mt. 5:4), confían en Jesucristo como su único Señor y Salvador (Hch. 16:31), tienen sus vidas transformadas por el Espíritu Santo (Tit. 3:5), viven en obediencia a la Palabra de Dios (Ro. 6:17), y demuestra amor sincero unos por otros (1 P. 1:22).

Desde la perspectiva de Dios solo existen dos familias espirituales: hijos de Dios e hijos de Satanás (cp. Jn. 8:39-44). Los hijos de Dios no aman a la familia de Satanás ni son leales al mundo que este controla (cp. 1 Jn. 2:15). Al contrario, crecen (aunque no todos al mismo ritmo ni con la misma constancia) en su amor por el Señor, un amor que se manifestará en sincera obediencia y servicio (cp. Jn. 14:15).

El Nuevo Testamento establece claramente que todos los creyentes, sin importar dónde se encuentren en el crecimiento espiritual continuo, **han sido perdonados** de todos sus **pecados** (1:7; Mt. 26:28; Lc. 1:77; Hch. 2:38; 3:19; 26:18; Col. 1:14; 2:13-14). Es más, esta verdad es básica para la misión evangelizadora de la Iglesia. Jesús indicó a sus apóstoles “que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lc. 24:47). Pedro declaró a Cornelio y sus compañeros: “De éste [Cristo] dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hch. 10:43; cp. 13:38-39). Pablo atestiguó que en Cristo “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7; cp. 4:32; 1 Jn. 1:7; 3:5). Por supuesto, esta gran realidad del perdón de pecados no era algo novedoso en el Nuevo Testamento, sino que estaba firmemente arraigado en la enseñanza del Antiguo Testamento (cp. Sal. 32:1-2; 86:5; 103:12; 130:3-4; Is. 1:18-19; 43:25; 44:22).

Juan concluye esta frase con el recordatorio de que Dios concede perdón a los creyentes, no porque lo merezcan, sino **por su nombre**. Esa expresión se refiere a la gloria de Dios (cp. Dt. 28:58; Neh. 9:5; Sal. 8:1; Is. 42:8; 48:11), que es la razón principal para todo lo que Él realiza (cp. Sal. 19:1; 25:11; 57:5; 79:8-9; 93:1; 104:31; 106:7-8; 109:21; 111:3; 113:4; 145:5, 12; Is. 6:3; 48:9; Jer. 14:7-9; Hab. 2:14; Ro. 1:5). Dios perdona a los pecadores debido a que le complace glorificar su nombre por medio de su manifestación de sobreabundante gracia, misericordia y poder. Como aquellos a quienes se les ha concedido el don del perdón, los creyentes siempre alabarán y magnificarán a Dios (cp. 2 Co. 4:15; Ap. 5:11-13). Sin embargo, mientras estén en la tierra se hallarán en distintas etapas de crecimiento, con características distintivas.

SEGURIDAD PARA HIJOS ESPIRITUALES

Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. (2:13c)

El término traducido **hijitos** (*paidia*) es diferente del que se tradujo de igual modo (*teknia*) en el versículo 12. Según se indicó antes, *teknia* se refiere a todos los hijos de Dios. Pero *paidia* denota más específicamente a niños pequeños, los que aún están bajo instrucción paternal. Esos **hijitos** son ignorantes e inmaduros y están en necesidad de cuidado y guía.

Los hijos espirituales inmaduros son los que han **conocido al Padre** (Sal. 9:10; cp. Jn. 10:4, 14; Ro. 8:15; Gá. 4:6) del mismo modo que un bebé tiene poco más que un conocimiento básico de sus padres. Las características distintivas de los bebés en Cristo es que los consume su recién descubierta relación con el Dios y Salvador al que han llegado a conocer de manera salvadora (p. ej., Lc. 19:5-6), y también los consume el gozo y la paz resultante de ese conocimiento. Pero no dejan de ser bebés, que todavía no se han dado un festín con la nutritiva carne espiritual de la sana doctrina (cp. He. 5:12-13).

Al igual que ocurre con los bebés físicos, la ignorancia de los hijos espirituales los hace propensos a debilidades y altamente susceptibles a peligros. Muy a menudo son motivados por los deseos carnales y les falta discernimiento para evitar lo que es peligroso y buscar lo beneficioso. Con frecuencia se adhieren ingenuamente a sus héroes espirituales o a sus maestros favoritos, por lo cual Pablo reprendió a los corintios: “Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?” (1 Co. 3:4; cp. vv. 1-3, 5; 1:12-13). A los niños espirituales también les falta discernimiento y son susceptibles a las seducciones de engañadores y a sus doctrinas herejes. Por eso Pablo advirtió a los efesios:

Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo (Ef. 4:14-15; cp. 1 Co. 16:13).

Los creyentes maduros pueden elogiar en los nuevos creyentes su amor exuberante, su devoción entusiasta y sincera a Dios, su apego a nuevos amigos en Cristo, y su punto de vista a menudo optimista hacia su nueva vida cristiana. Sin embargo, los cristianos maduros también deben advertir a los menos maduros contra el peligro de ser descarriados por falsos maestros y sus doctrinas inspiradas por demonios (2 Jn. 10-11).

SEGURIDAD PARA JÓVENES ESPIRITUALES

Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno... Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. (2:13b, 14b)

La segunda etapa de crecimiento espiritual lleva a los creyentes de un énfasis en la relación básica a un énfasis en la revelación bíblica. A diferencia de los niños espirituales que se enfocan principalmente en la devoción a Dios, los **jóvenes** espirituales han progresado hasta estar interesados en la claridad de la doctrina.

Los jóvenes espirituales se caracterizan por una comprensión de la verdad bíblica (cp. Sal. 1:2; 119:11, 16, 97, 103, 105, 148; Hch. 17:11; 20:32; 2 Ti. 3:15). Han superado el egocentrismo infantil con sentimientos, y se han movido más allá de las luchas elementales a menudo asociadas con los

nuevos cristianos. Poseen una filosofía bíblica de la vida, su teología está en gran parte bien establecida, y manifiestan un amor maduro por la verdad y un deseo de proclamarla y defenderla (cp. Ef. 6:17; 2 Ti. 2:15; He. 4:12).

Debido a que la **palabra de Dios permanece en** los que están en esta etapa, son **fuertes** en verdad doctrinal (Ef. 4:13-16; 1 Ti. 4:6; 2 Ti. 3:16-17; Tit. 2:1; cp. Sal. 119:99). En consecuencia, ya han **vencido al maligno**. Después de todo, el énfasis principal de Satanás no está en tentar a individuos hacia el pecado (cp. Stg. 1:14), sino en obrar a través de múltiples sistemas religiosos falsos para engañar al mundo y llevar a la condenación a la mayor parte de personas (2 Co. 10:3-5; 11:13-15; Ef. 6:11-12; cp. 1 Ti. 4:1-2; 1 Jn. 4:1, 3). Sin embargo, los jóvenes espirituales en esta etapa de madurez se encuentran preparados por medio de su entendimiento de las Escrituras para mantenerse firmes contra estas maquinaciones engañosas (Ef. 6:11). Armados con la sana doctrina que les han enseñado pueden refutar el error y proteger la verdad.

SEGURIDAD PARA PADRES ESPIRITUALES

Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio... Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. (2:13a, 14a)

La tercera etapa de crecimiento espiritual es cuando los creyentes no solo entienden la doctrina de manera intelectual, sino que han llegado a conocer (de *ginōskā*, “saber por asimilación de conocimiento; llegar a saber”) **al que es** (Dios) la fuente de la verdad y el objeto de la adoración y la alabanza que este crecimiento produce. Juan afirma esa realidad tanto en los versículos 13 como en el 14, y Pablo la repite en Filipenses 3:10. Los que son **padres** espirituales han meditado (cp. Jos. 1:8; Sal. 1:2; 19:14; 49:3; 77:11-12; 139:17-18; 143:5) en las profundidades del carácter de Dios hasta el punto en que anhelan obtener un hondo conocimiento de Él y adorarlo íntimamente. En un sentido, la mayoría de santos maduros han dado un giro completo, con el énfasis de sus vidas cristianas otra vez en su relación con el Dios eterno **al que es desde el principio** (Sal. 90:2; 102:25-27; Ro. 1:20; Ap. 1:8; 16:5; 21:6; 22:13; cp. Jn. 8:58). Solo ahora esa relación es mucho más plena y rica porque está totalmente informada por la comprensión de la doctrina bíblica, y se encuentra vinculada a ella. A través de experimentar graves sufrimientos, Job llegó a este profundo conocimiento de Dios; él afirmó: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:6), por lo que se lamentó realmente de su punto de vista incompleto e inmaduro de Dios que antes había mantenido en su vida (cp. Job 36:3-4; Sal. 119:66; Pr. 1:7; 2:10; 9:10; Fil. 1:9; Col. 1:9-10; 2 P. 1:3, 8).

La única manera en que los creyentes pueden progresar en el crecimiento espiritual continuo (de niños a jóvenes y a padres) es a través de la aplicación dadora y transformadora de vida de la Palabra de Dios en sus vidas (2 Ti. 2:15; cp. Esd. 7:10). Al leer, estudiar, memorizar, meditar y aplicar la verdad de la Biblia en toda situación, los cristianos son transformados a la imagen de Dios (cp. 2 Co. 3:18) por el poder del Espíritu (cp. Ef. 6:17; Col. 3:16; 2 P. 1:19-21).

A medida que siguen creciendo en su santificación, la meta de todos los creyentes debe ser convertirse en padres espirituales, lo cual se caracteriza por una comunión íntima con Dios. En su oración sacerdotal por los apóstoles y todos los creyentes, Cristo oró:

Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos

en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos (Jn. 17:19-26).

Jesús desea que los creyentes conozcan a Dios no en una manera superficial, ni solo en un sentido académico, sino con intimidad sobrenatural, algo que es posible únicamente mediante una vida de obediencia a Él y a su Palabra.

La descripción que Juan hace de las etapas de crecimiento espiritual también reta a los creyentes a abundar “más y más” (1 Ts. 4:10) en sus vidas cristianas. Los niños espirituales deben pasar de su deleite inicial en el amor del Padre, a tener un sano conocimiento de la verdad bíblica. Los jóvenes no deben detenerse en su conocimiento de la verdad bíblica, sino seguir adelante en conocer profundamente al Dios de quien viene toda la verdad y a quien señala toda la verdad. E incluso los padres deben seguir extendiendo y profundizando su conocimiento del Dios eterno. Mientras los santos vivan en esta tierra están obligados a obedecer el mandato de crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18a).

8. El amor que Dios aborrece

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (2:15-17)

Cuando llegaba al final de su vida terrenal y reflexionaba en sus muchos años de fiel ministerio, el apóstol Pablo escribió:

Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Ti. 4:6-8).

Después de ministrar de manera audaz y obediente, Pablo estaba deseoso por ver a su Salvador y recibir la recompensa eterna. Pero al mismo tiempo el apóstol se preocupaba mucho por aquellos que dejaría atrás (cp. Fil. 1:21-24). Uno de esos individuos era Timoteo, compañero íntimo en el ministerio de Pablo e hijo en la fe (1 Ti. 1:2; 2 Ti. 2:1). Aunque Pablo tenía confianza en la

integridad espiritual de su discípulo (2 Ti. 1:5), también sabía que Timoteo era un hombre joven (cp. 1 Ti. 4:12), y que era susceptible a ciertas tentaciones. Por eso, en su última epístola el apóstol exhortó a su joven pupilo a mantenerse firme y valiente:

Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios... Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros (2 Ti. 1:6-8, 13-14).

Pablo continuó recordándole a Timoteo la sorprendente y aleccionadora realidad de que muchos ya habían desamparado al apóstol: “Ya sabes esto, que me abandonaron todos los que están en Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes” (2 Ti. 1:15). Pero quizás el desertor más notorio entre los compañeros de Pablo aparece en 2 Timoteo 4:10: “Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica”. Demas probablemente había sido compañero de trabajo de Pablo durante muchos años y había ministrado con tan nobles colegas como Crescente, Tito, Lucas, Marcos y Tíquico (vv. 10-12), Epafras y Aristóbulo (Col. 4:12-14; Flm. 23-24). No obstante, a pesar de haber estado en la compañía de hombres de Dios tan formidables (predicadores de la Palabra, autores de la Biblia, plantadores de iglesias, siervos fieles, hombres de oración y que habían sufrido por el evangelio) Demas abandonó por completo a Pablo y a los miembros de su equipo ministerial.

Segunda de Timoteo 4:10 manifiesta claramente el motivo de la deserción de Demas: Amó a “este mundo”. Él amó el sistema mundial, con su pecado, su sabiduría humana y sus engaños satánicos, más de lo que amaba al reino de Dios. La vida de Demas mostró las características tanto de la tierra superficial y rocosa, en que la semilla de la Palabra había florecido brevemente pero que se marchitó y murió frente a la tribulación y la persecución, como de la tierra espinosa en que la semilla fue asfixiada bajo los cuidados del mundo y el engaño de las riquezas (véase la parábola de Jesús en Mt. 13:3-23). Mientras Pablo esperaba el martirio por su fe, Demas decidió que no estaba dispuesto a pagar un precio similar. Por tanto, abandonó a sus compañeros y se fue “a Tesalónica”, una ciudad grande y cosmopolita en la principal ruta comercial este-oeste de Asia Menor que ofrecía todas las seducciones materialistas, inmorales y filosóficas del mundo que él amaba. Al hacer eso, Demas demostró que nunca había amado a Dios.

Demas fue culpable de prostitución espiritual, el tipo de pecado contra el que Santiago advirtió fuertemente a algunos de sus lectores: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4). El lenguaje figurado de Santiago evocó las conocidas imágenes del Antiguo Testamento respecto al adulterio espiritual de Israel (cp. 2 Cr. 21:11-15; Jer. 2:20-25; 3:1-14; Os. 1:2; 4:15; 9:1).

Al cometer adulterio espiritual, Demas se convirtió en “enemigo de Dios”, otra idea conocida del Antiguo Testamento (cp. Dt. 32:41; Sal. 21:8-9; 68:21; 72:9; Nah. 1:2). Lo hizo al regresar a la vida que hipócritamente había reprimido por algunos años mientras viajaba con Pablo y los demás.

El trágico ejemplo de Demas proporciona una inequívoca ilustración bíblica del amor que Dios aborrece. El amor perfecto de Dios es un tema que se da por todas las Escrituras (Dt. 7:7-8; 10:15; Sal. 25:6; 26:3; 36:7, 10; 40:11; 63:3; 69:16; 92:2; 103:4; 119:88; 138:2; 143:8; Is. 63:7; Jer. 31:3; Os. 2:19; Sof. 3:17) y que aparece con énfasis particular en el Nuevo Testamento (Ro. 5:5, 8; 8:39; 2 Co. 13:11; Ef. 2:4-5; 2 Ts. 2:16; Tit. 3:4; Jud. 21), especialmente en esta epístola (2:5; 3:1; 4:7-21)

y en otras partes de los escritos de Juan (Jn. 3:16; 5:42; 11:5, 36; 13:1-2; 14:21, 23; 15:9-10, 12; 16:27; 17:23-24; 19:26; cp. 2 Jn. 3, 6). Pero puesto que Dios ama perfectamente, también aborrece de manera perfecta. Al ser el Santo (cp. 2 R. 19:22; Sal. 71:22; Pr. 30:3; Is. 1:4; 40:25), ama todo lo que es justo, santo y que está alineado con su voluntad y propósito glorioso (cp. Éx. 15:11; 1 S. 2:2; Sal. 22:3; 47:8; 99:3, 5; 145:17; Is. 6:3; 57:15; Ap. 4:8; 15:4). Por supuesto, lo que esto significa es que al mismo tiempo odia todo lo que amenaza esos aspectos o se opone a ellos (Dt. 29:20, 27-28; 32:19-22; Sal. 2:2-5; 7:11; 21:8-9; Nah. 1:2-3; Sof. 1:14-18; Ro. 1:18; Col. 3:6; Ap. 11:18; cp. Mt. 13:41; 25:41; 1 Co. 6:9-10; 2 Ts. 1:8; Ap. 21:27).

El absolutamente perfecto amor de Dios de igual manera exige que quienes lo aman participen de su odio a todo lo que se le opone. El salmista exhortó: “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal” (97:10; cp. Pr. 8:13); y: “De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira” (119:104; cp. vv. 128, 163; 139:21-22). Salomón esbozó más específicamente algunos de esos caminos falsos y perversos:

Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos (Pr. 6:16-19; cp. Am. 5:21; Mal. 2:16; Ap. 2:6).

Dios aborrece todas esas cosas porque son totalmente incongruentes con su naturaleza y su gloria santas.

Este breve pero conocido pasaje en la primera carta de Juan describe un objeto importante del odio de Dios: el mundo y quienes lo aman. En medio de la serie de pruebas doctrinales y morales de Juan relacionadas con la seguridad de la salvación (4:13), el apóstol insertó un mandato de no amar al mundo. Su amonestación, que forma parte de la prueba moral, se divide en dos elementos principales: El mandato de no amar al mundo, y las razones de por qué los creyentes no deben amarlo.

EL MANDATO DE NO AMAR AL MUNDO

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. (2:15a)

Al examinar el uso del término **mundo** en un contexto bíblico particular, y comparar adecuadamente las Escrituras con las Escrituras, se pueden entender sus varios significados. En este versículo está claro aquello a lo que Juan *no* se está refiriendo. Primero, no está hablando del mundo físico, u orden creado. El apóstol no habría mandado a sus lectores que aborrecieran algo a lo que Dios declaró originalmente en Génesis 1:31 como “bueno en gran manera”. A pesar de que la creación está empañada por la caída (cp. Génesis 3), las bellezas físicas de la naturaleza todavía reflejan la gloria de Dios y exigen alabanza. El salmista expresó este principio de manera elocuente:

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol; Y éste, como esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino. De un extremo de los cielos es su salida, y su curso hasta el término de ellos; y nada hay que se esconda de su calor (Sal. 19:1-6; cp. 104:1-32; Hch. 14:15-17; 17:23-28; Ro. 1:20).

Segundo, Juan no habría mandado a los creyentes que aborrecieran el **mundo** de seres humanos. Eso se debe a que Dios ama a las personas que hay en el mundo y envió a su Hijo para que fuera propiciación por sus pecados (véase 2:2; 4:9-10, 14; cp. Jn. 3:16; 2 Co. 5:19; 1 Ti. 2:3-6; Tit. 2:11-14; 3:4-5).

El **mundo** y sus **cosas**, que Juan advirtió a sus lectores que **no** amaran, es el sistema universal invisible y espiritual de maldad. Es el *kosmos* (“orden mundial”, “reino de la existencia”, “manera de vivir”) que Satanás gobierna; así les recordó Pablo a los efesios: “En [esa manera de vivir] anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Ef. 2:2). Más adelante en esta carta Juan escribió: “El mundo entero está bajo el maligno” (5:19; cp. 4:1-5; Jn. 12:31). El “mundo” aquí se refiere al mismo sistema perverso al que Jesús se refirió cuando expresó: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Jn. 15:18; cp. 17:14). Así que no fue la humanidad en general ni el orden creado lo que Cristo aborreció, sino más bien las ideologías e iniciativas malvadas, corruptas (2 P. 2:19) y demoníacas que estimulan a la humanidad caída (cp. Mt. 13:19, 38; 2 Co. 2:11; 4:4; 11:14; 1 Ts. 2:18; 2 Ts. 2:9; Ap. 16:14). De acuerdo con este entendimiento, el apóstol Pablo ve correctamente al mundo envuelto en una guerra espiritual masiva contra el reino de Dios:

Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta -contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Co. 10:3-5; cp. Ef. 6:11-13).

“Argumentos” significa ideologías o sistemas de creencias, que van desde métodos primitivos y animistas hasta sofisticadas y complejas religiones, filosofías y teorías políticas mundiales, o cualquier visión del mundo que no sea bíblica. Representan todas las ideas y los dogmas de los incrédulos que, a menudo desde un punto de vista elitista, se levantan contra el verdadero conocimiento de Dios. En respuesta, los creyentes tienen la orden de confrontar y destruir las mentiras espirituales y los falsos argumentos del mundo con la verdad. Por tanto, Pablo identifica al mundo como el espectro total de creencias e inclinaciones que se oponen a los propósitos de Dios, y Juan repite implícitamente esa definición. Cuando alguien se convierte en cristiano, ya no es esclavo del sistema mundial. El cristiano ha sido “librado... de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13; cp. 2 Co. 6:17-18; Ef. 5:6-12).

RAZONES DE POR QUÉ LOS CREYENTES NO DEBEN AMAR AL MUNDO

Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (2:15b-17)

El reino del mundo y el reino del Dios son intrínsecamente incompatibles (cp. 4:5-6; 5:4-5; Jn. 15:19; Gá. 6:14). Los dos son mutuamente exclusivos y opuestos entre sí. Son contrarios y no pueden coexistir pacíficamente. Por eso los verdaderos cristianos no se caracterizan por amar de manera habitual al mundo, ni las personas mundanas demuestran un afecto verdadero por el evangelio y el Señor (Jn. 3:20; Hch. 7:51; 13:8-10; 17:5, 13; Ro. 8:7; Col. 1:21; 1 Ts. 2:14-16).

Es evidente que hay una línea inconfundible de demarcación entre las cosas de Dios y las del mundo. El continuo deterioro moral y ético de la cultura contemporánea hace obvio esto. Incluso un breve estudio proporciona una larga lista de programas culturales que son agresivamente hostiles hacia el cristianismo bíblico: un ataque a la familia tradicional mediante el feminismo, una promoción activa de la promiscuidad sexual y la homosexualidad, una creciente aceptación de la violencia, un énfasis en el materialismo y el hedonismo por parte de los medios seculares de comunicación, una disminución constante de las normas de integridad personal y ética comercial, un debilitamiento del bien y el mal mediante el relativismo posmoderno, y así sucesivamente.

Con el fin de apoyar su amonestación, Juan no ofrece una larga lista de -ilustraciones específicas o detalladas. Más bien presenta tres razones generales de por qué los creyentes no deben amar al mundo: debido a quiénes son, a lo que el mundo hace, y a dónde se está dirigiendo el mundo.

DEBIDO A QUIÉNES SON LOS CREYENTES

Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. (2:15b)

Los creyentes no pueden amar al mundo puesto que son perdonados (Sal. 86:5; 130:3-4; Is. 1:18; Mt. 26:28; Lc. 1:77; Ef. 1:7; 4:32; Col. 1:14; 2:13-14; 3:13; 1 Jn. 2:12), que poseen un conocimiento verdadero de Dios (2 Co. 2:14; 4:6; Ef. 4:13; Col. 1:9-10), que la Palabra de Dios habita en ellos (Sal. 119:11; Col. 3:16), que han vencido a Satanás (Stg. 4:7; 1 Jn. 4:4), y que tienen una relación cada vez más íntima con el Padre (1 Jn. 2:12-14). **Si alguno ama al mundo**, demuestra que **el amor del Padre no está en él**. Al igual que Demas, tales desertores espirituales manifiestan que cualquier afirmación anterior de conocer y amar a Dios no fue nada más que una mentira (2:19).

Sin embargo, la identidad básica de los creyentes como hijos de Dios no los hace inmunes al atractivo del mundo. Puesto que aún son pecadores caídos (aunque salvados por gracia) los verdaderos seguidores de Cristo son tentados a través de su carne remanente por medio de comportamientos e iniciativas del mundo (Mt. 26:41; 1 Co. 10:13; Gá. 6:1; Ef. 6:16; Stg. 1:12-14; 1 P. 5:8-9). Sea que la tentación venga de prioridades mundanas, diversiones mundanas, riquezas mundanas, o deseos mundanos, los creyentes desean resistir los esfuerzos del mundo por seducirlos. Como advirtiera Jesús a sus oyentes: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Lc. 16:13; cp. Mt. 6:19-21, 24).

DEBIDO A LO QUE EL MUNDO HACE

Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. (2:16)

El significado de **todo lo que hay en el mundo y proviene... del mundo** aparece en las tres descripciones calificativas de categorías de pecado. El pecado es la realidad dominante en el mundo, y el inicio de este versículo es útil para mirar de modo más amplio al pecado, por definición llamado “infracción” (1 Jn. 3:4), cualquier violación de la perfecta y santa ley de Dios. Mientras que la ley de Dios abarca todo lo que es justo (Sal. 19:7; 119:142; Is. 42:21; cp. Jos. 1:7-8; Sal. 119:18; Neh. 8:9, 18; Is. 51:4; Mt. 22:36-40; Hch. 28:23; Ro. 3:21; Stg. 1:25), el pecado abarca todo lo que es injusto (Pr. 24:9; Mt. 15:19; 1 Jn. 5:17; cp. Gn. 6:5).

Aunque el pecado se manifiesta en acciones externas, sus raíces son mucho más profundas, pues están incrustadas en el tejido mismo del corazón humano depravado. El pecado impregna la mente caída, profanando interiormente al pecador en todos los aspectos de su ser (cp. Mt. 15:18-20). De ahí

que el Antiguo Testamento compara el pecado con una plaga mortal (1 R. 8:38) o con vestiduras viles (Zac. 3:3-4; cp. Is. 64:6). El pecado es tan nauseabundo que Dios lo aborrece (Pr. 15:9) y los pecadores se odian a sí mismos (Ez. 6:9) a causa de su maldad inherente.

Por naturaleza el pecado no solo es rebelde sino también desagradecido, tanto que si fuera posible destronaría a Dios en favor de los pecadores (cp. Sal. 12:4; Jer. 2:31; 44:17). Su actitud es la de Absalón, quien después de ser perdonado por su padre, el rey David, no obstante conspiró de inmediato para derrocarlo (2 S. 14:33-15:12). Romanos 1:21a asevera de los impíos: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, *ni le dieron gracias*” (cursivas añadidas; cp. 2 Ti. 3:2).

El pecado también es humanamente incurable. Los pecadores no tienen capacidad por sí mismos para remediar su pecado (Ro. 8:7-8; 1 Co. 2:14; Ef. 2:1). El profeta Isaías describió la incurable condición pecadora de Israel:

¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. ¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite (Is. 1:4-6).

El pecado es como una enfermedad terminal, o condición hereditaria, respecto a la cual los pecadores no pueden hacer nada en sus propias fuerzas. Dios dijo de Israel: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jer. 13:23; cp. Job 14:4; Mt. 7:16-18).

Por último, el pecado es universal. David escribió: “Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Sal. 14:3; cp. Is. 53:1-3; Ec. 7:20; Ro. 3:10-12; 5:12). Por tanto, todas las personas, abandonadas a su propia suerte, eligen pecar:

Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas (Jn. 3:19-20; cp. Sal. 7:14; Pr. 4:16; Is. 5:18; Jer. 9:5).

Debido a que la gente es pecadora, el mal subyuga a la humanidad caída (cp. Gn. 6:5; Jn. 8:34; Ro. 6:20a), de tal manera que los no regenerados solo pueden pensar y hacer lo pecaminoso, porque el pecado domina sus mentes, voluntades y afectos. Es a causa del pecado que están bajo el control de Satanás, como esclavos del príncipe de las tinieblas (cp. Ef. 2:2). Es debido al pecado que los no redimidos permanecen bajo la ira de Dios, y están destinados al infierno eterno a menos que se arrepientan (Sal. 9:17; Mt. 3:7, 10, 12; 7:13; 13:40-42; 25:41, 46; Lc. 13:3; Jn. 3:36; Ro. 1:18; 2:5; Col. 3:6; Ap. 6:17; 19:15; 20:11-15). Es a causa del pecado que las personas están sometidas a todas las desdichas de esta vida. Como Elifaz el temanita, uno de los amigos de Job, comentara: “El hombre nace para la aflicción” (Job 5:7a). Y Salomón recordó a sus lectores el vacío y la falta de sentido que el pecado ocasiona: “Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu” (Ec. 1:14; cp. vv. 2, 8; Is. 48:22; Ro. 8:20).

También es crucial entender correctamente la naturaleza del origen del pecado en la conducta humana. Si bien es cierto que la verdadera tentación viene del sistema de Satanás (cp. Ef. 6:12; 1 P. 5:8-9) a través del mundo, en última instancia no puede culparse de la conducta pecaminosa a influencias externas. El pecador mismo es responsable por sus acciones pecadoras, las cuales surgen

de sus propios deseos malvados (Stg. 1:13-16). El pecado reside entonces en todos los corazones humanos, según Jesús enseñó claramente:

Y llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídmelos todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. Si alguno tiene oídos para oír, oiga. Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. El les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos. Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mr. 7:14-23; cp. Gn. 6:5; Jer. 17:9; Stg. 1:13-15).

Las palabras del Señor ilustran la doctrina del pecado original; todo pecado proviene de la naturaleza caída de la humanidad, y esa naturaleza se deriva de la desobediencia inicial de Adán y Eva (Gn. 3; cp. Sal. 51:5; 58:3; Ef. 2:3; 4:17-19; Col. 2:13a), que desde entonces ha sido parte integral de todos los que han vivido (Ro. 5:12-21).

Al entender el grave peligro que el pecado representa, el apóstol Juan resume las opciones que el mundo usa para incitar a pecar: **los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida**. Aunque mencionadas brevemente, estas tres señalizaciones tienen profunda importancia.

La frase **los deseos de la carne** se refiere a las ansias envilecidas y poco nobles de los corazones perversos. **La carne** denota la condición humana y su esencia pecaminosa. La palabra traducida **deseos** (*epithumia*) es un término común en el Nuevo Testamento que denota deseos tanto positivos como negativos (Lc. 22:15; Ro. 1:24; Fil. 1:23; Col. 3:5; 1 Ts. 2:17; 2 Ti. 2:22; Tit. 3:3; Stg. 1:14-15; 2 P. 1:4; cp. Mt. 5:28; Gá. 5:17; He. 6:11; Stg. 4:2). Aquí se refiere negativamente a los impulsos sensuales del mundo que llevan a las personas a transgredir. La expresión **deseos de los ojos** evoca sobre todo los pecados sexuales lujuriosos, pero aunque están incluidos en su definición, sin duda alguna la frase no se limita a ese significado.

La lujuria fundamental del corazón humano pervierte y distorsiona todos los deseos normales (Jer. 17:9), enviándolos a una búsqueda incesante y servil del mal que excede los límites apropiados de lo que es bueno, razonable y justo: cualquier actitud, conversación o acción que se opone a la ley de Dios (cp. Ro. 7:5; 8:7). Esos deseos incluyen todos los excesos inmorales acerca de los cuales Pablo advirtió a los gálatas:

Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gá. 5:19-21; cp. Ro. 1:24-32; 1 Co. 6:9-10).

Esas actitudes y acciones pecaminosas son características principales del sistema del mundo y son irresistiblemente atractivos para la corrupción del alma no convertida.

El mundo también seduce a los pecadores a realizar acciones y tener pensamientos contrarios a la voluntad de Dios a través de **los deseos de los ojos**. Estos son regalos de Dios (cp. Pr. 20:12; Ec. 11:7) que permiten a las personas ver su hermosa creación y obras excelentes (cp. Sal. 8:3-4; 19:1;

33:5; 104:24; Is. 40:26; Ro. 1:20). Sin embargo, así como dejan pasar la luz, también son por tanto ventanas abiertas para que entre la tentación; en consecuencia, el pecado pervierte el uso de los ojos (cp. Pr. 27:20; Ec. 1:8; 4:8) y sumerge al individuo en insatisfacción, codicia e idolatría (cp. Sal. 106:19-20; 115:4; Ec. 5:10). La esposa de Lot utilizó mal sus ojos, y como resultado Dios la mató (Gn. 19:17, 26). Acán se apoderó de bienes prohibidos que vio, lo que también le causó la muerte (Jos. 7:18-26; 22:20). Desde su azotea David vio a Betsabé bañándose, más tarde cometió adulterio con ella, y pagó gravemente por su pecado el resto de su vida (2 S. 11:1-5; 12:1-20; Sal. 51:1-17). Debido a tales consecuencias potenciales, es de gran importancia para los creyentes cuidar sus ojos (cp. Job 31:1; Sal. 101:3; 119:37). La exageración gráfica de Jesús resalta la necesidad de evitar los deseos de los ojos:

Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno (Mt. 5:27-29).

El tercer elemento humano que ofrece al alma una vía para la tentación es **la vanagloria de la vida**. Tal **vanagloria** es la arrogancia (cp. 1 S. 2:3; 17:4-10, 41-45; Sal. 10:3; 75:4; Pr. 25:14; Jer. 9:23; Ro. 1:30; Stg. 3:5; 4:16) que posiblemente motiva todos los pecados, incluso los deseos de la carne y de los ojos, ya que trata de elevar al yo por sobre todo lo demás (cp. Sal. 10:2, 4; Pr. 26:12; Dn. 5:20; Lc. 18:11-12; Ro. 12:3, 16). **La vanagloria** es la corrupción de las partes más nobles de la esencia de los seres humanos (cp. Sal. 10:2-6, 11; Pr. 16:18-19), su racionalidad y su espíritu creados por Dios para que los disfruten (Gn. 1:26-27). En lugar de aceptar esa realidad con adecuada humildad y gratitud a Dios, los pecadores se exaltan y buscan glorificarse a sí mismos (Ro. 1:22-25).

En **la carne** (sensualidad), la humanidad se desempeña según los deseos básicos de los animales (cp. Éx. 32:1-9, 19-20, 25). Con **los ojos** (codicia), los individuos tratan de tener más que los demás (cp. Lc. 12:16-21). Por medio de la **vanagloria** la humanidad desafía a Dios y de manera arrogante intenta destronar al Soberano del universo (cp. Gn. 11:2-4). No obstante, esa triple matriz de tentación es más una abstracción teológica. Dos de los pasajes más fundamentales en la Biblia, Génesis 3:1-7 y Lucas 4:1-13, apoyan de manera concreta e histórica el modo en que Satanás ha atacado a través de esas vías.

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales (Gn. 3:1-7).

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales, tuvo hambre. Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Jesús, respondiéndole, dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda

palabra de Dios. Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden; y, en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios. Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo (Lc. 4:1-13).

En ambos casos Satanás utilizó la misma tentación triple para atacar su objetivo. Adán y Eva sucumbieron en Génesis 3:6, sumiendo a la humanidad en el pecado: “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella”. El diablo recurrió a los deseos de comida en Eva (**deseos de la carne**), a su ambición de poseer algo atractivo (**deseos de los ojos**), y a su codicia por tener sabiduría (**vanagloria de la vida**). Adán aceptó las mismas seducciones sin protestar y comió del fruto que su esposa le ofreció, y el reino de Satanás ganó su firme posición inicial en la tierra.

En el segundo relato, Satanás usó un enfoque similar cuando trató de arruinar la misión redentora de Jesús (cp. Mt. 16:21-23; Jn. 13:21-30). Recurrió a la humanidad del Señor (su hambre de pan), a sus ojos (su aprecio por el esplendor del mundo), y a su orgullo percibido (su salto desde el pináculo del templo habría abusado de la protección de Dios y le habría dado prestigio adicional cuando aterrizara sano y salvo). Pero las tres estrategias siniestras del diablo fueron frustradas cuando el Señor rechazó cada apelación citando la verdad del Antiguo Testamento (Dt. 8:3; 6:13, 16; cp. 10:20).

No extraña entonces ver que el mundo, bajo el liderazgo de Satanás, sigue atacando a los pecadores por medio de esas tres mismas sendas de tentación. El diablo juega con la corruptibilidad del corazón humano caído a fin de lograr el máximo impacto hacia el mal y el caos en el mundo. Pero los creyentes no son esclavos del diabólico y corrupto sistema del mundo (Ro. 6:5-14; Stg. 4:7; 1 P. 5:8-9; 1 Jn. 4:1-6). Al igual que su Señor que los ha redimido, ellos poseen la capacidad de resistir con éxito las tentaciones de este mundo (cp. Ro. 8:1-13; Stg. 4:7).

DEBIDO A DÓNDE SE ESTÁ DIRIGIENDO EL MUNDO

Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.
(2:17)

La tercera razón porque los creyentes no deben amar **el mundo** se debe a que este **pasa**. El principio de la muerte espiritual que impregna al **mundo** es exactamente lo contrario del principio de la vida espiritual que actúa en el reino de Dios. Por tanto, los muertos vivientes en el mundo están destinados a la muerte eterna en el infierno, pero los cristianos están destinados a la vida eterna en el cielo (Mt. 13:37-50; 25:31-46; cp. Mt. 5:12a; Lc. 10:20; He. 12:22-23; 1 P. 1:3-5).

El verbo traducido **pasa** es una forma del tiempo presente de *paragō* (“desaparecer”). El tiempo presente indica que el mundo ya está en proceso de autodestrucción (1 Co. 7:31b; 1 P. 4:7a; cp. Stg. 1:10; 4:14; 1 P. 1:24). Todo el sistema contiene las semillas de su propia desintegración (cp. Ro. 8:20-21). (Dios destruirá el universo físico al final del milenio y justo antes de la segunda venida de Jesucristo [2 P. 3:10], pero eso no es lo que Juan tenía aquí en mente). El apóstol miraba adelante hacia la destrucción del sistema mundial satánico y a todos los que se aferran a **sus deseos**: sus

ideologías que se oponen a Dios y a Cristo (2 Co. 10:3-5; 2 P. 2:1-17; Jud. 12-15; Ap. 18:21-24; cp. 19:11-21; 20:7-10). Todos ellos se precipitan rápidamente hacia la condenación eterna, como Pablo escribió con relación a los impíos que perseguían a los creyentes tesalonicenses:

Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros) (2 Ts. 1:6-10).

Pablo no afirmó que esos miembros no arrepentidos del mundo dejarían de existir (esa sería una doctrina antibíblica de aniquilación), sino que experimentarían un castigo eterno en el infierno (cp. Mt. 25:46; Mr. 9:43-49; Ap. 20:15). El proceso de autodestrucción del mundo se acelerará y empeorará en los años venideros (cp. 2 Ti. 3:13) hasta que el Señor regrese.

Por otra parte, **el que hace la voluntad de Dios**, aquel que obedece a Cristo y confía en Él para salvación, no tiene nada que temer con relación a la destrucción del mundo (1 Ts. 1:10; 5:9). Es la voluntad de Dios que las personas creen el evangelio, se arrepientan de su pecado, y acepten a Jesucristo como Señor y Salvador (Mr. 1:15; Jn. 6:29; 1 Ti. 2:4-6). Juan había oído antes estas palabras de Jesús: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna” (Jn. 6:40a). Cada persona que ha obedecido esa enseñanza es cristiana y **permanece para siempre** (Lc. 6:46-48; Jn. 8:51; 10:27; 14:21; 15:10; Stg. 1:22-25; 1 Jn. 2:5; 3:24; cp. Sal. 25:10; 111:10).

El apóstol Pablo es un excelente ejemplo de alguien que aprendió lo que significa amar los propósitos de Dios en lugar de las cosas del mundo. En Filipenses 3:3-11 relata su transformación:

Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne. Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos (cp. Hch. 9:1-22; 26:4-23).

Los creyentes deben perseverar en santificación y justicia de igual forma que hizo Pablo: “Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:13b-14). Al hacer esto demostrarán que aman lo que Dios ama y aborrecen lo que Él aborrece. Claramente ya no se dedicarán al sistema del mundo de los incrédulos y evitarán el atractivo continuo del pecado, el cual viene a través de **los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida.**

9. Anticristos y cristianos

Hijos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros. Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. (2:18-27)

Desde que Satanás y sus fuerzas demoníacas se rebelaron contra el cielo ha habido un poder malvado, sobrenatural y opuesto a Dios en el universo (“el mundo de” en 2:15-17). Desde sus primeros capítulos la Biblia muestra que el maligno (cp. 2:13, 14) y todos los que actúan en su reino (Ef. 2:2-3; Col. 1:13) se han opuesto constantemente al plan de Dios (p. ej., la caída [Gn. 3]; el diluvio [Gn. 6:1-13]; la torre de Babel [Gn. 11:1-9]; la aflicción que Satanás le provocara a Job [Job 1:6-2:7]). Como el arquitecto original del plan en contra de Dios, el diablo siempre ha sido el principal ejemplo del espíritu del anticristo y el que fortalece a los innumerables anticristos que le han seguido su guía.

Aunque el término *anticristo* aparece únicamente en las cartas de Juan, la idea que lo expresa aparece varias veces a lo largo de la Biblia (cp. Dn. 7:7s.; 9:26-27; 11:36-39; Mt. 24:15; Mr. 13:6; 2 Ts. 2:3, 8; Ap. 11:7; 13:1-10, 18; 17:1-18). Se trata de una palabra compuesta que translitera el vocablo griego *antichristos*, de *christos* (“Cristo”) y *anti* (“contra” o “en el lugar de”). El término se refiere a cualquier persona que se opone a Cristo, que trata de suplantarle (Mt. 24:24; Mr. 13:21-22), o que lo representa falsamente. Tal oposición siempre ofrece puntos de vista distorsionados y aberrantes acerca de la naturaleza de Cristo (cp. 2 Jn. 7); por ejemplo, se refleja en la declaración definitiva de Juan de que “todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo” (1 Jn. 4:3a).

La Biblia enseña claramente que durante el período de siete años de la futura tribulación (Mr. 13:19) emergerá un hombre como el último anticristo. A través de los siglos ha habido mucho estudio y especulación, tanto por parte de eruditos como de laicos, con relación a quién será este anticristo final. La gente ha propuesto numerosas figuras históricas, entre ellas Nerón y otros emperadores romanos, Mahoma, varios papas, Napoleón Bonaparte, Benito Mussolini y Adolfo Hitler. Tan imprudente especulación siempre ha sido inútil. Cuando el apóstol Juan escribió esta carta afirmó que muchos anticristos ya habían surgido en los breves sesenta años desde Pentecostés, e innumerables más han plagado la Iglesia hasta ahora.

Juan reitera en este pasaje sus anteriores pruebas doctrinales (la evaluación adecuada de la pecaminosidad del hombre y la evaluación correcta de la naturaleza de Cristo como el Dios-hombre) y pruebas morales (amor por Cristo y otros, y obediencia a la Palabra). El propósito de estas pruebas, según lo declara Juan en 5:13, era ayudar a sus lectores a evaluar su verdadera posición delante de Dios: si eran salvos o no. El apóstol entendía que una errónea visión de Cristo los llevaría a la condenación eterna (cp. Jn. 8:24), si no arrepentían ni la corregían. Tan aterradoras consecuencias ponen el asunto en blanco y negro, por lo que Juan lo presentó con tanta franqueza: los falsos maestros de la fe niegan la verdad acerca de Cristo, revelándose a sí mismos como anticristos; por otra parte, los verdaderos maestros afirman (junto con las otras características) la verdad en cuanto a Cristo, revelándose así como verdaderos hijos de Dios.

CARACTERÍSTICAS DE LOS ANTICRISTOS

Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros... ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre... Os he escrito esto sobre los que os engañan. (2:18-19, 22-23, 26)

La combinación de hipocresía engañosa con herejías demoníacas hace a los maestros anticristos doblemente peligrosos cuando de manera intencional intentan introducirse desapercibidos en la Iglesia, maquinando desde antes sus estrategias destructivas (cp. Jud. 4). A fin de advertir a sus lectores, Juan empieza esta sección con una breve introducción de los anticristos, seguida por una descripción de sus características.

SURGIMIENTO DE LOS ANTICRISTOS

Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. (2:18)

De nuevo Juan se dirige a sus lectores como **hijitos** (*paidia*; cp. 2:13), identificándolos como los que pertenecen a la familia de Dios, y aquellos a quienes su Padre desea advertir que había un peligro inminente. Es esencial que los cristianos, en especial los que son menos maduros espiritualmente y, por tanto, más vulnerables, entiendan la grave amenaza que los anticristos representan.

Resaltando aún más la urgencia del tema, Juan recuerda a sus lectores que **ya es el último tiempo**. La frase dice literalmente: “la hora final ya es”, haciendo del orden de las palabras una expresión enfática. **El último tiempo** se refiere a la época actual perversa, una de las dos eras (junto con la venidera) que el Nuevo Testamento bosqueja (cp. Mt. 12:32; Mr. 10:30; Ef. 1:21; He. 6:5). **El último tiempo** comenzó en la primera venida de Jesucristo (cp. 1 Co. 10:11; Gá. 4:4; He. 1:1-2; 9:26; 1 P. 1:20), y concluirá cuando él regrese. (La era por venir abarca todo el futuro, incluso el reino milenial, el reinado terrenal de Cristo durante mil años en que la justicia prevalecerá en el mundo [Is. 9:6-7; 11:2, 6-9; 30:23-26; 35:2-6; 45:22-24; 65:18-23; 66:13; Ez. 34:25; 47:12; Jl. 2:28-32; Am. 9:13; Zac. 14:16-21; 1 Co. 15:24-28; Ap. 20:4; cp. 2 S. 7:16; Mt. 19:28; Ap. 3:21; 5:10]).

La venida de Cristo desató la oposición de Satanás con una intensidad nunca vista antes o después, que resultó en el surgimiento de **muchos anticristos**. Después de tres años de implacable hostilidad

hacia Jesús (cp. Hch. 4:26-28), sus enemigos finalmente lo hicieron clavar en la cruz. Ese mismo espíritu maligno de anticristo ha seguido floreciendo hasta el día de hoy (1 Jn. 4:3).

Este versículo constituye el primer uso de la palabra *anticristo* en el Nuevo Testamento, pero ciertamente no es la primera introducción bíblica del concepto. Según señaló el mismo Juan, sus lectores ya habían oído **que el anticristo viene**. Ya que por las profecías del Antiguo Testamento sabían en cuanto a la venida de Cristo, algunos pudieron haber sabido respecto al anticristo de las mismas fuentes. El profeta Daniel vislumbró a un líder humano, -satánicamente motivado, que vendrá a Jerusalén, impondrá su voluntad, se exaltará por sobre todas las demás personas y dioses, y causará estragos y matanzas (Dn. 7-8; 9:26-27; 11). El **anticristo** final será un personaje grandioso e intimidante, de intelecto superior y habilidades oratorias, que posee avanzada experiencia militar y económica, que se convierte en el dirigente mundial. Como aliado y libertador será tan convincente que Israel firmará un pacto con él como protector de la nación. Después se volverá contra ella y ocupará el trono en el santuario del templo reconstruido, el cual para Israel aún simbolizará la presencia de Dios, y de manera blasfema se presentará al mundo como si fuera Dios. (Para detalles adicionales de las acciones del anticristo, véase Apocalipsis 13 y 17 y mi estudio sobre esos pasajes en *Comentario -MacArthur del Nuevo Testamento: Apocalipsis* [Grand Rapids: Portavoz; véase también Ap. 6:2; 16:13; 19:20).

El profeta Zacarías también vislumbró al futuro anticristo:

Porque he aquí, yo levanto en la tierra a un pastor que no visitará las perdidas, ni buscará la pequeña, ni curará la perniquebrada, ni llevará la cansada a cuestras, sino que comerá la carne de la gorda, y romperá sus pezuñas. ¡Ay del pastor inútil que abandona el ganado! Hiera la espada su brazo, y su ojo derecho; del todo se secará su brazo, y su ojo derecho será enteramente oscurecido (Zac. 11:16-17).

Al final de la era Dios permitirá que surja un pastor perverso (el anticristo), el cual será la antítesis del Buen Pastor. Este individuo será un falso apacentador que no ama a las ovejas, sino que las mata para satisfacer su hambre insaciable. Zacarías lo describe como un hijo de destrucción dedicado a la violencia y la devastación. Aunque su brazo representa su gran fortaleza, y sus ojos representan su inteligencia, está condenado. Dios destruirá a ese anticristo cuando la espada divina de venganza caiga sobre él.

Los lectores de Juan seguramente también habrían sabido del sermón de Jesús en el monte de los Olivos, en que hizo referencia a los mismos acontecimientos relacionados con el anticristo como los ya profetizados en el Antiguo Testamento:

Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes (Mt. 24:15-25).

Los destinatarios de la carta de Juan probablemente también habrían conocido muy bien las palabras de Pablo, escritas cuatro décadas antes, que claramente predicen la venida del anticristo. El apóstol dio estas instrucciones a los creyentes tesalonicenses:

Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia (2 Ts. 2:1-12).

Pablo declaró que tales sucesos culminantes no ocurrirían “sin que antes venga la apostasía”. “Apostasía” es la transliteración de *apostasia* (“una caída”, “un abandono”, “una deserción”). Teológicamente se trata del abandono deliberado de una posición anteriormente profesada. Pero en este contexto la palabra denota más que un simple abandono general de Dios y Cristo. A lo largo de la historia redentora cierta apostasía general siempre ha estado ocurriendo en las iglesias, en congruencia con el espíritu laodiceo siempre actual (Ap. 3:14-16; cp. He. 10:25-31; 2 P. 2:20-22). En realidad, a medida que pasa el tiempo habrá una creciente deserción de la verdad:

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad (1 Ti. 4:1-3; cp. Mt. 24:12; 2 Ti. 3:1-9; 2 P. 2:1-3; Jud. 4, 17-19).

Sin embargo, Pablo escribió a los tesalonicenses acerca de un *evento* único, identificable e histórico: *la* apostasía. Antes de que llegue el día del Señor habrá un acto culminante de reneación dirigido por el hombre de pecado, o hijo de perdición. Ese individuo (el anticristo) desafiará abiertamente el gobierno de Dios y vivirá sin tener en cuenta su ley (cp. 1 Jn. 3:4). Lo único “que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste” (2 Ts. 2:6) es el Espíritu Santo, a quien Dios en su momento perfecto sacará de la situación. Por eso el hombre de pecado y de perdición de Satanás no puede llegar aparte de la programación divina. (Para un análisis más completo de 2 Tesalonicenses 2:1-12, véase *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 2 Tesalonicenses* [Grand Rapids: Portavoz, 2012], pp. 55-74).

PARTICULARIDADES DE LOS ANTICRISTOS

Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros... ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre... Os he escrito esto sobre los que os engañan. (2:19, 22-23, 26)

Los anticristos que se infiltran en la Iglesia y se mezclan entre los creyentes, tratando de destruir a través de propagar mentiras y engaños, son fácilmente identificables por tres características principales. Primera, se apartan de la comunión. Entran a la Iglesia solo para sabotearla, usando a menudo una estrategia sofisticada de falsa enseñanza y mentiras. Pero al final la mayoría se aleja, separándose de los verdaderos cristianos, dejando una senda de destrucción espiritual a su paso, y llevándose inevitablemente a algunos de los débiles.

Algunos de los que permanecen se quedan confundidos y se preguntan si los falsos maestros y sus “convertidos” se llevaron con ellos la verdad cuando se fueron. También podrían estar preguntándose por qué sus hermanos profesos, si realmente habían sido parte de la verdadera iglesia, siguieron tan fácilmente a los anticristos. Al parecer los lectores de Juan estaban haciéndose tales preguntas. Y el apóstol encaró todas esas dudas con la simple declaración: **Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros.**

Juan detalló que si esos maestros y sus partidarios **hubiesen** poseído de veras la vida eterna, **habrían permanecido con nosotros.** Dios permitió, y sigue permitiendo, que mentirosos, engañadores y falsos maestros entren a la asamblea de creyentes a fin de depurarla, porque **salieron para que se manifestase que no todos son de** la comunión. Los desertores dan evidencia clara de su verdadero carácter y su condición no regenerada. Por eso en su plan perfecto Dios usa falsos maestros para sacar de la Iglesia a los falsos creyentes, de manera que no permanezcan en la asamblea como influencias dañinas y corruptoras (cp. 1 Co. 5:6; Gá. 5:9). Él permite que en su propia Iglesia los anticristos hagan su labor siniestra para el bien último de todo el cuerpo (cp. Gn 50:29). De manera sorprendente permitió que un mensajero de Satanás dividiera la iglesia en Corinto con el fin de herir al apóstol Pablo y producirle mayor humildad, confianza y fortaleza (2 Co. 12:7-10). Por supuesto, los falsos maestros son plenamente responsables de sus aborrecibles acciones, ganando para sí mismos el más severo juicio eterno (cp. Jud. 13; 2 P. 2:12). Sin embargo, a pesar del odio que le tienen a Dios sirven al fin divino de purificar a su pueblo. Satanás y todos sus demonios cumplen en última instancia los propósitos soberanos de Dios.

Los verdaderos creyentes no deben temer ninguna influencia fatal de las actividades de los anticristos, porque los hijos de Dios siempre permanecen fieles a la fe y perseveran hasta el fin (Jn. 10:27-30; Fil. 1:6; 1 P. 1:5; Jud. 24-25). Pablo les aseguró a los colosenses que debido a que estaban reconciliados con Dios no desertarían (Col. 1:21-23), y el escritor de Hebreos ofreció una seguridad similar (He. 3:6, 14). Por otra parte, los que se oponen a la verdad o se dedican a la apostasía (cp. Nm. 16:1-35; 22-25; 1 Ti. 4:1-3; 2 P. 2:1-9; Jud. 10-13) no están anclados a la verdad (Mt. 7:26-27; Mr. 4:17; He. 6:4-6), o no tienen verdadera salvación.

La segunda particularidad claramente reconocible de los anticristos es que niegan la fe. De modo específico en este contexto no pasan la prueba cristológica de Juan. El espíritu de anticristo es el del **mentiroso... el que niega que Jesús es el Cristo.** Una visión correcta de Jesucristo (su persona, su obra y su mensaje salvador) es un rasgo esencial de la fe genuina que salva; no se puede salvar nadie

que rechace la revelación bíblica acerca de Cristo (Jn. 8:24; cp. 1:12-13; 3:18, 36; Hch. 4:12; Ro. 10:9-10; 1 Co. 15:1-4). Tampoco hay esperanza para quien confía en alguna idea personal y especulativa en cuanto a quién es Jesucristo (cp. Mt. 16:13-14). La salvación verdadera requiere aceptar a Jesús como el Mesías ungido de Dios (Jn. 1:43-49), afirmar que Él es único Dios-hombre (1 Ti. 2:5; Tit. 2:13), y obedecer las enseñanzas de su evangelio (Mr. 1:15; Jn. 3:36; 15:10).

Como en otras partes de esta carta y de su evangelio (1:3; 4:2-3, 9-10; cp. Jn. 1:1, 14; 5:23; 10:30; 12:45; 14:7-10), Juan resalta la inseparable igualdad divina con relación **al Padre y al Hijo**, señalando que **es anticristo el que niega** a ambos. Además, hace hincapié en este punto al aseverar que **todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre** (cp. 4:2-3). A pesar de sus afirmaciones de lo contrario, quienes niegan la deidad de Jesucristo no conocen a Dios (cp. Mt. 11:27; Lc. 10:16; Jn. 5:23; 15:23-24; 2 Jn. 9).

Cualquier negación, desviación o distorsión del punto de vista bíblico de Jesucristo (su encarnación [Mt. 1:18-25; Jn. 1:14] y que es tanto Hijo de Dios [Mr. 1:1] como Hijo de hombre [Jn. 9:35-37], el Profeta [Dt. 18:15, 18], Sacerdote [He. 4:14-5:10], Rey [Is. 9:7; Jn. 12:12-15], y Redentor prometido [1 Co. 1:30; Gá. 3:13; 4:4-5; cp. Is. 59:20]) constituye el espíritu de anticristo.

Una visión igualmente intolerable, y más común en la época de Juan en que el incipiente gnosticismo amenazaba a la Iglesia, es negar que Cristo (que nació, vivió, murió, resucitó y ascendió como hombre real) vino en carne humana (cp. Fil. 2:5-9; Col. 2:9). En su segunda carta, Juan escribió: “Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo” (v. 7). Esa percepción hereje de Cristo décadas más tarde se convirtió en un principio fundamental del gnosticismo. Su filosofía antibíblica percibía un “Cristo espíritu”, un ser sobrenatural etéreo pero poderoso que descendió sobre un hombre llamado Jesús en su bautismo y lo dejó justo antes de su muerte. Por tanto, el “Cristo espíritu” no era totalmente humano, sino que tan solo habitó temporalmente en un hombre por el cual ese espíritu, antes de partir, demostró poder y sabiduría extraordinarios.

Tercera, por naturaleza los anticristos tratan de confundir a los fieles. Juan advirtió a sus lectores que les había **escrito esto** acerca de **los que los engañan**. Los falsos maestros persisten en tratar de descarriar a los santos, pero en última instancia no pueden lograr que los creyentes abandonen la fe. Con relación a esos esfuerzos inútiles, Jesús manifestó: “Se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:24; cp. Jn. 10:4-5). Ellos pueden confundir la simplicidad de la devoción de los creyentes con Cristo (cp. Gá. 1:6-9; Col. 2:4-5, 16-19), manipularle su confianza espiritual (cp. 1 Ti. 6:3-5a), hacerles dudar de la suficiencia de la Palabra (2 Ti. 3:16-17; cp. Col. 2:20-23) y lograr que se confundan o estén inseguros de las doctrinas clave (Gá. 3:1), pero no pueden quitarles la fe que los aferra a Cristo ni la vida eterna que pertenece a los que de veras son elegidos y regenerados (Jn. 10:27-29).

CARACTERÍSTICAS DE LOS CRISTIANOS

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad... Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como

la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. (2:20-21, 24-25, 27)

En oposición a los anticristos están los verdaderos cristianos que son creyentes comprometidos con la verdad. En su segunda carta, Juan escribió a la Iglesia: “Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad” (v. 4a); y de nuevo en su tercera epístola animó a sus lectores con lo siguiente: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (v. 4). La descripción que el apóstol hace de los cristianos como los que caminan en la verdad (cp. 2 Co. 4:2; Ef. 6:14; 1 Ts. 2:13) está en clara distinción con los anticristos que propagan mentiras espirituales. Al final, existen dos razones obvias de por qué los cristianos no van por mal camino: aceptan la fe, y se mantienen fieles a ella.

LOS CRISTIANOS ACEPTAN LA FE

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. (2:20-21, 27)

Los falsos maestros que amenazaban a los lectores de Juan empleaban los conceptos para conocimiento y unción con el fin de describir su experiencia religiosa. De modo arrogante se veían como si poseyeran una forma elevada y esotérica de conocimiento divino, y como los receptores de una unción especial, secreta y transcendental. Eso los llevaba a creer que estaban enterados de la verdad que los no iniciados no poseían. La respuesta de Juan, que era a la vez una refutación de los anticristos y un consuelo para los creyentes, estaba afirmando que en realidad todos los verdaderos cristianos tienen **la unción del Santo**.

Puesto que los creyentes han recibido esa unción, tienen el verdadero -conocimiento de Dios que viene exclusivamente a través de Jesucristo (2 Co. 4:6), “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3). No necesitan ningún conocimiento secreto, especial, o visión transcendente y esotérica. **Unción** (*chrisma*) literalmente significa “ungüento” o “aceite” (cp. He. 1:9). En este texto se refiere de modo figurado al Espíritu Santo (cp. 2 Co. 1:21-22), quien ha venido a morar en los creyentes a instancias de Jesucristo, **el Santo** (cp. Lc. 4:34; Hch. 3:14), y revela a través de la Biblia todo lo que necesitan saber (Jn. 14:26; 16:13; 1 Co. 2:9-10).

En el versículo 21 Juan reitera que los creyentes tienen verdadero conocimiento de Dios al decir que **no les ha escrito como si no conocieran la verdad, sino porque la conocen**. Entonces concluye el versículo con la declaración axiomática de que **ninguna mentira procede de la verdad** (algo no puede ser verdadero y falso al mismo tiempo). Ya que el Espíritu les enseña a los cristianos a conocer la verdad, estos pueden reconocer el error doctrinal por lo que en realidad es (cp. 1 Co. 2:10-16). El apóstol escribió como lo hizo porque sus lectores ya conocían el evangelio y sus verdades acompañantes, y comprenderían la apelación que les hacía a la exclusividad de la verdad bíblica. (Para un estudio básico de la incompatibilidad de la verdad con el error, véase John MacArthur, *¿Por qué un único camino?* [Grand Rapids: Portavoz, 2004], pp. 77-84; cp. Jn. 14:6; Hch. 4:12; 2 Co. 6:14-18; Gá. 1:6-9; 2 Jn. 9-11).

El versículo 27 reitera la verdad de que **la unción** [el conocimiento de la verdad otorgado por el Espíritu] **que** los lectores de Juan recibieron **de él** [Cristo] **permanece en ellos**. Los creyentes poseen la verdad; la cual reside permanentemente en ellos (Jn. 4:16-17; Ro. 8:9; Ef. 1:13), y ya **no** tienen

ninguna **necesidad de que nadie** se la enseñe. Y puesto que la verdad de Dios es suficiente (Sal. 19:7-14; 2 Ti. 3:16-17) e incompatible con el error, su **unción misma les enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira.**

Cuando el apóstol aseveró que los creyentes no necesitan otros maestros, no estaba abogando por un antiintelectualismo místico que rechaza a todo maestro humano. Al contrario, el Señor ha dado a la Iglesia pastores, ancianos y maestros piadosos “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4:12; cp. v. 11; 1 Co. 12:28). El planteamiento de Juan es que los creyentes no deben confiar en sabiduría humana o filosofía centrada en el individuo (cp. 1 Co. 1:18-2:9; Col. 2:8), sino en la enseñanza de la Palabra de Dios por parte de maestros humanos dotados por el Espíritu y en la obra iluminadora del Espíritu Santo.

LOS CRISTIANOS PERMANECEN FIELES

Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros -permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. (2:24-25)

Aunque Juan sabía que las verdaderas ovejas no podían perder la salvación (Jn. 10:27-29; cp. 1 P. 1:5), exhortó a su audiencia a perseverar, a dejar que **lo que** [la verdad] habían **oído desde el principio** permaneciera en ellos. A los creyentes se les manda perseverar activamente en la verdad porque este es el medio de gracia por el que son santificados (Jn. 8:31; 1 Co. 15:1-2; Fil. 2:12-13; Col. 1:22-23; 2 Ti. 3:14) al igual que la fe es el medio por el que son misericordiosamente justificados (Ro. 3:24-26). La palabra traducida **permanezca, permanece y permaneceréis** viene de *menō*, que se refiere a una acción continua de perdurar (cp. su uso en Jn. 6:56; 8:31; 14:17; 15:4, 9-10; 1 Co. 13:13; 2 Ti. 3:14). Los que perduran en lo que han **oído desde el principio** demuestran que esa realidad **permanece en ellos, y también** que ellos permanecen **en el Hijo y en el Padre** (1 Jn. 3:17; 4:13).

El premio final para quienes permanecen fieles es desde luego **la vida eterna**. Con relación a sí mismo, el verdadero Pan de vida, y a quienes están espiritualmente unidos a Él, Jesús prometió:

De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente (Jn. 6:53-58; cp. 14:1-6; 2 Ti. 1:1; Tit. 1:2; 3:7; 1 P. 1:3-5; Jud. 21).

La diferencia entre los anticristos y los cristianos es absolutamente clara. Los anticristos niegan la fe, apartan de la fe, y tratan de engañar a los fieles. Por otra parte, los cristianos afirman la fe y permanecen fieles hasta el final (no pueden ser engañados permanentemente). La Confesión de Fe de Westminster establece lo siguiente con relación al entendimiento de la verdad y la perseverancia:

Las cosas contenidas en las Escrituras, no todas son igualmente claras ni se entienden con la misma facilidad por todos; sin embargo, las cosas que necesariamente deben saberse, creerse y guardarse para conseguir la salvación, se proponen y declaran en uno u otro lugar de las

Escrituras, de tal manera que no solo los estudiosos, sino aun los que no lo son, pueden adquirir un conocimiento suficiente de tales cosas por el debido uso de los medios ordinarios (I:VII).

A quienes Dios ha aceptado en su Amado, y que han sido llamados eficazmente y santificados por su Espíritu, no pueden caer ni total ni definitivamente del estado de gracia, sino que ciertamente han de perseverar en él hasta el fin, y serán salvados eternamente (XVII:I).

Todos los cristianos pueden tener consuelo eterno en la verdad de esas palabras.

10. La esperanza purificadora

Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él. Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. (2:28—3:3)

En 1 Corintios 13:13 se mencionan las tres virtudes de referencia del cristianismo bíblico: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”. De estos tres temas frecuentemente estudiados, la “fe” y “amor” han suscitado el mayor debate entre los creyentes; mientras que a la “esperanza”, al menos en comparación, a menudo la hemos ignorado o descuidado. Sin embargo, al igual que la fe y el amor, la esperanza no solo es un concepto bíblico fundamental sino la realidad principal hacia la cual señalan todas las demás, realidad que todos los cristianos deben entender en su profunda riqueza y pleno significado con el fin de conservar una perspectiva correcta y verdadera con relación a esta vida y a la siguiente.

El concepto de esperanza espiritual es análogo a encender una luz resplandeciente en un lugar oscuro. Al instante ilumina nuestras perspectivas, nos anima el alma, y nos produce gozo en el corazón. La esperanza aporta vida y felicidad a este mundo manchado por el pecado y lleno de muerte (cp. Sal. 146:5; Pr. 10:28; Ro. 5:1-2; 12:12; 15:13; Gá. 5:5; 2 Ts. 2:16; He. 3:6). Sin embargo, es muy lamentable que la mayor parte de la gente no sepa nada de las ventajas y privilegios que produce esa verdadera esperanza. Los incrédulos simplemente no cuentan con ninguna “segura y firme ancla del alma” (He. 6:19). Es más, lo único que poseen son vanas fuentes de seguridad: cuestiones tales como narcóticos, alcohol, sexo, diversión, materialismo, relaciones a nivel superficial, además de un deseo centrado en el hombre para un futuro mejor. Pero todas estas falsas esperanzas solo son espejismos espirituales que se desvanecen al instante cuando esta vida termina (Job 8:13; 27:8; 31:24-28; Pr. 10:28; cp. Ef. 2:12). “Esperanza”, para el mundo, es un simple deseo

basado en un anhelo o un plan, pero no cimentado en las promesas del Dios que siempre declara la verdad y que es fiel a toda su Palabra. La esperanza bíblica no es un deseo sino una realidad futura absoluta garantizada por el Señor.

La desesperanza del mundo está en marcado contraste con la esperanza genuina y duradera que Dios ofrece. Así instruyó Pablo a los romanos:

Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Ro. 8:22-25).

Sin lugar a dudas, las alegrías actuales de la salvación no pueden compararse con el gozo definitivo y sin par que garantiza la esperanza divina para el futuro, cuando la salvación se efectúe plenamente. Por ejemplo, la continua batalla contra el pecado que los cristianos experimentan aquí (Ro. 6:6, 12, 19; 7:24-25; 8:4-6, 12-13; 2 Co. 7:1; Gá. 3:3; 5:24; Fil. 3:3) terminará para siempre cuando lleguen al cielo (Ro. 8:30; 13:11; 2 Ti. 2:10; cp. Sal. 73:24). Además de estar libres de pecado, los creyentes también recibirán cuerpos perfectos y glorificados que Dios ha preparado para ellos (Ro. 8:23; 1 Co. 15:43; Fil. 3:20-21; cp. 2 Co. 3:18), cuerpos que complementarán sus almas ya redimidas.

Es bueno en esta vida poder sentir el gozo que viene del perdón del pecado (Sal. 32:1-2; Mt. 9:2; Lc. 5:20; Col. 2:13), de conocer el poder del Espíritu que mora en nosotros, de ver su fruto en nuestra vida (Gá. 5:22-23), de experimentar oraciones contestadas (1 Jn. 5:14-15), y de participar en la comunión espiritual (Sal. 133:1; He. 10:25), la adoración (Sal. 34:3), y el servicio espiritual (cp. 2 Co. 8:1-7); pero todo ese deleite está muy lejos del gozo definitivo que los santos disfrutarán cuando Dios cumpla para siempre las promesas que forman la esperanza que conservan.

Puesto que la gloria eterna — la meta de la esperanza — es la razón del plan y el propósito salvador de Dios, la Biblia expone una teología completa de esperanza que en primer lugar encuentra su inicio en el Dios inmutable, que no puede hablar nada más que la verdad. El salmista declaró: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Sal. 43:5; cp. 78:7). Las promesas divinas en cuanto a cuidado (1 P. 5:6-7), protección (Sal. 121:8; Jud. 24), guía (Sal. 23:3) y sustento (Fil. 4:19) tienen como propósito que los creyentes puedan confiar plenamente en Dios con relación a las promesas que ha hecho para el futuro.

La esperanza cimentada en la Deidad inmutable y eterna es segura y absolutamente firme. En el saludo de su carta a Tito, el apóstol Pablo se refiere a “los escogidos de Dios... en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (1:1-2). Dios, quien siempre es veraz (Nm. 23:19; Dt. 32:4; Sal. 89:14; Is. 65:16), registró en su libro de la vida antes de la fundación del mundo los nombres de todos aquellos que creerían y recibirían la esperanza de vida eterna (Ap. 13:8; 17:8; 20:12; cp. Mt. 25:34; Ef. 1:4; Fil. 4:3). Tan cierta es esa esperanza que el autor de Hebreos pudo escribir que la “tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (He. 6:19-20). No hay un ancla de esperanza más confiable o segura que la que reposa en Cristo y su obra terminada (cp. Col. 1:23, 27; 2 Ts. 2:16; Tit. 1:2).

Segundo, la esperanza es un regalo de la gracia divina; no es algo que podamos ganar. Pablo ofreció estas palabras de bendición a los tesalonicenses: “Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y *buena esperanza por gracia*, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra” (2 Ts. 2:16-17, cursivas añadidas).

Tercero, la auténtica esperanza se revela en la Biblia. Romanos 15:4 afirma que “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. Al ser inspirada (2 Ti. 3:16; 2 P. 1:21) e infalible (Sal. 119:160; Jn. 17:17; cp. Dn. 10:21a; Stg. 1:18a) la Palabra de Dios, la Biblia, está llena de promesas dadas por Dios, garantías divinas en las que los creyentes pueden tener confianza plena. El salmista, a pesar de sus pruebas y dificultades, aprendió a vivir en esa expectativa: “Desfallece mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra” (Sal. 119:81; cp. v. 49).

Cuarto, la esperanza es razonable y justificable. La esperanza que el creyente tiene en alcanzar perfección santa, recibir un cuerpo redimido, y adorar y regocijarse eternamente con Cristo en el cielo no es un anhelo irrealista e ilusorio. Es una esperanza justificable porque viene de un Dios confiable y veraz que la reveló en su Palabra (Col. 1:5). De ahí que Pedro instara a sus lectores: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15).

Quinto, la resurrección corporal de Jesucristo de la tumba asegura la esperanza de los cristianos. El apóstol Pedro ya había dado testimonio de esta verdad en su primera epístola: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 P. 1:3; cp. v. 21). El monumental e histórico hecho de la resurrección aseguró verdadera esperanza para todos los que alguna vez creerían (1 Co. 15:1-4; cp. vv. 20-28, 50-54). Así le declaró Jesús a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Jn. 11:25-26; cp. Job 19:25-26; Sal. 16:10).

Sexto, la esperanza se confirma y activa en los creyentes por medio del Espíritu Santo. Pablo escribió a los romanos: “El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Ro. 15:13). De manera sobrenatural el Espíritu pone en los creyentes una actitud esperanzada en anticipación de la justicia celestial que disfrutarán (Gá. 5:5). Además, el Espíritu sirve como garantía y sello divino de la esperanza del creyente, que asegura que lo que Dios ya empezó en el presente lo llevará a un pleno y glorioso cumplimiento en el futuro (Ef. 1:13-14).

Séptimo, la esperanza defiende a los santos contra los ataques de Satanás. Pablo incluyó la esperanza como parte importante de la armadura espiritual que los creyentes deben usar en la guerra inevitable contra el enemigo. En 1 Tesalonicenses 5:8, el apóstol declaró: “Nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo” (cp. Ef. 6:17). Satanás y sus fuerzas tratan de asestar en los creyentes golpes contundentes de duda y desánimo. Pero cuando el pueblo de Dios usa el yelmo de la salvación, que es la esperanza, disponen de protección contra esos ataques satánicos.

Octavo, la esperanza también se confirma a través de las pruebas. Puesto que los creyentes tienen esperanza, ni siquiera las adversidades y los sufrimientos más severos los separarán del resguardo seguro en las manos de Dios. El estímulo de Pablo a los cristianos romanos ilustra este punto:

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro. 8:31-39; cp. 1 Ts. 5:9).

En realidad, las pruebas no solo confirman la verdadera esperanza; sirven para fortalecer y perfeccionar ese sentido de esperanza y expectativa celestial (cp. Stg. 1:2-12; 1 P. 1:6-7).

Noveno, la esperanza es la fuente de mayor gozo y bendición para el creyente. El salmista declaró jubiloso: “Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios” (Sal. 146:5; cp. Jer. 17:7). Debido a quién es el Dios soberano, y a lo que hace por los suyos, nada puede reemplazar la esperanza en Él como fuente de gozo duradero. Los que esperan en Él pueden soportar las circunstancias más difíciles de esta vida sin perder el gozo. Después de todo, por incierta que parezca esta vida, Dios siempre sigue siendo igual: el Rey todopoderoso del universo y Padre amoroso de sus hijos, a quienes llevará a la gloria plena. En consonancia con el propósito del Padre, el Hijo amparará a todos los que el Padre le da y los resucitará “en el día postrero” (véase Jn. 6:39-40) a la gloria eterna.

Una décima característica de la esperanza es que elimina el temor a la muerte. Aquellos que son realmente salvos están muy conscientes de sus violaciones pecaminosas de la santa ley de Dios (Sal. 25:11; 38:3-4; 51:3-4; 69:5; Ro. 7:17-24; 1 Ti. 1:15; cp. Is. 6:5) y de la gravedad y permanencia terrenal de las respectivas consecuencias (cp. Gn. 3:7-24; Ro. 5:12; 1 Co. 6:9-11; Gá. 6:7-8). Pero en el momento de la salvación sus pecados son perdonados, reciben vida eterna y, aunque obtienen mayor sensación de pecado, pierden el temor a la muerte como juicio divino. Los creyentes podrían no sufrir el dolor y el sufrimiento que puede acompañar a la muerte (de ahí el mandato bíblico de confiar en Dios y no estar ansiosos; cp. Sal. 55:22; Jon. 2:7; Fil. 4:6). Sin embargo, poseen una esperanza que elimina el aguijón final de la muerte, el cual es parte del castigo para aquellos que rechazan la ley de Dios. Al igual que Pablo, los creyentes pueden esperar la muerte con gozo, porque el Salvador ha satisfecho la pena de muerte para todos los que creen:

Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Co. 15:54-57; cp. Col. 1:5, 22-23, 27).

Por último, todas las gloriosas facetas de la esperanza cristiana se consumarán cuando Jesucristo regrese (1 Co. 1:8; Col. 3:4; 1 Ts. 3:13; 5:23; He. 9:28). Su regreso (refiriéndose ampliamente al arrebatamiento y a la Segunda Venida) abarcará todo lo que los creyentes esperan, incluso cuerpos glorificados resucitados (1 Co. 15:50-52; 1 Ts. 4:13-18), el privilegio de reinar con Cristo en su reino terrenal (2 Ti. 2:12; Ap. 20:4), y el recibimiento de la recompensa eterna (2 Ti. 4:8; Ap. 22:12). La

esperanza del creyente no se cumplirá totalmente hasta el momento de la resurrección; entonces se consumará por completo en la segunda venida de Cristo, y continuará en su pleno esplendor durante toda la eternidad. De ahí que Pablo pudiera escribir que los santos están continuamente “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13; cp. 1 Ts. 4:16-18; 1 P. 1:3-5).

Como debería estar claro ahora, la esperanza no solo es fundamental para la doctrina cristiana y la confianza del creyente, sino que también tiene inmensas implicaciones éticas. La verdadera esperanza purificará las vidas de quienes la poseen (3:3), y por tanto confirmará que son cristianos. Este es uno de los temas principales de los escritos del apóstol Juan, sobre todo en este pasaje.

En esta carta Juan ya ha presentado pruebas doctrinales y morales que pueden determinar nuestra verdadera condición espiritual, y en esta sección profundiza aún más en la prueba moral (ética). Las creencias ortodoxas acerca de la naturaleza del pecado y de la persona de Cristo, la presencia práctica de la obediencia y el amor sinceros, y ahora una búsqueda personal de pureza y santidad, son evidencias todas de que el individuo tiene verdadera esperanza eterna.

Este pasaje contiene cinco perspectivas que definen y clarifican aún más la esencia de la esperanza bíblica: es asegurada por permanencia, se manifiesta por la justicia, se establece por el amor, se cumple por la semejanza a Cristo, y se caracteriza por la pureza.

LA ESPERANZA ES ASEGURADA POR LA PERMANENCIA

Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. (2:28)

La contundente partícula *nun* (**ahora**) presenta una nueva sección y claramente indica un salto de párrafo. (También sugiere firmemente que a pesar de las modernas divisiones de capítulos en el texto, el capítulo 3 debería comenzar en este punto). El anciano apóstol Juan vuelve a elegir uno de sus favoritos términos pastorales, **hijitos**, para dirigirse a sus lectores. Esa palabra abarca a creyentes en todos los niveles de madurez (2:12; 3:7, 18; 4:4; 5:21; Jn. 13:33; cp. Ro. 8:16-17; 1 Co. 4:14; Gá. 4:19; Ef. 5:1; Fil. 2:15; 1 P. 1:14; 1 Jn. 3:1-2) y expresa su continuo cuidado y perenne preocupación paternal por los destinatarios de esta carta (cp. 2:12).

Permaneced se traduce de una forma del verbo *menō*, que significa “morar” o “mantenerse”. Se trata de un término que el apóstol Juan usa con frecuencia en sus escritos del Nuevo Testamento; por ejemplo, aparece casi una docena de veces solamente en Juan 15. Allí Jesús dio instrucciones a los once apóstoles (Judas ya había dejado el grupo; Jn. 13:27-31): “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn. 15:4; cp. vv. 6, 7, 16). Al inicio de este segundo capítulo, Juan se vuelve a enfocar en la importancia de permanecer en Cristo y en el significado general de los aspectos de permanecer: “El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano” (v. 6; cp. vv. 10, 14, 19, 24, 27). Ni Cristo ni Juan se referían a alguna experiencia espiritual mística y elitista. Los creyentes tienen el mandato de perseverar diariamente y sustentar su fe en el evangelio y en el Cristo del evangelio (1 Co. 16:13; Gá. 6:9; Fil. 1:27; Col. 1:10, 22-23; 2 Ti. 3:14; He. 10:23; 2 P. 3:18; cp. Sal. 73:24; 138:8; Pr. 4:18). A fin de hacer eso, deben seguir amando y obedeciendo la Biblia, sometiéndose a la dirección del Espíritu Santo, y manteniéndose comprometidos a la verdad que recibieron primero (cp. 4:12-13, 15-16; 2 Jn. 2, 9). Tal permanencia excluye el hecho de aferrarse a un patrón habitual de pecado (véase el comentario sobre 3:6, 9, 14-15, y 17 en los próximos dos capítulos de esta obra).

El mandato del apóstol para los verdaderos cristianos: **permaneced en él** refuerza la declaración de Jesús: “El que persevera hasta el fin, éste será salvo” (Mt. 24:13). Las palabras de Juan también son coherentes con la exhortación de Pablo a los colosenses a fin de que continúen en la fe:

Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro (Col. 1:21-23).

Nadie que profesa creer en el evangelio pero luego abandona de modo permanente la fe posee vida eterna. A principios de esta carta Juan escribió: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (2:19). Solo aquellos que permanecen fieles al Señor y su Palabra, y dan evidencia de los frutos de justicia (5:1-5, 10; Mt. 7:17-18; 12:33, 35; Jn. 3:21, 36; 13:35; 2 Co. 5:17; Gá. 5:22-23; 6:7-8; Ef. 5:9; Stg. 2:14-26; cp. Is. 3:10; Jer. 17:9-10) por el poder interior y la presencia del Espíritu (cp. Ro. 8:9; 1 Co. 3:16; 6:19; Gá. 4:6) son realmente salvos. Así lo declaró Juan anteriormente en este capítulo:

Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna (2:23-25).

La Biblia enseña las verdades complementarias de que los verdaderos cristianos perseverarán en su fe, y que Dios los mantendrá eternamente seguros. Sin lugar a dudas, el Señor sostiene con seguridad a los suyos. Jesús lo explicó de este modo:

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn. 10:27-29; cp. Ro. 8:38-39; 1 Co. 1:8-9; Jud. 24-25).

Sin embargo, esa maravillosa realidad no exime a los creyentes de la responsabilidad de perseverar en su fe y permanecer en Cristo (cp. Fil. 2:12-13; Jud. 20-21).

En realidad, las verdades aparentemente opuestas de la seguridad eterna y la perseverancia obran juntas en perfecta armonía. No se trata de algo distinto a la salvación cuando de forma soberana Dios salva a pecadores, pero no aparte de la fe personal que estos tengan; o de algo distinto a la santificación en que de manera sobrenatural Dios conforma a los creyentes a semejanza de su Hijo, pero no aparte de la obediencia que muestren. En la vida cristiana, Dios siempre proporciona el poder y los medios para que los creyentes ganen la batalla espiritual. De ahí que Jesús le dijera a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lc. 22:31-32a). Además, Pablo alentó a los corintios con esta promesa divina: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Co. 10:13; cp. Jn. 17:15; He. 2:18). Pero los creyentes también deben perseverar activamente; deben pelear “la buena batalla de la fe” (1 Ti. 6:12), sabiendo que es

“bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman” (Stg. 1:12). Tal vez en ninguna parte de la Biblia se expresa más claramente el equilibrio entre la obra de Dios y la del creyente que en las palabras de Pablo a los filipenses: “Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (2:12-13; cp. Col. 1:29).

Como ya se indicó, un aspecto importante de la esperanza cristiana es que esta terminará cuando Jesucristo venga otra vez, lo cual brinda a los creyentes un fuerte incentivo para llevar una vida piadosa (3:3; cp. Col. 3:4; 1 Ti. 6:14; 2 Ti. 4:8; 2 P. 3:14). **Cuando Cristo se manifieste**, los santos fieles tendremos **confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados**. La manifestación de Cristo se refiere en particular a la reunión de la Iglesia en el arrebatamiento (cp. Jn. 14:1-6; 1 Co. 15:51-54; 1 Ts. 4:13-18) y a las actividades que seguirán al tribunal de Cristo (cp. 1 Co. 4:5; 2 Co. 5:9-10). **Confianza** se traduce de una palabra griega (parrēsian) que significa “franqueza” o “libertad de expresión”. En otras partes del Nuevo Testamento se refiere al valor de los creyentes para acercarse a Dios (He. 4:16; 10:19; 1 Jn. 3:21; 5:14). En este versículo indica una seguridad que se deriva de una vida santa de permanecer en Cristo (cp. Ef. 5:27; Col. 1:22; 1 Ts. 3:13; 5:23). En cambio, los cristianos nominales, que en realidad son incrédulos, se alejarán **de él avergonzados** porque no son verdaderos hijos de Dios (Mt. 13:20-22; cp. Jn. 8:31; 15:6; He. 3:6, 12; 6:4-6; 10:39), y su hipocresía se habrá evidenciado por el hecho de que no perseveraron en la fe que inicialmente profesaran.

Por la gracia soberana de Dios, los creyentes son salvos y santificados, y esa misma gracia poderosa los conducirá en la resurrección hasta la recompensa eterna **en la venida** del Señor (Tit. 2:11-14; Ap. 22:12).

LA ESPERANZA SE MANIFIESTA POR LA JUSTICIA

Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él. (2:29)

El nuevo nacimiento está inevitable y necesariamente acompañado de justicia (cp. Ro. 6:4; 2 Co. 5:17; Ef. 2:10; 4:24). Del mismo modo, todos los que profesan ser salvos pero que no manifiestan ningún fruto tangible de justicia prueban que realmente no se les ha perdonado y que tienen una esperanza vana (cp. Lc. 6:43-44; Stg. 2:26). Tales individuos no pueden hacer ningún reclamo legítimo de las promesas eternas, ya que sus vidas delatan un corazón que todavía no está regenerado.

Es importante comprender los distintos significados de las palabras traducidas **sabéis** en este versículo. La primera vez que aparece viene de *oida* y tiene el sentido de percibir una verdad absoluta, mientras que la segunda vez (de *ginoskō*) expresa “conocer por experiencia”, “reconocer” o “llegar a percibir”. El apóstol Juan afirma en primer lugar que los creyentes que saben **que Dios es justo** pueden reconocer **también que todo el que hace justicia** refleja la vida del Señor (cp. 1 P. 1:13-16); es decir, **es nacido de él** (1 P. 1:3; cp. Jn. 3:7 donde se usa el mismo verbo traducido nacer). En consecuencia, Juan insiste en que los verdaderos creyentes no se conocen tanto por lo que afirman sino por el modo en que viven (Ro. 6:18; cp. Lc. 1:6).

Por supuesto, el llamado de Juan a la santidad personal no era un concepto nuevo. El libro de Levítico expone varias veces la norma divina de pureza y justicia (p. ej., 18:4-5, 30; 19:2, 37; 20:7,

26; 22:32). En el Nuevo Testamento, las cartas de Pablo exhortan continuamente a los creyentes a buscar santidad. Romanos 12:1-2 es un ejemplo extraordinario y conocido:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (cp. 2 Co. 7:1; Ef. 5:27; 1 Ts. 4:7; 1 P. 1:14-16; 2:11).

En este versículo el apóstol Juan observa desde el efecto (conducta justa) hacia la causa (el nuevo nacimiento), y muestra que la vida justa (no solamente la profesión exterior) evidencia el hecho de que una regeneración se ha producido de veras (Stg. 2:20, 26; 2 P. 3:11; cp. Ro. 14:17).

LA ESPERANZA SE ESTABLECE POR EL AMOR

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. (3:1)

Juan estaba asombrado por el hecho de que pecadores se conviertan en hijos de Dios por gracia divina. La frase inicial de este versículo, **mirad cuál amor**, refleja el asombro del apóstol. La palabra traducida **mirad** (*idete*) es un mandato y una exclamación que exhorta a los lectores a prestar mucha atención al resto de la declaración. **Cuál** (*potapēn*) es un término poco usado que no tiene paralelo preciso en castellano. Con relación a esta palabra, D. Edmond Hiebert escribió:

El adjetivo traducido “cuán grande” [“cuán”] (*potapēn*) aparece solo siete veces en el Nuevo Testamento y sugiere una reacción de asombro, y por lo general de admiración, al ver a una persona o cosa. La expresión transmite fuerza tanto cualitativa como cuantitativa: “¡Qué amor tan glorioso e inmenso!” (*The Epistles of John* [Greenville, S.C.: Bob Jones University Press, 1991], p. 133; cp. Mt. 8:27; 2 P. 3:11).

Dios ama a los creyentes con un **amor** que es imposible articular en cualquier lenguaje humano, y que es totalmente ajeno a la comprensión y experiencia normal humana. Se trata del amor *agapē*, el amor volitivo de Dios que por su libre decisión sin influencia alguna **nos ha dado** a todos los que ha llamado a creer en Jesucristo para salvación. El Señor lo resumió de esta manera: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13). Y más adelante en esta carta Juan observa:

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados (4:9-10; cp. vv. 16, 19; Jn. 3:16; Ro. 5:8; 8:39; Ef. 2:4; Tit. 3:4).

Esa clase de amor busca, a gran costo para sí mismo, dar de manera libre y espontánea para beneficio de otro, aunque esa persona no sea digna de tal expresión (cp. Dt. 7:7-8).

Ya que todos los atributos de Dios actúan en armonía perfecta, su amor necesariamente funciona en relación con cada uno de sus demás atributos. Él es amor santo (Ap. 4:8; 15:4), justo (Is. 30:18; Ro. 3:26; 1 P. 3:18), misericordioso (Sal. 86:15; Lc. 6:36; 2 Co. 1:3), clemente (Sal. 103:8; 1 P. 5:10), paciente (2 P. 3:9, 15), omnisciente (Sal. 147:5; Ro. 11:33-34), omnipotente (Ro. 1:20; Ap. 19:6), omnipresente (Sal. 139:7-10; Jer. 23:23-24) e incluso irascible (Sal. 7:11; Ap. 19:15). Respecto a la humanidad, el amor de Dios tiene una doble expresión: es general hacia la humanidad perdida (gracia

común; Sal. 145:9; Mt. 5:45; cp. Mr. 10:21a) y específico hacia los creyentes (gracia especial; cp. Jn. 13:1; Ro. 5:8; 8:38-39; 9:13-15; Ef. 5:25). Es este amor específico y único de Dios por los que le pertenecen lo que se erige como uno de los cimientos inquebrantables de esperanza eterna.

En otras palabras, los creyentes pueden vivir en esperanza porque han experimentado el amor de Dios en una manera eterna y salvadora, al haber sido adoptados en la familia divina (Ro. 8:16) y haber sido **llamados hijos de Dios** (Jn. 1:12; cp. 2 P. 1:4). Se convierten en sus hijos tan solo porque Dios les ha otorgado amor generoso, inmerecido y soberano aparte de cualquier cosa que tenga mérito humano. Tal amor es inexplicable en términos humanos. No es de extrañar entonces que **el mundo no** conozca la naturaleza de la relación entre Dios y sus hijos (cp. He. 11:38a), **porque no** la conoce. Quienes están fuera de Cristo no pueden entender (1 Co. 2:15-16; 1 P. 4:3-4) la verdadera esencia y el verdadero carácter de los creyentes, los cuales resplandecen en la semejanza al Padre celestial y su Hijo Jesucristo, el Salvador y Señor de ellos (Mt. 5:16; Fil. 2:15; 1 P. 2:12; cp. 1 Co. 14:24-25). Incluso para los creyentes es un reto “comprender con todos los santos cuál [es] la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Ef. 3:18-19a). Puesto que al haber sido transformados por el Padre que los adoptó los cristianos son intrínsecamente distintos del mundo que los rodea, el Nuevo Testamento los describe de modo adecuado como “extranjeros y peregrinos” (He. 11:13; 1 P. 2:11) y “expatriados” (1 P. 1:1). Se trata de aquellos que en esperanza “anhelaban una [patria] mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (He. 11:16). Después de haberlos declarado justos por la justificación, los está haciendo justos en santificación y perfeccionará esa justicia en glorificación cuando la esperanza se haga realidad.

LA ESPERANZA SE CUMPLE POR LA SEMEJANZA A CRISTO

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. (3:2)

El cielo es atractivo para los creyentes porque allí no solo verán al Señor Jesucristo, sino que también llegarán a ser como Él. Con relación a esa transformación dramática y eterna, el apóstol Pablo escribió:

Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial. Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (1 Co. 15:49-53).

Aunque todos aquellos que ejercemos la fe salvadora en la persona y obra de Cristo **ahora somos hijos de Dios** (cp. Ro. 8:14-18), **aún no se ha manifestado lo que hemos de ser** cuando experimentemos lo que Pablo denominó “la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (8:21). Será entonces cuando el “Señor Jesucristo... transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20-21; cp. Sal. 73:24; Ro. 9:23; 1 Co. 15:42-49; Col. 3:4; 1 Ts. 4:16; 2 Ts. 2:14; 2 Ti. 2:10). Como resultado, **seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.** Dios

ha prometido llevar a cabo una transformación tan importante “porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29). Tal transformación hará perfectamente santos y justos a los redimidos, y con una capacidad pura para adorar y glorificar a Dios por siempre de manera totalmente satisfactoria, gozosa e intacta (cp. Ap. 5:11-14).

Se ha dicho con razón que la imitación es la forma más elevada de alabanza, y esta transformación será un tributo supremo a Jesucristo de que Él es el Jefe único, el *prototokos*, entre muchos que son hechos a su semejanza. Aquellos a quienes el Padre ha elegido para salvación a través del Hijo serán hechos como el Hijo, conformados a la imagen de Cristo. Él será el primero entre su humanidad elegida y redimida que se unirá con los santos ángeles para alabar y glorificar el nombre de Cristo, reflejar su bondad, y proclamar su grandeza, mientras lo adoren sin cesar.

LA ESPERANZA SE CARACTERIZA POR LA PUREZA

Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. (3:3)

La esperanza en el regreso de Cristo determina prácticamente el estilo de vida y la conducta de los creyentes. Cuando **esta esperanza** se ha puesto **en él** produce un creciente anhelo de llegar a ser ahora semejantes a Jesús (Gá. 2:20; Ef. 4:17-32; Col. 3:1-17). Jesucristo es el Señor y Salvador de los santos, quien provee el ejemplo ideal de una vida santa. Él es la meta de las vidas de ellos, el Único a quien deben seguir con creciente diligencia y fervor, así como hizo el apóstol Pablo (Fil. 3:12-14; cp. 1 Co. 9:24-27; 1 Ti. 6:12; He. 12:1). En última instancia debería decirse que cada creyente **se purifica a sí mismo, así como Cristo es puro** (cp. Mt. 5:8; Fil. 4:8; 1 Ti. 1:5; 3:9; He. 9:14; 1 P. 1:22). La idea de purificarse personalmente no significa que los cristianos puedan generar su propia santificación. Más bien hace hincapié en que la obra santificadora del Espíritu Santo no se lleva a cabo aparte de la obediencia del creyente y el uso de los medios de la gracia santificadora. Este es un llamado típico a que los cristianos obedezcan las Escrituras en todos sus aspectos.

Al pensar en el cielo, los creyentes no deberían preocuparse excesivamente con especulaciones acerca de cómo podría ser flotar en nubes o caminar por calles de oro. En lugar de eso, su enfoque principal debería estar en el profundo significado de ser eternamente conformados a la imagen de Cristo. Cuando fijan la esperanza en su Salvador y Señor absolutamente santo y ansían estar con Él y ser como Él en el futuro, sus vidas se afectan positivamente hacia la justicia en la actualidad. En consecuencia, Pablo les declaró a los creyentes en Corinto: “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18; cp. 4:6; 1 Co. 13:12).

El evangelio ofrece a los creyentes un mensaje de esperanza. El apóstol Pedro expresa con elocuencia esta esperanza en el inicio de su primera carta:

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 P. 1:3-5; cp. Fil. 3:20-21).

Pablo reduce su objetivo espiritual a un solo aspecto: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:13b-14). La única meta espiritual dominante que el

apóstol debía buscar (“prosigo a la meta”) era ir tras el “premio” cuando recibió el “supremo llamamiento”. Ese premio es la semejanza a Cristo, según clarifica Juan en este pasaje. La recompensa en la vida venidera (semejanza al Señor) es la búsqueda de todos los creyentes en esta vida.

Aquellos que permanecen en Cristo, manifestando justicia, reconociendo con gratitud el amor que Dios les tiene, siendo cada vez más conformados a imagen de Cristo, e intentando vivir con pureza, pueden estar seguros de que tienen una esperanza que no defrauda. Ni siquiera las peores pruebas de la vida pueden disminuirles la confianza eterna en las promesas de Dios. Es más, mientras los creyentes enfrenten más dificultades en esta vida, más fuerte y brillante se vuelve su esperanza. Tal esperanza es básica para todo pecador redimido delante de Dios:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Ro. 5:1-5).

11. Incompatibilidad del cristiano con el pecado

Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. (3:4-10)

A lo largo de su historia la Iglesia verdadera siempre ha sostenido que la Biblia establece claramente ciertas normas básicas de fe y conducta como características necesarias de la legítima fe salvadora. La afirmación y aceptación del evangelio bíblico, y una vida que se caracteriza por un caminar digno, se han visto correctamente como indicadores confiables de la obra de la Trinidad en el corazón de la persona. Cuando ese fruto está ausente en la vida del individuo, la Iglesia ha dudado y con razón de la profesión de fe que él o ella hayan hecho.

No obstante, en las últimas décadas tal situación ha comenzado a cambiar. Cada vez son más los llamados evangélicos que han minimizado la importancia de la doctrina bíblica, incluso doctrinas tan cruciales como la persona de Cristo y la justificación solo por fe. Por increíble que parezca, algunos se han atrevido a aseverar que los perdidos pueden salvarse sin la participación absoluta de algún conocimiento del evangelio, sosteniendo que si las personas paganas simplemente viven a la altura de las normas religiosas, morales y éticas que poseen, Dios las aceptará. (Véase la crítica a este punto de vista en el capítulo 20 de este comentario). Ya que afirman que casi no existen necesidades doctrinales, difícilmente podría haber algunas relacionadas con la conducta.

El apóstol Juan se habría horrorizado por esa equivocación evangélica actual. Él escribió de modo claro e inconfundible que la fe que salva implica aceptar ciertas doctrinas esenciales (como la Trinidad y la obra sustitutiva de Cristo en la cruz) y resultados en ciertas acciones esenciales que incluyen arrepentimiento del pecado, obediencia a la Palabra, un deseo de caminar como Cristo anduvo (vivir rectamente), amor a los hermanos, y odio por los males del mundo y la carne. Juan y todos los escritores del Nuevo Testamento enseñaron que a menos que una persona crea y practique tales verdades, no es salva, afirme lo que afirme. La mala teología condena, y el mal comportamiento revela mala teología. Sin embargo, a pesar de la inconfundible claridad con que esto se presenta en esta epístola (**todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado** [3:9a]) y en el resto del Nuevo Testamento, un importante segmento representativo del cristianismo contemporáneo sigue sin convencerse y está confundido con relación a la verdad.

Por ejemplo, algunos comentaristas afirman que el apóstol estaba exhortando a cristianos sin ley y con mala conducta a que volvieran a dedicar sus vidas al Señor y que pasaran de su conducta inmadura y carnal a la espiritualidad. De este modo intentan bajar el tono de la carta y hacerla menos definitiva o dura. Pero sus argumentos no explican el claro propósito de Juan para escribir la epístola (en 5:13), que fue permitir que sus lectores se examinaran con el fin de que pudieran saber si la fe que tenían era salvadora. La dicotomía que Juan presenta no es fe más profunda en comparación con una fe más superficial, sino más bien una fe salvadora frente a otra que no salva.

Otros han perdido el significado y la aplicación del pasaje debido a un entendimiento incorrecto de la naturaleza de la fe que salva. Por ejemplo, hay quienes creen que el arrepentimiento no es más que un sinónimo para fe, por lo que no se refiere a volverse del pecado y, por consiguiente, no es necesaria para la salvación. Según este punto de vista, la fe que salva no es más que un mero asentimiento intelectual de los hechos del evangelio. (Pedir a los pecadores que se arrepientan sería pedirles que contribuyeran con una obra para su salvación). Por tanto, la salvación podría no hacer ningún cambio en la doctrina o el carácter de la persona. Incluso un estado de permanente carnalidad (vivir del mismo modo que los que no son salvos) no sería razón suficiente para dudar de la salvación de alguien. (Para un análisis completo de estos temas y una explicación del evangelio bíblico y sus ramificaciones prácticas, véase John MacArthur, *El evangelio según Jesucristo* [El Paso, Tx.: Casa Bautista de Publicaciones, 1991], y MacArthur, *The Gospel According to the Apostles* [Nashville: Thomas Nelson, 1993, 2000]).

Desde luego, ninguna de las posiciones anteriores explica el continuo hincapié del Nuevo Testamento en el arrepentimiento y el fruto que debería esperarse de un corazón que ha experimentado cambio (1:6; cp. Mt. 4:17; 11:20-21; Mr. 6:12; Lc. 5:32; 13:3, 5; 15:7, 10; 18:13-14; 24:47; Hch. 2:38; 3:19; 11:18; 17:30; 20:21; 2 Co. 7:9-10; 2 Ti. 2:25).

Incluso aquellos que han batallado más en serio con el texto a veces han malinterpretado lo que Juan declara acerca de la relación del creyente con el pecado. Los perfeccionistas (por lo general arminianos, que creen que los cristianos pueden perder la salvación) aseveran que los creyentes

pueden vencer poco a poco el pecado hasta quedar totalmente inmaculados. Después de llegar a ese punto, ya no pueden perder la salvación. Pero esto entra en conflicto directo con lo que Juan mismo dice en 1:8: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”.

En un error similar, otros afirman que Juan simplemente quiere decir que la naturaleza regenerada del creyente no puede pecar. No obstante, eso hace de una separación entre la nueva naturaleza regenerada del creyente y su humanidad no redimida (carne, o antigua naturaleza) algo demasiado grande y artificial, y puede conducir a la antinomia ya que el individuo puede llegar a sentirse cómodo con la carne no redimida, no pudiendo hacer nada más que pecar. Todo santo es una persona unificada, tanto con aspiraciones justas como con tendencias pecadoras. El pecado proviene de la carne (Ro. 7:18, 25; cp. Mt. 26:41; Ro. 6:12; 8:3), pero cada creyente debe asumir su propia responsabilidad por sus acciones pecaminosas.

Algunos han tratado de explicar la instrucción que Juan da aquí aseverando que solo está describiendo un objetivo ideal pero irrealizable en la santificación: aunque los cristianos no pueden llegar a ser perfectos en esta vida, al menos pueden luchar por ser inmaculados. El problema principal con esta interpretación idealista es que no encaja en el carácter práctico y realista de la carta de Juan.

Otro punto de vista considera que la declaración del apóstol solo se aplica a pecado voluntario y deliberado por parte de los creyentes. Alguien comentó: “Un creyente no comete pecado, lo sufre”. Pero Juan en ninguna parte del texto describe a los cristianos como víctimas indefensas de iniquidad. Los creyentes pecan porque voluntariamente eligen ceder a la tentación (Stg. 1:14-15).

La histórica posición católico-romana es parecida a este punto de vista en que también divide arbitrariamente al pecado en dos categorías. El catolicismo distingue entre pecados veniales (menos graves) y pecados mortales (los que resultan en condenación eterna). Según Roma, quienes cometen pecados mortales pierden la gracia de la justificación y ya no permanecen en Cristo. No obstante, esa clasificación de pecados es totalmente ajena al Nuevo Testamento.

A pesar de las numerosas interpretaciones de este pasaje, no es difícil tener un verdadero entendimiento de lo que Juan quiere decir. El punto de vista correcto de las referencias del apóstol en cuanto a que los creyentes no pecan se deriva de una precisa comprensión de los tiempos verbales griegos. En este pasaje todos los verbos relacionados con el pecado están en tiempo presente, lo que indica una acción continua y habitual. En otras palabras, Juan no está -refiriéndose a actos ocasionales de pecado, sino a patrones establecidos y -continuos de conducta pecaminosa. Los creyentes a veces pecan (Ro. 7:14-25), incluso de manera voluntaria, pero no pecan ni pecarán de forma habitual y persistente, ni como estilo de vida (cp. Ro. 6:4-14; Gá. 5:24; Ef. 2:10).

Cuando el Espíritu Santo atrae a pecadores hacia Dios, los regenera y les concede vida eterna mediante la fe en Jesucristo, los vuelve a crear (2 Co. 5:17) para obedecer la Palabra, seguir a Cristo, rechazar las tentaciones del mundo, y mostrar en sus vidas los frutos de justicia (Ro. 8:6; Fil. 3:9; Col. 3:2). Todo eso no es más que la verdad fundamental del nuevo pacto (Jer. 31:33; Ez. 36:25-27; He. 8:10; 10:16; cp. Sal. 119:1-5, 9-11, 97-105, 137-140).

La meta permanente de esta epístola es mostrar las pruebas por las cuales la afirmación que una persona hace de la salvación puede ser verificada o rechazada. Juan refuta en el capítulo uno la declaración de los falsos maestros de haber avanzado más allá de cualquier lucha con el pecado (1:8-10). El apóstol sigue dejando en claro en el capítulo dos que sin importar lo que cualquier persona pueda creer, si no obedece los mandamientos de Cristo (2:3) y vive de manera recta (p. ej., demostrando amor [2:9-10]), no es un creyente. En este pasaje Juan refuerza las pruebas de fe que ya

ha establecido. Al hacerlo refuta aún más a los falsos maestros que minimizaban o negaban la importancia del pecado. Nos ofrece tres razones por las que los cristianos trinitarios no practican de modo habitual el pecado: este es incompatible con la ley de Dios, es incompatible con la obra de Cristo, y es incompatible con el ministerio del Espíritu Santo.

EL PECADO ES INCOMPATIBLE CON LA LEY DE DIOS

Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. (3:4)

Las dos definiciones bíblicas más importantes de **pecado** son: “Errar el blanco” (*hamartia*), y “sin justicia” (*adikia*). Integral a ambas definiciones es que el pecado es una transgresión de la ley de Dios. En este versículo Juan equipara explícitamente al pecado con una actitud de anarquía y rebelión contra Dios (Ro. 8:7; cp. Jn. 3:20; 2 Co. 4:4; Ef. 4:18; Col. 1:21). El apóstol sin duda aprendió este principio años antes, durante el ministerio terrenal del Señor, cuando Cristo condenó la teología santurrona de los fariseos:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mt. 7:21-23).

La descripción de Juan no permite excepciones ni duplicidad de normas. **Todo aquel que habitualmente comete pecado, infringe también la ley** (Stg. 2:10-11; cp. Ro. 4:15), condición que caracteriza a todos los que están fuera del reino de Dios (cp. Ro. 1:32; Gá. 5:19-21; Ap. 21:8).

Sin embargo, los creyentes ya no se caracterizan por infringir la ley, sino que han obedecido el mandato de Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc. 9:23). El corazón verdaderamente arrepentido resuelve obedecer la ley de Dios (1 Ts. 2:13), rechaza los deseos carnales (Ro. 13:14; 2 Ti. 2:22; 1 P. 1:14), resiste las tentaciones del mundo (Tit. 2:12), y de buena gana se somete en todo al señorío soberano de Jesucristo (cp. Lc. 6:46). Aquellos a quienes Dios ha transformado para salvación han cambiado la esclavitud al pecado por esclavitud a Dios, según Pablo escribió:

¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia (Ro. 6:16-18; cp. 8:12-14).

Está claro entonces que los creyentes no violan habitualmente la ley de Dios. Mientras que antes permitían que el caos dominara su vida, ahora aman a Dios y desean someterse a Él. La obediencia a la Palabra se vuelve valiosa para ellos, así como lo fue para David:

La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal. Tu siervo es además

amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón (Sal. 19:7-11; cp. 1:2; 40:7-8; 119:97).

EL PECADO ES INCOMPATIBLE CON LA OBRA DE CRISTO

Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. (3:5-8)

Jesús vino a la tierra con el objetivo principal de **quitar nuestros pecados**. Por tanto, es desde todo punto incongruente con la obra redentora de Jesucristo en la cruz que alguien que afirme ser cristiano (que participa de la misma vida de Cristo) continúe en pecado. Hacer eso pasa totalmente por alto la realidad del elemento santificador de la salvación, por el cual los creyentes son apartados del pecado para justicia (1 Co. 6:11; Ef. 5:7-9; cp. 1 Ts. 1:5-9).

Juan recuerda a sus lectores que ellos saben (una forma del verbo *oída*), no por simple información sino por la confianza de la percepción personal, **que Jesús apareció**. El apóstol usa una forma del verbo *phaneroō*, que a menudo en el Nuevo Testamento indica la primera o la segunda venida de Cristo (p. ej., Col. 3:4; He. 9:26; 1 P. 5:4), para referirse al hecho indiscutible de que Señor había venido. Jesús no solo vino a pagar el castigo por el pecado y proporcionar perdón (las doctrinas de propiciación y justificación [Ro. 3:25; 4:25; 5:9, 18; He. 2:17; 1 Jn. 4:10]), sino también **para quitar nuestros pecados**. (**Quitar** es una forma activa pasada del verbo *airō*, que significa eliminar por supresión [cp. Jn. 1:29; Col. 2:14]). Como resultado de la expiación vicaria de Cristo en la cruz, los creyentes han sido apartados del pecado para santidad (cp. Ef. 1:3-4). La anarquía que una vez caracterizó sus vidas ha sido quitada. Puesto que Cristo murió para santificar (es decir, hacer santo) al creyente (2 Co. 5:21; Ef. 5:25-27), vivir de modo pecaminoso es opuesto a su obra de quebrar el dominio del pecado en la vida del creyente (Ro. 6:1-15).

La verdad de que Cristo vino para destruir el pecado no es solo una esperanza futura sino también una realidad actual. Juan no está diciendo simplemente que los creyentes serán liberados del pecado cuando mueran, y que mientras tanto serán tan pecadores como lo fueron antes de su conversión. En la salvación, los creyentes experimentan verdadera limpieza y separación de sus pecados (cp. Ef. 5:26; Tit. 3:5; He. 10:22), lo que en un nivel práctico sigue ocurriendo a medida que se conforman más y más a la imagen de Cristo (cp. 2 Co. 3:18; 1 Ts. 4:1; 2 P. 1:5-11). Tito 2:11-14 resume así los aspectos presentes y escatológicos de la santificación:

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (cp. Ef. 2:10; 1 P. 2:24).

Juan concluye el versículo 5 con la frase **y no hay pecado en él**. Jesucristo es el único absolutamente sin mancha (2 Co. 5:21; He. 4:15; 7:26; 1 P. 1:19), verdad que tiene inmensas ramificaciones prácticas. Juan escribió antes en esta epístola: “Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él” (2:29). En 3:6 el apóstol reitera el principio de que nadie relacionado con Jesucristo para salvación puede seguir viviendo en pecado: **Todo aquel**

que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Años antes Pablo enseñó la misma verdad a los creyentes romanos:

Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado (Ro. 6:4-7; cp. vv. 20-22).

Po otra parte, eso explica a grandes rasgos las provisiones clave del nuevo pacto, de lo que Pablo da más detalles: “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Ro. 6:17-18). El énfasis de las afirmaciones del apóstol está en la santificación, con verdaderos cristianos que poseen el Espíritu Santo (Ro. 8:12-17) y que reciben un corazón nuevo (Hch. 16:14; cp. Ez. 36:26; He. 10:16-17), así como perdón total (Col. 1:14) y una vida transformada (Col. 3:5-10). Todo eso se evidencia en la nueva capacidad que tienen para obedecer la ley de Dios.

De este modo Juan enseña que **todo aquel que peca** (el tiempo presente del verbo vuelve a denotar la acción habitual de desafío y rebelión de un corazón caído) no puede permanecer en Cristo. No es que quienes se convierten en cristianos nunca vuelven a pecar (1:8), sino que no vivirán como lo hacían, porque **todo aquel que peca** de manera constante o habitual según el patrón de los no regenerados, **no le ha visto, ni le ha conocido.**

Juan advierte además a sus lectores que deben asegurarse de que **nadie** los **engañe** con relación a un entendimiento adecuado acerca de la santificación. A pesar de cualquier enseñanza engañosa de lo contrario, solamente **el que hace justicia** puede tener alguna seguridad de que **es justo, como él es justo.**

El Señor Jesús vino a la tierra para quitar los pecados de todos los que confían en él, colocándolos de este modo en la senda de la santificación. En cambio, **el que practica el pecado es del diablo.** *Diabolos* (**diablo**) significa “acusador” o “calumniador”.

La expresión **el diablo peca desde el principio** probablemente se refiere al momento de la rebelión de Satanás contra Dios (cp. Lc. 10:18), porque Dios originalmente lo creó como un ser angelical perfecto (Is. 14:12-14; Ez. 28:12-17). Satanás es el rebelde prototípico, el principal antagonista en contra de Dios, y el gobernador del sistema pecaminoso de este mundo (Ef. 2:2). Debido a que se opuso a Dios y su plan (Gn. 3:1-14; cp. Zac. 3:1; Mt. 4:1-11; 13:19; 1 Ts. 2:18) e instigó la rebelión original contra la ley de Dios, todos los pecadores no salvos son en cierto sentido hijos del diablo (cp. Jn. 8:44; 2 Co. 4:3-4; Ef. 2:1-3).

Juan llega a la conclusión obvia de que debido a que **para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo** (Gn. 3:15; cp. Jn. 12:31; He. 2:14), es imposible e impensable que los verdaderos creyentes sigan mostrando una conducta parecida a la del diablo. Hoy día Satanás sigue oponiéndose a los planes de Dios y a su pueblo (1 P. 5:8), pero los creyentes ya no son hijos del demonio que estén bajo su dominio, ni están obligados a ejecutar **las obras del diablo.**

La frase **las obras del diablo** abarca varias actividades satánicas tales como instigar al pecado y a la rebelión, tentar a creyentes, inspirar ideologías antibíblicas y falsas religiones, perseguir y acusar a los creyentes, instigar la obra de los falsos maestros, y ejercer el poder de la muerte (p. ej., Lc. 8:12; Jn. 8:44; Hch. 5:3; 1 Co. 7:5; 2 Co. 4:4; 10:3-5; Ef. 6:11-12; 1 Ts. 2:18; He. 2:14; Ap. 12:10).

Ninguna de tales **obras** puede en última instancia derrotar a los santos, quienes están libres del dominio del maligno (Col. 1:13).

EL PECADO ES INCOMPATIBLE CON EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO

Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. (3:9-10)

El nuevo nacimiento (ser **nacido de Dios**) personifica la obra del Espíritu Santo:

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu (Jn. 3:3-8; cp. 1:12-13).

A quienes el Espíritu Santo regenera les implanta el principio de vida divina, la cual Juan describe como una **simiente**. Así como un nacimiento humano resulta de una semilla implantada que crece hasta convertirse en una nueva vida física, así también la vida espiritual empieza cuando, en el momento de la regeneración, la simiente divina es implantada por el Espíritu dentro de aquel que cree.

El instrumento mediante el cual el Espíritu concede nuevo nacimiento a los pecadores es la Palabra de Dios. El apóstol Pedro explicó a los lectores de su primera epístola:

Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada (1 P. 1:23-25; cp. Sal. 19:7; 2 P. 1:4).

El nuevo nacimiento es por medio de semilla incorruptible, asegurando así la salvación de creyente para la eternidad e iluminando la mente de tal modo que pueda discernir realidades espirituales (Jn. 14:26; 1 Co. 2:10, 13-14; cp. Is. 40:13-14). Este nuevo nacimiento proporciona a los creyentes la mente de Cristo (1 Co. 2:16) a fin de que puedan entender los pensamientos de Dios. Libera y activa la voluntad esclavizada, anteriormente incapaz de obedecer a Dios, pero que ahora puede hacerlo de modo libre y voluntario (Jn. 6:44, 65; Col. 2:13; cp. Jn. 5:21b). El nuevo nacimiento señala el final de la vida antigua del pecador; aquellos que eran desesperadamente corruptos se convierten en nuevas criaturas en Cristo (2 Co. 5:17), enterrados con Él y resucitados a una nueva vida de justicia (Ro. 6:4; Ef. 4:24). De ahí que Juan vuelva a establecer que el creyente **no puede pecar, porque es nacido de Dios**.

El nuevo nacimiento también es una operación monergista, lo cual significa que solo el Espíritu de Dios puede lograrlo. (No es algo sinérgico, en que el esfuerzo humano representaría alguna parte en el proceso). El lenguaje de Pablo en Efesios 2:1-6 es inconfundiblemente claro a este respecto:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús (cp. Tit. 3:5; Stg. 1:18).

Ya que las personas no regeneradas están espiritualmente muertas, no pueden responder a la verdad divina. Esta doctrina de depravación total — mejor dicho, de absoluta incapacidad humana — no significa que todos los no redimidos sean tan pecadores como posiblemente podrían ser. Más bien significa que sus naturalezas pecadoras caídas afectan cada ámbito de vida y los hacen incapaces de salvarse a sí mismos. Así que el individuo espiritualmente muerto necesita ser vivificado solo por Dios, por medio de su Espíritu. Ese mismo poder impulsa cada aspecto de la vida cristiana (cp. Ro. 6:11-13).

Juan concluye esta sección con este resumen: **En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.** Solo existen dos grupos de personas en el mundo (cp. Pr. 15:9): **los hijos de Dios y los hijos del diablo.** Los primeros exhiben el carácter justo de Dios por medio de la obediencia a la ley divina (cp. Lc. 1:6); los segundos exhiben el carácter pecaminoso de Satanás haciendo caso omiso a la Palabra y pecando de manera habitual (cp. Sal. 36:3; 119:150; Ro. 2:8). Sin importar lo que las personas profesen, o hacia qué ritual o experiencia religiosa pasada puedan estar orientadas, **todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.**

Las últimas frases de esta sección, **y que no ama a su hermano, no es de Dios**, reafirman a los lectores otro aspecto de la prueba moral de Juan para identificar a los verdaderos creyentes, a saber, la prueba del amor (cp. Jn. 13:34-35). Para el apóstol también era obvio que cualquiera que afirma ser cristiano pero que no demuestra amor fraternal realmente no podía estar en Cristo. Juan desarrolla este argumento en la porción restante del capítulo 3.

12. Los hijos del diablo frente a los hijos de Dios

Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas. Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (3:11-18)

En 1970, el reconocido apologista, evangelista y escritor cristiano Francis Schaeffer (1912-1984) presentó su libro *The Mark of the Christian* con las siguientes declaraciones:

A lo largo de los siglos los hombres han mostrado muchos símbolos diferentes para demostrar que son cristianos. Han usado emblemas en las solapas de sus chaquetas y abrigos, se han colgado cadenas en los cuellos, e incluso se han hecho cortes especiales de cabello.

Por supuesto, no hay nada malo en todo esto, si alguien cree que es su llamado. Pero existe una señal mucho mejor, una marca que no se ha ideado como cuestión de conveniencia para ser usada en alguna ocasión especial o en alguna época específica. Se trata de una marca universal que debe perdurar a través de todas las épocas de la Iglesia hasta que Jesús regrese.

¿Cuál es esta marca?

Al final de su ministerio, Jesús esperaba su muerte en la cruz, la tumba abierta y la ascensión. Como sabía que estaba a punto de irse, Jesús prepara a sus discípulos para lo que había de venir. He aquí lo que clarifica cuál debe ser la marca distintiva del cristiano:

Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir. Un mandamiento nuevo os doy: Que os *améis* unos a otros; como yo os he *amado*, que también os *améis* unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis *amor* los unos con los otros (Jn. 13:33-35).

Este pasaje da a conocer la marca que Jesús ofrece para etiquetar a un cristiano no solo en una época o en una localidad sino en todos los tiempos y en todos los lugares hasta que Jesús regrese (Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1970, pp. 7-8; palabras resaltadas se han añadido en la cita bíblica).

El amor entonces, en oposición a quienes están en el reino de Satanás, siempre ha sido una característica esencial de todo cristiano verdadero. El resto del Nuevo Testamento confirma constantemente esta verdad.

Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Ro. 5:5).

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley (Gá. 5:22-23).

Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros (1 Ts. 4:9).

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro (1 P. 1:22).

Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio (2 Jn. 6).

Dios no solo manda a quienes están en Cristo que muestren amor (cp. Jn. 15:12; Ro. 12:10; 1 P. 4:8). También les posibilita obedecer ese mandato, concediéndoles la capacidad de hacer lo que Él requiere (cp. Ro. 5:5).

No hay nada novedoso o sin precedente entonces en cuanto a la enseñanza de Juan de que los cristianos se caracterizan por amarse unos a otros. (Su enseñanza acerca del amor en esta epístola sirve como el segundo aspecto de la prueba moral [cp. 2:7-11]). Puesto que Dios los ama (Ro. 5:8; Ef. 1:3-14; 2:4-5), los verdaderos creyentes sin duda alguna reflejarán ese amor en sus relaciones con otras personas (Mt. 22:37-39; Ef. 5:2; 1 Jn. 4:19). Por tanto, la instrucción del apóstol aquí no es nueva, sino que es “el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio” (2:7; cp. v.10; 4:7-8).

Los lectores de Juan conocían esa verdad debido a que los predicadores apostólicos se las habían transmitido fielmente (cp. 1:5; 2:24). Sin embargo, los falsos maestros también habían llegado y enseñado, al parecer, que el amor fraternal no es una característica esencial de la verdadera salvación. Esos apóstatas añadían a sus puntos equivocados de vista de la naturaleza de Cristo, y a la desobediencia que exhibían a los mandamientos de Dios, una falta de amor por los verdaderos creyentes. En respuesta, Juan dirige otra vez a sus lectores al **mensaje que habían oído desde el principio**, refiriéndose al inicio de la predicación del evangelio. Esa enseñanza incluía la verdad acerca de Jesucristo, del evangelio, de la condición perdida de la humanidad, y de la necesidad de una vida recta, así como del mandamiento de **que nos amemos unos a otros**. El apóstol insta a sus lectores a recordar lo que se les enseñó primero y a no permitir que alguien los lleve por el mal camino (cp. Jud. 3).

En cierto sentido, el mandato del Señor en Juan 13:34-35 era muy antiguo (Lv. 19:18; Ro. 13:10). Pero en otro sentido, era nuevo. El amor nunca se había manifestado como ocurrió con Cristo: culminando en su muerte expiatoria por aquellos que amaba. Él declaró: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:12-13; cp. Lc. 19:10; Gá. 2:20; Ap. 1:5). El Señor Jesucristo es el modelo perfecto del amor que Dios siempre ha ordenado. Aunque los creyentes no pueden amar hasta el punto en que Él ama, sí pueden obedecer el mandato de Juan: **Que nos amemos unos a otros** (3:23; 4:7, 21; 2 Jn. 5; cp. Ro. 12:10; 13:8-9; Gá. 5:13-14; Col. 3:14; He. 10:24; 13:1; 1 P. 1:22; 4:8) del modo en que Cristo amó, por el poder del Espíritu (Ro. 5:5), sacrificándose por otros con amor y desinterés.

Después de haber hecho hincapié en 3:11 sobre la importancia de amar, Juan contrastó a los hijos de Dios, los que obedecen ese mandato, con los hijos del diablo, los que no lo hacen. En vez de

caracterizarse por el amor, los hijos de Satanás se caracterizan por asesinato, odio e indiferencia hacia los hijos de Dios.

LOS HIJOS DE SATANÁS ASESINAN A LOS HIJOS DE DIOS

No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas... Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. (3:12, 14)

El asesinato es el máximo acto de odio (cp. Nm. 35:20-21; Mt. 5:21-22) y demuestra la ausencia de amor en la manera más extrema. A fin de ilustrar ese punto, Juan insertó la única referencia del Antiguo Testamento en todo el capítulo: a **Caín**, el primer asesino.

Caín, como adorador de Dios, le ofreció un sacrificio (Gn. 4:3-5). No obstante, a diferencia de su hermano Abel, Caín no llevó a Dios un sacrificio aceptable (cp. He. 11:4). Abel llevó un sacrificio animal, lo cual la narración sugiere que estaba en obediencia al mandato de Dios. Por otra parte, Caín, en la religión elaborada por él mismo, hizo caso omiso del requisito divino y como ofrenda llevó del fruto de la tierra.

Pero lejos de ser un verdadero adorador de Dios, tanto la desobediencia de Caín como el hecho de que **mató a su hermano** revelaron **que era del maligno**. Génesis 4:2b-8 menciona el impresionante relato del primer asesinato de la -historia:

Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra. Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante. Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él. Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató.

Que Caín era del maligno significa que pertenecía al reino de las tinieblas, al igual que los incrédulos judíos que, así como Caín, odiaban la verdadera justicia y buscaban matar a Jesús. Cristo les declaró: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él” (Jn. 8:44a).

La palabra traducida **maligno** (ponēros) denota maldad decidida, agresiva y ferviente que se opone activamente a lo que es bueno (cp. Mt. 4:3-10; 2 Co. 2:11; 1 P. 5:8). Su significado se extiende más allá del básico mal o corrupción (*kakos*) hasta incluir un tipo de pecaminosidad perversa que destruye y arruina a otras personas (cp. Mt. 13:19, 38-39a; 2 Co. 4:4).

El verbo en la frase de Juan de que Caín **mató a su hermano** es una variante de sphazō, que es un término vívido que significa carnicería o masacre. Se usaba para los animales muertos en sacrificio (cp. Lv. 1:5, LXX) y sugiere una muerte violenta. (En la única otra referencia a matar antes de la acción de Caín, Dios mató a un animal y usó partes de la piel para cubrir a Adán y Eva [Gn. 3:21]). Es como si Caín, intensamente resentido y celoso porque su sacrificio inferior fue rechazado por

Dios mientras que el de Abel fue aceptado, hubiera tajado violentamente la garganta de su hermano, convirtiéndolo así de modo insolente en su “sacrificio de reemplazo”.

La pregunta retórica de Juan, **¿y por qué causa le mató?** está fácilmente contestada en una caracterización general de Caín: **Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.** Así de simple. Caín era malo y odiaba tanto la justicia que incluso mató a su propio hermano, cuyos hechos justos lo habían reprendido.

Al igual que Caín, a los impíos les molestan los justos porque a través de las acciones rectas que exhiben exponen las falsas creencias y las prácticas perversas de los que son malos (cp. Mt. 14:3-5; Hch. 6:8-14; 7:51-60).

Por otro lado, aquellos **que han pasado de muerte a vida** (cp. Jn. 5:24) tienen asegurada esa realidad porque aman **a los hermanos** (cp. 1 Jn. 4:7, 12). El nuevo nacimiento (Jn. 3:8; Tit. 3:5; 1 P. 1:23), que concede vida a los espiritualmente muertos (cp. 2 Co. 5:17; Gá. 6:15; Ef. 4:24), convierte actitudes odiosas y hasta asesinas en amorosas (cp. Col. 2:11). Por tanto, Juan recuerda a sus lectores que todo aquel **que no ama** no ha recibido vida espiritual, sino que **permanece en** condición de **muerte** espiritual.

LOS HIJOS DE SATANÁS ODIAN A LOS HIJOS DE DIOS

Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece... Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. (3:13, 15)

A los ojos de Dios, el odio es el equivalente moral del asesinato; de ahí que **todo aquel que aborrece a su hermano es homicida.** Desde luego, es cierto que solo un pequeño porcentaje de personas matan realmente a alguien. Muchos más han estado tan enojados como para haberlo hecho, si las circunstancias hubieran sido favorables y no hubieran temido a las graves consecuencias que habrían sufrido (cp. Gn. 9:6; Mt. 26:52; Ro. 13:4). Pero la única diferencia externa entre el asesinato y el odio es el hecho en sí, porque las actitudes son iguales. En el Sermón del Monte, Jesús dejó esto en claro:

Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego (Mt. 5:21-22).

Los pecadores impenitentes y no convertidos serán eternamente condenados por sus actitudes habituales de odio, aunque tales actitudes nunca se traduzcan en acciones físicas.

Juan advirtió a sus lectores que aunque fueron transformados para amar a otros creyentes e incluso a no creyentes (cp. Mt. 5:44; Ro. 12:14, 20; 1 P. 3:9), **no** debían extrañarse que **el mundo** los aborreciera. La expresión **no os extrañéis** se traduce de la forma presente imperativa activa del verbo *thaumazō*, un término que tiene la connotación de maravilla, asombro o sorpresa. En lugar de horrorizarse por la oposición del mundo, los creyentes en realidad deberían esperarla (cp. Hch. 14:22; 2 Ti. 3:12; 1 P. 4:12), porque el mundo no tiene nada en común con el reino de Dios (cp. 2 Co. 6:14-15), y las vidas de los justos reprenden a las de los impíos. En el aposento alto, Jesús prometió a los apóstoles que el mundo los aborrecería:

Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo,

por eso el mundo os aborrece... El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron (Jn. 15:18-19, 23-25).

Por su odio, los hijos del diablo siempre han manifestado su verdadero carácter. La historia redentora contiene muchos ejemplos de la persecución del mundo al pueblo de Dios (cp. He. 11:36-40). La gente del propio pueblo de Jesús lo odiaron y trataron de matarlo después de escucharle solo un mensaje (Lc. 4:28-29). Los dirigentes de la nación conspiraron para matarlo (cp. Mt. 12:14; Mr. 3:6; 14:1-2, 11; Jn. 10:39; 11:45-57; Hch. 7:52). El mundo odió a los apóstoles (Lc. 21:12-13; Jn. 16:2-3; Hch. 4:1-31; 5:17-41; cp. Jn. 17:15-16) y los martirizó a todos menos al apóstol Juan, a quien exiliaron a la isla de Patmos (Ap. 1:9). Los enemigos del evangelio siempre han perseguido a quienes aman la verdad. Incluso hoy creyentes en todo el mundo mueren bajo las manos asesinas y de odio de los hijos del diablo.

En su habitual y absoluto estilo bien definido, Juan recuerda a sus lectores **que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él**. Eso no significa que un creyente nunca podría cometer un acto de asesinato, o que alguien que ha cometido asesinato nunca pueda ser salvo. Sin embargo, sí significa que -aquellos que se caracterizan por actitudes de odio y con regularidad albergan ideas asesinas evidencian que tienen un corazón no regenerado y, a menos que se arrepientan, perecerán eternamente (cp. Ap. 21:7-8; 22:14-15).

LOS HIJOS DE SATANÁS SON INDIFERENTES HACIA LOS HIJOS DE DIOS

En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (3:16-18)

La frase **en esto hemos conocido el amor** vuelve a afirmar al amor verdadero como la característica sobresaliente del cristiano (cp. el estudio hecho del v. 11). Por la gracia de Dios, una amorosa disposición de renunciar a todo por ayudar a otros (cp. 2 Co. 9:6-12; 1 Ti. 6:17-19; He. 13:16, 21) impregna las actitudes de los creyentes y resplandece en sus vidas. El Nuevo Testamento contiene varios ejemplos maravillosos de un amor tan sacrificial. Uno de tales ejemplos fue el de Epafrodito, a quien el apóstol Pablo elogió ante los filipenses:

Mas tuve por necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero, y ministrador de mis necesidades; porque él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y gravemente se angustió porque habíais oído que había enfermado. Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza. Así que le envió con mayor solicitud, para que al verle de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza. Recíbidle, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él; porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí (Fil. 2:25-30).

Pablo también estuvo dispuesto a entregar su vida por la causa de Cristo: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21; cp. Ro. 9:3-5; 2 Co. 1:9-10). Por supuesto, el Señor Jesús fue el

modelo de Pablo, porque en la cruz Jesús dio su vida por todos aquellos que creen (cp. Jn. 10:11, 14-18; 15:13; Ro. 8:32-34; Gá. 3:13; 1 P. 2:24).

La expresión **puso su vida por nosotros** es particular del apóstol Juan (Jn. 10:11, 15, 17, 18; 13:37-38; 15:13), y además de la **vida** en sí se refiere a despojarse de algo importante. Obviamente, la muerte expiatoria de Cristo es el ejemplo supremo de amor desinteresado (Jn. 15:12-13; Fil. 2:5-8; 1 P. 2:19-23; cp. 2 Co. 8:9). Por eso Juan nos exhorta a sus lectores, como seguidores de Cristo, a que **también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos**, en caso de que tal sacrificio fuera necesario. Que esta expresión se refiere a algo mucho más extenso que solamente la muerte expiatoria por un compañero creyente está claro por la subsiguiente declaración acerca de la tenencia de **bienes** que alguien necesite.

La indiferencia egoísta de los incrédulos contrasta profundamente con el amor generoso y compasivo que los creyentes exhiben (Hch. 2:45; 4:36-37; 9:36; 11:29-30; 2 Co. 8:1-5; 9:2, 11-13; Fil. 4:14-16). Juan ilustra en términos prácticos y específicos la diferencia en actitud: **Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?** Los hijos del diablo a menudo tienen a su disposición **bienes de este mundo** (riqueza material). Cuando los entregan de manera sacrificial a alguien más (cp. Mr. 12:43-44) lo hacen motivados por egoísmo. Los esfuerzos filantrópicos de los no creyentes por lo general son simplemente para pacificar sus conciencias, satisfacer sus emociones, o darse honra a sí mismos (cp. Mt. 6:1-2) en vez de glorificar a Dios.

Pero eso no ocurre con los creyentes, según indica el mandato último de Juan a sus lectores: **Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.** No basta que un individuo simplemente profese amar a otros (lo cual también es cierto con relación a la fe; cp. Lc. 6:46; Stg. 2:18-26). La prueba de que tenemos amor verdadero y que somos hijos de Dios no reposa en sentimientos sino en acciones (cp. Mt. 25:34-40).

Por tanto, para Juan las diferencias entre los hijos de Satanás y los hijos de Dios no pueden ser más distintas. No poseen vida eterna quienes asesinan, odian por hábito, o son crónicamente egocéntricos e indiferentes a las necesidades de otros. Pero aquellos que, como parte de haberse arrepentido de sus pecados y haber puesto su confianza en Cristo, han renunciado a actitudes de asesinato y odio, y a toda indiferencia fría y egoísta ante las necesidades de otros, brindan evidencia de que han nacido de nuevo. En lugar de tales rasgos pecaminosos, los cristianos manifiestan amor verdadero hacia otros, en especial a los compañeros creyentes (Ro. 12:10-13; Gá. 6:10), debido al amor de Dios derramado en sus corazones. Obedecen de modo sincero el mandato de Santiago: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Stg. 1:27; cp. 2:8, 15-17).

13. Afectos santos

Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado. (3:19-24)

Jonathan Edwards (1703-1758) podría considerarse como el teólogo más grande que Estados Unidos jamás haya conocido. Ministró durante el Primer Gran Despertar a principios del siglo XVIII, siendo usado por Dios para ayudar a encender uno de los avivamientos más extraordinarios en la historia estadounidense (un Segundo Gran Despertar ocurrió a principios del siglo XIX, y el avivamiento de oración de laicos se llevó a cabo entre 1857-1858). Junto con George Whitefield y otros más, el Espíritu Santo usó a Edwards para llevar a innumerables cantidades de pecadores al arrepentimiento auténtico y la fe que salva en el evangelio. Los sermones que predicó y las obras que escribió llamaron poderosamente a las personas a obedecer el evangelio de Jesucristo, volverse del pecado, y acoger la autoridad de la Biblia y la santidad personal, todo lo cual las llevó a encontrar su realización en glorificar a Dios.

La influencia del Espíritu Santo a través de Jonathan Edwards y sus compañeros, en cuanto a encender una amplia respuesta al evangelio, significó que la seguridad de la salvación se convirtiera rápidamente en un asunto de suma importancia. El llamado a aceptar el evangelio, obedecer la Palabra de Dios, y perseverar en santidad abrumó a muchos de los nuevos convertidos. Las personas se cuestionaban si estaban haciendo o no todo lo que debían hacer, y si eran verdaderamente salvos o no. En respuesta a esas inquietudes, Edwards escribió en 1746 su libro clásico *A Treatise Concerning Religious Affections*. Esta monumental obra sostiene que la prueba más exacta de la salvación es la presencia de afectos santos y religiosos en la vida de alguien: una inclinación celosa y bíblica hacia la justicia, evidenciada por buenas obras prácticas. Debido a que Edwards vio el peligro de que Satanás falsificara las conversiones, tuvo mucho cuidado de advertir a sus lectores que es posible experimentar un interés inicial y positivo en el evangelio (como las semillas sembradas entre pedregales y espinos en la parábola de Jesús; Mt. 13:1-23) y aun así no tener verdadera fe que salva. No obstante, cuando la gracia de Dios está de verdad plantada en el corazón de una persona, siempre dará como resultado una naturaleza transformada (cp. 2 Co. 5:17) y se caracterizará por un deseo permanente de vivir en santidad.

Desde luego, la enseñanza de Edwards no se originó con él. La extrajo del Nuevo Testamento, según se resume en el libro de Santiago: “Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (2:17). El entendimiento de Edwards también representaba el punto de vista histórico reformado de que la verdadera salvación es un regalo permanente de Dios que inevitablemente resulta en una vida recta.

En cambio, la posición arminiana histórica enseña que la salvación es condicional, que no garantiza nada más allá de una experiencia inicial de desear santidad. Por eso los arminianos creen que los cristianos pueden perder, y pierden su salvación (por medio de pecado contumaz, incredulidad o negación), y que junto con ella pierden también su capacidad de realizar buenas obras. De acuerdo con este punto de vista, los creyentes quedan con una clase muy frágil de seguridad porque la salvación en sí puede perderse, la vida eterna puede terminar, y el Espíritu Santo puede retirarse a causa de las fallas de los cristianos.

El siglo XX vio emerger una tercera posición sobre la seguridad, una que combina ciertos elementos de las otras dos posturas. Este criterio (a menudo llamado perspectiva de gracia inmerecida o de ningún señorío) niega que sea necesaria alguna relación entre la justificación y la santificación. Por tanto enseña que las personas justificadas son salvas para siempre, aunque solo tengan una manifestación temporal e interés en la obediencia y la santidad. En otras palabras, una vez que toma la decisión de seguir a Cristo, el individuo se considera salvo sin importar si niega abiertamente la fe o si vive simplemente el resto de su vida sin ningún interés en asuntos que honren al Señor. (Para una crítica de esta enseñanza, véase mi libro *The Gospel According to the Apostles* [Nashville: Thomas Nelson, 1993, 2000], pp. 5-20, 193-216. Y para una amplia exposición adicional sobre la naturaleza del evangelio bíblico, véase mi libro anterior, *El evangelio según Jesucristo* [El Paso, Tx.: Casa Bautista de Publicaciones, 1991]). Este punto de vista basa erróneamente la seguridad en el hecho pasado de haber profesado una sola vez, no en el fruto actual y constante de una vida santa.

En contraste con las erróneas perspectivas del arminianismo y de la gracia inmerecida que, o bien hacen imposible conservar la seguridad o proporcionan los criterios equivocados para sustentarla, Juan escribió esta epístola “a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (5:13). El apóstol quería que sus lectores estuvieran seguros de su salvación, poseyendo una seguridad que fuera tanto legítima como perdurable. Con eso en mente, Juan ofrece de modo conciso cinco actitudes conocidas en los versículos 19-24 que los verdaderos creyentes manifestarán de forma habitual en sus vidas. Al examinarse a sí mismos (cp. 2 Co. 13:5) pueden saber con certeza que son salvos, porque sus vidas estarán caracterizadas por: gratitud por la gracia de Dios, denuedo en la oración, sumisión a los mandamientos de Dios, fe en Jesucristo, y aprecio por la permanencia del Espíritu Santo en sus corazones.

Cada uno de estos elementos se deriva del tema del amor, más recientemente mencionado en el versículo 18 de este capítulo: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad”. Por eso Juan mantiene su énfasis en la más noble de las virtudes (1 Co. 13:13) a medida que explica estas perspectivas.

GRATITUD POR LA GRACIA DE DIOS

Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. (3:19-20)

Todo ser humano nace con la ley de Dios escrita en el corazón y con una conciencia que le acusa o excusa, dependiendo de cómo el individuo actúe con relación a esa ley:

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos (Ro. 2:14-15).

Esto significa que cada persona tiene cierto grado de conocimiento personal y cierta habilidad para reconocer lo bueno y lo malo.

Los que son cristianos han aceptado la verdad de las Escrituras, por medio de la cual son regenerados (1 P. 1:23) y santificados (Jn. 17:17). Anhelan conocer y obedecer la Palabra (cp. 1 Jn. 2:3-6; 3:6-10). Y cuando los creyentes obedecen la Palabra de Dios, sus conciencias les informan que hicieron lo correcto (Ro. 9:1), dándoles gozo y confianza piadosa (2 Co. 1:12). De igual modo, si pecan sus conciencias los acusan debido a sus malos pensamientos y sus malas palabras o acciones (Jn. 8:9). Si los creyentes persisten en pecar, de modo implícito la conciencia los volverá temerosos, deprimidos e inseguros (cp. Sal. 32:3-4; 38:1-8; 40:11-12). Comenzarán entonces a cuestionar la autenticidad de su profesión de fe, a causa de su prolongada desobediencia. Aunque no pueden perder la salvación (si son realmente salvos), pueden empezar a perder la seguridad de esa salvación debido a una conciencia atormentadora que los acusa. A menos que traten como corresponde con el pecado, su conciencia, fortalecida por el conocimiento verdadero y la ayuda del Espíritu acerca de las normas bíblicas para la santidad, seguirá recordándoles con dolor la flagrante discrepancia entre lo que profesan y lo que practican.

La conciencia es entonces el dispositivo divino de advertencia productor de culpa, dado a cada persona para confrontar el pecado. Del mismo modo que el dolor es un mecanismo de advertencia física que informa a las personas que padecen una lesión o enfermedad corporal, la conciencia es un mecanismo de advertencia espiritual que alerta al alma de cualquier conducta peligrosa. Desde luego, para que funcione de manera eficaz la conciencia debe estar informada por las normas correctas, porque es únicamente un reactor para las convicciones de la persona acerca de lo bueno y lo malo. Si está mal informada por falsedades y mentiras, la conciencia reaccionará sin embargo a esas falsedades que gobiernan las creencias de un individuo (p. ej., los terroristas suicidas musulmanes).

La conciencia no es en sí un sistema independiente de moralidad. Más bien funciona basándose en cualquier conocimiento y sistema de creencia que le hacen saber, y en respuesta a las condiciones culturales que la rodean. Si el nivel de moral y conocimiento espiritual se extrae de cualquier otra fuente que no sea la Biblia, la conciencia (como la del terrorista islámico suicida convencido de que está haciendo la obra de Dios) funcionará en respuesta a esas falsas ideas. Se la puede acallar no solo por estar mal informada, sino al hacersele constantemente caso omiso o anularla, hasta que se sienta aterrorizada y quede sin respuesta (1 Ti. 4:2).

Por eso es crucial conocer la ley de Dios con precisión (Sal. 19:7-9; 119:1-8; Lc. 11:28; Jn. 8:31-32; Stg. 1:21-25) y permitirle que informe de manera adecuada a la conciencia. Es la ley de Dios fortalecida por el Espíritu la que hace ver a las personas su condición pecaminosa y su necesidad de salvación (cp. Jn. 16:8-11; Ro. 7:9-10). Al ver su verdadera desdicha como culpable ante Dios, el pecador se enfrenta entonces a la realidad de la ira y el juicio divino en su contra, en compensación con la oferta de misericordia y liberación por medio de la fe en el Señor Jesucristo (cp. Lc. 18:13).

En la salvación, por medio de la obra de Cristo en la cruz, la ira de Dios se apacigua y la culpa del pecado se elimina en el pecador perdonado que luego llega a disfrutar la liberación emocionante y

sincera de la gracia celestial (cp. Ef. 2:1-9; Col. 2:11-14; 3:9-10). Uno de los regalos más misericordiosos de la salvación es una conciencia limpia (cp. He. 10:19-22), en el sentido que deja de acusar. Justo antes de la salvación acusa del modo más intenso, pero después la acusación se detiene y el creyente pasa de temor a gozo, de miedo a esperanza, y de ansiedad a paz. El escritor de Hebreos se refiere a esta obra de Dios cuando escribe: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9:14). Hebreos 10:22 nos explica que en la salvación tenemos “purificados los corazones de mala conciencia”.

Aun así, el apóstol Juan entendió que a veces los verdaderos creyentes pueden luchar con la certeza de su salvación. Algunos de sus lectores quizás estaban tan agobiados por el recuerdo de sus pecados pasados y la conciencia de los actuales, que les resultaba casi imposible aceptar la idea del perdón de Dios. Sus conciencias hiperactivas que los acosaban con sus propios defectos, tal vez les hacía difícil tener una conciencia correctamente establecida delante de Dios. Por eso Juan escribió para animar a esos creyentes y permitirles que evaluaran exactamente sus propias condiciones espirituales. Al hacerlo trataba de solidificarles la convicción, informar correctamente a sus conciencias, y fortalecerles su certeza con un verdadero entendimiento de su transformación y las evidencias que demuestra esa transformación. (Para un estudio más completo de la conciencia humana, véase mi libro *The Vanishing Conscience* [Dallas: Word, 1994], pp. 35-75, 229-55).

La palabra **conocemos** se traduce de una forma del común verbo griego *ginōskō*, que significa “saber”, “enterarse”, “averiguar” o “entender”. El uso que Juan hace del tiempo presente indica que lo que sus lectores irían a captar no era algo intuitivo o indefinido, sino una promesa basada en una realidad existente. Este punto lo fortalece la frase corta anterior **y en esto**, la cual se remonta de manera más natural a la amonestación del versículo 18 en referencia al amor fraternal. Cuando como creyentes **conocemos** que tenemos amor sincero unos por otros, podemos estar seguros de **que somos de la verdad** (la frase literalmente reza: “De la verdad existimos”). Solo aquellos que se han convertido genuinamente por medio de la obra sobrenatural de Dios poseen el amor sacrificial que Juan describe en los versículos 14-18, el cual se genera en la obediencia sumisa que el apóstol delinea en los versículos 4-12.

La **verdad** que se trata aquí es la que está escrita en la Biblia (Sal. 119:160; Jn. 17:17), que abarca la verdad encarnada en el Señor Jesucristo (Jn. 1:9, 14; 7:18; 14:6; 1 Jn. 5:20). Una creencia en la verdad caracteriza a todos los que se arrepienten y confían (2 Ts. 2:10, 12-13; 1 Ti. 3:15b).

Los creyentes disfrutaban de una seguridad basada no solo en lo que la Biblia promete a los que creen (Sal. 4:3; Fil. 1:6; 2 Ti. 1:12), sino también, en un nivel práctico, basada en la presencia de un amor de servicio hacia los hermanos creyentes (cp. vv. 13-18) y en un anhelo de vivir en santidad (cp. vv. 4-12). Estas cualidades, ya que provienen de Dios, no pueden existir en una persona que aún no ha sido regenerada. **Aseguraremos** viene del futuro indicativo activo del verbo *peithō*, y significa “convenceremos”. Algunos lexicógrafos ofrecen “tranquilizaremos” como una posible definición, la cual podría tener una interesante connotación en este contexto. A pesar de que los creyentes están **delante de él**, en medio de la impresionante e intimidante presencia del Dios absolutamente santo (Éx. 15:11; 1 S. 2:2; Ap. 15:4), pueden tener **corazones** sosegados, tranquilos, confiados y una conciencia de afirmación (Hch. 23:1; 24:16; 2 Co. 1:12; 1 Ti. 1:5; 3:9; 2 Ti. 1:3).

Estar en la presencia de Dios aterró hasta a los más nobles de los santos. “Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios” (Éx. 3:6). Los profetas Isaías (Is. 6:1-5) y Ezequiel (Ez. 1:26-28) también sintieron gran temor cuando estuvieron en la presencia de la santidad. Después de presenciar uno de los milagros del Señor, el apóstol Pedro “cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de

mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lc. 5:8). Tanto él como sus compañeros apóstoles Santiago y Juan estuvieron traumatizados en el monte de la transfiguración (Mt. 17:1-8), como lo estuvo Juan cuando vio a Cristo glorificado (Ap. 1:12-18). Aunque los creyentes ya no son esclavos del pecado sino de la justicia (Ro. 6:16-18), el pecado remanente dentro de su humanidad no redimida (cp. Ro. 7:14-25) podría hacer de la santa presencia de Dios algo muy aterrador si no fuera por el misericordioso regalo de la seguridad.

Aquellos que han sido justificados por la fe están en paz *con* Dios (Ro. 5:1) y disfrutan la paz *de* Dios (Fil. 4:7). No obstante, un creyente podría experimentar culpa innecesaria ya que su corazón lo condena. Pero hay un tribunal más alto que el **corazón** humano, porque **mayor que nuestro corazón es Dios** que **sabe todas las cosas**. Si Él ha declarado justos en Cristo a los creyentes, entonces son justos. De ahí que Pablo escribiera: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). Y nadie puede de ningún modo separarlos del amor salvador de Dios en Cristo (8:31-39). Él observa las más grandes y profundas fallas de los creyentes, y sabe mucho más acerca de las debilidades de ellos que incluso sus propias conciencias (Sal. 1:6; 103:14; 139:1-6; Pr. 24:12; He. 4:13). Pero Dios ha perdonado a aquellos que por fe en Cristo han sido adoptados en la familia divina (Ro. 8:14-17). Además, obra en los corazones de los creyentes, limpiándolos continuamente del pecado que aún perdura en ellos (cp. Fil. 2:12-13). Dios mira más allá del pecado que aún permanece y percibe los afectos santos que ha plantado en ellos, los cuales demuestran las naturalezas transformadas de sus hijos. Por tanto, aunque abrumados por su pecaminosidad, los creyentes pueden decir igual que Pedro: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo” (Jn. 21:17b; cp. Ro. 7:14-25).

DENUEDO EN LA ORACIÓN

Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, (3:21-22a)

La duda cesa cuando los creyentes andamos en fidelidad y obediencia, porque **nuestro corazón no nos reprende** de modo que la inseguridad y el temor dan paso a la **confianza** que **tenemos en Dios**. Tal seguridad hace que los creyentes entremos con seguridad en la presencia de Dios (Ef. 3:12; He. 10:19; cp. 2 Co. 3:4; 1 Ti. 3:13), de tal modo que cualquier cosa que pidamos en oración la recibiremos de parte de Él. La palabra traducida **confianza** (parrēsía) significa “denuedo” y “libertad de expresión”. Describe el privilegio de llegar ante alguien de importancia, poder y autoridad, y sentirse libre para expresar cualquier cosa que se tenga en mente. Para los creyentes significa entrar en la presencia de nuestro amoroso Padre celestial sin ningún temor (cp. 2:28; 4:17) y con total seguridad de que **cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él** (cp. 5:14; Jn. 14:13-14; 15:7, 16; 16:23-24). El escritor a los Hebreos usa una forma de parrēsía en 4:16: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

Algunos podrían considerar presuntuoso tal enfoque. Pero obviamente, todas las peticiones que los creyentes hacen a Dios deben estar de acuerdo con la voluntad divina (cp. Mt. 26:39, 42). John R. W. Stott proporciona unas reflexiones útiles al respecto:

Juan no quiere dar a entender que Dios oye y contesta nuestras oraciones simplemente por la razón subjetiva de que tenemos una conciencia clara y un corazón que no condena. Hay una razón objetiva y moral, a saber *porque guardamos sus mandamientos* y, más generalmente, *hacemos lo que es agradable a su vista*. La obediencia es la condición indispensable, no la causa meritosa, de

la oración contestada. *Cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos* describe la experiencia habitual del cristiano (los verbos sugieren tiempo presente), y Candlish tiene razón en señalar al Hijo encarnado como el ejemplo supremo de cómo agradar a Dios y en consecuencia ser oídos por Dios (Jn. viii. 29, xi. 41, 42). La declaración hace eco de la promesa del Señor, en que aparecen los dos mismos verbos: “Pedid, y se os dará... porque todo aquel que pide, recibe” (Mt. vii. 7, 8) (*The Epistles of John*, The Tyndale New Testament Commentaries [Grand Rapids: Eerdmans, 1964], p. 149; cursivas en el original).

El desnudo en la oración es, por tanto, una clara evidencia de un corazón cambiado. Puesto que los creyentes conocen a Dios como “¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15; Gá. 4:6), se dan cuenta de que todo lo que le pidan dentro de la voluntad divina (cp. Jn. 14:13-14) Él lo oirá porque ha prometido atender todas sus necesidades (Fil. 4:19; cp. Sal. 23:1; 2 Co. 9:8).

SUMISIÓN A LOS MANDAMIENTOS DE DIOS

porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. (3:22b)

Después de hacer hincapié en el desnudo en la oración, Juan continúa enfocándose en la seguridad destacando otra vez que los creyentes se someten voluntariamente a los mandatos divinos porque desean complacerlo. Sin embargo, aquí el propósito del apóstol al unir los conceptos de la oración contestada y la obediencia activa es el de no dar a los creyentes un motivo egoísta y ulterior para obedecer. Así lo explica un comentarista:

¿Está estableciendo Juan dos prerequisites para la oración contestada? Realmente no. Obedecer los mandamientos de Dios nunca se debe hacer bajo coacción o con el propósito de recibir [de modo egoísta] recompensas [terrenales]. El cristiano cumple el mandato de Dios con un corazón alegre que expresa gratitud. El apóstol está diciendo que cuando obedecemos los mandamientos divinos estamos haciendo lo que le agrada a Dios. Al añadir la frase *haciendo lo que le agrada a Dios*, Juan descarta cualquier idea de mérito propio; agradar a Dios brota del amor y la lealtad. Implícitamente el apóstol hace que sus lectores recuerden a Jesús, quien durante su ministerio terrenal siempre trató de agradar al Padre haciendo su voluntad (Jn. 8:29).

La base para la oración contestada no es obediencia ciega sino un deseo de agradar a Dios con amor dedicado. Y Dios satisface nuestras peticiones debido al vínculo de amor y comunión entre Padre e hijo (Simon J. Kistemaker, *1 John*, New Testament Commentary [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 317).

El énfasis del apóstol está entonces en la obediencia verdadera y sincera (motivada por amor), en contraposición a un falso legalismo externo (motivado por ambición egoísta y orgullo). Jesús declaró esta verdad a sus apóstoles en el aposento alto:

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor (Jn. 15:7-10).

En cada mandato que el Nuevo Testamento nos da a los creyentes se nos indica de manera explícita o implícita la necesidad de guardar los **mandamientos** de Dios (p. ej., Mt. 7:21; 16:24; Jn. 14:15;

Stg. 1:22). Hacer **las cosas que son agradables delante de él** debería motivar todo lo que los cristianos hacemos; así lo expresa la abundante bendición de la epístola a los Hebreos:

Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (13:20-21).

FE EN JESUCRISTO

Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. (3:23)

Después de entrar a la vida cristiana por medio de la dádiva perdurable de la fe dada por Dios (Ef. 2:8-9), los cristianos pueden obtener seguridad con relación a la certeza de que nunca dejarán de creer **en el nombre de su Hijo Jesucristo**; la fe que salva nunca muere. Esta fe fundamental es en respuesta al **mandamiento** de Dios, y resulta en obediencia continua a su mandato de que **nos amemos unos a otros** (Ef. 2:8-10; He. 12:1-2).

La fe salvadora contiene tres elementos inseparables y esenciales, los cuales Juan ha reiterado a lo largo de la epístola: fe, amor y anhelo de obedecer. En este versículo, **creamos** se traduce de una variante en pasado del verbo pisteuō y se refiere a un momento en el tiempo en que creímos. Sin embargo, esa acción produce resultados continuos que perduran por el resto de la vida del creyente. El objeto de la fe es **el nombre de su Hijo Jesucristo**; su **nombre** denota todo lo que Él es (incluso el hecho de que es tanto Salvador como Señor, cp. Fil. 2:9-11). Creer en el nombre de Cristo es un tema importante y muy repetido en el Nuevo Testamento (Jn. 3:15-16; 20:31; Hch. 16:31; cp. Mr. 1:15; Lc. 24:47), especialmente en esta carta (2:12; 4:2, 15). Por esto es que Juan escribió su evangelio (20:31) y su primera epístola (5:13).

Aunque sin duda este mandato de creer está dirigido a aquellos que todavía deben confiar en la obra salvadora de Cristo en la cruz, también tiene influencia directa en las vidas de los redimidos. A quienes ya creen, R. S. Candlish los exhorta:

Sigan creyendo. Continúen creyendo más y más, simplemente porque ustedes sienten y creen más y más que este debe ser “el mandamiento que tienen que creer en el nombre de su Hijo Jesucristo”. En ustedes que han creído, la incredulidad significa desobediencia agravada. Y, como tal, esto es y debe ser especialmente desagradable ante Dios. Al Padre le complace que se conozca a su Hijo, que se confíe en Él, se lo adore, ame y honre como Dios mismo debe ser honrado. No hay manera de desagradar más al Padre que deshonorado al Hijo y negándonos a recibirlo, a descansar en él, a aceptarlo, a mantenernos fieles a él, y como redentor, hermano y amigo a poner en él toda la confianza. No nos engañemos creyendo que podría haber algo más bien humano en nuestras dudas y temores, en nuestro inestable e inseguro estado de ánimo, como si este presagiara humildad y baja autoestima en nosotros. Cuidado, no sea que Dios sencillamente vea en esto que se le tiene en poca estima a su Hijo Jesucristo (R. S. Candlish, *1 John* [Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1993], p. 339).

Una característica de la verdadera fe salvadora es que con el tiempo su nivel de confianza plena en Cristo se hace cada vez más profunda y fuerte.

Amemos se traduce de una forma presente y activa del conocido verbo del Nuevo Testamento agapaō, que es el amor sacrificial no de sentimiento sino de voluntad y opción. El tiempo presente

del verbo significa que el amor debe caracterizarse de manera continua y habitual en las actitudes y acciones del creyente, según el apóstol Juan ha dejado en claro en varias ocasiones (cp. Lc. 6:31-35; Gá. 5:13, 22; Fil. 1:9; 1 Ts. 4:9; He. 10:24; Stg. 2:8). Ese amor se expresará a todos los hombres (Gá. 6:10), pero en especial a los hermanos en la fe, tal como Jesús mandó (Jn. 13:34-35; 15:12, 17). Este es otro recordatorio de Juan a sus lectores de que la fe en Cristo y el amor por los hermanos son inseparables, y que ambos son realidades e imperativos para todos los cristianos.

APRECIO PORQUE EL ESPÍRITU SANTO PERMANEZCA EN NOSOTROS

Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado. (3:24)

La bendición prometida para **el que guarda los mandamientos de Dios** es que **permanece en Cristo y Dios en él**. El término traducido **permanece** (del verbo *menō*, “alojarse, quedarse”) es una de las palabras favoritas de Juan para salvación (véase Jn. 15:4-10) y una referencia repetida en esta carta (cp. 2:6, 10, 24, 28; 3:6; 4:13, 16). (Para más sobre el tema de permanecer, véanse los análisis anteriores de 2:6 y 2:28 en los capítulos 5 y 10, respectivamente, de este -comentario). Esa vida compartida es posible únicamente **por el Espíritu que Dios nos ha dado** (cp. Lc. 11:13; 12:12; Jn. 14:16-17, 26; 15:26; Hch. 1:4-8; Ro. 5:5; 8:11, 16; Gá. 4:6; 5:16, 22; Ef. 1:13-14; 1 Jn. 2:20, 27; 4:1-2, 13).

Sin duda alguna, las obras del Espíritu Santo incluyen un elemento de lo misterioso, que los seres humanos frágiles y pecadores no pueden controlar o entender por completo; sin embargo, los resultados de esas obras son evidentes, así como Jesús le dijo a Nicodemo por medio de un ejemplo conocido: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn. 3:8). Así como los efectos del viento pueden verse, sentirse y oírse, así también la obra del Espíritu se manifiesta en las vidas, y quienes vemos esa obra **sabemos** por esto **que** [Cristo] **permanece en nosotros**.

Fue el Espíritu de Cristo (Ro. 8:9) quien dio vida a almas de santos espiritualmente muertas (Jn. 3:5-8; Tit. 3:5), quien dio vista a ojos ciegos, e hizo que corazones pecadores se arrepientan (cp. Hch. 16:14), y los atrajo en fe hacia Jesús (1 P. 1:2). Fue el Espíritu quien los puso en el cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13) y los dotó para el ministerio en la Iglesia (1 Co. 12:7; cp. Ro. 12:3-8; 1 P. 4:10-11). Es a través de la esclarecedora instrucción del Espíritu que la Biblia cobra vida para los creyentes cuando estos la leen y meditan en ella (1 Co. 2:10-14; cp. Ef. 6:17). El Espíritu también activa las oraciones de los santos (Ef. 6:18; Jud. 20) e intercede por ellos (Ro. 8:26-27). Dirige y guía a los cristianos (8:14) y les da la seguridad de que son hijos de Dios (vv. 15-16; Ef. 1:13-14).

La salvación no es un evento de una sola vez sino una forma de vida, y entraña disposición de seguir a Jesús cueste lo que cueste (cp. Lc. 9:23, 57-62). La presencia de verdaderos afectos santos (gratitud hacia Dios, denuedo en oración, sumisión a sus mandamientos, fe en el Señor Jesucristo, y aprecio por el poder del Espíritu Santo en sus vidas, todo esto caracterizado y apuntalado por un amor continuo hacia otros creyentes) identifica a aquellos que perseveran en esta fe verdadera (cp. Ro. 2:7; Col. 1:21-23). La presencia de tales virtudes santas brinda auténtica seguridad a quienes las manifiestan (2 P. 1:8-10; cp. Fil. 1:6; 2 Ti. 1:12*b*), así como confianza de que han nacido de lo alto por medio del poder de Dios.

14. Cómo probar los espíritus

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error. (4:1-6)

¡Eureka!

Esta sencilla palabra griega (que significa “¡lo he encontrado!”) se convirtió en California en un lema de vida para miles de buscadores de oro a mediados del siglo XIX. Resume el sueño de todo buscador de tesoros, y expresa la emoción de un llamativo negocio redondo. Para James Marshall (el primero en descubrir el precioso metal en 1848) y los “cuarenta y nueve” que lo siguieron, el término *eureka* significaba riquezas instantáneas, jubilación anticipada y una vida de comodidades.

Pero los aspirantes a buscadores rápidamente aprendieron que no todo lo que brilla es oro. Cauces y canteras podrían estar llenos de motas de oro que no obstante eran totalmente inservibles. Ese “oropel” o engañabobos era pirita de hierro, y los mineros debían tener cuidado para distinguirla del verdadero oro. Su propia subsistencia dependía de ello.

Mineros experimentados por lo general podían distinguir el oropel del oro simplemente observándolos. Sin embargo, en algunos casos la diferencia no era tan clara. Por tanto desarrollaron pruebas para discernir lo verdadero de lo que no lo era. Una prueba implicaba morder la roca en cuestión. El verdadero oro es más suave que el diente humano, mientras que la pirita es más dura. Una segunda prueba implicaba raspar la roca con un pedazo de piedra blanca, tal como cerámica. El verdadero oro deja una raya amarilla, mientras que el residuo dejado por el oropel es negro verdoso. En ambos casos, un minero se basaba en pruebas para autenticar sus hallazgos; tanto su fortuna como su futuro dependían de los resultados.

Espiritualmente hablando, los cristianos se encuentran a menudo en una posición parecida a los buscadores de oro en California de mediados del siglo XIX. Al enfrentarnos con las variadas doctrinas y enseñanzas religiosas, todas las cuales pretenden ser verdaderas, los creyentes debemos poder distinguir las que son bíblicamente sanas de las que no lo son.

Al igual que en la fiebre del oro, el solo hecho de que algo brille no significa que sea bueno. Los cristianos debemos ser igualmente cuidadosos de la “pirita” espiritual. No debemos aceptar algo como cierto sin primero probarlo para ver si cumple con la aprobación de Dios. Si no pasa la prueba, los cristianos debemos descartarlo como falso y advertir también a otros. Pero si pasa la prueba, de acuerdo con la verdad de la Palabra de Dios, los creyentes debemos aceptarlo y apoyarlo de todo corazón.

Los buscadores de oro de California gritaban “¡eureka!” solo cuando encontraban oro verdadero. Cuando se trata de asuntos espirituales, los cristianos debemos tener mucho cuidado de hacer lo mismo.

CÓMO APRENDER A VIVIR CON DISCERNIMIENTO

El “oropel” espiritual no es algo nuevo. Es más, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo están llenos de advertencias acerca de falsos maestros (Dt. 13:1-3; Is. 8:19-20; Mt. 7:15; 24:4-5, 11, 24; Hch. 20:29; Ro. 16:17-19; 2 Co. 11:4, 13-15; Jud. 4) y sus falsas doctrinas (Hch. 20:30; 1 Ti. 1:4-7, 19; 6:20-21; 2 Ti. 2:17-18; 2 P. 2:1; cp. Is. 30:10). Los cristianos debemos aprender a discernir “para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Ef. 4:14). Es crucial hacer caso a la advertencia: “Examinadlo todo; retened lo bueno”. Si no lo hacemos estaremos aumentando nuestra vulnerabilidad al engaño satánico (Mt. 13:19; 2 Co. 2:11; 4:4; 11:3, 14; 2 Ts. 2:9; cp. Gn. 3:1; Mt. 4:3-10; Lc. 22:31; Ef. 6:10).

La estrategia básica de Satanás para atacar la verdad se hizo patente por primera vez en el huerto del Edén, donde montó un ataque triple a la Palabra de Dios. Primero, lanzó dudas sobre lo que Dios había dicho respecto a comer del fruto del árbol de la vida (“¿Conque Dios os ha dicho: No comáis...?”, Gn. 3:1). Segundo, negó rotundamente lo que Dios le había dicho a Adán (“no moriréis”, v. 4). Por último, agregó una distorsión a lo que Dios le había dicho específicamente a Adán (“seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”, v. 5). Desde entonces Satanás y sus fuerzas demoníacas han llevado a cabo una continua campaña implacable (cp. Ap. 16:14a) contra la verdad, usando incluso sus tácticas originales de duda, negación y distorsión (cp. 2 Co. 4:4).

La Biblia contiene muchas referencias a la prolongada batalla por conocer, respetar y obedecer la verdad. En el Antiguo Testamento, Moisés (p. ej., Dt. 4:1-31; 6:1-25; 8:1-20; 12:29—13:18; 30:1-20), Josué (Jos. 23:1—24:28), Samuel (1 S. 12:1-25), Elías (1 R. 18:20-40) y los profetas (Is. 31:6; 42:17; Jer. 8:5; 17:5; Ez. 18:26; Os. 14:1) continuamente llamaron al pueblo de Dios a volverse de la falsedad y la idolatría. Y en el Nuevo Testamento, Jesús mismo advirtió en contra de los falsos profetas (Mt. 7:15; 24:4-5, 11, 24), como también hicieron Pablo (Hch. 20:29; Ro. 16:17-18), Pedro (2 P. 2:1-3), Juan (1 Jn. 2:18-24) y Judas (Jud. 4-19).

Al igual que en el huerto del Edén, la fuente del error siempre se puede remontar a raíces satánicas (Jn. 8:44). De ahí que Pablo le dijera a Timoteo: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que [tienen] cauterizada la conciencia” (1 Ti. 4:1-2; cp. Lv. 17:7; Dt. 32:17; Sal. 106:34-39; Stg. 3:14-16; Ap. 16:13-14). Cualquier ideología, filosofía, opinión o religión que no sea la verdad de Dios encaja en la agenda de Satanás, por lo que es tan importante que los creyentes reconozcamos la diferencia entre el Espíritu de verdad y el espíritu del error.

Si fallamos en discernir, los cristianos no solo estaremos confundidos y seremos incapaces de discernir por nosotros mismos, sino que tampoco seremos capaces de transmitir con exactitud la verdad a otros. Por tanto, debemos proteger la verdad (1 Ti. 6:20-21; 2 Ti. 1:13-14; Jud. 3; cp. Hch. 20:28; Pr. 23:23) conociéndola, reteniéndola como una convicción (cp. Lc. 1:4; Jn. 8:32; 19:35; 1 Ti. 2:4; 2 Ti. 2:15), y distinguiéndola de lo que es falso (cp. Fil. 3:2; Col. 2:8). Al ser fieles a la sana doctrina también podremos enseñar a otros (cp. 2 Ti. 2:2).

El apóstol Juan sabía que sus lectores estaban bajo ataque de falsos maestros. Como salvaguardia les mandó probar a aquellos que afirmaban enseñar la verdad. Les dio razones de que tal prueba es crucial, y pautas sobre cómo debían realizar esa prueba. Al hacerlo presentó una estrategia que todos los cristianos pueden usar para distinguir entre las verdaderas riquezas espirituales y el “oropel” doctrinal.

EL MANDATO DE PROBAR

Amados, no creáis a todo espíritu, (4:1a)

Tras analizar la obra permanente del Espíritu Santo en los verdaderos creyentes (3:24), Juan hace la transición a la obra de todo **espíritu** inmundo en los falsos maestros y en sus falsas enseñanzas. Puesto que estos espíritus antiguos y sobrenaturales son expertos en el engaño, los cristianos debemos tener cuidado en examinar de cerca todo mensaje espiritual que encontramos (cp. Mt. 10:16; 1 Ts. 5:21-22).

La forma imperativa del verbo **creáis**, con la partícula negativa **no**, se podría traducir literalmente “dejar de creer”. La frase de Juan indica lo prohibitivo de una acción ya en marcha. Si algunos de sus lectores ya habían estado aceptando sin sentido crítico el mensaje de los falsos maestros, debían dejar de hacer eso inmediatamente. Debían ejercer discernimiento bíblico, así como los bereanos de quienes Lucas escribió: “Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hch. 17:11).

Los no creyentes, al tener “el entendimiento entenebrecido” (Ef. 4:18), no poseen ninguna base sobre la cual evaluar varias enseñanzas que reclaman origen divino (1 Co. 2:14). En consecuencia son muy susceptibles a la doctrina aberrante, y pueden ser fácilmente llevados al error. Pero los creyentes, quienes tienen la Palabra de verdad y el Espíritu de verdad, deben probar lo que oyen con lo que saben que es cierto, según se revela en las Escrituras (1 Ts. 5:21-22).

UNA RAZÓN PARA PROBAR

sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. (4:1b)

El término traducido **probad** es una forma del imperativo presente del verbo dokimazō. Se usaba para referirse a ensayos metalúrgicos de metales con el fin de probar su pureza y valor. El uso que Juan hace del tiempo presente indica que los creyentes deben examinar continuamente **los espíritus** para ver **si son de Dios**. A diferencia de la opinión de algunos, este mandato no tiene nada que ver con confrontar personalmente a demonios o realizar exorcismos. En vez de eso, los cristianos debemos evaluar continuamente lo que vemos, oímos (cp. 1 Co. 14:29; 1 Ts. 5:20-21) y leemos para determinar si se origina en el Espíritu de Dios o, en su defecto, en los demonios.

La única manera confiable de probar cualquier enseñanza es compararla con lo que Dios ha revelado en su Palabra infalible y escrita (Is. 8:20; cp. Pr. 6:23; 2 Ti. 3:16-17). Como la norma perfecta de verdad (Jn. 17:17) y la espada del Espíritu (Ef. 6:17), la Palabra de Dios proporciona a los creyentes la defensa principal contra el error (cp. 2 Co. 10:3-5; He. 4:12).

La urgencia del mandato de Juan reside en el hecho de que no unos pocos sino **muchos falsos profetas han salido por el mundo**. Satanás no solo quiere oponerse a la Iglesia (cp. Hch. 5:3; 13:8-10; 16:16-23; 1 Ts. 2:18), sino que desea engañarla (cp. 2 Co. 11:14). En consonancia con sus artimañas fraudulentas, sus secuaces se han infiltrado en denominaciones, iglesias y otras instituciones, organizaciones, además de seminarios cristianos, dando como resultado componendas y error (cp. Jud. 4).

Satanás no solo desarrolla mentiras que niegan directamente la verdad bíblica, sino que con frecuencia también sabotea sutilmente la verdad mezclándola con error. Verdad mezclada con error es por lo general más eficaz y mucho más destructiva que una contradicción abierta de la verdad. Son

objetivos principales de engaño doctrinal aquellos que creen todo lo que leen de librerías cristianas u oyen en la radio y la televisión cristiana. En resumidas cuentas, así lo describió Pablo: “El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia” (2 Co. 11:14b-15a).

De modo que Satanás disfraza sus mentiras como verdad. No siempre libra la guerra de manera abierta contra el evangelio. Es mucho más probable que ataque a la Iglesia infiltrándose en su interior con errores sutiles. El diablo utiliza la estrategia del caballo de Troya colocando sus falsos maestros en la Iglesia, donde presentan “encubiertamente herejías destructoras” (2 P. 2:1). Pone sus mentiras en la boca de alguien que afirma hablar por Jesucristo (Mt. 4:6; Hch. 20:30). De este modo el diablo disfraza la falsedad como verdad, haciendo así que lo malvado parezca bueno.

Por esto, Jesús mismo advirtió de los falsos profetas:

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos (Mt. 7:15-17; cp. Mr. 13:21-23; 2 P. 2:1-2).

Los cristianos que no toman en cuenta la advertencia del Señor lo hacen para su propio perjuicio. Hay muchas voces potentes que a gritos piden atención dentro de la iglesia. Por eso es fundamental que los creyentes practiquen el discernimiento bíblico (cp. 1 Co. 2:12-13; Ef. 6:17; 2 Ti. 1:13; 3:15-17). Esto se exige especialmente para los pastores.

Porque es necesario que el obispo sea irreprensible, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen. Porque hay aún muchos contumaces, habladores de vanidades y engañadores, mayormente los de la circuncisión, a los cuales es preciso tapar la boca; que trastornan casas enteras, enseñando por ganancia deshonesta lo que no conviene (Tit. 1:7-11).

PAUTAS PARA APRENDER A PROBAR

En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error. (4:2-6)

Juan expone tres pruebas conocidas para determinar si un maestro y su mensaje reflejan el Espíritu de Dios o el espíritu de Satanás. Estas pruebas son teológicas (¿confiesa la persona a Jesucristo?), de conducta (¿manifiesta la persona evidencia del fruto de justicia?) y de presuposición (¿está la persona comprometida con la Palabra de Dios?). De ahí que los maestros verdaderos deban caracterizarse por confesar al Señor divino, por poseer la vida divina, y profesar la ley divina. Aquellos que no exhiben estas características demuestran que no son de Dios.

CONFESAR AL SEÑOR DIVINO

En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. (4:2-3)

La primera prueba es teológica, o más específicamente, cristológica, y pregunta: ¿Qué enseña esta persona acerca de Jesucristo? El verbo traducido **confiesa** es una forma del tiempo presente del verbo *homologeō*, que significa “decir lo mismo”. **Todo espíritu** (maestro humano) que concuerda con la Biblia en **que Jesucristo ha venido en carne es por consiguiente de Dios**, ya que confiesa una verdad enseñada por el Espíritu Santo: que **Jesucristo** es Dios encarnado.

El apóstol no explora aquí todos los matices de la cristología; simplemente repite la declaración cristológica definitiva con que inició esta epístola:

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo (1:1-3).

Jesucristo procedió de Dios el Padre como el Verbo viviente de Dios (Jn. 1:1-2) que se hizo carne (Lc. 1:31; Jn. 1:14; cp. Col. 2:9). Él es uno con el Padre (Jn. 10:30, 38; 14:7-10), manifestado a la humanidad como la segunda persona de la Trinidad (un correcto entendimiento de la cristología inevitablemente será trinitario), el Hijo de Dios (Is. 9:6; Jn. 3:16; cp. Jn. 1:18; He. 1:5, 8). Según el plan de Dios, Jesús vino en la carne a fin de que pudiera tener una muerte sustitutiva como un ser humano por los pecados de otros hombres. Esa es la única forma en que podía redimir a todos los que habrían de creer (Gá. 4:4-5; He. 2:17; cp. 1 Ti. 2:5; 1 Jn. 2:1-2).

Juan resalta varias veces la deidad de Cristo y enseña la gigantesca verdad con enormes implicaciones: que nadie puede honrar al Padre sin honrar al Hijo (2:22-23; Jn. 5:23; 2 Jn. 3, 7, 9) porque ellos participan la misma naturaleza divina y perfecta (3:21-23; 5:6, 20). Para ser salvos debemos creer que Jesús es Deidad eterna, la segunda persona de la Divinidad que se hizo hombre. Él no es simplemente un ser creado (contrario a lo que los antiguos falsos maestros enseñaron y a lo que sectas modernas tales como los mormones y los Testigos de Jehová enseñan). Sin embargo, el simple asentimiento intelectual a esa verdad no salva a nadie (cp. Stg. 2:19); para ser salvos también es necesario reconocer a Jesús como Señor (Ro. 10:9-10).

La comprensión y la aceptación que una persona haga de la identidad de Jesús es la prueba de fuego definitiva de la legitimidad de la fe que profesa. En el mundo evangélico de hoy cada vez es políticamente más correcto afirmar que todas las religiones monoteístas adoran al mismo Dios. Pero la realidad es que no es así. Jesús mismo dejó eso absolutamente en claro: “El que a vosotros [los discípulos] oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (Lc. 10:16); “yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6; cp. Hch. 4:12; 1 Jn. 2:23). **Todo espíritu** misionero en cualquier religión o filosofía **que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios**. Tal enseñanza es errónea, herética y un rechazo a Cristo (2 P. 2:1; cp. Gá. 1:8-9). Juan la llama **el espíritu del anticristo** (cp. 2:18, 22; para un análisis más completo de este tema, véase el capítulo 9

de este comentario). Los creyentes han **oído que** el último anticristo **viene** (2 Ts. 2:3-4, 8-9), pero **el espíritu del anticristo**, que se evidencia en la falsa religión y la doctrina aberrante, **ya está en el mundo**. La verdadera naturaleza de Jesucristo es inevitablemente negada por los falsos maestros y los sistemas que estos promueven (Jud. 4; cp. Hch. 3:14). No obstante, aquellos que entienden correctamente a Jesucristo y lo presentan a Él y a su obra de forma certera demuestran que poseen el Espíritu de verdad.

POSEER LA VIDA DIVINA

Hijos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. (4:4-5)

En la encarnación, Dios se hizo partícipe de la naturaleza humana (Fil. 2:7-8; He. 2:14, 17; 4:15). Por otra parte, a través de la regeneración los seres humanos se vuelven partícipes de la naturaleza divina (2 P. 1:4; cp. 2 Co. 3:18). La declaración de Juan: **Hijos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo**, es principalmente una afirmación de la seguridad de los creyentes contra los falsos maestros (cp. 2:20, 24, 27). Todos los cristianos verdaderos poseen una simiente incorruptible de vida eterna (1 P. 1:23-25), lo que quiere decir que ningún engaño satánico puede alejarlos de la mano salvadora de Dios (Jn. 10:28-29). A quienes realmente han nacido de nuevo se les ha concedido no solo una visión sobrenatural de la verdad (Lc. 10:21) sino también amor por esta (Sal. 1:2; 119:97, 113, 159, 167; cp. 2 Ts. 2:10; 1 P. 1:22) y discernimiento que los protege de la apostasía (cp. Mr. 13:22; He. 10:39). Así escribió Pablo:

Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo (1 Co. 2:12-16).

Los creyentes podrían estar inseguros en cuanto a cuestiones secundarias y periféricas, pero no acerca de las verdades fundamentales del evangelio, tales como la persona y la obra de Cristo (cp. Jn. 3:14-16; Ro. 1:16-17; 3:24-26; 5:1; Gá. 2:16; Ef. 2:8-9; 2 Ti. 1:9). Ellos no se dejarán engañar cuando falsos maestros invariablemente menosprecien la obra de Cristo al abogar por alguna forma de salvación por obras (cp. Gá. 4:9-11; Col. 2:20-23).

Por otra parte, los falsos maestros y sus seguidores se aferran a ideas mundanas (véase 2:15-17 y 1 Co. 2:14) porque **ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye**. Por medio de lo que dicen y cómo viven, los falsos maestros demuestran que son cualquier cosa menos verdaderos siervos de Cristo. No obstante, los verdaderos creyentes se oponen a las ideas mundanas porque han **vencido** al mundo (cp. Jn. 16:33).

PROFESIÓN DE LA LEY DIVINA

Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error. (4:6)

En contraste con los proveedores demoníacos de falsedad (Hch. 13:10; Gá. 1:7; cp. Jn. 8:44), quienes **somos de Dios** proclamamos su Palabra revelada como la fuente de verdad (cp. 2 Co. 6:7; 1 Ti. 2:7; Tit. 1:3). El pronombre **nosotros** se refiere principalmente a Juan y los demás escritores de la Biblia. Igual que ellos, todos los maestros verdaderos predicán con exactitud la Palabra de Dios, y **el que conoce a Dios, los oye** (cp. Jn. 8:47; 10:4-5, 16, 26-27; 14:26; 18:37). Por el contrario, todo aquel **que no es de Dios, no oye** las enseñanzas de los maestros verdaderos.

La revelación escrita y completa del Antiguo y Nuevo Testamentos es por consiguiente la única autoridad por la cual los cristianos deben probar todas las ideologías espirituales. Según Pablo escribiera a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17). La Biblia es “más segura” que las experiencias o sensaciones humanas (2 P. 1:19). Perdura para siempre (1 P. 1:25). Es digna de confianza en todos sus detalles (Mt. 5:18). Es inmutable y eterna (Is. 40:8); Jesús mismo declaró: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt. 24:35). Es la norma de la verdad (Jn. 17:17). Y es por medio de esa norma, con la ayuda del Espíritu Santo (cp. Jn. 14:17; 15:26; 16:13), que los creyentes **conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error**.

En un mundo plagado de falsas enseñanzas demoníacas, los creyentes debemos probar constantemente los espíritus para discernir cuál es de Dios y cuál no lo es. Usando las pruebas que Juan ha bosquejado aquí podemos diferenciar las joyas espirituales verdaderas de los “engañabobos” doctrinales. Al igual que los nobles bereanos, los santos de hoy día están llamados a comparar con la norma bíblica revelada todo mensaje espiritual con que se topen (Hch. 17:11). Solo entonces pueden obedecer la amonestación de Judas de contender “ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). Al guardar fielmente la verdad en la actualidad, los creyentes la preservan en pureza tanto para sí mismos como para las generaciones futuras.

15. Manifestación del amor perfecto

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios

permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano. (4:7-21)

La Trinidad es una doctrina bíblica insondable y, sin embargo, inconfundible. Como observó Jonathan Edwards después de estudiar ampliamente el tema: “Creo, sin embargo, que [la doctrina de la Trinidad] es el más exaltado y más profundo de todos los misterios divinos, a pesar de todo lo que he afirmado o concebido al respecto” (*An Unpublished Treatise on the Trinity*). No obstante, aunque la plenitud de la Trinidad está mucho más allá de la comprensión humana, se trata indiscutiblemente del modo en que Dios se ha revelado en la Biblia: como un Dios que existe en la eternidad en tres personas.

Esto, por supuesto, no quiere decir que la Biblia presenta tres dioses diferentes (cp. Dt. 6:4). Más bien, Dios es tres personas en una sola esencia; la esencia divina subsiste en su plenitud y de modo indivisible, simultánea y eternamente, en los tres miembros de la Deidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Las Escrituras son claras en que estas tres personas juntas son un Dios y solo uno (Dt. 6:4). Juan 10:30 y 33 explican que el Padre y el Hijo son uno. Primera Corintios 3:16 muestra que el Padre y el Espíritu son uno. Romanos 8:9 deja en claro que el Hijo y el Espíritu son uno. Además, Juan 14:16, 18 y 23 demuestran que el Padre, el Hijo, y el Espíritu son uno.

A pesar de eso, al mostrar la unidad entre los miembros de la Trinidad, la Palabra de Dios en ninguna manera niega la existencia simultánea y el carácter distintivo de cada una de las personas de la Deidad. Es decir, la Biblia deja en claro que Dios es un solo Dios (no tres), pero que el único Dios es una Trinidad de personas.

La Biblia sugiere en varias formas en el Antiguo Testamento la idea de la Trinidad. El título *Elohim* (“Dios”), por ejemplo, es un sustantivo plural, lo que puede sugerir multiplicidad (cp. Gn. 1:26). Esto corresponde al hecho de que el pronombre plural (“nosotros”) se usa en ocasiones para Dios (Gn. 1:26; Is. 6:8). Más directamente, hay lugares en que el nombre de Dios se aplica a más de una persona en el mismo texto (Sal. 110:1; cp. Gn. 19:24). Además, también hay pasajes en que todas las tres personas divinas se ven en acción (Is. 48:16; 61:1).

En gran medida el Nuevo Testamento se basa en estas verdades, y las revela de modo más explícito. La fórmula bautismal de Mateo 28:19 designa a todas las tres personas de la Trinidad: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. En su bendición apostólica a los corintios, Pablo subrayó esta misma realidad cuando escribió: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios [el Padre], y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Co. 13:14). Otros pasajes del Nuevo Testamento también explican la gloriosa verdad del Dios trino (Ro. 15:16, 30; 2 Co. 1:21-22; Ef. 2:18).

Al describir la Trinidad, el Nuevo Testamento distingue claramente tres personas que están todas simultáneamente activas. No son simplemente modos o manifestaciones de la misma persona (como de modo incorrecto afirman las herejías del modalismo o el sabelianismo, y la teología más moderna

de la unicidad) que a veces actúa como Padre, en ocasiones como Hijo, y en otras más como Espíritu Santo. En el bautismo de Cristo estaban simultáneamente activas todas las tres personas (Mt. 3:16-17), en que el Hijo se estaba bautizando, el Espíritu descendiendo, y el Padre hablando desde el cielo. Jesús mismo oró al Padre (cp. Mt. 6:9), enseñó que su voluntad era diferente de la del Padre (Mt. 26:39), prometió que le pediría al Padre que enviara el Espíritu (Jn. 14:26), y pidió al Padre que lo -glorificara (Jn. 17:5). Estas acciones no tendrían sentido a menos que el Padre y el Hijo fueran dos personas distintas. En otra parte del Nuevo Testamento, el Espíritu Santo intercede ante el Padre en favor de los creyentes (Ro. 8:26-27), así como lo hace el Hijo, quien es nuestro Abogado (1 Jn. 2:1). En el Evangelio de Juan, el apóstol informa que Jesús afirmó que el Espíritu Santo moraría en los creyentes (14:16), que Él mismo moraría en ellos (vv. 18, 20-21), y que el Padre también moraría en ellos (v. 23). Una vez más la distinción de cada persona está a la vista.

La Biblia es clara. Solo existe un Dios, pero existe y siempre ha existido como una Trinidad de personas: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo (cp. Jn. 1:1, 2). Negar o malinterpretar la Trinidad es negar o malinterpretar la misma naturaleza de Dios.

La doctrina de la Trinidad es crucial en una cantidad infinita de niveles, ya que está en el mismo centro de la doctrina de Dios. Así lo explica un escritor:

La Trinidad es la más exaltada revelación que Dios ha hecho de sí mismo a su pueblo. Es el toque final, la estrella más brillante en el firmamento de verdades divinas... Debemos saber, entender y amar a la Trinidad para ser total y plenamente cristianos. Por esto es que decimos que la Trinidad es la más grande de las verdades reveladas de Dios (James White, *The Forgotten Trinity* [Minneapolis: Bethany House, 1998], pp. 14-15).

Es muy significativo que la Trinidad tenga implicaciones no solo para lo que los creyentes piensan acerca de Dios, sino también para cómo se relacionan con Él y unos con otros. Después de todo, es la verdad de la Trinidad la que explica a Dios como un ser relacional. Desde la eternidad pasada, Padre, Hijo y Espíritu Santo han disfrutado la plenitud de la relación interpersonal. Siempre se han gloriado de la infinita intimidad de la que participan. En pocas palabras, Dios nunca ha estado solo, sino que siempre ha estado satisfecho en la comunión perfecta de felicidad intertrinitaria. John Piper lo explica de este modo:

Podemos decir que desde la eternidad, y antes de toda creación, Dios es la única realidad que ha existido siempre. Esto constituye un misterio muy grande ya que resulta difícil para nosotros imaginar que Dios no tenga ningún principio, que él haya estado por siempre y siempre, sin que nada ni nadie lo haya colocado allí. Se trata de una realidad absoluta que todos tenemos que considerar nos guste o no. Sin embargo, ese Dios que ha vivido eternamente no ha estado «solo». No fue un centro solitario de conciencia. Siempre hubo otro que era uno con Dios en esencia y gloria, pero [tan distinto en personalidad] para que ellos pudieran tener a lo largo de toda la eternidad una comunión personal (*Los deleites de Dios* [Miami: Vida, 2006], s.p.).

Basado en ese impecable modelo relacional y en su perfecto deseo y propósito de tener relación con sus criaturas, el Dios trino diseñó al hombre como un ser relacional. La creación del ser humano a imagen de Dios le dio conciencia de sí mismo y la habilidad de pensar de modo racional, de apreciar la belleza, de adquirir sabiduría, de sentir emoción, y de entender la moralidad. Pero el aspecto más importante de la imagen de Dios se ve en la capacidad del hombre de amar a otros, según se demuestra a través de su comunión relacional con Dios y con otros seres humanos. Aunque solo una

sombra, el amor humano (tanto por Dios como por los demás) es un reflejo del perfecto amor intríntrico que ha caracterizado a Dios desde antes del inicio del tiempo.

El origen trinitario del amor perfecto pone de relieve el tema del apóstol en 1 Juan 4:7-21. Cuatro veces en el pasaje (una vez en el versículo 12, otra en el versículo 17, y dos en el versículo 18) Juan se refiere al amor perfecto o perfeccionado. El Nuevo Testamento menciona muchas clases de amor (Mt. 5:44; 22:37-38; Jn. 13:34; 14:15, 21; 15:12; Ro. 12:9-10; 13:8-10; 1 Co. 8:3; 13:4-8, 13; 2 Co. 5:14; Gá. 5:22; Ef. 5:25, 28, 33; Fil. 1:9; Col. 3:14; 1 Ts. 4:9; 2 Ts. 3:5; He. 13:1; Stg. 2:8; 1 P. 1:22; 4:8; Jud. 21), pero el amor supremo es el amor perfeccionado y completo que viene de Dios en la salvación. En Romanos 5:5 Pablo escribió: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”. Se trata de un amor que no se deriva de una experiencia mística ni está vinculado con sentimentalismo emocional, sino que se origina en la salvación (cp. Ro. 8:28-30) y se demuestra en las buenas obras de santificación (cp. Ef. 2:10; He. 10:24). La expresión total de este amor ocurre cuando los creyentes obedecen al Señor: “El que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 Jn. 2:5a; cp. 5:3).

Este pasaje constituye en realidad la tercera vez que Juan habla del amor en esta carta. Primero presentó al amor en 2:7-11 como una prueba de verdadera comunión. Luego lo examinó en 3:10-17 como evidencia de la filiación de los creyentes. Este tercer debate acerca del amor es un ejemplo del regreso cíclico del apóstol en la epístola a través de la moral y las pruebas doctrinales de salvación, ofreciendo cada vez a sus lectores mayor profundidad y amplitud.

Juan expone en este pasaje la naturaleza del amor trinitario perfecto según se relaciona con el carácter de Dios, con la venida de Cristo, con la afirmación de fe del cristiano, y con la confianza del creyente en el juicio.

EL AMOR PERFECTO Y EL CARÁCTER DE DIOS

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. (4:7-8)

Juan se dirigió a sus lectores como **amados** (agapētoi, “[divinamente] queridos”) (cp. 2:7; 3:2, 21; 4:1, 11) a quienes instó: **amémonos unos a otros**. Una vez más, a diferencia del amor emocional, físico o fraternal, agapē (**amor**) se trata del amor del servicio abnegado (Fil. 2:2-5; Col. 3:12-14; cp. Ro. 14:19; 1 Co. 10:23-24; 13:4-7), es decir el amor concedido a alguien que necesita ser amado (He. 6:10; 1 P. 2:17; cp. Ro. 12:15), no necesariamente a alguien que sea atractivo o digno de ser amado.

La primera razón de que los creyentes deben extender ese amor sacrificial unos a otros es **porque el amor es de Dios**. Así como Dios es vida (Sal. 36:9) y la fuente de vida eterna (1:1-2; 3:1-2, 9; 5:12; 2 Ti. 1:1; Tit. 1:2), y así como Él es luz (1:5-7; 2:8-11; cp. Is. 60:19), también es amor (cp. 4:16). Por tanto, si los creyentes poseen la vida de Dios y andan en la luz de Dios (justicia y verdad), también poseen y manifiestan el amor divino, pues **todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios**. Debido a que son hijos de Dios, manifestarán la naturaleza divina y reflejarán el amor de Dios a otros.

Como ya se mencionó, el amor al que Juan se refiere es el amor divino y perfecto que Dios ofrece únicamente a los suyos. El verbo traducido **es nacido** es una forma pasiva perfecta de gennaō y podría traducirse literalmente “se ha engendrado”. Todo aquel a quien Dios salvó en el pasado sigue dando evidencia de esa realidad en el presente. Aquel que posee la vida de Dios tiene la capacidad y la experiencia de amar. Por el contrario, **el que no ama, no ha conocido a Dios**. Aquellos cuyas vidas no se caracterizan por amar a otros no son cristianos, sin importar lo que afirmen. Los

religiosos judíos (escribas, fariseos y los demás dirigentes) de la época de Jesús, así como los falsos maestros en la iglesia del tiempo de Juan, sabían mucho *acerca de* Dios, pero en realidad no lo *conocían* (cp. 1 Ti. 6:20; 2 Ti. 3:7). La ausencia del amor de Dios en sus vidas revelaba de modo muy concluyente la condición no regenerada en que se hallaban, así como lo estaba su aberrante teología.

Por naturaleza, **Dios es amor**, y por tanto Él define al amor; el amor no lo define a Él. La gente impone constantemente sobre Dios un punto de vista humano del amor; no obstante, Él trasciende cualquier tipo de limitaciones humanas. El hecho de que Dios es amor explica una cantidad de aspectos en la perspectiva global del mundo. Primero, explica la razón por la cual creó. En la eternidad pasada, dentro de la comunión perfecta de la Trinidad, Dios el Padre se propuso, como una dádiva de amor para su Hijo, redimir a un pueblo que honraría y glorificaría al Hijo (cp. Jn. 6:39; 17:9-15). Por eso, aunque Dios existía en perfecta soledad trinitaria, creó un género de seres de los cuales amaría y rescataría a aquellos que a su vez amarían a Dios por siempre.

Segundo, la verdad de que Dios es amor explica la selección humana. Él diseñó que pecadores lo conocieran y lo amaran por un acto de sus voluntades (cp. Jn. 7:17-18), aunque no aparte de la obra del Espíritu Santo (cp. Jn. 1:12-13; Ef. 2:5; Tit. 3:5). El más grande mandamiento es que las personas lo amen de todo corazón, alma, mente y fuerzas (Mr. 12:29-30).

Tercero, la realidad de que Dios es amor también explica su providencia. Él organiza todas las circunstancias de la vida, en medio de todo el asombro, la belleza e incluso las dificultades de sus hijos, a fin de revelar muchas evidencias del amor divino (Sal. 36:6; 145:9; Ro. 8:28).

Cuarto, que Dios es amor explica el plan divino de redención. Si Él actuara solo basándose en su ley habría condenado al ser humano por su pecado, y con justicia destinaría a todo el mundo a pasar la eternidad en el infierno (cp. Sal. 130:3). Pero su amor proporcionó un remedio para el pecado a través de la obra expiatoria de Jesucristo (Mt. 1:21; Gá. 4:4-5) a favor de todos los que se arrepienten de sus pecados y confían en la misericordia de Dios (Jn. 3:14-15). En la declaración más conocida de su ministerio terrenal, Jesús declaró: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16; cp. 2 Co. 5:19-20; 1 Ti. 4:10; Tit. 3:4-5).

El amor general de Dios por la humanidad se manifiesta en varias maneras. Primera, Dios expresa su amor y su bondad a todos por medio de la gracia común. El salmista escribió: “Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” (Sal. 145:9; cp. Mt. 5:45). Como parte de esto, Dios revela su amor a través de su compasión, principalmente en que retarda su juicio final contra pecadores no arrepentidos (Gn. 15:16; Hch. 17:30-31; Ro. 3:25; cp. Gn. 18:20-33). Esa compasión está expresada aún más en sus innumerables advertencias a los pecadores (Jer. 7:13-15, 23-25; 25:4-6; Ez. 33:7-8; Sof. 2:1-3; Lc. 3:7-9; 1 Co. 10:6-11; Ap. 3:1-3). Dios no encuentra placer en la condenación de alguien (Ez. 18:23, 32; 2 P. 3:9). Junto con sus advertencias, Dios extiende su amor a cada sección del mundo por medio de su ofrecimiento general del evangelio (Mt. 11:28; Jn. 7:37; 1 Ti. 2:4; Tit. 2:11). Así ordenó Jesús a los apóstoles: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mr. 16:15; cp. Mt. 28:19).

Sin embargo, ese amor general está limitado a esta vida. Después de la muerte, pecadores impenitentes experimentarán la ira final de Dios y juicio por toda la eternidad (Dn. 12:2; Mt. 25:41; 2 Ts. 1:9; Ap. 20:12-15). Pero Dios tiene un amor especial y perfecto que derrama sobre todos los que creen. El apóstol Juan caracterizó acertadamente ese amor que Jesús mostró a los apóstoles cuando al inicio de la narración en el aposento alto escribió: “Como había amado a los suyos que

estaban en el mundo, [Jesús] los amó hasta el fin” (Jn. 13:1b). Pablo celebró más tarde ese amor especial en su epístola a los Efesios:

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús (Ef. 2:4-7).

(Para un estudio completo del amor de Dios, véase John MacArthur, *The God Who Loves* [Nashville: Word], 1996, 2001).

EL AMOR PERFECTO Y LA VENIDA DE CRISTO

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. (4:9-11)

Jesucristo es la manifestación principal del amor de Dios (Jn. 1:14; cp. Ro. 5:8); Él es el **Hijo unigénito** (único) de Dios (He. 1:5), que vino a la tierra en la carne (Lc. 2:7-14; Jn. 1:14, 18; He. 5:5). La encarnación fue la evidencia suprema de un amor divino que era y es soberano y busca; **no fue que nosotros** [los creyentes] **hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.** El término **propiciación** se refiere al pago por el pecado (Ro. 3:25; He. 2:17), y es una forma de la misma palabra (*hilasmos*) usada en 2:2 (para una explicación más detallada de este importante vocablo y de su trasfondo, véase el capítulo 4 de este comentario). Centenares de años antes de Cristo el profeta Isaías vislumbró el sacrificio propiciatorio de Jesús:

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (Is. 53:4-6; cp. 2 Co. 5:21; Gá. 3:13; 1 P. 3:18).

Juan escribió: **En esto se mostró el amor perfecto de Dios para con nosotros** [los creyentes]: **en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que** [los creyentes] **vivamos por él.** El punto del apóstol es que debido a que en su soberana misericordia Dios mostró de modo compasivo su amor al enviar a Cristo, los santos seguramente deberían seguir el ejemplo y amar a otros con el amor sacrificial que Cristo mostró (Ef. 4:32). El Padre no solo dio a sus hijos un amor perfecto cuando los redimió (Ro. 5:5), sino que también les proveyó el modelo definitivo en Cristo sobre cómo actúa ese amor en sacrificio desinteresado. La cruz de Cristo apremia a los creyentes a tal amor. De ahí que Juan exhortara a sus lectores: **Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros** (cp. Jn. 15:13). En realidad el apóstol solo reiteró su amonestación de 3:16: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos”. Nadie que alguna vez haya creído para salvación en el sacrificio expiatorio de Cristo, y que por tanto se le concediera vida eterna, puede regresar de modo permanente a un estilo de vida centrado en sí mismo. En lugar de eso, tales personas obedecerán la

exhortación de Pablo a los efesios: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:1-2; cp. 1 P. 1:15-16).

EL AMOR PERFECTO Y LA DECLARACIÓN DE FE DEL CRISTIANO

Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. (4:12-16)

En el versículo 12 Juan vuelve a repetir el razonamiento de que si **nadie ha visto jamás a Dios** (cp. Jn. 4:24; 1 Ti. 1:17; 6:16), y Jesús ya no está visiblemente presente para manifestarlo, las personas no verán el amor de Dios a menos que los creyentes **nos amemos unos a otros**. Si se aman mutuamente, Dios se exhibirá, atestiguando que **permanece en nosotros, y su amor se habrá perfeccionado en nosotros** (cp. Jn. 13:34-35; 1 Jn. 3:24). Por tanto, el Dios invisible se revela a través del amor visible de los creyentes; el amor que se originó en Dios y que se manifestó en su Hijo se demuestra ahora en su pueblo.

En esta sección el apóstol Juan también explica una secuencia clave de evidencias para recordar una vez más a los lectores que pueden saber que son salvos. La seguridad empieza con la obra del Espíritu Santo (2:20, 27; Ro. 8:9, 14-16; 1 Co. 6:19-20; Ef. 1:13-14). Bruce Milne lo resume de este modo para los creyentes:

El núcleo de la experiencia cristiana del Espíritu Santo reside en que nos lleva a una relación viva con Jesucristo a fin de que participemos en su redención y en todas sus bendiciones. Toda la experiencia cristiana se puede enfocar en este regalo de Dios para nosotros a través de su Espíritu: nuestra unión con Cristo (*Know the Truth* [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1982], p. 182).

De ahí que Juan asegure a sus lectores que **en esto** pueden saber que permanecen **en él, y él en ellos**, porque les **ha dado de su Espíritu**.

Después de haberse enfocado en el Padre y el Hijo en el debate sobre el amor perfecto, Juan resalta ahora el papel del Espíritu. Al observar la obra de cada miembro de la Trinidad, el apóstol subraya los orígenes trinitarios del amor perfecto. Tal amor, que se logra por medio de la obra de la Trinidad en cada miembro y que posteriormente se manifiesta en las vidas de los creyentes, encuentra su fuente en el Dios trino, quien desde la eternidad pasada disfruta comunión perfecta como Padre, Hijo y Espíritu Santo. En calidad de quienes **permanecemos en Dios**, los creyentes debemos reflejar su amor, porque Él permanece en nosotros y su Espíritu está en acción en nuestros corazones.

Jesús comparó al Espíritu Santo con el viento (Jn. 3:8) y dijo que las personas solo pueden ver los efectos del Espíritu; no hay señales visibles y físicas que garanticen que se está lleno del Espíritu. Pero la realidad de la fe permite a los creyentes saber que tienen al Espíritu morando en ellos, como Juan les recuerda a sus lectores: **Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios**. Creer en el evangelio (la prueba doctrinal) proporciona evidencia del

ministerio y la presencia del Espíritu (cp. 1 Co. 12:3). Puesto que los pecadores están espiritualmente muertos (Ef. 2:1, 5), no pueden llegar a Dios por cuenta propia (cp. Mt. 12:35; Jn. 1:12-13). La fe que salva es posible solo porque Dios la concede (Ef. 2:8). En el caso de Juan, su propia experiencia de ver y estar con Jesús verificó su fe (1 Jn. 1:1-3). El apóstol dio testimonio de **que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo**, pero no habría creído si el Padre no lo hubiera elegido (Jn. 6:44; 15:16, 19) y el Espíritu no le hubiera abierto los ojos a la verdad.

Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. El verdadero creyente ha discernido la presencia del Espíritu Santo, y ha **conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros**. Tales personas comprenden el amor eterno de **Dios**, quien es **amor**, para con todos los creyentes. Ellos pueden descansar confiadamente en la seguridad de que quien **permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él**. Los creyentes demostrarán aún más la autenticidad de su salvación por amar al Padre y al Hijo, amando la justicia y a los hermanos en la fe en lugar del sistema del mundo, e incluso amando a sus enemigos. En resumen, cada vez amarán del modo en que Dios ama (cp. Mt. 5:48; 22:37-40; 2 Co. 3:18).

EL AMOR PERFECTO Y LA CONFIANZA DEL CRISTIANO EN EL JUICIO

En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano. (4:17-21)

La **confianza en el día del juicio** es la experiencia de los creyentes de saber no solo cuándo reciben una comprensión precisa del evangelio y de otras doctrinas bíblicas, sino también cuándo **se ha perfeccionado el amor** dentro de ellos (cp. 1 Co. 13:10-13; Gá. 5:24-25; Ef. 5:15-21; Col. 3:12-17).

El día del juicio se refiere en el sentido más amplio al momento final de rendir cuentas delante de Dios (cp. 2:28). Juan informa a los creyentes que pueden vivir con **confianza** (literalmente, “audacia”) mientras esperan el día en que Cristo regrese y se hallen delante de Dios (1 Co. 3:9-15; 2 Co. 5:10; cp. Stg. 1:12; Ap. 2:10). En 3:21 Juan usa la misma palabra (parrēsia) para referirse a la confianza que los creyentes pueden tener en que Dios les concederá sus peticiones de oración. En el presente versículo el apóstol declara que la confianza y la falta de temor deberían caracterizar a los creyentes (cp. Ro. 5:2; He. 6:19) siempre que piensen en el tiempo futuro del juicio divino (cp. Tit. 2:13).

¿Por qué pueden los creyentes tener tal confianza? Porque **como él es, así somos nosotros en este mundo**. Esta asombrosa declaración significa que el Padre trata a los santos del mismo modo que lo hace con su Hijo Jesucristo. Dios viste a los creyentes con la justicia de Cristo (Ro. 3:21-22; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9), y les concede el perfecto amor (Mt. 9:36; Jn. 10:11, 14-16; 13:1; 14:21) y la obediencia del Hijo (cp. Jn. 4:34; 5:30; 18:37). Algún día los creyentes estarán delante del trono de Dios con tanta confianza como la que ostenta su Señor y Salvador. Cuando lleguen a este ajuste final de cuentas verán el cumplimiento de 1 Jn. 3:2b: “[Los creyentes] sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”.

Aquellos cuyo amor perfecto (completo, maduro) demuestra la realidad de su salvación no deben temer el regreso de Cristo o el juicio de Dios, porque **el perfecto amor echa fuera el temor**. Tal clase de amor disipa el temor **porque el temor lleva en sí castigo**, y los creyentes perfeccionados en amor no enfrentan castigo final (Ro. 5:9; 1 Ts. 1:10; 5:9; cp. Ef. 5:6). Sin embargo, **el que teme** el juicio de Dios **no ha sido perfeccionado en el amor**. Alguien que profesa a Cristo pero que teme su regreso evidencia que algo está bastante mal, porque todos los verdaderos santos aman la venida de Jesús (2 Ti. 4:8; cp. Stg. 1:12).

La razón de que los creyentes tengan tal confianza plena con relación al futuro es obvia: **Nosotros [los cristianos] le amamos a él, porque él nos amó primero**. Fue el amor perfecto y eterno de Dios el que atrajo de modo soberano a los creyentes hacia Él (4:10; Jn. 15:9, 16, 19; Hch. 13:48; Ro. 5:8; Ef. 1:4), permitiéndoles así que reflejen el amor divino a otros.

El apóstol repite su advertencia (cp. 2:4, 9; 3:10, 17; 4:8) de que cualquiera que declare amar a Dios pero que no ama a otros es un engañador: **Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?** Es absurdo decir que amamos al Dios invisible pero que al mismo tiempo no mostremos amor por su pueblo. Juan responde a esa idea hipócrita con un mandato final: **Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano**. El amor fraternal no busca nada a cambio sino que perdona incondicionalmente (cp. Mt. 18:21-22), lleva las cargas de otros (Gá. 6:2), y se sacrifica para suplirles las necesidades (Hch. 20:35; Fil. 2:3-4). No obstante, también se trata de un amor justo que no tolera la falsa doctrina ni el pecado habitual (1 Ti. 5:20; cp. 2 Ts. 3:15).

El amor perfecto de Dios es una bendición para que los creyentes lo conozcan y un gozo para que lo manifiesten a otros. Aunque resalta y enriquece el amor emocional que tienen por otras personas, el amor perfecto trasciende cualquier tipo de sentimiento que el mundo podría experimentar. Se trata de un amor completo y maduro que refleja la esencia de Dios y la obra de Cristo, y que fluye a través de los creyentes hacia cualquiera en necesidad (3:17; Mt. 25:34-40; 2 Co. 8:1-7; 9:7-15; Stg. 1:27; cp. Mt. 5:16; Hch. 9:36; Tit. 3:8), especialmente hacia otros en la familia de Dios (Gá. 6:2, 10; cp. 1 Ti. 5:8; He. 6:9-10). Este amor, que ha caracterizado al Dios trino desde la eternidad pasada, es también la característica de sus hijos (Jn. 13:35). Puesto que este amor viene tan claramente de Dios, quienes aman como Él pueden estar seguros de que le pertenecen. Así lo expresa de manera acertada el himno “Yo soy suyo, y él mío es”:

Amado con amor eterno,
Llevado por la gracia que anhela conocer;
Espíritu Santo de los cielos,
¡Tú me lo has enseñado muy bien!
¡Oh, qué paz perfecta y maravillosa!
¡Oh, todo cuán divino es!
En un amor que cesar no puede,
Yo soy suyo, y él es mío es.

16. Cómo reconocer a un vencedor

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (5:1-5)

Al pueblo de Dios se le identifica en las Escrituras mediante muchos nombres, entre ellos *creyentes* (1 Ts. 1:7; 2:10; 1 Ti. 6:2), *cristianos* (Hch. 11:26; cp. 26:28; 1 P. 4:16), *niños* (Mt. 18:3; Ef. 5:1; 1 P. 1:14), *hijos de Dios* (Jn. 1:12; Ro. 8:16; Fil. 2:15; 1 Jn. 3:1), *hijos de luz* (Ef. 5:8; cp. Lc. 16:8), *hijos de la promesa* (Gá. 4:28); *hijos del día* (1 Ts. 5:5), *hijos del reino* (Mt. 13:38), *amigos de Jesucristo* (Jn. 15:15; cp. Stg. 2:23), *hermanos* (Mt. 28:10; Hch. 1:15; 11:1; 14:2; 16:2; 28:14; Ro. 8:29; 1 Co. 8:12; 15:6; Gá. 1:2; Fil. 4:21; Col. 1:2; 1 Ts. 4:9; 5:27; 1 Ti. 4:6; 6:2; He. 2:11; 13:1; 1 P. 1:22; 1 Jn. 3:14, 16; 3 Jn. 3, 5; Ap. 12:10), *ovejas* (Jn. 10:1-16, 26-27; 21:16-17; He. 13:20), *santos* (Hch. 9:13, 32, 41; 26:10; Ro. 1:7; 12:13; 1 Co. 1:2; 2 Co. 1:1; Ef. 1:1; 3:8; Fil. 1:1; 4:21, 22; Col. 1:2, 4; Flm. 5; He. 13:24; Jud. 3), *compañeros de milicia* (Fil. 2:25; 2 Ti. 2:3; Flm. 2), *testigos* (He. 12:1), *administradores* (1 P. 4:10), *conciudadanos* (Ef. 2:19), *luminares en el mundo* (Fil. 2:15), *escogidos* (Mt. 22:14; Mt. 24:22, 24; Lc. 18:7; Ro. 8:33; Col. 3:12; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 2:10; Tit. 1:1; 1 P. 1:1; 2:9; 2 Jn. 1, 13), *llamados* (Ro. 1:6-7; 8:28, 30; 1 Co. 1:9, 24), *embajadores en nombre de Cristo* (2 Co. 5:20), *herederos* (Ro. 8:17; Gá. 3:29; Tit. 3:7; Stg. 2:5), *pámpanos* (Jn. 15:5; cp. Ro. 11:16-21), *miembros del cuerpo de Cristo* (Ro. 12:5; 1 Co. 12:12, 27; Ef. 3:6; 4:12; 5:23; Col. 1:24; 3:15), *pedras vivas* (1 P. 2:5), *amados de Dios* (Ro. 1:7; Ef. 5:1; Col. 3:12; 1 Ts. 1:4; 2 Ts. 2:13; Jud. 1), *seguidores de Cristo* (Mr. 9:41), *hijos de Abraham* (Gá. 3:7), *discípulos* (Jn. 15:8; Hch. 6:1, 2, 7; 9:1, 26; 11:26; 15:10), *cartas de Cristo* (2 Co. 3:3), *siervos de Cristo* (1 Co. 7:22; Ef. 6:6; Ap. 6:11), *los piadosos* (2 P. 2:9), *el pueblo de Dios* (He. 4:9; 1 P. 2:10), *real sacerdocio* (1 P. 2:9), *la sal de la tierra* (Mt. 5:13), *instrumento para honra* (2 Ti. 2:21), *los justos* (Mt. 13:43), *extranjeros y peregrinos* (1 P. 2:11), y *miembros de la familia de Dios* (Ef. 2:19).

Como un diamante multifacético, cada uno de esos nombres revela algo del carácter, las bendiciones y los privilegios de los creyentes. Sin embargo, Juan revela en este pasaje otro título para los cristianos: *vencedores*. Los creyentes son victoriosos, ganadores o conquistadores. La forma verbal *nikaō* (“vence”), aparece dos veces en el versículo 4 y una vez en el versículo 5. Este es uno de los términos favoritos de Juan; veinticuatro de sus veintiocho apariciones en el Nuevo Testamento están en los escritos del apóstol. La palabra significa “conquistar”, “obtener la victoria”, o “derrotar”. Este era un término popular entre los griegos, quienes creían que la victoria final no la pueden lograr los mortales sino solamente los dioses. Incluso tenían una diosa llamada Niké, la diosa de la victoria que ayudó a Zeus en su batalla contra los titanes. Frente a ese contexto pagano, era impresionante en el Nuevo Testamento asignar a cristianos la invencibilidad asociada solamente con los dioses.

El Señor Jesucristo usó *nikaō* en Juan 16:33 para hablar de su victoria sobre el sistema mundial satánico. Esa victoria es la base de la calidad de triunfadores de los creyentes, la cual el apóstol Pablo describió en Romanos 8:37: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (cp. 1 Co. 15:57). “Más que vencedores” se traduce de una forma compuesta e

intensificada de nikaō (hupernikaō), que se refiere a ser absoluta y totalmente victorioso. En Jesucristo los creyentes son invencibles e inconquistables, por lo que “ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38-39).

Los creyentes son vencedores de Satanás. A principios de esta epístola Juan escribió que los jóvenes espirituales vencieron al diablo por medio del poder de la Palabra (2:13-14). En la visión que Juan tuvo del futuro, los santos de la tribulación “han vencido [a Satanás] por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Ap. 12:11). Los creyentes no solo han vencido a Satanás sino también a sus siervos (1 Jn. 4:1-4).

Aunque sigue siendo un enemigo peligroso (1 P. 5:8), la derrota de Satanás es segura. Pablo escribió en Romanos 16:20: “Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”. Santiago agregó: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Stg. 4:7b). Satanás será finalmente lanzado al infierno, donde recibirá castigo para siempre en el “fuego eterno preparado para [él] y sus ángeles” (Mt. 25:41; cp. Ap. 20:10). Mientras tanto, los creyentes pueden triunfar sobre Satanás cuidándose de las estratagemas diabólicas (2 Co. 2:11; Ef. 6:11), negándose a darle una oportunidad de sacar ventaja de ellos (2 Co. 2:11; Ef. 4:27), y poniéndose “toda la armadura de Dios” (Ef. 6:11).

Los creyentes también han vencido a la muerte. En la conclusión de su magnífico capítulo sobre la resurrección, Pablo escribió:

Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Co. 15:54-57).

El apóstol se burla de la muerte, comparándola con una abeja a la que le han quitado el aguijón (el pecado y su merecido castigo). Dios concede a los creyentes victoria sobre la muerte a través de Jesucristo, quien “nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero” [Gá. 3:13]).

Por último, así como Juan observa tres veces en este pasaje (vv. 4, 5), los cristianos han vencido al mundo. El mundo es el invisible sistema espiritual de maldad, que es hostil a Dios (Jn. 1:10; 7:7; 15:18-19; 17:14, 25; Stg. 4:4) y está gobernado por Satanás (Jn. 12:31; 14:30; 16:11; 2 Co. 4:4; Ef. 2:2; 1 Jn. 5:19). Sus ciudadanos están dominados por ambición carnal, orgullo, codicia, egoísmo y placer, todo lo cual constituye “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Jn. 2:16).

No obstante, a través de su relación con el Señor Jesucristo, los creyentes ya no forman parte del sistema mundial, igual que Él tampoco forma parte (Jn. 17:14, 16). Según Colosenses 1:13, Dios “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”. Como resultado, “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3:20). A pesar de que aún viven en el mundo (Jn. 17:11), los cristianos no tienen una relación continua con este (1 Jn. 3:1); ellos allí son “extranjeros y peregrinos” (1 P. 2:11; cp. He. 11:13). Sus nuevas naturalezas, junto con el apremio del Espíritu Santo, los alejan del mundo y los llevan hacia Dios. Los atractivos del mundo ya no les cautivan sus corazones, y ya no aman lo que este tiene para ofrecerles (1 Jn. 2:15-17; cp. Tit. 2:11-12).

Lejos de estar enamorados del mundo, los creyentes luchan contra él. El apóstol Pablo es un ejemplo claro de alguien que enfrentó intensa oposición del mundo, algo que describió en 2 Corintios 11:23-27:

¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez.

Sin embargo, esa hostilidad no lo derrotó, porque el mundo no tenía poder sobre él. Pablo escribió: “De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24). Cuando quienes amaban al apóstol le suplicaron en medio de lágrimas que no fuera a Jerusalén, donde iba a enfrentar arresto, él contestó: “¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hch. 21:13).

Pablo sabía que su triunfo final sobre el mundo era seguro. Así les escribió a los corintios: “Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Co. 4:17-18). O, como simple y llanamente declaró en Filipenses 1:21: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”.

Entonces, los creyentes son vencedores invencibles, no por sí mismos ni por su propio poder, sino en Jesucristo y mediante su poder. Aunque su victoria final está asegurada, los cristianos aún pierden algunas de las batallas. Sucumben ante las tentaciones de Satanás, las seducciones del mundo y la corrupción de sus propios corazones, y caen en pecado. Pero si no siempre resultan victoriosos en las escaramuzas de esta vida, ¿cómo pueden estar seguros de que son verdaderos vencedores? Al reiterar, recordar y enriquecer con los temas ya conocidos antes en esta epístola, Juan ofrece tres características de un vencedor en los versículos 1-5: fe en la verdad, amor por Dios y por los demás y obediencia a la Palabra.

FE EN LA VERDAD

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios... Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1a, 4-5)

La característica fundamental de un vencedor es que cree **que Jesús es el Cristo** (Mesías). Tal declaración breve sugiere que todo es cierto respecto a Él; que **Jesús es el Hijo de Dios**, la segunda persona de la Trinidad, quien vino a la tierra para morir y resucitar a fin de lograr la salvación de los pecadores. Solo **aquel que cree** en la verdad acerca de Jesús **es nacido de Dios** (lit., “de Dios ha sido engendrado”) y **vence al mundo. Todo** aquel **que es nacido de Dios** es un vencedor, y solamente los que creen en Jesucristo son nacidos de Dios.

En el prólogo de su evangelio, Juan escribió: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). El Señor mismo declaró: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). En Hechos 4:12, Pedro informó audazmente a las hostiles autoridades judías que “en ningún otro [diferente a Jesús; v. 10]; hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Pablo escribió: “Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co. 3:11), y: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Ti. 2:5-6). Cualquier enseñanza que afirme que las personas pueden salvarse aparte de la fe en Jesucristo es bíblicamente insostenible (véase el estudio de este punto en el capítulo 20 de este comentario).

Los tiempos de los verbos en el versículo 1 revelan una importante verdad teológica. **Cree** se traduce de una forma del tiempo presente del verbo *pisteuō*, mientras que *gegennētai* (**es nacido**) está en el tiempo perfecto. La frase inicial del versículo 1 dice textualmente: “Todo aquel que viva creyendo que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”, lo cual significa que, contrario a la teología arminiana, la fe continua es el resultado del nuevo nacimiento, no su causa. Los cristianos no conservan su nuevo nacimiento creyendo otra vez, ni pierden su salvación si dejan de creer. Por el contrario, es su perseverancia en la fe lo que proporciona evidencia de que han nacido de nuevo. La fe que Dios concede en la regeneración (Ef. 2:8) es permanente, y no puede perderse. Tampoco puede morir, como algunos enseñan, porque la fe muerta no salva (Stg. 2:14-26). No existe tal cosa como “creyente incrédulo”.

A veces surge la duda con relación a aquellos que profesan fe en Cristo, pero que luego dejan de creer en Él. Nuestro Señor describió a tales individuos en la parábola del Sembrador:

Parte [de la semilla] cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron... Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza. El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa (Mt. 13:5-7, 20-22).

Esa fe falsa y temporal no produce fruto, en contraste con la verdadera fe que salva, la única que produce el fruto que demuestra el nuevo nacimiento en alguien:

Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno... Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno (Mt. 13:8, 23; cp. 3:8; Hch. 26:20).

Juan explicó a principios de esta epístola que quienes de modo permanente se apartan de la fe nunca fueron redimidos en primera instancia: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (2:19; cp. la exposición de este versículo en el capítulo 9 de este comentario). La fe que profesaron tener nunca fue fe salvadora. La fe que salva no es simple conocimiento intelectual de los hechos del evangelio, sino que implica un compromiso sincero y permanente con Jesús como Señor, Salvador, Mesías y Dios encarnado.

Según se indicó anteriormente, el contenido de la fe salvadora es **que Jesús es el Cristo**, que Él es el objeto de esa fe. Aquellos que han nacido de Dios creen la verdad acerca de Cristo; quienes no han nacido de Dios son mentirosos y anticristos. Así advirtió Juan antes en esta carta: “¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo” (2:22). A continuación, sin dejar ninguna duda de que nadie puede llegar al Padre aparte de Jesucristo, el apóstol agregó: “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre” (v. 23; cp. capítulo 9 de este comentario para una exposición de 2:22-23). Nadie que rechace a Jesucristo verá alguna vez el cielo, pues todo aquel “que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios” (4:3), y solamente “aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (v. 15).

Para resaltar la verdad del versículo 1, Juan repite que **todo** aquel **que** cree en Jesucristo **es nacido de Dios y vence al mundo**, obteniendo **la victoria** sobre este por medio de su **fe**. La frase **nuestra fe** expresa literalmente: “la fe que tenemos”. Podría referirse a la fe subjetiva y personal de creyentes individuales, u objetivamente a la fe cristiana, “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3; cp. Hch. 6:7; 13:8; 14:22; 16:5; 1 Co. 16:13; 2 Co. 13:5; Gá. 1:23; Fil. 1:27; 1 Ti. 4:1; 6:10, 21; 2 Ti. 4:7). Es adecuado ver en este contexto de creencia que Juan no está refiriéndose al contenido objetivo del evangelio como teología, sino a la confianza subjetiva por la cual Dios hace santos vencedores.

Esta interpretación se apoya en la pregunta retórica del apóstol: **¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?** (cp. 4:15). Los cristianos son vencedores victoriosos desde el momento de la salvación, cuando se les ofrece una fe que nunca dejará de acoger el evangelio. Pueden experimentar momentos de duda, y pueden clamar igual que David: “¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?” (Sal. 13:1; cp. 22:1; 27:9; 44:24; 69:17; 88:14; 102:2; 143:7; 2 Ti. 2:11-13). Pero la verdadera fe que salva nunca se apaga, porque quienes la poseen han triunfado en Cristo sobre todo enemigo. La “grande nube de testigos” (He. 12:1; cp. Ro. 8:31-39), los héroes de la fe descritos en Hebreos 11, atestigua que la fe verdadera resiste toda prueba y emerge victoriosa sobre todas ellas. Job expresó el triunfo de la fe cuando clamó en medio de sus sufrimientos: “Aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13:15a).

AMOR POR DIOS Y POR LOS DEMÁS

y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. (5:1b)

La característica principal de un vencedor implica la prueba doctrinal de creer la verdad de la fe cristiana. La segunda característica es otra vez de tipo moral: un vencedor **ama** tanto **al Padre que lo engendró** como **al hijo que ha sido engendrado por él**. El nuevo nacimiento lleva a las personas no solo a una relación de fe con Dios, sino también a una relación de amor con Él y con sus hijos. Juan ha enfatizado ese principio a lo largo de esta epístola:

El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos (2:10-11).

En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios (3:10).

Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte (3:14).

Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? (3:17).

Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado (3:23).

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor (4:7-8).

Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros (4:12).

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano (4:20-21).

El amor del que Juan escribe no es simple emoción o sentimentalismo, sino un deseo de honrar, agradecer y obedecer a Dios. Enfocado en las personas, se trata del amor de voluntad y decisión, el amor que atiende de modo sacrificial las necesidades de otros. Pablo lo describió en 1 Corintios 13:4-7:

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El Nuevo Testamento manda reiteradamente tal amor (p. ej., Jn. 13:34-35; 15:12, 17; Gá. 5:13; 1 Ts. 4:9; He. 13:1; 1 P. 1:22).

OBEDIENCIA A LA PALABRA

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. (5:2-3)

La declaración de apertura del versículo 2, **en esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios**, es el corolario a la verdad que Juan expresa en el versículo 1. Así como es imposible amar a Dios sin amar a sus hijos, así también es imposible amar realmente a sus hijos si no amamos a Dios. Estas prioridades gemelas de amar a Dios y a los demás cristianos caracterizan a todos los que han nacido de nuevo.

La prueba de la fe genuina es la obediencia constante y afectuosa; se manifiesta **cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos**. La verdadera fe salvadora produce amor, lo cual resulta en obediencia. Aquellos que creen que Dios es aquel que la Biblia revela responderán en **amor**, alabanza y adoración. Puesto que Él es el objeto supremo de los afectos de los creyentes, estos anhelarán obedecerle. **Guardamos** se traduce de una forma del tiempo presente del verbo poieō, que tiene la connotación de “conseguir”, “llevar a cabo”, o “practicar”. El tiempo presente indica que la obediencia de los creyentes debe ser continua; siempre constituirá la dirección, aunque no la perfección, de sus vidas. Una palabra diferente, una forma del verbo tēreō, se traduce **guardemos** en el versículo 3, y tiene la connotación de vigilar, custodiar o preservar. Aquel que ama de veras a Dios

verá los mandamientos divinos como un tesoro precioso que se debe guardar a todo precio (2 Ti. 1:14). Poieō se refiere a acción, tēreō a la actitud de corazón que motiva obediencia.

Por toda la Biblia se extiende el principio de que quienes aman de verdad a Dios le obedecerán. En Deuteronomio 13:4 Moisés ordenó a Israel: “En pos de Jehová vuestro Dios andaréis; a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis, y a él seguiréis”. Samuel reprendió la desobediencia de Saúl recordándole que “obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 S. 15:22b). Salomón, el hombre más sabio que ha vivido, escribió: “El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre” (Ec. 12:13). Dios mandó a Israel por medio del profeta Jeremías: “Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien” (Jer. 7:23).

La obediencia también fue un tema fundamental en la enseñanza del Señor Jesucristo. En Mateo 12:50 expresó: “Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre”. También declaró: “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan” (Lc. 11:28). En Juan 8:31 retó a quienes profesaban fe en Él: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos”. A los discípulos en el aposento alto habló claramente: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn. 14:15), y repitió esa verdad varias veces durante ese mismo discurso:

El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él (14:21).

El que me ama, mi palabra guardará... El que no me ama, no guarda mis palabras (14:23-24).

Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor (15:10).

Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando (15:14).

Los apóstoles también enseñaron que la obediencia es una característica esencial de los redimidos:

Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen (Hch. 5:32).

Por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre (Ro. 1:5).

Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras (Ro. 15:18).

Al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe (Ro. 16:25-26).

Habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen (He. 5:9).

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para

obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas (1 P. 1:1-2).

Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia (1 P. 1:14).

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro (1 P. 1:22).

La obediencia que caracteriza al verdadero hijo de Dios no es conformidad externa, ritualista y legalista; tampoco es renuente, parcial, incongruente o rencorosa. La obediencia amorosa es de corazón (Dt. 10:16; 10:17; Ro. 6:17), dispuesta (Éx. 25:2; 1 P. 5:2; cp. Lv. 26:21), total (Dt. 27:26; Gá. 3:10; Stg. 2:10), constante (Fil. 2:12) y gozosa (Sal. 119:54; cp. 2 Co. 9:7).

Aquellos que obedecen de veras a Dios descubren que **sus mandamientos no son gravosos**. En Mateo 11:28-30 Jesús invita a pecadores cansados: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. En el Salmo 119, el salmista expresó varias veces su deleite en la ley de Dios:

Me he gozado en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza (v. 14).

Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras (v. 16).

Tus testimonios son mis delicias y mis consejeros (v. 24).

¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación (v. 97).

¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca (v. 103).

Los que aman a Dios obedecen su ley, porque quieren honrar su santa naturaleza divina. No lo hacen por temor, sino por afectuosa adoración.

Debido a que se deleita en los vencedores, Dios derramará abundantes bendiciones sobre ellos. Las cartas a las siete iglesias (Ap. 2, 3) contienen esos regalos excelentes y especiales que Dios promete a todos los vencedores.

La primera de tales promesas se encuentra en la carta a la iglesia en Éfeso. En Apocalipsis 2:7 Jesús manifestó: “Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios”. Después que Adán y Eva pecaron, Dios los expulsó del huerto del Edén, en parte para que el hombre no “tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre” en su estado pecaminoso (Gn. 3:22; cp. v. 24). El árbol de la vida simboliza vida eterna; el “paraíso de Dios” es el cielo (cp. Lc. 23:43; 2 Co. 12:2, 4). Entonces, la promesa para los vencedores es que vivirán para siempre en el cielo.

La segunda promesa es la otra cara de la primera. En la carta a la iglesia en Esmirna, Jesús prometió: “El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte” (Ap. 2:11). La caída dio como resultado no solo muerte física sino también la segunda muerte: castigo eterno en el infierno (Ap. 20:14; 21:8). Sin embargo, a pesar de que los vencedores experimentarán la primera muerte (física), no morirán espiritual y eternamente. La segunda muerte no tiene poder sobre ellos (Ap. 20:6), ya que Dios les ha concedido vida eterna (Jn. 3:16; 5:24; Hch. 13:48; Ro. 6:23; 1 Jn. 2:25; 5:11) y les ha prometido el cielo.

La carta a la iglesia en Pérgamo revela dos promesas más de Cristo para los vencedores: “Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito

un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe” (Ap. 2:17). El “maná escondido” representa la provisión de Dios para las necesidades de su pueblo. El maná fue para Israel una manifestación visible y tangible de la provisión de Dios. Jesucristo, “el pan que descendió del cielo” (Jn. 6:41; cp. vv. 31, 35), es la provisión de Dios para todas las necesidades de los cristianos (cp. 2 Co. 9:8; Fil. 4:19). La “pedrecita blanca” se daba a atletas victoriosos en los juegos, y servía como un boleto de entrada a una celebración especial para los ganadores. Dios promete a los vencedores admisión a la celebración de la victoria eterna en el cielo.

Los vencedores en la iglesia en Tiatira (Ap. 2:26-28) también recibieron dos promesas. Primera, Jesús les aseguró: “Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre” (vv. 26-27). Según el Salmo 2:8-9, Jesucristo mismo regirá las naciones con una vara de hierro (cp. Ap. 12:5; 19:15). El Señor delegará su autoridad a los creyentes, quienes reinarán con Él durante su reinado milenial (cp. 1 Co. 6:2; 2 Ti. 2:12; Ap. 20:6) como pastores (cp. Jn. 21:16; Hch. 20:28; 1 P. 5:2) bajo el Príncipe de los pastores (1 P. 5:4; cp. Jn. 10:11, 14; He. 13:20; 1 P. 2:25; Ap. 7:17). Más que eso, a los vencedores Cristo les promete “la estrella de la mañana” (Ap. 2:28). Puesto que Él es “la estrella resplandeciente de la mañana” (Ap. 22:16), esa es nada menos que una promesa del Cristo mismo en toda su plenitud (cp. 1 Co. 13:12).

La iglesia en Sardis estaba tan llena de personas no regeneradas que el Señor declaró que estaba muerta (Ap. 3:1). Sin embargo, allí había unos pocos que eran redimidos. A tales vencedores se dirigió Cristo con la promesa triple: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles” (Ap. 3:5). El color blanco simboliza pureza (cp. Ap. 6:11; 7:9, 13, 14; 19:8, 14) y es adecuado para los que se han vestido con la justicia de Cristo (Gá. 3:27; cp. Is. 61:10). Después que se les lavara los pecados en la sangre del Cordero (Ap. 7:14; cp. 1 P. 1:18-19), un día serán liberados del resto de pecado que aún les causa problemas (He. 12:1) y recibirán perfecta santidad y pureza.

Puesto que se han purificado de sus pecados, Cristo también promete no borrar los nombres de los vencedores del libro de la vida (cp. Fil. 4:3; Ap. 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27). En la antigüedad los gobernantes mantenían un registro de los habitantes de su ciudad. A quienes habían cometido delitos particularmente atroces se les podía borrar sus nombres de ese registro, lo que los convertía en parias. Pero bajo ninguna circunstancia Cristo borrará del libro los nombres de verdaderos cristianos cuyos nombres fueron “escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8), porque Cristo “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25).

Lejos de borrarles los nombres del libro de la vida, Jesús prometió confesar “delante de [su] Padre, y delante de sus ángeles” el nombre de cada vencedor, afirmando así que le pertenecen (Ap. 3:5). Esa promesa la hizo también en Mateo 10:32: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos”.

A los vencedores de la fiel iglesia en Filadelfia Cristo prometió: “Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo” (Ap. 3:12). Una “columna” sugiere estabilidad, permanencia e inmovilidad. El Nuevo Testamento describe metafóricamente a la Iglesia como templo de Dios (1 Co. 3:16-17; 2 Co. 6:16; Ef. 2:21; cp. 1 P. 2:5), del cual cada creyente es parte integral y permanente.

La seguridad del Señor de que los creyentes “no saldrán” del cielo refuerza aún más la verdad de la certeza absoluta y eterna que ellos poseen. Las palabras de Jesús fueron especialmente significativas para los de Filadelfia, ya que su ciudad era una región propensa a terremotos, y en ocasiones tenían que huir para salvar sus vidas. Pero nadie será alguna vez obligado a salir del cielo.

En imágenes que reflejan aún más la seguridad eterna de los creyentes, Jesús declaró: “Escribiré sobre [los vencedores] el nombre de mi Dios [una marca de que los posee], y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios [una marca de la ciudadanía celestial de los vencedores], y mi nombre nuevo [una marca del amor de Dios]” (Ap. 3:12).

La promesa final fue dirigida a los fieles creyentes en la tibia iglesia en Laodicea. Como si todas las anteriores no fueran suficientes, Jesús hizo esta asombrosa promesa: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono [cp. Mt. 19:28; Lc. 22:29-30], así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Ap. 3:21). Así como Jesús comparte el trono de su Padre, así también los vencedores compartirán el trono y reino del Padre victoriosamente con Él para siempre. (Para una exposición completa de las cartas a las siete iglesias, véase *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Apocalipsis* [Grand Rapids: Portavoz, 2010], capítulos 4-10).

17. El testimonio de Dios

Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. (5:6-12)

A lo largo de esta epístola el apóstol Juan ha dejado bien claro que la verdad de un punto de vista correcto acerca del Señor Jesucristo es esencial para la salvación. Ese fue el tema del apóstol desde el principio, y es valioso leer los textos anteriores que apoyan tal énfasis:

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también

vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido (1:1-4).

En 2:22 Juan preguntó de manera retórica: “¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo”. Él también dejó por escrito: “Este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado” (3:23). En 4:1-2 el apóstol advirtió a sus lectores contra los falsos maestros que negarían la verdad acerca de Jesucristo:

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios.

Los versículos 9 y 10 de ese mismo capítulo declaran:

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

Juan comenzó el capítulo 5 recordando a sus lectores que solamente el “que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios” (v. 1), mientras volvemos a observar que el versículo 13 es la clave de toda la carta: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”. Por último, Juan escribió en el versículo 20: “Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna”.

Jesucristo es el punto clave de la historia redentora, y el Padre ha atestiguado varias veces que Él es el Mesías, Salvador, Redentor y Rey. Ese testimonio vino primero como un rayo brillante de esperanza en las tristes consecuencias del pecado de Adán y Eva. En el contexto de la maldición de Dios sobre la humanidad llegó la promesa de un libertador. Dios le advirtió a la serpiente (Satanás): “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gn. 3:15). Más adelante en Génesis, Dios reiteró su promesa de enviar a su Hijo, quien gobernaría como Rey: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh [el Mesías]; y a él se congregarán los pueblos” (49:10; cp. Ap. 5:5). Dios eligió de manera soberana revelar una profecía mesiánica a través del falso profeta Balaam: “Saldrá ESTRELLA de Jacob, y se levantará cetro de Israel” (Nm. 24:17). En la canción inspirada de Ana, Dios otra vez prometió enviar a su Rey mesiánico (1 S. 2:10, 35; cp. 2 S. 22:51). En 2 Samuel 7:12-15, se registra la promesa de Dios a David de un Hijo más grande que Salomón, quien establecería un reino eterno (v. 13). En el Salmo 2 el salmista reitera la gran esperanza del venidero Rey mesiánico (vv. 2, 6), el que gobernará las naciones (vv. 8, 9), y es el Hijo de Dios (v. 12).

El Antiguo Testamento también predijo los detalles precisos de la vida de Jesús. Isaías profetizó que Cristo nacería de una virgen (7:14), Miqueas que nacería en Belén (5:2), Oseas que sería llamado de Egipto (11:1), Jeremías el intento de asesinarlo en medio de la matanza de los inocentes por parte de Herodes en el nacimiento de Jesús (31:15; cp. Mt. 2:17-18), Malaquías predijo al precursor (Juan el Bautista) que prepararía el camino para el Mesías (4:5-6), e Isaías el ministerio de Cristo en Galilea (9:1-2; cp. Mt. 4:12-16). El Salmo 41:9 predice la traición por parte de un amigo íntimo, el Salmo 22 delinea los detalles de la crucifixión, Isaías 53 explica el significado teológico de la muerte del Mesías, y el Salmo 16 profetiza la resurrección.

Dado que las Escrituras del Antiguo Testamento señalan de modo inequívoco e inconfundible a Jesucristo y a ningún otro como el Mesías, no hay excusa para no reconocerlo como tal. El Señor reprendió la torpeza de sus seguidores frente a la abrumadora evidencia:

¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían... Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lc. 24:25-27, 44-47).

Jesús también reprendió a los dirigentes judíos hostiles por no hacer caso al testimonio que de Él daba el Antiguo Testamento: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39). El problema no estaba en que el testimonio que el Antiguo Testamento daba de Jesús fuera poco claro, sino más bien en que ellos no quisieron ir a Él para obtener vida (v. 40).

Pablo ofreció en Hechos detalles con relación a ese tema:

Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham, y los que entre vosotros teméis a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación. Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle. Y sin hallar en él causa digna de muerte, pidieron a Pilato que se le matase. Y habiendo cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro (Hch. 13:26-29).

En esta sección de su epístola Juan profundiza en el tema de su evangelio, el cual fue “escrito para que [las personas crean] que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, [tengan] vida en su nombre” (Jn. 20:31). El -Evangelio de Juan relata que el Padre testificó de la deidad de Cristo a partir de varias fuentes: Las Escrituras (5:39-40), Juan el Bautista (1:6-8, 34), los discípulos (15:27), las palabras (8:14, 18; 18:37) y las obras de Cristo (5:36; 10:25, 38), el Espíritu Santo (15:26), y el Padre mismo (5:37; 8:18).

La clave en esta sección es la palabra *testimonio*, que en su forma sustantiva y verbal aparece nueve veces en los versículos 6-12. Ambas se derivan de la raíz griega *martus*, que es una expresión común que aparece 175 en sus varias formas en el Nuevo Testamento. Tiene el significado básico de recordar y atestiguar algo relacionado. Ese testimonio podría darse en un entorno legal (como en Mr. 14:63; Hch. 6:13; 7:58; He. 10:28), o en el sentido general de relatar conocimiento de primera mano (como en Lc. 11:48; 1 Ti. 6:12; He. 12:1; 1 P. 5:1). Tal vez debido a que muchas personas que testificaban del evangelio verdadero pagaban con sus vidas, *martus* se convirtió en la raíz de la palabra *mártir* en español.

En el Antiguo Testamento, Dios llamó al pueblo de Israel a ser testigo de que solo Él es Dios (Is. 43:10-13; 44:6-8). El Nuevo Testamento es sobre todo el testimonio Dios sobre su Hijo. Los evangelios relatan la historia de la vida, muerte y resurrección de Cristo; el libro de Hechos describe la propagación inicial en todo el mundo de la verdad acerca de Él; las epístolas explican el abundante

significado teológico de su vida, muerte, resurrección, ascensión y segunda venida; el libro del Apocalipsis da a conocer la consumación del propósito redentor de Dios en Cristo.

En armonía con el mandamiento bíblico de que “por boca de dos o de tres testigos se decidirá todo asunto” (2 Co. 13:1; cp. Dt. 19:15; Mt. 18:16; 1 Ti. 5:19; He. 10:28), Juan muestra tres aspectos del testimonio que Dios presenta de Jesucristo. A continuación, después de delinear los detalles del testimonio del Padre hacia el Hijo, el apóstol da a conocer el propósito de tal testimonio, y por último cierra esta sección ilustrando el poder del testimonio.

DETALLES DEL TESTIMONIO DE DIOS

Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. (5:6-9)

En la sección anterior (vv. 1-5), Juan describió las alegrías y las bendiciones de los vencedores, aquellos que creen que Jesucristo es el Hijo de Dios. Pero el apóstol sabía que muchos irían a preguntar por qué debían creer que Jesús es quien Juan afirmaba que era. Después de todo, Israel lo rechazó; “a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:11). Los judíos se refirieron con desdén a Jesús como un engañador mentiroso (Mt. 27:63), culpable de hacer descarriar al pueblo (Jn. 7:12, 47; Lc. 23:2) y de fomentar una insurrección contra Roma (Lc. 23:5; cp. Jn. 11:47-48). De modo blasfemo lo acusaron de ser glotón y borracho (Mt. 11:19), de estar loco (Jn. 10:20; cp. Mr. 3:21), y, lo más atroz de todo, de estar endemoniado (Jn. 8:48; cp. v. 52; 7:20; Mt. 9:34; 10:25; 12:24; cp. vv. 31-32). Por último, el odio asesino que tenían por Jesús los llevó a pedir que lo crucificaran (Mt. 27:22-23). ¿Por qué entonces, a la luz del rechazo de Israel, alguien debería creer que Jesucristo es el Mesías, Dios encarnado, el único Salvador de los pecadores? A causa del testimonio infalible, irrefutable e indiscutible de Dios mismo.

Houtos (este) señala hacia **Jesucristo**. Su posición enfática en el texto griego resalta la unicidad de Cristo. **Este** y ningún otro es Dios el Hijo, **que vino** al mundo. La vida de Jesucristo no comenzó en su nacimiento; Él había existido desde la eternidad (Jn. 1:1-2). De ahí que el Nuevo Testamento hable de Jesús viniendo a este mundo, no de que llegó a existir. En la encarnación, el eternamente existente “Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14). En Juan 16:28 Jesús declaró: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (cp. 8:14; 13:3; 18:37). Más adelante en esta epístola Juan escribió: “Para esto apareció [no “fue creado”] el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (3:8).

La encarnación de Jesucristo es la gloriosa verdad central de la historia redentora y el fundamento de la fe cristiana. Es de la venida del Hijo y de su deidad que el Padre da testimonio en este pasaje. Juan ofrece tres elementos de ese testimonio confirmador: el **agua**, la **sangre** y el **Espíritu**.

Algunos relacionan la frase **agua y sangre** con la muerte de Jesús, cuando “uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Jn. 19:34). Sin embargo, no existe razón alguna para suponer que Juan tuviera en mente ese hecho. Es difícil ver cómo la perforación del costado de Jesús fuera un testimonio divino de su deidad; ese acto no representa una declaración divina de alguna cosa, sino más bien una afirmación muy humana de que Jesús estaba muerto (pero que Zac. 12:10 lo profetizó).

Otros ven en estos términos una referencia al bautismo y la Cena del Señor. No obstante, una vez más no hay ninguna razón exegética o contextual para relacionar la referencia que Juan hace al agua y la sangre con esas ordenanzas. Además, el bautismo y la Cena del Señor son el testimonio que la Iglesia, no el Padre, da de Cristo (cp. 1 Co. 11:26).

Es mejor ver aquí al **agua** como una referencia al bautismo de Cristo, y a la **sangre** como una referencia a su muerte. Esos dos extraordinarios eventos asociaron el ministerio terrenal del Señor, y en ambos el Padre dio testimonio acerca de su Hijo.

La frase **no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre** no es redundante, pero aborda un punto teológico importante. Los falsos maestros decían que el Padre afirmó a Jesús en su bautismo, pero no en su muerte. Juan quiere refutar esa herejía. Esos herejes proveedores de una forma incipiente de gnosticismo enseñaban que el “espíritu de Cristo” descendió sobre el hombre Jesús en su bautismo, convirtiéndolo en el Ungido de Dios. Según esta herejía, Jesús, bajo el control del “espíritu de Cristo” proveyó valiosas enseñanzas éticas durante su ministerio. Pero los falsos maestros afirmaban además que el espíritu de Cristo abandonó a Jesús antes de la crucifixión y que murió como un simple ser humano, no como el Dios-hombre cuya muerte sacrificial expió los pecados de todos aquellos que alguna vez serían justificados.

Al igual que toda enseñanza que niega la eficacia de la expiación sustitutiva de Cristo, esa enseñanza era una mentira satánica, ya que “Jesucristo el justo... es la propiciación por nuestros pecados” (2:1-2; cp. 4:10; Ro. 3:25; He. 2:17). De no haber poseído su naturaleza divina en la cruz, Jesús no habría podido conquistar el pecado y la muerte para los creyentes. Pero la gloriosa verdad es que Aquel, “que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

En el principio del ministerio terrenal de Cristo, el Padre dio testimonio de Juan en el **agua** cuando fue bautizado. Mateo relata que “Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él” (3:13). Como precursor del Mesías, Juan el Bautista predicó un bautismo “para arrepentimiento” (v. 11; Mr. 1:4; Lc. 3:3; Hch. 13:24; 19:4), e invitó a los israelitas a preparar sus corazones para la venida del Mesías confesando y arrepintiéndose de su pecado, y pidiéndole a Dios que los limpie. El bautismo de ellos representaba una afirmación pública de arrepentimiento del pecado, un acto externo que simbolizaba una realidad interna. Puesto que únicamente los gentiles prosélitos se bautizaban, los judíos estaban reconociendo que no eran mejores que los gentiles y que debían convertirse de veras en el pueblo de Dios (cp. Ro. 2:28-29).

Pero Juan el Bautista sabía que como el inmaculado “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29), Jesús no tenía pecado del que tuviera que arrepentirse, y por tanto no necesitaba bautizarse. En consecuencia, “Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?” (Mt. 3:14). Juan se asombró por el cambio de rumbo de lo que él sabía era cierto: él era el pecador y Jesús no tenía pecado; que él era el menor y Jesús el mayor (cp. Jn. 1:27; 3:30).

Aunque no tenía pecado (2 Co. 5:21; He. 4:15; 7:26; 1 P. 2:22; cp. Jn. 8:46), aún era necesario que Jesús fuera bautizado. Al hacerlo se identificó públicamente con los pecadores. Por consiguiente le declaró a Juan: “Deja ahora, -porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mt. 3:15a). Jesús siempre llevó a cabo lo que Dios requería de su pueblo; no exigió una exención aquí, así como tampoco la exigió al pagar el impuesto del templo (17:24-27). La perfecta obediencia de Jesús (cp. Jn. 4:34; 8:29; 14:31; 15:10) lo convirtió en el sacrificio sin defecto cuya muerte hizo expiación por el pecado.

“Jesús, después que fue bautizado [por Juan], subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él” (Mt. 3:16). La

manifestación física de la presencia del Espíritu Santo proporcionó evidencia visible del testimonio que el Padre hacía del Hijo, especialmente para Juan el Bautista, quien más tarde declaró:

Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios (Jn. 1:32-34).

Después del testimonio visual que diera de Jesús por medio del Espíritu, el Padre ofreció esta declaración explícita: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17). Estas palabras, que recuerdan las del Salmo 2:7 e Isaías 42:1, expresaron la aprobación que el Padre hacía del Hijo, y la confirmación de él como el Mesías.

Juan presenta entonces un segundo testimonio, la **sangre**, que representa la muerte de Cristo. Así como hizo en el bautismo, el Padre ofreció un contundente testimonio de Jesús en los milagrosos acontecimientos que rodearon la crucifixión. Mateo 27:45 relata que “desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena”. En medio del día cayó una oscuridad sobrenatural, que simbolizaba el abandono que el Padre hacía del Hijo como el sacrificio por llevar el pecado humano. Al sentir eso, “Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (v. 46; cp. Sal. 22:1).

Al momento de la muerte de Jesús hubo otro milagro cuando “el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mt. 27:51a). Ese velo, que separaba el lugar santísimo del lugar santo, era demasiado grande y pesado para que los hombres pudieran romperlo, especialmente de arriba abajo. La acción del Padre simbolizó su aceptación del sacrificio de Jesús, a través del cual se abrió el camino hacia su santa presencia (cp. He. 10:19-20).

En otro milagro increíble, “la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos” (Mt. 27:51b-53). Tales apariciones en forma corporal dieron testimonio de la resurrección de Cristo como las “primicias de los que durmieron” (1 Co. 15:20). Tan irresistible fue el milagroso testimonio de Dios hacia Jesús que un aguerrido centurión romano que lo presencié clamó aterrado: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” (Mt. 27:54; cp. Mr. 15:39).

El testimonio que el Padre dio de Jesús también aparece en las profecías del Antiguo Testamento de que su muerte se llevaría a cabo, sobre todo en el Salmo 22:

Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; librele él; sálvele, puesto que en él se complacía (vv. 7-8; cp. Mt. 27:39-40).

He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, deritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes (vv. 14-18).

Y en Isaías 53:

Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca (vv. 2-9).

El Padre también dio testimonio del Hijo por medio del ministerio del **Espíritu**, quien es la **verdad** (cp. Jn. 14:17; 15:26; 16:13). El Espíritu Santo es el Espíritu de verdad en que es auténtico y, por tanto, fuente y revelador de la verdad divina (1 P. 1:12; cp. Hch. 1:16; 28:25; He. 3:7; 10:15-17), en particular acerca de Jesucristo (Jn. 15:26). El Espíritu participó en la concepción (Mt. 1:18, 20; Lc. 1:35), en el bautismo (Mt. 3:16) y en la tentación de Jesús (Mr. 1:12; Lc. 4:1), y a lo largo de su ministerio. Pedro manifestó a los reunidos en la casa de Cornelio: “Vosotros sabéis... cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch. 10:37-38; cp. Mt. 12:28; Lc. 4:14; Jn. 3:34). Debido a que el Espíritu Santo facultó a Jesús para que ministrara, atribuir a Satanás las obras milagrosas de Cristo era blasfemar del Espíritu Santo (Mr. 3:28-30). Jesús siempre hizo la voluntad del Padre en el poder del Espíritu.

La confirmación de que **tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre concuerdan** a la perfección y demuestra de manera convincente que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Qué insensatos seríamos **si recibimos el testimonio de los hombres** en cuanto a asuntos de menos importancia, al mismo tiempo que rechazamos el **testimonio de Dios** infinitamente **mayor con que Dios ha testificado acerca de su Hijo**.

Algunas versiones en español añaden entre los versículos 7 y 8 la llamada *coma juanina* (como la RVR60 [“**Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan**”], y la LBLA [“En el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra”]). Aunque lo que el pasaje agregado enseña es la verdad, se trata de un espurio. El renombrado erudito Bruce M. Metzger resume la abrumadora evidencia en contra de la autenticidad de este texto:

El pasaje no aparece en ningún manuscrito griego conocido excepto en ocho [todos los cuales datan de la Edad Media], y estos contienen el pasaje en lo que parece ser una traducción de reseña de la Vulgata Latina. Cuatro de los ocho manuscritos contienen el pasaje como una variante de lectura escrita al margen en calidad de una adición posterior al documento.

El pasaje no lo cita ninguno de los padres griegos, quienes de haberlo conocido sin duda lo hubieran empleado en las controversias trinitarias (sabeliana y arriana). Su primera aparición en el griego es en una versión griega de la Sentencia (latín) del Concilio de Letrán en 1215.

El pasaje está ausente en los manuscritos de todas las versiones antiguas... a excepción del latín; y no se encuentra (a) en el latín antiguo en su forma original... o en la Vulgata (b) ni en los elaborados por Jerónimo... o (c) ni en los revisados por Alcuino [en el siglo IX].

El primer ejemplo de que el pasaje se cita como parte del texto actual de la epístola se encuentra en un tratado del latín del siglo IV titulado *Liber Apologeticus*... atribuido ya sea al hereje español Prisciliano (muerto aprox. en el 385) o a su seguidor Obispo Instancio... En el siglo V la glosa fue citada por los padres latinos en el norte de África e Italia como parte del texto de la epístola, y desde el siglo VI en adelante se encuentra cada vez con mayor frecuencia en manuscritos de la Antigua Latina y la Vulgata (*A Textual Commentary on the Greek New Testament*, segunda edición [Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 2002], pp. 647-48).

F. F. Bruce relata cómo este pasaje fue a parar a las biblias inglesas:

Cuando Desiderio Erasmo [el erudito humanista cristiano holandés y contemporáneo de Lutero] preparó su edición impresa del Testamento Griego, con toda la razón dejó fuera esas palabras, pero fue atacado por personas que creyeron que el pasaje era un valioso texto de prueba para la doctrina de la Trinidad. Erasmo contestó (más bien incautamente) que si le pudieran presentar algún manuscrito griego que contuviera las palabras, él las incluiría en su próxima edición. Por desgracia se difundió un manuscrito griego de no más de unos veinte años de antigüedad en que aparecían las palabras, que se habían traducido del latín al griego. Por supuesto, el hecho de que el único manuscrito griego que exhibía las palabras perteneciera al siglo XVI era en sí un argumento en contra de su autenticidad; sin embargo, Erasmo había dado su palabra, así que en la edición de 1522 incluyó el pasaje (*History of the Bible in English* [Nueva York: Oxford University Press, 1978], pp. 141-42).

Del Nuevo Testamento griego de Erasmo el pasaje fue a parar al Textus Receptus, el texto griego usado por los traductores Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera. El hecho de que este pasaje no forme parte de los textos inspirados no afecta a la doctrina bíblica de la Trinidad, la cual no se apoya en esta inserción espuria.

PROPÓSITO DEL TESTIMONIO DE DIOS

Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. (5:11)

El propósito del **testimonio** de Dios a través del agua, la sangre y el Espíritu es que los pecadores pudieran recibir **vida eterna**, la que implica mucho más que simplemente vivir para siempre en un sentido cronológico. La esencia de **vida eterna** es la participación del creyente en la bendita vida eterna de Cristo (cp. Jn. 1:4) por medio de la unión con Él (Ro. 5:21; 6:4, 11, 23; 1 Co. 15:22; 2 Co. 5:17; Gá. 2:20; Col. 3:3-4; 2 Ti. 1:1, 10; Jud. 21). Jesús la definió en su oración sacerdotal al Padre: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3). Se trata de la vida en la era venidera (Ef. 2:6-7) que los creyentes experimentarán más plenamente en perfecta y perpetua gloria, santidad y alegría celestial (Ro. 8:19-23, 29; 1 Co. 15:49; Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:2).

La vida eterna prometida por Dios en el Antiguo Testamento (p. ej., 2 S. 12:23; Sal. 16:8-11; 133:3; Dn. 12:2) e inquirida por los judíos de la época de Jesús (Lc. 10:25; Jn. 5:39) viene únicamente para aquellos que creen el testimonio de Dios y que ponen su fe en **su Hijo**. El evangelio es exclusivo; no existen muchos caminos a Dios, sino solo uno. Jesús declaró en Juan 14:6: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”. Pedro agregó: “Y en ningún otro hay salvación;

porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12; cp. Jn. 6:68; 17:2; Ro. 6:23; 1 Ti. 1:16; Jud. 21).

RESPUESTA AL TESTIMONIO DE DIOS

El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo... El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. (5:10, 12)

Lo que las personas hacen con el testimonio que Dios da de Jesucristo determina el destino eterno que obtendrán. Solo hay dos respuestas posibles: creer el testimonio de Dios, o rechazarlo. Nadie puede mantenerse neutral, ya que Jesús manifestó: “El que no es conmigo, contra mí es” (Mt. 12:30). **El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo.** La fe salvadora en Jesucristo resulta en aferrarse para siempre a la vida eterna (cp. 3:23; 4:2, 15; 5:1, 4-5). Puesto que la fe verdadera persevera, aquellos que se alejan del evangelio dejan ver que nunca fueron salvos en primer lugar (véase la exposición de 1 Jn. 2:19 en el capítulo 9).

Por otra parte, **el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso.** Negar que Jesucristo es quien Dios declara que es, negarse a creer **en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo**, hace a Dios **mentiroso**, lo cual es la más grave de todas las blasfemias ya que Dios es la verdad perfecta y no puede mentir (cp. Nm. 23:19; 1 S. 15:29; Tit. 1:2; He. 6:18). Rechazar el testimonio de Dios con relación a su Hijo no es una adversidad de la cual compadecerse, o algo a pasar por alto en nombre de la tolerancia. Es un pecado atroz y condenador, y una afrenta a la naturaleza santa de Dios. A los culpables de este pecado no se les trata con condescendencia, ni se los consuela o tranquiliza, sino que se los confronta y se les llama al arrepentimiento. Esta no es una cuestión banal; la integridad de Dios está en juego.

Juan concluyó esta sección exponiendo los resultados eternos de las dos únicas respuestas posibles al testimonio que Dios brinda de Jesucristo: **El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.** Aquí es evidente otra vez la exclusividad del evangelio. Solo quienes creen el testimonio del Padre hacia el **Hijo** y reconocen a Jesús como Señor y Salvador tienen **vida** eterna; todo aquel que se niega a proceder así **no tiene al Hijo**, y en consecuencia **no tiene vida** eterna.

La gloriosa promesa para aquellos que creen el testimonio de Dios es que “a todos los que le recibieron [a Jesús], a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). No obstante, esta es la aleccionadora advertencia para los que rechazan dicha verdad: “¿Cómo [escaparán], si [descuidan] una salvación tan grande?” (He. 2:3).

18. Certezas cristianas

Estas cosas os he escrito a vosotros que creáis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte. Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca. Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén. (5:13-21)

La vida en este mundo caído está llena de incertidumbre, con escasas garantías y poco en lo cual se pueda depender. Job se lamentó: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores” (Job 14:1), siendo “como las chispas [que] se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción” (5:7). Enfermedades, accidentes, violencia o vejez pasan factura a todos al final, porque toda persona “ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Stg. 4:14; cp. Sal. 39:5; 90:10). Mientras tanto, el viaje de la vida está lleno de dudas, inquietudes e incertidumbres. Los empleos desaparecen a medida que las compañías reducen su tamaño y subcontratan. La volatilidad del mercado de valores, las fluctuaciones de la economía y el aumento de impuestos crean más incertidumbre. Las relaciones van y vienen, y la fidelidad de la gente solo dura mientras se le esté atendiendo en sus necesidades, o hasta que encuentran a alguien más atractivo. La incertidumbre de las relaciones ha convertido los acuerdos prenupciales en algo común y corriente, a medida que las personas intentan protegerse contra la explotación por parte de sus antiguos cónyuges. En mayor escala, desastres naturales como terremotos, huracanes, tornados, incendios e inundaciones pueden acabar en un instante con los tesoros acumulados durante toda una vida.

La incertidumbre por lo que depara el futuro lleva a la gente a gastar un porcentaje importante de sus ingresos en seguros, en su intento por protegerse contra todas las potenciales contingencias negativas. Los seguros de automóviles proporcionan cierta medida de seguridad en caso de un accidente. La inseguridad en cuanto a incendios, robos y desastres naturales lleva a las personas a comprar cobertura con el fin de proteger sus hogares. Los seguros de salud ayudan a salvaguardar contra la ruina económica en caso de enfermedad grave; los seguros de vida proveen dinero en caso de muerte de quien sostiene la familia.

Sin embargo, la incertidumbre más profunda, y con los resultados más desastrosos, no está en el reino material sino en el reino espiritual. Debido a que las personas rechazan el evangelio y están sin Dios, también se encuentran sin esperanza (Ef. 2:12) o protección de la ira divina y el infierno eterno. La mayoría de personas ponen su esperanza en que religiones falsas o ideologías personales los

lleven a un estado de felicidad eterna. Además, popularmente se ha creído que todas las religiones conducen al cielo, que la mayoría de personas son buenas, y que por tanto se encaminan hacia allá. Lo que no es popular es la realidad de que solamente la Biblia es la verdadera Palabra de Dios, que el evangelio es el único camino al cielo, y que todo aquel que no cree irá al infierno para siempre.

En un mundo de incertidumbre, relativismo y engaño, la Biblia proclama verdad absoluta. Cinco palabras, basadas en absolutos bíblicos, formulan el paradigma.

La primera palabra es *objetividad*. La verdad es objetiva, no subjetiva, y existe independientemente fuera de la mente humana, tiene su origen en Dios, y nos llega por medio de revelación en las Escrituras (Jn. 17:17; cp. Sal. 119:151, 160; 2 Ti. 2:15).

La segunda palabra es *racionalidad*. La revelación de Dios es inteligible; no es mística, no contiene significados ocultos accesibles solo para la élite religiosa. La Biblia brinda su significado a la mente que la enfoca de manera razonable.

Una tercera palabra es *veracidad*. La Biblia, adecuadamente interpretada en una forma normal y racional, brinda verdad divina.

El cuarto término es *autoridad*. La verdad divinamente revelada de la Biblia conlleva la autoridad de Dios y, por tanto, es vinculante en todo lo que afirma.

Una última palabra es *incompatibilidad*. Debido a que la Biblia contiene verdad divina, todo lo que la contradice es erróneo. El compromiso del cristianismo bíblico con la verdad absoluta lo convierte en exclusivo en medio de un mundo inclusivo.

La Biblia da a conocer la verdad acerca de cómo empezó el universo, y de cómo terminará; en cuanto a por qué las personas se comportan como lo hacen; respecto a qué está bien y qué está mal; con relación al cielo y el infierno, y de cómo la gente va a parar a esos lugares; acerca de cómo se forman buenas relaciones humanas; en cuanto a las promesas de Dios; y lo más importante, respecto al Señor Jesucristo, incluso a su nacimiento virginal, su vida sin pecado, su enseñanza sin paralelo, su muerte sustitutiva, su resurrección literal, su ascensión corporal y su segunda venida.

La Biblia está llena de certezas absolutas, que incluyen la realidad de que el pecado trae consecuencias (Nm. 32:23); que la Palabra de Dios es veraz (Sal. 19:7; 111:7; Lc. 1:4; 2 P. 1:19); que la justicia produce una recompensa (Pr. 11:18); que solo Dios es Dios (Dt. 4:39; Is. 43:10-12; 45:6), que puede hacer todas las cosas (Job 42:2), que no actúa con maldad (Job 34:12), que juzga según la verdad (Ap. 16:7; 19:2; cp. Sal. 119:75), que es fiel (Dt. 7:9), que castiga el pecado (Ro. 2:2), que creó todo (Is. 48:13) incluso los seres humanos (Sal. 100:3), y que es bueno y clemente (Sal. 23:6); que Jesucristo llevó nuestros pesares y dolores (Is. 53:4), que es el Mesías, el Santo de Dios (Jn. 6:69; cp. Mt. 14:33; Hch. 2:36), que conoce todo (Jn. 16:30; 21:17), que fue enviado por el Padre (Jn. 17:8; cp. v. 25; 16:27, 30), que tiene autoridad para perdonar pecados (Mt. 9:6), que no rechazará a aquellos que acuden a Él (Jn. 6:37), que conoce a los suyos (Jn. 10:14; cp. 2 Ti. 2:19), que ha entrado a la presencia de Dios a favor de los creyentes (He. 6:19-20), y que regresará (Ap. 22:20); que la promesa divina de salvación está garantizada (Ro. 4:16); que habrá una resurrección (Job 19:25-27); que Dios hace que todo obre para bien de quienes lo aman (Ro. 8:28); que los pecadores no heredarán el reino de Dios (Ef. 5:5); que el Día del Señor vendrá (1 Ts. 5:2); y que Dios ayudará y sostendrá a su pueblo (Is. 41:10; cp. 2 Ti. 1:12).

Juan escribió esta epístola para proporcionar a sus lectores una certeza acerca de lo que Dios ha revelado concerniente a la salvación. El argumento formal de la carta finalizó en 5:12, y los versículos 13-21 son su epílogo. Sin embargo, las observaciones finales de Juan no son una colección de pensamientos al azar, sino que forman un poderoso punto culminante para todo lo que ha escrito. A lo largo de la carta el apóstol ha reciclado pruebas para identificar quién es un verdadero cristiano.

Esas pruebas sirven a un propósito polémico; desenmascaran a los falsos creyentes y los falsos maestros: los anticristos engañosos. Pero también sirven a un propósito pastoral, dando cada vez más confianza y seguridad más firme a los verdaderos creyentes.

A medida que la epístola va aumentando en una intensidad familiar, Juan se enfoca en cinco aspectos acerca de los cuales los verdaderos cristianos pueden estar seguros: vida eterna, oración contestada, victoria sobre el pecado, pertenencia a Dios, y deidad de Cristo.

VIDA ETERNA

Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. (5:13)

La frase **estas cosas** nos lleva hasta abarcar toda la carta, como es evidente por varias consideraciones. Primera, el cambio de tercera persona en el versículo 12 (“el que tiene al Hijo... el que no tiene al Hijo...”) a primera persona (**estas cosas os he escrito...**) sugiere que el versículo 13 no simplemente continúa el hilo del pensamiento del versículo anterior. Segundo, en 1:4 Juan anunció su propósito al escribir; en el versículo 13 mira a lo que ya había escrito. Juntos los dos versículos declaran el propósito del apóstol al escribir, ya que es la seguridad de la vida eterna la que produce plenitud de gozo. Por último, hay un fuerte paralelismo entre el versículo 13 y Juan 20:31 (“éstas [señales] se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”). Puesto que el versículo se refiere sin lugar a dudas a todo el Evangelio de Juan, lo más probable es que la expresión paralela en el versículo 13 se refiera a toda la epístola. Juan escribió su evangelio para que las personas pudieran creer y ser salvos; escribió su primera epístola para que aquellos que creen supieran que son salvos.

Como ha quedado en claro, las bendiciones de la salvación y la certeza son únicamente para quienes creen **en el nombre del Hijo de Dios** (cp. el estudio de 3:23 en el capítulo 13). Él ha garantizado estas bendiciones a los cristianos al darles el Espíritu Santo como arras (Ef. 1:14). La tajante presentación que Juan hace de la verdad en términos absolutos y sin reservas, los incesantes ataques de los falsos maestros, y la salida de algunos de los falsos creyentes (2:19) habían estremecido a sus lectores. El apóstol les aseguró que si pasaban las pruebas, tanto doctrinales como prácticas, podían saber con certeza **que tenían vida eterna**.

En su sentido más básico, **vida eterna** es vivir para siempre con Dios en el cielo (Mt. 25:46; Mr. 10:30). Pero según se indicó en el estudio de 5:11 en el capítulo anterior de esta obra, la frase no se refiere principalmente a duración de vida, sino a calidad de vida. Vida eterna es conocer a Jesucristo (Jn. 17:3), quien es vida eterna (1 Jn. 5:20), así como participar de su vida. Se trata de una posesión actual, no de una simple esperanza futura (Jn. 3:36; 5:24; 6:47, 54; 10:28; 1 Jn. 3:15), aunque no se manifiesta plenamente en esta vida. Pero llegará el día futuro en que la vida eterna que los creyentes ya poseen no estará encarcelada en su carne pecaminosa y caída. En ese día glorioso experimentarán su “adopción, la redención de [su] cuerpo” (Ro. 8:23; cp. Fil. 3:21; 1 Jn. 3:2). Entonces la gloria de la vida eterna — el poder de la Trinidad que obra dentro de ellos [cp. Ef. 3:16-19] — resplandecerá a través de ellos al ser despojados de sus cuerpos mortales.

ORACIÓN CONTESTADA

Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de

muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte. (5:14-17)

Como se indicó antes, la experiencia plena de vida eterna espera a los cristianos en el cielo. No obstante, aunque todavía no han entrado a su herencia eterna (cp. 1 P. 1:4), tienen acceso a todos los recursos divinos a través de la oración. Parrēsia (**confianza**) significa textualmente “libertad de expresión” (cp. el análisis de 3:21 en el capítulo 13). También se puede traducir “denudedo” (Hch. 4:31), o “abiertamente” (Hch. 28:31). La frase traducida **en él** posee el sentido de “en su presencia”. A través de Jesucristo, los creyentes tienen “seguridad y acceso con confianza” (Ef. 3:12) a Dios que les permite acercarse “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:16).

La promesa segura de Dios es que cuando los creyentes acuden a Él con valentía y libertad llevándole sus peticiones, Él oye y responde. Juan escribió: **si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.** Oír en este contexto se refiere a más que al hecho de que Dios simplemente está consciente de las solicitudes de los creyentes; también significa que concede **las peticiones que le hayamos hecho.** Eso es nada menos que un cheque en blanco para pedirle cualquier cosa a Dios, pero viene con un habilitador importante: las peticiones deben ser **conforme a su voluntad.**

Orar conforme a la voluntad de Dios supone antes que nada ser salvo. Dios no está obligado a contestar las oraciones de los incrédulos. Podría elegir hacerlo cuando conviene a los propósitos soberanos divinos, pero no está obligado en sí mismo ante ningún incrédulo. Juan ilustró este principio al escribir antes en esta epístola: “Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (3:21-22). El Señor Jesucristo hizo una declaración parecida, registrada en Juan 15:7: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (cp. v. 16). Solamente los creyentes, es decir aquellos que obedecen los mandamientos de Dios, pueden tener la seguridad de que Él contestará sus oraciones.

Orar conforme a la voluntad de Dios también significa confesar el pecado. El salmista escribió en el Salmo 66:18: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (cp. 1 P. 3:7).

Una vez más, la promesa del Señor en Juan 14:13-14 afirma el requisito de orar conforme a la voluntad de Dios: “Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”. Orar en el nombre de Jesús es orar en consonancia con quién es Él, con el objetivo de darle la gloria. Es seguir el patrón de su modelo de oración: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:10), y su ejemplo de humilde sumisión a la voluntad del Padre cuando oró en Getsemaní: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). La meta de la oración no es satisfacer nuestros deseos egoístas (cp. Stg. 4:3), sino alinear nuestras voluntades con los propósitos de Dios.

Orar conforme a la voluntad de Dios no solo trae gloria al Hijo sino también a los creyentes. Jesús declaró: “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea

cumplido” (Jn. 16:23b-24). Cuando los creyentes obedientes se deleitan en el Señor, Él planta en sus corazones el anhelo por aquello que lo glorifica (Sal. 37:4), y esos anhelos controlarán las oraciones de ellos. Las respuestas de Dios a esas oraciones lo glorificarán al alinear los deseos de los creyentes con los propósitos de Él, y llenándolos de gozo.

A primera vista el versículo 16 parece presentar un cambio brusco de tema. Pero tras un mayor examen se hace evidente la relación entre los versículos 16 y 17 con los versículos 14 y 15. En una manera contrastante, y ofreciendo una excepción importante, Juan ilustra la extensión de la promesa de Dios para contestar la oración. El apóstol escribe que cuando un creyente ve a un **hermano** (un creyente real o profesante) **cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte.** Por otra parte, **hay un pecado** que lleva a la **muerte**, por el cual Juan no aconseja a los cristianos **que se pida.**

Es evidente que el apóstol y sus lectores sabían cuál era el **pecado de muerte**, puesto que no da ninguna explicación, pero para nosotros es difícil determinar su significado. Se presentan dos posibilidades.

Primera, el pecado en cuestión aquí podría ser de un incrédulo que se dirige a la muerte eterna. En ese caso se trataría de un rechazo definitivo a Jesucristo, como el que cometieron aquellos que adjudicaron los milagros de Jesús al poder de Satanás (Mt. 12:31-32). Tal apostasía final es imperdonable, según Jesús declaró:

Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero (Mt. 12:31-32).

Orar por la restauración de tales individuos a la comunidad de la cual han salido (1 Jn. 2:19) es inútil, porque es imposible que quienes “recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” (He. 6:6). Juan no prohibió orar por dichas personas, ya que es imposible saber quiénes son; simplemente estableció que la oración que haga a favor de ellas no recibirá respuesta. Dios ya ha tomado la decisión final respecto al futuro que tendrán. En apoyo al punto de vista de que Juan se está refiriendo a incrédulos, se encuentra el tiempo presente del participio *hamartanonta* (“pecando”; el texto griego literalmente dice: “Si alguien ve a su hermano cometiendo un pecado...”); en otra parte de esta epístola Juan usa el tiempo presente para describir los pecados habituales que caracterizan a los incrédulos (p. ej., 3:4, 6, 8; 5:18).

Otra posibilidad es que Juan no se esté refiriendo a un incrédulo sino a un creyente. De acuerdo con este punto de vista, el **pecado de muerte** se refiere al pecado de un cristiano que es tan grave que Dios le quita la vida al que lo comete. Le quitó la vida a Ananías y Safira cuando estos mintieron al Espíritu Santo frente a la iglesia (Hch. 5:1-11). Pablo escribió a los corintios con relación a aquellos que estaban abusando de la Cena del Señor: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen [han muerto]” (1 Co. 11:30). Dicho pecado no es un pecado particular, sino cualquier pecado que el Señor determine que es suficientemente serio como para merecer tan grave castigo.

Los dos puntos de vista anteriores reflejan verdad bíblica, y es difícil dogmatizar en cuanto a qué tenía el apóstol en mente. Cualquiera que sea el caso, lo que Juan dice es que orar por quienes están cometiendo pecado de muerte no dará lugar a los resultados que de otra manera podrían esperarse.

Aunque en su misericordia Dios no castiga todo pecado con muerte instantánea, cada pecado es sin embargo algo muy serio para Él. Juan les recordó a sus lectores: **Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte.** Todo pecado es una violación de la ley divina y una afrenta a Dios, y es necesario confesarlo (1:9; Sal. 32:5), abandonarlo (Pr. 28:13), y sentir vergüenza por haber pecado (Ro. 8:13; Col. 3:5).

VICTORIA SOBRE EL PECADO

Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca. (5:18)

A medida que concluye esta carta, Juan reitera un principio de vital importancia que repitió antes en esta epístola: nadie que ha sido transformado por el nuevo nacimiento sigue viviendo en un patrón continuo de pecado.

Los incrédulos no pueden hacer nada más que pecar. Son pecadores de nacimiento (Sal. 51:5), esclavos del pecado (Jn. 8:34; Ro. 6:16), enemigos insolentes y rebeldes de Dios (Sal. 5:10; Ro. 1:28-32; 5:10; 8:7), y se hallan bajo el dominio de Satanás (Ef. 2:2; cp. Hch. 26:18; Col. 1:13). En resumen, están “muertos en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1).

Sin embargo, **todo aquel que ha nacido de Dios** no puede, por varias razones, vivir en un patrón continuo de pecado. Primero, el pecado es incompatible con la ley de Dios (1 Jn. 3:4). Los redimidos aman la ley de Dios (Sal. 119:97, 113, 163, 165) y no pueden vivir habitualmente violándola (cp. 1 Jn. 2:3-4; 3:24; 5:3). Segundo, el pecado es incompatible con la obra de Cristo, quien “apareció para quitar nuestros pecados” (1 Jn. 3:5; cp. v. 8; Mt. 1:21; Jn. 1:29). Por último, el pecado es incompatible con la obra del Espíritu Santo, quien en el nuevo nacimiento planta el principio de vida divina en los redimidos (1 P. 1:23; 1 Jn. 3:9). (Para un estudio completo de la incompatibilidad de los cristianos con el pecado, véase mi exposición de 1 Jn. 3:4-10 el capítulo 11).

El que los creyentes no vivan continuamente en pecado no significa que lleguen a un punto en esta vida en que nunca pequen. Es más, Juan expresó que quienes hacen tales afirmaciones son mentirosos (1:8, 10). Además, la descripción que hizo de Jesús como abogado de los creyentes (2:1) supone que seguirán pecando y que necesitan la intercesión de Cristo. El punto aquí es el mismo de antes: que un patrón de justicia caracteriza a los redimidos, mientras que un patrón de injusticia caracteriza a los no redimidos.

Pablo recordó a los romanos que debido a que el poder del pecado sobre ellos se ha roto, este no puede caracterizarles las vidas:

Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna (Ro. 6:17-22).

Los no redimidos son “esclavos del pecado”, pero los redimidos han “obedecido de corazón” la ley de Dios, y por tanto, después de haber sido “libertados del pecado, [vienen] a ser siervos de la

justicia”. Aunque la consecuencia inevitable para quienes viven en pecado es la muerte espiritual (Ro. 6:23), aquellos que han “sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios” obtienen “vida eterna” (v. 22).

Un creyente nunca puede volver a caer en un patrón de pecado continuo **pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda**. Esta segunda referencia a **Aquel que fue engendrado por Dios** es a Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios (Jn. 1:14; 3:16, 18; He. 1:5; 5:5; 1 Jn. 4:9). Como el Buen Pastor, Jesús protege su rebaño para que **el maligno** (Satanás) **no** pueda tocarlo (arrebatarlo o mantenerlo sujeto). El creyente ya no está bajo el control del diablo, pues ha sido “librado de la potestad de las tinieblas” (Col. 1:13; cp. Hch. 26:18; 2 Ti. 2:26; He. 2:14-15). Satanás puede tentar y hostigar a los santos, como hizo con Job (Job 1—2) y Pedro (Lc. 22:31), pero no puede reclamarlos. Jesús no dejará de proteger a los redimidos (Jn. 10:28; 2 Ti. 1:12; Jud. 24-25), que el Padre le ha dado (Jn. 6:37, 39; 17:2, 6, 9, 24). Cristo es para los creyentes la “segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (He. 6:19-20).

La Biblia sí habla de que los cristianos deben conservarse puros (1 Ti. 5:22), deben guardar los mandamientos de Dios (1 Jn. 3:22), guardar la fe (2 Ti. 4:7), guardarse sin mancha del mundo (Stg. 1:27), guardarse de los ídolos (1 Jn. 5:21), guardar la Palabra de Dios (1 Jn. 2:5), y deben conservarse en el amor de Dios (Jud. 21).

Sin embargo, Juan ve aquí la obra de Dios de preservar de modo sobrenatural a su pueblo, lo cual está tan garantizado como la justificación que les hace. Las promesas de Dios constituyen la primera garantía. En Filipenses 1:6 Pablo escribió: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. A los tesalonicenses les escribió: “El mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23-24). Casi al final de su vida, con el martirio inminente, Pablo aún expresó con seguridad: “El Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Ti. 4:18).

Segunda, el poder de Dios garantiza la certeza de los creyentes; Él puede cumplir lo que prometió. En Romanos 5:10 Pablo señala que puesto que Dios tiene el poder para llevar a cabo la obra más grande de redención, sin duda tiene el poder suficiente para hacer la obra más pequeña de preservación: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”.

Tercera, el propósito eterno e inmutable de Dios de salvar a los escogidos (Mt. 25:34; Ef. 1:4; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9; Ap. 13:8; 17:8) les garantiza su preservación.

Cuarta, la oración de Cristo, “Padre santo... guárdalos en tu nombre” (Jn. 17:11b), lleva al Padre a cuidar a los elegidos.

Quinta, la inseparable unión de los creyentes con Cristo (Ro. 6:3-5; cp. 1 Co. 6:17) les garantiza su preservación.

Sexta, el alto precio que Dios pagó por redimir a los escogidos (la sangre de su Hijo [Hch. 20:28; He. 9:12]) garantiza que no nos perderá.

En Romanos 8:31-39 Pablo resume con elocuencia la absoluta seguridad de que Dios preservará a los suyos:

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él

todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

PERTENENCIA A DIOS

Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. (5:19)

A pesar de la existencia de un sinnúmero de entidades políticas, culturales y sociales en el mundo, en realidad solo hay dos reinos. El privilegio que nos consuela a los creyentes, además de que tenemos vida eterna, oraciones contestadas, y victoria sobre el pecado, es que **sabemos que somos de Dios**. Aunque estamos en este mundo, no formamos parte de él (Jn. 15:19; 17:14); somos hijos de Dios (Jn. 1:12-13), “extranjeros y peregrinos” (1 P. 2:11; cp. 1:1, 17; 1 Cr. 29:15; Sal. 119:19; He. 11:13), nuestra verdadera ciudadanía está en el cielo (Fil. 3:20).

Por otra parte, **el mundo entero** — su política, economía, educación, entretenimiento y, sobre todo, su religión — **está bajo el poder del maligno**. El perverso sistema mundial es hostil a Dios y los creyentes (Jn. 15:18-19), como Juan observó antes en esta epístola (véase el estudio de 1 Jn. 3:13 en el capítulo 12). Dicho sistema sigue el ejemplo de su gobernante, Satanás (Jn. 12:31; 14:30; 16:11; cp. Ef. 2:2; 6:12), el archienemigo de Dios y su pueblo. Puesto que el mundo está totalmente bajo la influencia de Satanás, los creyentes deben evitar la contaminación mundana (2:15-17; cp. Stg. 1:27).

No hay término medio, ni tercera opción. Todo el mundo es parte del reino de Dios, o del reino de Satanás. En palabras de Jesús: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23). O como Santiago sarcásticamente declara: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4).

DEIDAD DE CRISTO

Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén. (5:20-21)

Estos versículos últimos llevan finalmente la epístola a completar el círculo. Juan comenzó con la venida del Verbo de vida (1:1-4); ahora finaliza con la seguridad de que **el Hijo de Dios ha venido**. El tiempo presente del verbo *hēkō* (**venido**) indica que Jesús vino y que sigue estando presente. La fe cristiana no es teórica ni abstracta; está enraizada en la verdad práctica de que Dios se hizo hombre en la persona de Jesucristo.

Puesto que nadie puede saber “quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Lc. 10:22), Jesús **nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero**. Pero más allá del simple conocimiento, los cristianos tienen una unión personal **en el verdadero... Hijo de Dios, Jesucristo** (cp. Ro. 8:1; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:17; 1 P. 5:14). La Biblia enseña que la única

manera de conocer al Dios verdadero y vivo es a través de Jesucristo. Nadie que no crea en Cristo puede ser salvo, porque no hay salvación aparte de Él (cp. 2:1-2; 4:10, 14; 5:1; Jn. 14:6; Hch. 4:12).

El triple uso que Juan le da a la palabra alēthinos (**verdadero**) en este versículo resalta la importancia de entender la verdad en un mundo saturado con las mentiras de Satanás. El último uso del término muestra la verdad más significativa de todas: que Jesucristo **es el verdadero Dios, y la vida eterna**. La deidad de Jesucristo es un elemento esencial de la fe cristiana, y nadie que la rechaza puede ser salvo. (Para una detallada defensa bíblica de la deidad de Cristo, véase *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan* [Grand Rapids: Portavoz, 2011], capítulo 1).

La advertencia final de Juan, **Hijos, guardaos de los ídolos**, refleja la importancia crucial de adorar de forma exclusiva al Dios verdadero. El peligro de la idolatría era especialmente grave en Éfeso (donde es probable que Juan escribiera esta epístola), centro de adoración de la diosa Diana (Artemisa). Algunas décadas antes, el ministerio del apóstol Pablo había provocado un motín por parte de los celosos adoradores de este ídolo (Hch. 19:23-41). Sin embargo, el peligro no se limitaba a Éfeso, según indica la advertencia de Pablo a los corintios: “No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios” (1 Co. 10:21). Aunque parecería que no son muchos los que en nuestra cultura contemporánea adoran ídolos físicos, la idolatría no obstante está muy extendida. Cualquier cosa que las personas eleven por sobre Dios es un ídolo del corazón. “Toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios” (2 Co. 10:5) debe ser destruida, y solo Cristo debe ser exaltado.

En un mundo siniestro repleto de incertidumbre, los cristianos tienen la gloriosa seguridad basada en la revelación divina, “la palabra profética más segura... una antorcha que alumbraba en lugar oscuro” (2 P. 1:19). Mientras el mundo anda a tropezones en medio de las tinieblas (Jer. 13:16), la Palabra de Dios “lámpara es a [los] pies [de los santos] y lumbrera a [su] camino” (Sal. 119:105), “porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz” (Pr. 6:23).

Introducción a 2 Juan

OCASIÓN Y PROPÓSITO

Las dos breves epístolas de 2 y 3 Juan son las más cortas de los libros del Nuevo Testamento. Cada una contiene menos de trescientas palabras en el texto griego que podrían caber en una sola hoja de papiro (cp. 2 Jn. 12; 3 Jn. 13). Se aproximan mucho a la forma de la carta convencional del mundo grecorromano contemporáneo.

Sin embargo, a pesar de su brevedad ambas epístolas son importantes en que resaltan la importancia y los límites de amar en la verdad. Segunda de Juan enfoca los mismos hechos históricos básicos de 1 Juan: falsos maestros estaban asaltando las congregaciones que se hallaban bajo la supervisión de Juan (v. 7). Tras salir de la comunidad de creyentes (1 Jn. 2:19), los herejes estaban viajando de iglesia en iglesia, aprovechando la hospitalidad cristiana mientras propagaban sus mentiras venenosas. La dama a quien Juan dirigió esta carta pudo, de manera inadvertida o imprudente, haberles mostrado hospitalidad. Juan le advirtió (como un modelo para todos los creyentes) en contra de participar en las malas acciones de los falsos maestros al mostrarles hospitalidad.

AUTOR, FECHA Y LUGAR DEL ESCRITO

Las estrechas afinidades de esta carta con 1 Juan (p. ej., v. 5 y 1 Jn. 2:7; 3:11; v. 6 y 1 Jn. 5:3; v. 7 y 1 Jn. 2:18-26; v. 9 y 1 Jn. 2:23; v. 12 y 1 Jn. 1:4) dejan en claro que también fue escrita por el apóstol Juan (véase el estudio bajo Autor de 1 Juan en Introducción a 1 Juan). Lo más probable es que 2 Juan se escribiera en Éfeso más o menos al mismo tiempo o poco después de 1 Juan (aprox. en el 90-95 d.C.).

DESTINO Y LECTORES

Muchos comentaristas creen que la frase “la señora elegida” (v. 1) se refiere metafóricamente a la iglesia local. No obstante, la interpretación más natural en el contexto es tomar la frase como una referencia a una verdadera mujer y sus hijos, a quienes Juan conocía personalmente. La evidente similitud de la carta con 3 Juan, la cual claramente (v. 1) fue escrita a un individuo, favorece la opinión de que 2 Juan también tuvo como destinatario a una persona. Además, sería forzado sostener tal forma de expresión a lo largo de toda la carta. Tal metáfora elaborada tampoco está en armonía con la simplicidad de la carta y la ternura de su tono. Por último, el cambio de la forma singular del pronombre personal “te” en el versículo 5 a la forma plural en el versículo 12 se aplica más naturalmente a una mujer y sus hijos que a una iglesia y sus miembros.

BOSQUEJO

- I. Bases de la hospitalidad cristiana (1-3)
- II. Comportamiento de la hospitalidad cristiana (4-6)
- III. Límites de la hospitalidad cristiana (7-11)
- IV. Bendiciones de la hospitalidad cristiana (12-13)

19. La vida en la verdad

El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor. Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. (1-4)

Cuando Pilato preguntó cínicamente: “¿Qué es la verdad?” (Jn. 18:38) reflejó la opinión de muchas personas hoy día. El posmodernismo ve el concepto de verdad con escepticismo. Muchos creen que no existe tal cosa como una verdad absoluta o, si la hay, que no se puede conocer. Argumentan que ciertamente no hay verdad religiosa, que la religión es simplemente una preferencia personal, como los gustos por el arte, la música o la literatura.

Sin embargo, la verdad (la verdad divina y absoluta) *sí* existe, y es la realidad más importante en el universo. Cuando Marta se quejó que su hermana no le estaba ayudando a servir, Jesús contestó: “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lc. 10:41-42). No había mayor prioridad para María que sentarse a los pies de Jesús a oír su palabra de verdad (v. 39). La verdad es un bienpreciado, más valioso que todas las riquezas terrenales (cp. Sal. 19:7-10; 119:72, 127); una vez hallada es necesario aferrarse a ella a cualquier precio. Por eso Proverbios 23:23a exhorta: “Compra la verdad, y no la vendas”.

La Biblia, la Palabra de verdad (Sal. 119:160; Jn. 17:17; 2 Co. 6:7; 2 Ti. 2:15; Stg. 1:18), se especializa en el tema de la verdad. Dios es el “Dios de verdad” (Sal. 31:5; Is. 65:16), que abunda en verdad (Éx. 34:6) y siempre habla la verdad (2 S. 7:28; cp. Nm. 23:19; Tit. 1:2); Cristo es la verdad (Jn. 14:6; Ef. 4:21), está lleno de verdad (Jn. 1:14), reveló la verdad (Jn. 1:17), habló la verdad (Jn. 8:45-46), y dio testimonio de la verdad (Jn. 18:37); el Espíritu Santo es el Espíritu de verdad (Jn. 14:17; 15:26; 16:13; 1 Jn. 5:6). La verdad de Dios es eterna (Sal. 117:2), infinita (Sal. 57:10; 86:15; 108:4), y salvadora (Sal. 69:13). La salvación viene por fe en la verdad (2 Ts. 2:13; cp. 1 Ti. 2:4; 2 Ti. 2:25); los creyentes son santificados por la verdad (Jn. 17:17), aman la verdad (cp. 2 Ts. 2:10), son libres por la verdad (Jn. 8:32), adoran en verdad (Jn. 4:23-24), se regocian en la verdad (1 Co. 13:6), hablan la verdad (Ef. 4:15, 25), meditan en la verdad (Fil. 4:8), manifiestan la verdad (2 Co. 4:2), obedecen la verdad (1 P. 1:22), son guiados por la verdad (Sal. 25:5; 43:3) y, más ampliamente, caminan en la verdad (1 R. 2:4; 3:6; 2 R. 20:3; Sal. 26:3; 86:11).

Los creyentes debemos estar comprometidos con la verdad porque existimos en el mundo, el cual es el reino de Satanás (1 Jn. 5:19), el “padre de mentira” (Jn. 8:44), quien se esfuerza por evitar que los pecadores comprendan y crean la verdad; él es “el dios de este siglo [que] cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Como resultado, “cada uno engaña a su compañero, y ninguno habla verdad; acostumbraron su lengua a hablar mentira” (Jer. 9:5). Los incrédulos son “hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad” (1 Ti. 6:5), que “resisten a la verdad” (2 Ti. 3:8) “y

apartarán de la verdad el oído” (2 Ti. 4:4) porque “cambiaron la verdad de Dios por la mentira” (Ro. 1:25).

En un mundo de mentiras, la Iglesia está llamada a ser “columna y baluarte de la verdad” (1 Ti. 3:15). La metáfora de Pablo la habrían entendido fácilmente Timoteo y su congregación en Éfeso. Situado en esa ciudad estaba el templo de Diana (Artemisa; Hch. 19:23-28), una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo. El techo del inmenso templo lo sostenían 127 columnas, que reposaban sobre un enorme cimiento. Así como ese templo era un monumento a las mentiras de Satanás, así la Iglesia debe ser un monumento a la verdad de Dios. La misión de la Iglesia es vivir en forma inamovible e inquebrantable, defender, proteger y predicar la verdad de la Palabra de Dios; es proclamar “todo el consejo de Dios” (Hch. 20:27), no solamente la parte de la verdad divina que es inofensiva para la cultura que nos rodea. En las palabras de Martín Lutero, un campeón incondicional de la controversia necesaria:

Si yo profesara con la voz más alta y la más clara exposición cada punto de la verdad de Dios menos precisamente ese puntito que el mundo y el diablo están atacando en ese momento, no estaría *confesando* a Cristo, por audazmente que pudiera estar *profesando* a Cristo. Cuando la batalla se recrudece es cuando se prueba la lealtad del soldado, y ser constante en todo el campo de batalla es simple huida y vergüenza si se acobarda en ese punto (*D. Martin Luthers Werke, Kritische Gesamtausgabe. Briefwechsel*, 18 vols. [Weimar: Verlag Hermann Bohlaus Nachfolger, 1930-1985], 3:81, cursivas añadidas).

Cualquier llamada iglesia que no ejerza su mayordomía de la verdad de Dios enfrenta el juicio divino, así como ocurrió con los judíos por no defender y vivir la verdad del Antiguo Testamento que les fue encomendada (cp. Ro. 2:23-24). Sin embargo, a lo largo de la historia, la Iglesia verdadera se ha aferrado tenazmente a la verdad, a pesar de las tormentas de persecución, dolor al rechazo, y asaltos enemigos tanto por dentro como por fuera de sus líneas (cp. Hch. 20:29-30). Miles y miles han padecido martirio por no transigir o abandonar la verdad.

Estratégicamente, las últimas epístolas del Nuevo Testamento hacen hincapié en la prioridad de la verdad (2 y 3 Juan), y en la necesidad de contender por ella frente a los mentirosos apóstatas (Judas).

Juan escribió sus dos breves cartas (más tarjetas postales que cartas) para destacar la importancia de la verdad. *Alētheia* (“verdad”) aparece cinco veces en esta sección inicial de 2 Juan y seis veces en la más breve 3 Juan. Aunque cada una es una carta personal para un individuo, Juan estaba escribiendo la revelación inspirada de Dios que era para el pueblo de Dios a través del tiempo. Al reconocer que todos los lectores de su carta enfrentaban y siempre enfrentarían un mundo de mentiras y engaño, Juan escribió para llamarlos a vivir en la verdad de Dios, amar dentro de los límites de la verdad, y ser leales y buscar la verdad. En los versículos iniciales Juan revela cuatro características de vivir en la verdad: la verdad une a los creyentes, permanece en ellos, los bendice y los controla.

LA VERDAD UNE A LOS CREYENTES

El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, (1)

Para cuando escribió esta epístola Juan era un hombre muy anciano, el último apóstol sobreviviente. Aun así, su referencia a sí mismo como **el anciano** (*presbuteros* con el artículo definido) no resalta tanto su edad como su posición de supervisor espiritual de la Iglesia. En el Nuevo Testamento el término, tomado del uso conocido del Antiguo Testamento (cp. Lv. 4:15; Nm. 11:25; Dt. 25:7-8,

etc.), se refiere generalmente al cargo de anciano (la excepción es en 1 Ti. 5:1, donde se refiere simplemente a un hombre mayor); el término relacionado *presbutēs* (traducido “viejo” en Lc. 1:18 y “anciano” en Flm. 9) describe a un hombre mayor sin referencia a un papel de liderazgo. La descripción que Juan hace de sí mismo refuerza la verdad de que escribió esta epístola; si alguien lo hubiera personificado tal vez habría preferido el título “apóstol”, mientras que un escritor que no tratara de personificarlo quizás no se habría llamado a sí mismo *el* anciano (cp. Alfred Plummer, *The Epistles of St. John*, The Cambridge Bible for Schools and Colleges [Cambridge: Cambridge Univ., 1911], p. 175). Juan no necesitaba referirse a sí como un apóstol porque sus lectores lo conocían y lo aceptaban como tal, aunque en la experiencia de la iglesia les servía como su pastor.

En el Nuevo Testamento, las iglesias siempre recibían enseñanza que estaban dirigidas por una pluralidad de ancianos (Hch. 11:30; 14:23; 15:2, 4, 6, 22, 23; 16:4; 20:17; 21:18; 1 Ti. 5:17; Tit. 1:5; Stg. 5:14; 1 P. 5:1, 5). Pero aunque habría otros ancianos que servían con Juan en Éfeso (cp. Hch. 20:17; véase la Introducción a 1 Juan en esta obra para evidencia de que Juan escribió sus epístolas desde esa ciudad), él era el anciano patriarcal, cuya autoridad y supervisión se extendía más allá de Éfeso. Al igual que Pedro (1 P. 5:1), Juan era anciano y apóstol; como el último de los apóstoles, él era *el* anciano, el más distinguido de todos los ancianos; el único anciano vivo que fue elegido para ser un apóstol por parte del Señor Jesucristo y fue miembro del círculo más íntimo de los doce apóstoles; quien fuera reconocido por él mismo como el “discípulo, aquel al que amaba Jesús” (Jn. 20:2; cp. 13:23; 19:26; 21:7, 20). Al contrario de los falsos maestros, Juan era el abanderado de la tradición apostólica.

Como se indicó en la Introducción a 2 Juan, **la señora elegida** a quien Juan dirigió esta carta era una mujer real, no una iglesia. **Señora** se traduce de la forma femenina del sustantivo *kurios* (“señor”). El esposo es el “señor” de la casa como su cabeza divinamente ordenada (cp. 1 Co. 11:3; Ef. 5:23), pero la **señora** también tenía su esfera de autoridad y responsabilidad (cp. Tit. 2:3-5 y 1 Ti. 5:14, donde “cuidadosas de su casa” se traduce de un verbo griego que literalmente significa “gobernar o administrar una casa”). El hecho de que no se mencione al esposo podría indicar que la mujer era viuda. En todo caso, ella era responsable por proveer hospitalidad en el hogar, según lo clarifica 1 Timoteo 5:9-10. Puesto que Juan también se dirigió a los **hijos** de la señora, quizás ellos también estaban viviendo en casa con ella. Era típico que las familias compartieran una casa común, incluso después que los hijos se hubieran casado.

Elegida se traduce de una forma de la palabra griega *eklektos* (“seleccionado”, “escogido”, “elección”). El término describe a aquellos seleccionados por Dios para la gloria eterna, trátase de Cristo (Lc. 23:35; 1 P. 2:4, 6), los ángeles santos (1 Ti. 5:21), o los redimidos (Mt. 22:14; 24:22, 24, 31; Mr. 13:20, 22, 27; Lc. 18:7; Ro. 8:33; Col. 3:12; 2 Ti. 2:10; Tit. 1:1; 1 P. 1:1; 2:9; 2 Jn. 13; Ap. 17:14). La otra ocasión fuera de esta epístola en que se usa la mencionada palabra para una persona se halla en Romanos 16:13, donde Pablo describe a Rufo como “escogido [de *eklektos*] en el Señor”.

La descripción que Juan hace de esta mujer (y de su hermana; v. 13) como **elegida** refleja la verdad bíblica de que Dios elige soberanamente a los creyentes para salvación (además de los versículos ya citados, véase Mr. 13:20; Hch. 13:48; Ro. 8:28-30; Ef. 1:4-5, 11; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9; Stg. 2:5). A diferencia de quienes tienen un débil punto de vista de la soberanía divina, los escritores del Nuevo Testamento no dudaron en referirse a los creyentes como “los escogidos”. Es más, el mismo Señor Jesucristo hizo eso en Mateo 24:22: “Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados”. El término es no menos adecuado que los más populares “hijo de Dios”, “salvo”, “nacido de nuevo”, “creyente”, o “cristiano”.

La declaración de Juan **yo amo en la verdad** revela su relación personal con esta familia (el pronombre relativo *hous* [**quienes**] es plural y abarca tanto a la dama como a sus hijos). *Egō* (**yo**) es enfático, y destaca el amor personal y continuo (el verbo está en tiempo presente) del apóstol por ellos. La palabra **amo** que tenemos aquí es la devoción y el servicio intencional y espiritual transmitido por el conocido verbo *agapaō*. La frase **en la verdad** explica y califica la esfera del amor que Juan les tiene a sus destinatarios. No se refiere a su sinceridad, pues no estaba afirmando que los amaba “de veras”, aunque obviamente así era. Más bien, **verdad** se refiere aquí a la encarnación de la verdad del evangelio. Es algo análogo a la expresión frecuente del Nuevo Testamento “la fe” (Hch. 6:7; 13:8; 14:22; 16:5; 1 Co. 16:13; 2 Co. 13:5; Gá. 1:23; Ef. 4:13; Fil. 1:27; Col. 1:23; 1 Ti. 1:2; 3:9; 4:1; 5:8; 6:10, 21; 2 Ti. 3:8; Tit. 1:13; Jud. 3). La frase de Juan es parecida a la exhortación que Pablo le hace a Tito: “Saluda a los que nos aman en la fe” (Tit. 3:15*b*); es decir, en la verdad objetiva del evangelio. Se refiere a la verdad que ligaba **no sólo** a Juan, **sino también a todos los que** conocían de **verdad** a esta dama y sus hijos. La creencia común en la verdad del evangelio es lo que une a todos los creyentes.

La declaración de Juan resume el tema principal de esta breve epístola: que la verdad siempre debe regir el ejercicio del amor. El profundo y mutuo afecto de los cristianos fluye de su compromiso común con la verdad. Juan escribió en su primera carta: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él” (1 Jn. 5:1). No podemos tener verdadera comunión con quienes han rechazado la verdad del evangelio, ya que no tenemos ninguna vida espiritual en común con ellos. Tales personas están fuera de la comunidad de creyentes, porque se trata únicamente de aquellos que han “purificado [sus] almas por la obediencia a la verdad” y que tienen “amor fraternal no fingido” (1 P. 1:22).

Puesto que la salvación requiere creer en la verdad, es muy importante para la Iglesia predicar el mensaje correcto. Para producir salvación basta una presentación sencilla y precisa del evangelio, a través del poder transformador del Espíritu Santo. Por otra parte, se recalca que la más cuidadosamente concebida y suavemente pulida de las presentaciones de algo menor al evangelio no -salvará.

La vinculación que Juan hace del amor y la verdad demuestra que estas realidades son cualquier cosa menos incompatibles, como algunos están siempre dispuestos a sugerir. Los creyentes deben hablar en amor, pero también con -verdad (Ef. 4:15). Minimizar la verdad en nombre del amor es abandonar el amor bíblico, el cual se basa en la verdad. Los propósitos de Dios no se lograrán si se compromete su verdad; el amor por las almas nunca se manifiesta al minimizar la verdad.

LA VERDAD PERMANECE EN LOS CREYENTES

a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: (2)

En armonía con su apasionado compromiso con la verdad, Juan escribió esta epístola **a causa de la verdad**. Su preocupación era que la señora cristiana a quien se dirigió pudiera comprometer la verdad en nombre de la hospitalidad. El amor, la comunión y la hospitalidad cristiana son vitalmente importantes, ya que manifiestan el poder transformador del evangelio (cp. Ro. 12:13; 1 Ti. 3:2; Tit. 1:8; 1 P. 4:9). Los creyentes son partícipes de un amor espiritual que fluye de su vida eterna común en Cristo. Pero no pueden manifestar genuinamente ese amor si no tienen un compromiso inquebrantable con la verdad de la Palabra de Dios. Esa verdad impregna todos los aspectos de la vida individual y colectiva de la Iglesia, subyacente en toda su predicación, evangelización y comunión.

En un lenguaje que recuerda la promesa de Jesús con relación al Espíritu Santo (Jn. 14:17), Juan escribió que **la verdad... permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros**. La comparación es apropiada, ya que el Espíritu Santo es “el Espíritu de verdad” (Jn. 14:17; 15:26; 16:13; 1 Jn. 5:6). Aunque durante la vida no podamos comprender la enorme profundidad de toda la verdad bíblica, todos los verdaderos cristianos conocen la verdad bíblica que salva. Saben que son pecadores, que enfrentan el justo juicio de Dios, y que el perdón viene únicamente por la gracia divina, aparte de las obras, por medio de la fe en el Señor Jesucristo y su sacrificio expiatorio y su resurrección. Si no comprenden esas realidades no serían cristianos, ya que, como se indicó antes, entender la verdad es necesario para la salvación.

En su primera epístola, Juan enseñó que todos los creyentes pueden discernir entre verdad y error:

Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él (1 Jn. 2:20-21, 27).

Menō (permanece) es uno de los términos favoritos de Juan, y aparece más de sesenta veces en sus escritos. Se usa en un sentido teológico para referirse a la verdad que reside en los creyentes (1 Jn. 2:14, 24-27; cp. Jn. 5:38 donde Jesús reprende a los judíos incrédulos porque la Palabra no mora en ellos), es decir, en los verdaderos creyentes que permanecen en la Palabra (Jn. 8:31) y que, por tanto, no están en tinieblas espirituales (Jn. 12:46), al Espíritu que permanece en los creyentes (Jn. 14:17; cp. 1 Jn. 4:12, 15, 16) y sobre todo, a creyentes que permanecen en Cristo (Jn. 6:56; 14:10; 15:4-7, 9-10; 1 Jn. 2:6, 10, 28; 3:6, 24; 4:13). La verdad de la Palabra, que permanece en los creyentes **para siempre**, les otorga “la mente de Cristo” (1 Co. 2:16).

LA VERDAD BENDICE A LOS CREYENTES

Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor. (3)

Aunque aparecen juntas solo aquí y en las cartas de Pablo a Timoteo (1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2), **gracia, misericordia y paz** son términos conocidos del Nuevo Testamento. A menudo se usan en los saludos de las epístolas. **Gracia** se combina con **paz** en Romanos 1:7, 1 Corintios 1:3, 2 Corintios 1:2, Gálatas 1:3, Efesios 1:2, Filipenses 1:2, Colosenses 1:2, 1 Tesalonicenses 1:1, 2 Tesalonicenses 1:2, Tito 1:4, Filemón 3, 1 Pedro 1:2, 2 Pedro 1:2, y Apocalipsis 1:4; **misericordia** y **paz** en Judas 2. Las tres palabras resumen la progresión del plan de salvación: La **gracia** de Dios lo llevó a conceder **misericordia**, lo cual resulta en **paz**. La **gracia** ve a los pecadores como culpables e indignos (Ro. 5:20; Ef. 1:7); la **misericordia** los ve como necesitados e indefensos (Mt. 5:3; Ro. 11:30-32; Ef. 2:4-5; Tit. 3:5; 1 P. 1:3); la **paz** es el resultado del derramamiento de Dios tanto de **gracia** como de **misericordia** (Hch. 10:36; Ro. 5:1; Ef. 2:14; Col. 1:20). Estas bendiciones divinas, al igual que todo en la vida cristiana, viene solo **de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre**. “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17). Y a través del Hijo, “todas las promesas de Dios son en él Sí” (2 Co. 1:20). Dichas bendiciones están presentes cuando la **verdad** divina domina la mente y el corazón, lo que resulta en verdadero **amor**. La doble repetición de *para (de y del)* resalta la igualdad de Jesús con el Padre. Juan hace hincapié en la identidad de Cristo como Hijo de Dios porque los

falsos maestros estaban negando esa verdad (cp. el estudio de los falsos maestros y sus enseñanzas heréticas en la Introducción a 1 Juan).

LA VERDAD CONTROLA A LOS CREYENTES

Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. (4)

A la luz del compromiso de Juan con la verdad, no sorprende que se hubiera regocijado por haber **hallado a algunos de** los hijos de esta señora cristiana **andando en la verdad**. Sin duda el apóstol estaba eufórico por la noticia de que ellos obedecían la revelación divina, noticia que había oído de la hermana o de los hijos de la hermana de ella (cp. v. 13). El hecho de que Juan mencione solo a **algunos de los hijos** no significa necesariamente que los otros no fueran salvos; el apóstol se estaba refiriendo únicamente a aquellos de los que tenía conocimiento personal.

La verdad de la Palabra de Dios se debe vivir, así como se debe creer (cp. Mt. 7:21; 12:50; Lc. 6:46-49; 11:28; Jn. 13:17; Ro. 2:13; Stg. 1:22; 1 Jn. 2:3). La frase **andando en la verdad** se refiere a caminar por la vida controlados por la verdad; es el equivalente a andar en la luz (1 Jn. 1:7). Andar es una metáfora frecuente del Nuevo Testamento para la vida cristiana: “Andemos en vida nueva” (Ro. 6:4), “por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7), “andad en el Espíritu” (Gá. 5:16, 25), “buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10), “os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Ef. 4:1), “andad en amor” (Ef. 5:2), “andad como hijos de luz” (Ef. 5:8), “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis” (Ef. 5:15), “para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo” (Col. 1:10), “os encargábamos que anduviésemos como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria” (1 Ts. 2:12), “el que dice que permanece en [Jesús], debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6), y “este es el amor, que andemos según sus mandamientos” (2 Jn. 6).

La referencia de Juan **al mandamiento que** los creyentes han recibido **del Padre**, de andar en la verdad, no es una alusión a un mandamiento en particular, sino que refleja el mandato general y obvio de las Escrituras a obedecer. A la Biblia incluso se le llama “el precepto de Jehová” (Sal. 19:8; cp. el uso similar de “mandamiento” en 1 Ti. 6:14). La obediencia a la verdad de Dios no es opcional. “Dios no ha revelado su verdad en una manera tal que nos deja libres a nuestro placer para creerla o no creerla, para obedecerla o desobedecerla. La revelación trae consigo responsabilidad, y mientras más clara la revelación, mayor la responsabilidad de creerla y obedecerla” (John R. W. Stott, *The Epistles of John* The Tyndale New Testament Commentaries [Grand Rapids: Eerdmans, 1964], p. 206).

Esta breve carta se inicia con un sonoro llamado a que los cristianos vivan de modo coherente con la verdad que creen. La única base verdadera para la unidad en la Iglesia es la verdad de la Palabra de Dios que permanece en los creyentes individuales, y que bendice y controla sus vidas. Solamente iglesias y cristianos bien cimentados en el sólido cimiento de la verdad podrán resistir las tormentas de persecución, tentación y falsa doctrina que constantemente los asaltan.

20. Los límites del amor

Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio. Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras. Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido. Los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan. Amén. (5-13)

El versículo 9 resalta en esta sección: **Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo.** Otra vez (como ocurre a lo largo de 1 Juan) se trata de la prueba de un verdadero cristiano y un verdadero predicador: la doctrina pura con relación a Cristo.

La verdadera Iglesia de Jesucristo siempre ha entendido ese hecho. A través de los siglos, incluso en las horas más tristes de la Iglesia siempre ha habido aquellos que fueron fieles para evangelizar a los perdidos con el evangelio puro de Jesucristo. Estos creyentes escudriñaban las Escrituras, sin disponer de todas las herramientas de estudio de la Biblia que tenemos en la actualidad, a fin de entender el evangelio en preparación para la difusión del mensaje de salvación. Muchos héroes desconocidos de la fe trabajaron durante décadas en traducir la Palabra, con el fin de que la gente pudiera leerla en sus propios idiomas. Misioneros viajaron en circunstancias penosas y amenazantes para alcanzar lugares difíciles con la verdad de Cristo. Allí soportaron prolongados períodos de separación de sus familias, amistades y naciones, sufrieron la pérdida de compañeros y seres queridos, y lucharon con enfermedad, peligro y oposición satánica por causa del evangelio (cp. Ef. 6:12). Decenas de miles de fieles evangelistas han sido martirizados por su inquebrantable compromiso en obedecer el mandato del Señor de predicar la verdad que salva.

No obstante, hay algunos que abogan por un cambio radical y alarmante de esta comisión, sugiriendo que predicar el evangelio a los perdidos en realidad podría ser innecesario, junto con los inmensos sacrificios que se han hecho para hacer eso. Yendo más allá de la enseñanza de la Biblia acerca de la revelación general de Dios en la naturaleza (véase el estudio de Ro. 1:18-32 a continuación), hay quienes sostienen que la sola teología natural (“el intento de obtener una comprensión de Dios y su relación con el universo por medio de la reflexión racional, sin apelar a la revelación especial tal como la auto revelación de Dios en Cristo y en la Biblia” [Colin Brown, “Natural Theology”, en Sinclair B. Ferguson, David F. Wright, y J. I. Packer, eds., *New Dictionary of Theology* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1988), p. 452]) es suficiente para salvar, aparte de cualquier conocimiento del Dios verdadero, de Jesucristo, o del evangelio. Algunos imaginan que Dios salva personas aparte del evangelio tratándolas como hizo con quienes vivieron antes de la

época del Nuevo Testamento (punto de vista etiquetado transdispensacionalismo). Sin embargo, según enfatiza el escritor de Hebreos: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (He. 1:1-2). Después de dar su revelación final en su Hijo, Dios no hará retroceder el reloj a otra época. Juan 1:12 fija la necesidad de la fe en Cristo: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

Otros más, defensores de la llamada misericordia más extensa, proponen algo aún más radical. Ellos también creen que los pecadores perdidos pueden salvarse aparte del evangelio; pero van un paso más allá y sostienen que aquellos que están en religiones no cristianas, esas religiones en realidad pueden ayudarlos a llegar a Dios. Clark Pinnock escribe:

Abordar al hombre de una fe diferente a la nuestra debe hacerse en un espíritu de esperanza para averiguar cómo le ha estado hablando Dios, y qué nueva comprensión de la gracia y del amor de Dios podríamos descubrir en este encuentro. Nuestra primera tarea al enfocarnos en otro pueblo, otra cultura, y otra religión debe ser quitarnos los zapatos, porque el lugar al que nos acercamos es santo... Podríamos olvidar que Dios estuvo aquí antes de nuestra llegada (Citado en Erwin Lutzer, *Christ Among Other gods* [Chicago: Moody, 1994], p. 185).

Entonces, sorprendentemente añade:

Dios... está haciendo que ocurra más por medio de la redención de lo que sucedió en la Palestina del primer siglo (Ibíd., p. 185).

El universalismo de Pinnock rechaza la enseñanza de los apóstoles, quienes sin vacilar declararon: “En ningún otro [que no sea Jesucristo] hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12; cp. 1 Co. 3:11; 1 Ti. 2:5). Esta idea también rechaza la enseñanza del Señor Jesucristo, quien declaró inequívocamente: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6).

En Romanos 10:9-10 Pablo explica lo esencial para la salvación: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. Luego en los versículos 13-15 el apóstol, en marcado contraste con el punto de vista de la “misericordia más extensa”, recalca la necesidad absoluta de que la Iglesia lleve a cabo la Gran Comisión:

Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!

La secuencia de Pablo es clarísima: solo aquellos que invocan el nombre del Señor pueden ser salvos (cp. Hch. 16:31). Pero nadie puede invocar al Señor sin primero creer en Él, y nadie puede creer en Él a menos que oiga el evangelio. Por tanto, la Iglesia debe enviar predicadores a proclamar el mensaje del evangelio a los pecadores perdidos porque, como Pablo resumió en Romanos 10:17, “la fe [que salva] es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”. En 2 Corintios 5:18-21 está claro que el mensaje y el ministerio de la reconciliación es predicar a Cristo, ya que “somos embajadores en nombre de Cristo” a través de quien Dios hace su llamado a la reconciliación (v. 20).

De acuerdo con el mandato bíblico, la iglesia primitiva llevó, a gran costo, el evangelio a los confines más lejanos del mundo romano y fuera de sus fronteras, comprendiendo claramente que las personas no pueden salvarse si no es por medio de creer en Cristo. De haber habido salvación por otros medios, el sufrimiento que los predicadores del evangelio soportaron (cp. 2 Co. 11:22-33) seguramente habría sido en vano. Si los perdidos pudieran salvarse a través de la teología natural o de sus religiones paganas, los misioneros cristianos podrían haberse quedado a salvo en casa. Incluso exponer a los paganos al evangelio pudo haberlos condenado, ya que pudieron no haberlo creído. En tal caso habría sido mejor que esas personas nunca hubieran oído el evangelio.

El encuentro de Pablo con los atenienses paganos en el areópago es una muestra de cómo la iglesia primitiva debe abordar a los de otra fe. El apóstol comenzó elogiándolos por su celo religioso (Hch. 17:22-23), igual que hizo con los judíos no creyentes (Ro. 10:2). Después, como solía hacer cuando evangelizaba gentiles (cp. Hch. 14:15-17), Pablo apeló a la revelación general de Dios en la naturaleza. Observó que había hallado “también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO” (Hch. 17:23). A pesar de la enorme cantidad de dioses que los atenienses adoraban, tenían un interés agobiante de que pudiera haber alguno al que todavía no hubieran adorado. Con el fin de no ofender, erigieron un altar general de múltiple contenido para apaciguar a cualquier dios que pudieran haber pasado por alto sin saber.

La reacción del apóstol es esclarecedora. No abordó a esos paganos esperando descubrir cómo Dios les había estado hablando. Tampoco buscó una novedosa comprensión de la gracia y el amor de Dios en su encuentro con ellos. Al contrario, los confrontó con el hecho de que estaban adorando en ignorancia (Hch. 17:23), y les explicó quién realmente era Dios (vv. 24-29). Y lejos de suponer que ellos pudieran conocer a Dios y ser salvos del infierno a través de la falsa religión que tenían, Pablo concluyó su mensaje llamándolos al arrepentimiento y a volverse a Jesucristo, el único camino a Dios, expresando: “Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (vv. 30-31).

El encuentro de Pablo con los atenienses ilustra la imposibilidad de que alguien sea salvo solo por medio de revelación general, la cual demuestra que existe un Creador todopoderoso, pero no revela el camino de salvación, “ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Co. 1:21a). Incluso con la ayuda de la revelación general, la sabiduría humana no puede producir un conocimiento salvador de Dios. Por tanto, Pablo siguió escribiendo: “Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Co. 1:21b). Solo aquellos que creen el mensaje de “Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (vv. 23-24; cp. 2:1-5) serán salvos (cp. 2 Ts. 1:8, mientras que Pablo define a aquellos que no conocen a Dios como los que “obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo”).

Ningún ser humano tiene en sí mismo el poder para llegar a Dios, incluso por medio del evangelio. La Biblia es clara en que la humanidad está muerta y en la carne no puede agradar a Dios (Ro. 8:7-8). Ninguna persona puede por sus propias fuerzas, obras o fe agradar en nada a Dios, y menos con el fin de ganar la salvación ni siquiera oyendo el evangelio, mucho menos sin este. Solo Dios salva de modo soberano y siempre a través del evangelio. Solo Él puede dar vida y luz produciendo arrepentimiento y fe, siempre dirigidos hacia Jesucristo.

Decir que todos los hombres son totalmente depravados no quiere decir que cada uno sea tan malo como otros, o tan malo como es posible. Eso no puede ser cierto porque hasta los “malos hombres”

en general “irán de mal en peor” (2 Ti. 3:13). No obstante, todos los hombres son “ajenos [a] la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18), incapaces de hacer algo para agradar a Dios, especialmente para hacer el mayor bien: arrepentirse y creer. Si un pecador no regenerado, mediante una acción libre de su voluntad, logra creer por su cuenta en Dios o Cristo, entonces haría la más grandiosa de todas las obras. Pero la Biblia dice que esa persona no puede agradar a Dios. La Biblia mentiría si tal individuo pudiera hacer eso, y tendría que declarar que los pecadores no están muertos ni se encuentran impotentes, alienados, entristecidos y sin esperanza. Pero los pecadores no regenerados no tienen la capacidad de creer para salvación. Si tuvieran el poder de hacer lo que agrada a Dios, serían glorificados por ello... y tal vez hasta adorados. Pero nadie puede ser salvo excepto por gracia divina, soberana y regeneradora, y Dios es quien la concede aparte de cualquier acto de justicia, pero solo en relación con oír y creer en el evangelio del Señor Jesucristo.

Si la salvación de alguien que oye el evangelio estuviera condicionada a su capacidad de creer, entonces no habría necesidad de la gracia eficaz. Y Dios estaría tomándose demasiado mérito por su parte en relación a la salvación, al manifestar que toda ella es por la gracia divina. No obstante, esta es una idea ridícula, hasta blasfema. Ningún pecador puede hacer algo que agrade a Dios, y solo Dios puede soberanamente conceder gracia salvadora solo por gracia, y Él lo hace tan solo a través de Cristo. Pablo escribe así a este respecto:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia (Ef. 1:3-7).

Si la salvación fuera por voluntad del ser humano, ¿qué sentido tendría entonces la elección que Dios hace de un pueblo? Sin embargo, todos los redimidos son elegidos en Cristo, el Amado, y salvos por medio del don divino de confiar en Él y en su obra (Ef. 2:8-9; cp. Ro. 1:16).

Dios no salva por gracia soberana a través de revelación general; más bien, sin la ayuda de Dios, el pecador es entregado a juicio por esa revelación y sin excusa alguna. Todos los hombres tienen amplia evidencia de la existencia de Dios, “porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Ro. 1:19-20). Sin embargo, ese conocimiento no los lleva a Dios. Por el contrario, solamente los deja sin excusa cuando se les juzgue, “porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (v. 18). La revelación general no basta para salvar, pero es suficiente para condenar. La sola razón humana nunca llevará a pecadores a un conocimiento salvador de Dios porque estos reprimen el conocimiento de Él, disponible en la revelación general (cp. Ro. 3:9-18). Aparte de la revelación especial de Dios en su Hijo y en las Escrituras, las personas siguen siendo pecadoras impías, insolentes y depravadas, irremediabilmente perdidas en las tinieblas de la falsa religión idolátrica (Ro. 1:22-32). Y lejos de aceptarlas, Dios en realidad las ha abandonado por completo (vv. 24-32).

El apóstol Juan sabía que no hay sustituto a la enseñanza de “la verdad que está en Jesús” (Ef. 4:21) y recalcó su importancia en esta breve epístola. Juan había llamado a sus lectores a vivir en la verdad

de Cristo que los une, que permanece en ellos, que los bendice y controla (véase la exposición de los vv. 1-4 en el capítulo anterior de esta obra). Estaba a punto de alentarlos a que permanecieran leales a la verdad, a que la protegieran y la aprendieran. Pero antes de hacer eso, el apóstol hizo una pausa para añadir una importante salvedad: la verdad y el amor están inseparablemente vinculados. El amor es parte integral de la obediencia a la verdad, siendo reiteradamente ordenado en la Biblia (cp. el estudio a continuación); por tanto, aquellos que no aman no practican la verdad. Y los que protegen la verdad lo hacen en amor (Ef. 4:15).

AMOR A LA VERDAD

Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio. (5-6)

La frase griega *kai nun* (“**Y ahora**”) que empieza el versículo 5 provee un vínculo lógico con el versículo 4. Juan no dudó en rogar a esta **señora** cristiana que amara; la petición era perfectamente coherente con vivir en la verdad del evangelio. La declaración explicativa, **no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros**, hace eco de 1 Juan 2:7-11 (véase la exposición de ese pasaje en el capítulo 6). Juan no estaba escribiendo **un nuevo mandamiento** nunca antes revelado, **sino** que estaba reiterando **el que** [ella había] **tenido desde el principio** de su vida cristiana. Todos los creyentes estamos llamados a una comunión especificada en que **nos amemos unos a otros**. La revelación divina está clara en que el amor es la característica que define a un verdadero creyente, y su falta caracteriza a los incrédulos. En 1 Juan 2:9-11 el apóstol declaró:

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos (cp. 4:20-21).

En cierto sentido, lo que Juan escribió no fue **un nuevo mandamiento**. **Nuevo** se traduce de *kainos*, que no se refiere a algo novedoso en tiempo, sino en carácter esencial. El mandato de amar no es exclusivo del Nuevo Testamento. La ley del Antiguo Testamento proporciona un resumen de cómo amar. Deuteronomio 6:5 manda: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”, mientras que Levítico 19:18 añade: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Cuando le pidieron que dijera cuál era el más grande mandamiento de la ley, Jesús contestó citando esos dos mismos mandatos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mt. 22:37-40). Los Diez Mandamientos, el resumen de la ley, se dividen en dos secciones. Los cinco primeros describen cómo amar a Dios; los cinco últimos describen cómo amar a las personas. Por eso Pablo pudo escribir “que el cumplimiento de la ley es el amor” (Ro. 13:10).

Pero aunque el **mandamiento** del que Juan hablaba era antiguo desde una perspectiva, visto desde otra era nuevo. En 1 Juan 2:8 el apóstol manifestó: “Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbrá”. Hay tres sentidos en que el mandamiento es nuevo. Primero, el amor “es verdadero en él”;

es decir, ahora ha sido perfectamente modelado en una vida humana por parte del Señor Jesucristo. En su evangelio Juan escribió con relación al amor de Cristo: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (lit., ‘a la perfección’, ‘por completo’, o ‘en toda su plenitud’)” (Jn. 13:1). Jesús se ofreció como un ejemplo de cómo amar cuando manifestó: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:34-35; cp. 15:13; Fil. 2:5-9). Pablo exhortó a los creyentes: “Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Ef. 5:2).

Segundo, los cristianos también tienen una nueva comprensión del amor a través de la morada del Espíritu Santo en ellos. Según señaló Juan en su primera epístola, es posible para nosotros amar solo “porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:19; cp. Ef. 3:16-19). Pablo escribió en Romanos 5:5 que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”. Ese amor sobrenatural es un aspecto del fruto del Espíritu (Gá. 5:22); por eso Pablo pudo escribir respecto a los creyentes: “Habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros” (1 Ts. 4:9).

Por último, el mandamiento de amar es nuevo en que pertenece a la nueva época inaugurada por la venida de Cristo. Ahora vivimos en el reino espiritual (Lc. 17:20-21), que está en desarrollo (Lc. 13:18-20) dentro del glorioso reino milenial que se establecerá cuando Cristo regrese, y después de eso vendrá el reino eterno. Durante este actual reino espiritual “las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra” (1 Jn. 2:8). La “luz verdadera” es Jesucristo (cp. Jn. 8:12; 9:5; 12:35), a través de quien Dios nos ha rescatado “del presente siglo malo” (Gá. 1:4) y “de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13). Somos bendecidos “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3), lo que incluye amor divino y sobrenatural, el cual es una forma de vida para quienes están en el reino de Jesucristo.

La característica determinante del **amor** es: **que andemos según sus mandamientos**. El amor y la obediencia están inseparablemente vinculados, según Jesús evidenció en Juan 14:15 cuando declaró: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (cp. vv. 23-24; 15:10). Los creyentes manifiestan su amor a Dios por medio de la obediencia a Él. En su primera epístola, Juan escribió: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos” (1 Jn. 5:3). El Antiguo Testamento también ve la obediencia a Dios como la expresión definitiva del amor por Él. En Deuteronomio 11:1 Moisés mandó a Israel: “Amarás, pues, a Jehová tu Dios, y guardarás sus ordenanzas, sus estatutos, sus decretos y sus mandamientos, todos los días”. Josué, el sucesor de Moisés, entregó a Israel un encargo similar: “Solamente que con diligencia cuidéis de cumplir el mandamiento y la ley que Moisés siervo de Jehová os ordenó: que améis a Jehová vuestro Dios, y andéis en todos sus caminos; que guardéis sus mandamientos, y le sigáis a él, y le sirváis de todo vuestro corazón y de toda vuestra alma” (Jos. 22:5). El amor y la obediencia también están vinculados en pasajes del Antiguo Testamento tales como Éxodo 20:6; Deuteronomio 5:10; 7:9; 30:16; Nehemías 1:5; y Daniel 9:4.

Repitiendo el tema con el fin de resaltar la importancia de esta verdad, Juan escribió: **Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio**. Aquellos que aman de veras andan en obediencia a la verdad bíblica, y viceversa.

SER LEALES A LA VERDAD

Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. (7-8)

El amor bíblico no implica aceptación ingenua, crédula y sin criterio de cualquiera que afirme representar a Jesucristo. Por eso, después de haber insistido en la importancia del amor, Juan inmediatamente le puso límites. En nombre del amor los creyentes no pueden aceptar a cualquiera de los **muchos engañadores** que **han salido por el mundo**. Los seguidores de la verdad de Cristo no pueden amar a los anticristos; aquellos que están comprometidos con la verdad bíblica no pueden tener comunión con los que la pervierten (cp. 2 Co. 6:14-15). **Engañadores** se traduce de la forma plural de *planos*, que textualmente significa “un vagabundo” (de ahí se deriva la palabra castellana “planeta”). En este caso se refiere a individuos que se desvían de la verdad de la Biblia; que la corrompen; que alejan a otros de ella; que son impostores (Pablo denominó a tales sujetos como “falsos hermanos” en 2 Co. 11:26 y Gá. 2:4; cp. la descripción que Judas hace de ellos como “estrellas errantes” que se dirigen a “la oscuridad de las tinieblas” del juicio eterno [v. 13]).

Estos lobos vestidos de ovejas (Mt. 7:15) se vuelven especialmente peligrosos cuando se infiltran en la Iglesia; de ahí que el Nuevo Testamento esté lleno de advertencias respecto a ellos. En el Sermón del Monte Jesús predijo que en los últimos tiempos “se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:24). Pablo los llamó “lobos rapaces” (Hch. 20:29); “falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo” (2 Co. 11:13); siervos de Satanás que, así como su perverso amo (v. 14), “se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (v. 15). El apóstol advirtió a Timoteo que “el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Ti. 4:1). En su primera carta Juan imploró a sus lectores:

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo (1 Jn. 4:1-3).

Así denunció Judas vívida y extensamente a estos engañadores:

Algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo... ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré. Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impudicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas. De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él (Jud. 4, 11-15; cp. la denuncia similar que Pedro hace de ellos en 2 P. 2:1-21).

Adondequiera que vaya el verdadero evangelio, los emisarios de Satanás se aseguran de seguirlo. Predican un evangelio falso y satánico, y con ello pervierten el verdadero mensaje y contaminan la Iglesia. Pablo advirtió a los gálatas en contra de ellos en los términos más enérgicos posibles:

Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema (Gá. 1:6-9).

Juan definió en particular a los falsos maestros como aquellos **que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne**. Existen muchas maneras de socavar el evangelio, tales como rechazar la deidad de Jesucristo, o negar que la salvación sea por gracia solamente por medio de la fe. Pero estos herejes negaban la verdadera humanidad de **Jesucristo**, negándose a reconocer que Él era Dios que se había vuelto totalmente humano. Eran precursores de la peligrosa herejía del siglo II conocida como gnosticismo, que representaba una de las amenazas más graves para la iglesia primitiva. (Para mayor información sobre la herejía contra la cual escribió Juan, véase la Introducción a 1 Jn. en esta obra).

Juan contrarrestó los diversos ataques de los falsos maestros sobre la persona de Jesucristo resaltando en sus epístolas la verdad acerca de Él. En 1 Juan 1:3 identificó a Jesucristo como Dios el Hijo (cp. 3:23; 2 Jn. 3); en 2:1 lo presentó como el abogado de los creyentes ante el Padre, cuya muerte propició la ira de Dios contra los pecados de ellos (v. 2; cp. 1:7; 4:9-10); en 2:22-23 declaró que los que niegan que Jesús es el Cristo no conocen a Dios; en 3:8 señaló que Jesús ha destruido las obras de Satanás; en 4:14 afirmó que el Padre envió al mundo al Hijo como Salvador, y reiteró en el versículo 15 que solo aquellos que confiesan a Jesús como el Hijo de Dios conocen al Padre (cp. 2 Jn. 9); y en 5:9-13 Juan escribió que solo quienes creen la revelación divina respecto a Jesucristo tienen vida eterna.

Negar la verdad bíblica de que en Jesucristo, el Mesías prometido, Dios se volvió totalmente humano es propagar doctrina demoníaca. **Quien esto hace** es un **engañador** y un **anticristo** (cp. 1 Jn. 2:18, 22; 4:3). Enseñar, como hacían estos herejes, que la humanidad de Jesús era simplemente una ilusión es lanzar un golpe al núcleo del evangelio. Si Jesús no fuera el Dios-hombre, totalmente humano y totalmente divino, no podía haber muerto como sustituto por los hombres.

Puesto que conocía la grave amenaza que los falsos maestros representaban, Juan advirtió a sus lectores: **Mirad por vosotros mismos**. La Iglesia debe ser vigilante, entendida, incluso desconfiada, porque lo que está en juego es muy importante. Después de haber trabajado en las vidas de esta dama y sus hijos, el apóstol quería ver **el fruto** de ese esfuerzo; no quería que ellos perdieran **el fruto** de lo que juntos habían logrado. Pablo expresó una preocupación parecida por los corintios:

¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! Sí, toleradme. Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis (2 Co. 11:1-4).

Así como todo pastor fiel, Juan y Pablo estaban preocupados de que las personas bajo su cuidado no perdieran terreno espiritualmente. Fue esa preocupación lo que motivó a Pablo a reprender con firmeza a los gálatas por aventurarse en la falsa doctrina:

¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? Esto solo quiero

saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? (Gá. 3:1-3).

La Iglesia de hoy día tiene un legado que se lo han transmitido, una herencia que debe preservarse a cualquier precio. Los hombres de Dios a lo largo de la historia han predicado, enseñado y defendido el verdadero evangelio, a menudo con gran costo de tiempo, esfuerzo y persecución, incluso hasta el punto de la muerte. Cuando su vida llegaba a su fin, Pablo alentó varias veces a Timoteo que protegiera la verdad que se le había dado: “Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado” (1 Ti. 6:20); “retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Ti. 1:13-14); “persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido” (2 Ti. 3:14; cp. 2 Ts. 2:15).

Sin embargo, aquellos que retroceden influenciados por los falsos maestros, están arriesgando mucho más que deshacer la labor de los pastores fieles. Las trágicas recompensas de la regresión espiritual de estos engañadores incluirán dejar de recibir un **galardón completo**. La Biblia enseña que los creyentes serán recompensados en el cielo por su servicio en esta vida (p. ej., Mt. 5:12; 10:41-42; Lc. 6:35; 1 Co. 3:10-15; 4:3-5; 2 Co. 5:10; Col. 3:24; Ap. 22:12). Aunque la salvación no puede perderse (cp. Jn. 6:37-40; Ro. 5:1; 8:1, 28-39; He. 7:25; 1 P. 1:4), los creyentes infieles podrían perder algunas de las recompensas que la fidelidad a la verdad les habría dado. Juan no quería ver que eso les sucediera a los que amaba y entre los que trabajaba. Pablo tenía en mente la misma preocupación cuando advirtió a los colosenses: “Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal” (Col. 2:18).

Los creyentes deben tener discernimiento y rechazar de modo tajante el engaño de los falsos maestros, sin importar que estos apelen a gritos al amor y la tolerancia. Lo exige la lealtad al verdadero evangelio, escrito y encarnado, y las consecuencias de no hacerlo (tanto ahora como en la eternidad) son suficiente razón para ser fieles.

PROTEGER LA VERDAD

Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras. (9-11)

Aquellos que son leales a las Escrituras tratarán, por supuesto, de protegerla y guardarla. Afirme lo que afirme, **cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios**. *Proagō* (**que se extravía**) significa en este contexto “ir más allá de los límites establecidos de enseñanza o instrucción, con la implicación de no obedecer adecuadamente” (“*proagō*”, *Louw-Nida Greek-English Lexicon of the New Testament Based on Semantic Domains*, segunda edición, editado por J. P. Louw y E. A. Nida. Copyright © 1988 por United Bible Societies, Nueva York, NY 10023. Edición electrónica, BibleWorks 7). “Los límites establecidos de enseñanza o instrucción” están revelados en la Biblia. En 1 Corintios 4:6 Pablo escribió: “Pero esto, hermanos, lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos por amor de vosotros, para que en nosotros aprendáis a *no pensar más de lo que está escrito*, no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros” (cursivas añadidas). Cualquier enseñanza que no sea coherente con la Biblia debe rechazarse (cp. Ap. 22:18-19).

Persevera se traduce de nuevo del participio presente del verbo *menō*, que significa “permanecer”, “continuar” o “persistir”. **La doctrina de Cristo** puede referirse a su enseñanza o a la enseñanza bíblica acerca de Él, ya que ambas están en total acuerdo. Los falsos maestros no están contentos con mantenerse dentro de los límites de las Escrituras, sino que invariablemente añaden interpretaciones, revelaciones, visiones, palabras erróneas como si fueran del Señor, o distorsiones esotéricas del texto bíblico, mientras afirman tener conocimiento avanzado, nueva verdad, o sabiduría oculta disponible solamente para ellos y sus seguidores.

No obstante, tales afirmaciones son engañosas. Juan afirma claramente que cualquiera que altera, agrega, niega o malinterpreta lo que la Biblia dice en cuanto a Jesucristo **no tiene a Dios** (cp. Mt. 11:27; Jn. 5:23; 15:23; 1 Jn. 2:23; Ap. 22:18-19). A la inversa, **el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo**. Este es lenguaje de salvación; tener a Dios y a Cristo debe querer decir que él habite en nosotros. Así declaró Jesús en Juan 14:23: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”. No hay manera de conocer a Dios aparte de la fe en el Cristo de las Escrituras (Jn. 14:6; Hch. 4:12; 1 Ti. 2:5).

En el versículo 10 Juan expone una aplicación práctica de cómo defender la verdad: **Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa**. La hospitalidad para maestros itinerantes era común en aquel tiempo (cp. Lc. 9:1-6; 10:1-12). La prohibición aquí no es a alejarse de los ignorantes; no significa que los creyentes no puedan invitar a incrédulos (incluso a los que pertenecen a una secta o religión falsa) a estar en medio de ellos. Eso haría difícil, si no imposible, entregarles la verdad. Lo que dice es que los creyentes no deben recibir ni brindar atención a falsos maestros itinerantes que intentan posar en sus casas, lo que daría la apariencia de que quienes los reciben creen en ellos y están de acuerdo con lo que estos herejes enseñan.

El uso que Juan da a la conjunción *ei* (**si**) con un verbo en indicativo muestra una condición que probablemente sea cierta. Según parece, la dama a la que le escribió por cualquier motivo que fuera, y en nombre de la comunión cristiana, ya había recibido en su casa a falsos maestros. Era precisamente a personas tan compasivas y bien intencionadas como esta dama a quienes los falsos maestros buscaban (cp. 2 Ti. 3:6); puesto que se suponía que las iglesias estaban protegidas por ancianos que eran maestros diestros en la Palabra (1 Ti. 3:2; Tit. 1:9), estos habrían sido menos susceptibles a las mentiras propagadas por los engañadores. Después de establecerse en hogares, los falsos maestros esperaban finalmente meterse en las iglesias. Esto podría parecerse mucho al modo en que hoy día la falsa enseñanza invade de modo insidioso los hogares cristianos por medio de televisión, radio, internet y literatura.

Tan amenazadores son estos emisarios de Satanás que Juan pasó a prohibir incluso que les dijeran **¡bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras**. Ireneo relata que cuando el hereje Marción le preguntó al padre de la iglesia Policarpo: “¿Me conoces?”, él contestó: “Sí te conozco, eres el primogénito de Satanás” (*Contra las herejías*, 3.3.4). El mismo Juan enfrentó una vez a Cerinto (otro famoso hereje) en un baño público en Éfeso. Sin embargo, en vez de saludarlo Juan se volvió y marchó exclamando a quienes estaban con él: “Huyamos, no sea que incluso el baño se venga abajo, porque Cerinto, el enemigo de la verdad, está adentro” (Ireneo, *Contra las herejías*, 3.3.4).

Chairein (**bienvenido**) significa “regocijarse”. Este era un saludo cristiano común que transmitía el gozo que los creyentes tenían en presencia unos de otros. Sin embargo, aquí se trata de una afirmación de solidaridad totalmente inadecuada para los falsos maestros, quienes no tienen parte en la verdadera o genuina comunión cristiana. A tales emisarios de Satanás se les debe desenmascarar y rechazar, no afirmarlos ni recibirlos con alegría.

Los falsos maestros suelen criticar tal trato como duro, intolerante y falto de amor. Pero el amor prohíbe dejar que peligrosos engaños espirituales se afiancen entre los cristianos. La amonestación pastoral de Juan es perfectamente coherente con la denuncia que Jesús hiciera de los falsos maestros como “lobos rapaces” (Mt. 7:15; cp. Hch. 20:29); ladrones y salteadores (Jn. 10:1) cuyo único propósito es “hurtar y matar y destruir” (v. 10). La Iglesia no puede ayudar o apoyar impunemente que esos villanos espirituales hagan lo que sea con tal de que los reconozcan como cristianos. Aquel que hace eso, incluso realizando algo al parecer tan inofensivo como darles la bienvenida, **participa** en las **malas obras** de estos individuos ayudándoles a promover sus engaños.

APRENDIZAJE DE LA VERDAD

Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido. Los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan. Amén. (12-13)

La conclusión de esta corta y maravillosa epístola da a conocer una responsabilidad final que los creyentes tienen para con la verdad. Si han de vivir en, y acorde con, ella, si van a protegerla y serle leales, deben aprenderla constantemente. A pesar de todo lo que la señora había aprendido de Juan y de sus otros pastores y maestros, aún había **muchas cosas** sobre las que él debía escribirle. El apóstol aún tenía mucho que enseñarle, pero no quería **hacerlo por medio de papel** (papiro) y **tinta** (lit., “negro”, una referencia a tinta hecha de agua, carbón y resina de goma). Él esperaba visitarla y **hablar cara a cara** con la mujer. El texto griego literalmente reza “boca a boca”, una expresión idiomática comparable con la locución castellana “frente a frente”. En Números 12:8 Dios declaró que hablaba “cara a cara” con Moisés. La frase revela el corazón pastoral de Juan; él anhelaba tener una conversación personal con esta influyente dama cristiana con el fin de seguir instruyéndola en la verdad.

Como consecuencia de que ella aprendiera la verdad, el **gozo** que iban a experimentar sería **cumplido** (cp. 1 Jn. 1:4). Mientras más grande sea el conocimiento de la verdad, mayor es el gozo del creyente. Jeremías declaró: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jer. 15:16). Jesús también relacionó conocer y obedecer la verdad con experimentar gozo (Jn. 15:11; 17:13).

La declaración final de Juan, **los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan**, era un saludo personal que él transmitía junto con el de los sobrinos de esta señora. Como señalamos en el estudio del versículo 1 en el capítulo anterior de esta obra, Juan nunca dudó en referirse a los creyentes como elegidos. **Saludan** se traduce de una forma del verbo *aspazomai*, el cual se usa a menudo en la conclusión de las epístolas del Nuevo Testamento (Ro. 16:22, 23; 1 Co. 16:19-20; 2 Co. 13:12-13; Fil. 4:21-22; Col. 4:10, 12, 14, 15; 1 Ts. 5:26; 2 Ti. 4:19, 21; Tit. 3:15; Flm. 23; He. 13:24; 1 P. 5:13-14; 3 Jn. 14). Desde donde se hallaba en Éfeso, Juan se despidió después de hacer un llamado a la verdad a esta apreciada señora, y por ende a todos los cristianos.

En una era de relativismo y escepticismo, la Iglesia debe mantenerse firmemente anclada al sólido fundamento de la verdad divina. No hay lugar para la predicación insípida, superficial y teológicamente sin contenido, para la adoración basada en emoción carente de verdad, o para tolerar falsas enseñanzas. No existe virtud en la ignorancia, y ningún sustituto para aprender, amar y guardar la verdad. Solo haciendo eso la Iglesia podrá cumplir su llamado divino de ser “columna y baluarte de la verdad” (1 Ti. 3:15), haciendo brillar la verdad de Dios en el mundo de tinieblas.

Introducción a 3 Juan

OCASIÓN Y PROPÓSITO

Tercera de Juan es la más personal de las tres epístolas juaninas. Al igual que 2 Juan, enfoca el tema del deber que tienen los creyentes de mostrar amor y hospitalidad dentro de los límites de la fidelidad a la verdad. Segunda de Juan reveló el lado negativo: a los falsos maestros no debemos concederles hospitalidad en nombre de mostrar amor. Tercera de Juan expresa la contraparte positiva a ese principio: todos los que acepten la verdad deben ser amados y cuidados.

Gayo, a quien se destinó esta carta, era un conocido personal de Juan. Un individuo poderoso e influyente (Diótrefes) en la iglesia de Gayo no quería mostrar hospitalidad a maestros itinerantes a los cuales Juan aprobaba (vv. 5-8). No solo eso. Diótrefes también excomulgaba a quienes lo retaban y mostraban hospitalidad a los maestros (v. 10). Llegó incluso tan lejos como para calumniar al apóstol Juan y desafiar su autoridad apostólica (v. 10). Juan escribió para animar a Gayo a permanecer fiel a la verdad al seguir mostrando hospitalidad a desconocidos, tal como había hecho en el pasado (vv. 5-6). Juan también prometió tratar personalmente con Diótrefes (v. 10) cuando este llegara (v. 14).

Mayor información relacionada con Gayo y Diótrefes se puede hallar en la exposición de esta epístola.

AUTOR, FECHA Y LUGAR DEL ESCRITO

Ya que el estilo, la estructura y el vocabulario de 3 Juan son muy similares a los de 2 Juan (p. ej., v. 1 y 2 Jn. 1; v. 4 y 2 Jn. 4; v. 13 y 2 Jn. 12; v. 14 y 2 Jn. 12), se concluye que también fue escrita por el apóstol Juan. Lo más probable es que 3 Juan se escribió en Éfeso más o menos en el mismo tiempo en que se escribieron 1 y 2 Juan (aprox. 90-95 d.C.).

BOSQUEJO

- I. Recomendación en cuanto a hospitalidad cristiana (1-8)
- II. Condenación en cuanto a hospitalidad cristiana (9-11)
- III. Conclusión en cuanto a hospitalidad cristiana (12-14)

21. Amor sacrificial por quienes son fieles a la verdad

El anciano a Gayo, el amado, a quien amo en la verdad. Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma. Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad. No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad. Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad. (1-8)

La verdad es el tema de esta carta, especialmente en la sección inicial donde esta palabra aparece cinco veces. Este es un llamado a dar hospitalidad, pero en especial a aquellos que eran maestros fieles del evangelio de la verdad (cp. 2 Jn. 10-11).

Cuando el apóstol Pablo detalla sus padecimientos por la causa de Cristo (2 Co. 11:22-33), parte de ese sufrimiento resultó de viajes sin ninguna de las comodidades y seguridades de los viajes modernos. Sin embargo, la experiencia del apóstol refleja la realidad común de la vida en el mundo antiguo. Pablo escribió: “En caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar” (v. 26), “tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar” (v. 25). Según indica la lista, los viajes eran arduos, incómodos y hasta peligrosos. Los pocos albergues que existían (cp. Lc. 2:7; 10:34) a menudo eran poco más que burdeles infestados de ratas e insectos y con encargados deshonestos y de mala reputación. Como resultado, los viajeros que buscaban seguridad dependían en gran medida de que las personas les abrieran sus casas.

De ahí que la hospitalidad fuera tanto una necesidad como un deber. Incluso en culturas paganas la necesidad hacía de la hospitalidad una de las mayores virtudes. Es más, algunos de los dioses inventados por los cananeos estaban dedicados a actuar como protectores de forasteros y viajeros. Los griegos también veían a los viajeros como seres bajo la protección de las deidades y, por consiguiente, les mostraban hospitalidad, como William Barclay observa:

La hospitalidad era un deber sagrado en el mundo antiguo. Los extranjeros estaban bajo la protección de Zeus Xenius, el dios de los extranjeros (*xenos* es la palabra griega para *extranjero*, que ha dado algunos derivados en español, como *xenofobia*)... En el mundo antiguo había un sistema de *amistades de hospedaje* mediante el cual distintas familias de partes distintas del país se comprometían a darse hospitalidad cuando fuera necesario. Esta relación de familias se prolongaba a través de generaciones, y cuando se solicitaba, el solicitante tenía que presentar un *symbolon* o *señal* que le identificaba ante su anfitrión. Algunas ciudades tenían un *proxenos* al que acudían por hospitalidad o protección los que tenían que emprender viajes (William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Editorial Clie, 1999], p. 1077).

La Biblia hace hincapiés en la importancia de la hospitalidad. Lo que el falso dios Zeus Xenios supuestamente hizo, el Dios verdadero realmente lo hizo. El Salmo 146:9a declara: “Jehová guarda a los extranjeros” (cp. Dt. 10:18). Dios encargó a Israel: “No angustiarás al extranjero; porque vosotros sabéis cómo es el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto” (Éx. 23:9; cp. 22:21; Lv. 19:33-34; 25:35; Dt. 10:19). Entre aquellos a quienes Dios condena en Malaquías 3:5 estaban los que rechazaban a los extranjeros.

El Antiguo Testamento relata muchos ejemplos de hospitalidad. Melquisedec proporcionó pan y vino a Abraham después que este regresara de rescatar a Lot (Gn. 14:18). Abraham proveyó comida para el Señor y dos ángeles (Gn. 18:1-8), y poco más tarde Lot albergó a dos ángeles en su casa (Gn. 19:1-3). Labán ofreció hospitalidad al criado de Abraham (Gn. 24:31-33), Jetro a Moisés (Éx. 2:20), los padres de Sansón al ángel del Señor (Jue. 13:15), un hombre anciano en Gabaa mostró hospitalidad a un levita (Jue. 19:15, 20-21), y la mujer sunamita a Eliseo (2 R. 4:8). En defensa de su integridad contra las falsas acusaciones de sus amigos, Job declaró: “El forastero no pasaba fuera la noche; mis puertas abría al caminante” (Job 31:32).

La hospitalidad igualmente se destaca en el Nuevo Testamento. La opinión general de la cultura judía respecto a la hospitalidad está implícita en el encargo de Jesús a los setenta en Lucas 10:4-7:

No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino. En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa. Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, se volverá a vosotros. Y posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den; porque el obrero es digno de su salario. No os paséis de casa en casa.

Zaqueo ofreció hospitalidad a Jesús (Lc. 19:5-7), igual que hicieron la aldea samaritana de Sicar (Jn. 4:40), Simón el fariseo (Lc. 7:36), otro fariseo anónimo (Lc. 14:1), María, Marta y Lázaro (Lc. 10:38), Simón el leproso (Mt. 26:6), y los dos discípulos en el camino a Emaús (Lc. 24:29-30).

Los apóstoles también disfrutaron la hospitalidad de judíos y de gentiles. Pedro se hospedó en las casas tanto de Simón el curtidor (Hch. 9:43; 10:5-6) como de Cornelio (Hch. 10:24-33, 48). Pablo y sus compañeros recibieron hospitalidad de Lidia (Hch. 16:14-15), el carcelero en Filipos (Hch. 16:34), Jasón (Hch. 17:5-7), Priscila y Aquila (Hch. 18:1-3), Justo (Hch. 18:7), Felipe el evangelista (Hch. 21:8), Mnason (Hch. 21:16), y Publio (Hch. 28:7).

La hospitalidad no era tan solo una obligación cultural, sino aún más un deber cristiano. Esta es una expresión muy necesaria y práctica del amor que debería caracterizar a la comunidad de creyentes (cp. Jn. 13:34-35). En Romanos 12:13 Pablo escribió que los cristianos siempre deben practicar “la hospitalidad”, mientras que Pedro exhortó: “Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones” (1 P. 4:9). El escritor de Hebreos mandó a sus lectores: “No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (He. 13:2). En 1 Timoteo 5:10 Pablo habla de la hospitalidad como una de las virtudes de una mujer cristiana piadosa. De los ancianos en particular se requiere que sean hospedadores como una de las exigencias ejemplares para ese cargo (1 Ti. 3:2; Tit. 1:8).

La hospitalidad también era una responsabilidad importante porque el hogar era algo básico para la vida de la iglesia primitiva (cp. Hch. 2:46; 5:42; 12:12; 16:40; 18:7; 20:20; Ro. 16:5; 1 Co. 16:19; Col. 4:15; Flm. 2). Los creyentes se reunían en casas para adorar (el primer edificio conocido de la iglesia data de inicios del siglo III), orar, tener comunión, enseñar, predicar y discipular. Por eso era común para los cristianos abrir sus puertas a viajeros que visitaban la iglesia, en especial a maestros fieles de la verdad (3 Jn. 6-8).

Si bien el tema de mostrar amor por medio de hospitalidad se ordena claramente en 2 y 3 Juan, la realidad fundamental por debajo de ese deber es amor y obediencia a la verdad. Juan exalta la verdad en su segunda carta en que establece el límite exclusivo en que se muestre hospitalidad solo a aquellos que aceptan la verdad. En la tercera carta afirma el enfoque inclusivo de que quienes están en la verdad reciben amor y cuidado. Ese énfasis se hace evidente en el saludo de Juan: **El anciano a Gayo.**

A diferencia de la moderna correspondencia, se acostumbraba que el escritor antiguo pusiera su nombre al principio de la carta. Según se indicó en el estudio de 2 Juan 1 en el capítulo 19 de esta obra, **anciano** no solo designa la edad de Juan (era muy anciano cuando escribió esta carta), sino más importante, señala su posición de supervisor espiritual. Como el último apóstol sobreviviente de Jesucristo, Juan no solo era *un* anciano, sino *el* anciano, el personaje más reverenciado y respetado en la iglesia.

No se saben detalles acerca de **Gayo**. Hay varios individuos más con ese nombre en el Nuevo Testamento (Hch. 19:29; 20:4; Ro. 16:23; 1 Co. 1:14). Pero ya que Gayo era uno de los nombres más comunes en la sociedad romana, es imposible identificar a esta persona con alguno de ellos. Es evidente que se trataba de un destacado miembro de una iglesia local, probablemente en alguna parte en Asia Menor, a quien el apóstol Juan conocía en persona.

Aunque la vida de Gayo permanece oculta, su excelente carácter se revela en el gran honor que el noble apóstol le diera. El generoso término *agapētos* (**amado**) puede incluir no solo el pensamiento de que este Gayo era amado por la comunidad cristiana (cp. su uso en Hch. 15:25; Ef. 6:21; Col. 1:7; 2 P. 3:15), sino también por el Señor (cp. Ro. 1:7; Ef. 5:1). Juan se dirigió a la mujer a quien escribió su segunda epístola como “elegida” (2 Jn. 1); aquí se dirige a Gayo como **amado**. Todos aquellos que aman al Señor Jesucristo son tanto elegidos como amados por Dios. En Colosenses 3:12 Pablo se refirió a los cristianos como “escogidos de Dios, santos y amados”. La Biblia habla en varias ocasiones del amor de Dios por sus elegidos (Sof. 3:17; Jn. 13:1, 34; 14:21, 23; 15:9, 12-13; 16:27; 17:23, 26; Ro. 5:5, 8; 8:35-39; 2 Co. 13:14; Gá. 2:20; Ef. 1:4-5; 2:4; 5:2, 25; 2 Ts. 2:16; He. 12:6; 1 Jn. 3:1; 4:9-11, 16, 19; Ap. 1:5; 3:9, 19).

Juan también amaba a este hombre (cp. vv. 2, 5, 11) y lo confesó diciendo que Gayo es un hombre **a quien amo en la verdad** (cp. 2 Jn. 1). La **verdad**, como siempre, es la esfera común en la cual el verdadero amor bíblico es compartido por los creyentes; una vez más, el amor y la verdad están inseparablemente vinculados (cp. vv. 3, 4, 8, 12). Hay una sensación de que los cristianos han de amar a todas las personas (cp. Gá. 6:10), así como Dios ama al mundo (Mt. 5:44-45; cp. Jn. 3:16; Mr. 10:21). Pero el amor del que Juan habla aquí es el amor exclusivo que los creyentes tienen por aquellos que están en Cristo y son fieles a la verdad (Jn. 13:34-35; 15:12, 17; Ro. 12:10; 13:8; 1 Ts. 3:12; 4:9; 2 Ts. 1:3; 1 P. 1:22; 4:8; 1 Jn. 3:11, 23; 4:7, 11, 12; 2 Jn. 5).

Esta carta gira alrededor de tres individuos y su relación con la verdad y el amor: Gayo, quien andaba en la verdad y amaba de modo sacrificial (vv. 1-8); Diótrefes, quien rechazaba la verdad y obstaculizaba el amor sacrificial (vv. 9-11); y Demetrio, quien recibiría amor sacrificial por su fidelidad a la verdad (v. 12). Juan empieza expresando su preocupación, elogio y consejo a Gayo.

PREOCUPACIÓN DE JUAN POR GAYO

Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma. (2)

La frase **yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud** era un saludo normal en las cartas antiguas, por tanto no sugiere que Gayo estuviera enfermo. **Prosperado** se traduce de una variante del verbo *euodoō*. El término, usado solo aquí, en Romanos 1:10, y en 1 Corintios 16:2, significa “tener éxito”, “hacer que las cosas vayan bien”, o “disfrutar circunstancias favorables”. El primer uso de prosperar en el versículo 2 se refiere a la **salud** física de Gayo, como aclara el contraste con la última parte del versículo. El deseo del apóstol era que la salud física de Gayo fuera tan buena como su salud espiritual.

La preocupación de Juan por Gayo es un anhelo pastoral de que fuera libre de la confusión, el dolor y la debilitación de la enfermedad de modo que no tuviera limitaciones en su servicio al Señor y su iglesia. Esta actitud refleja la preocupación de Dios por la salud física de su pueblo. Las leyes dietéticas y las regulaciones con relación a la higiene en el Antiguo Testamento (p. ej., Dt. 23:13), incluso la circuncisión, fueron diseñadas con el fin de proteger la salud del pueblo de Israel tanto para utilidad como para preservación. En el Nuevo Testamento, Pablo aconsejó a Timoteo: “Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades” (1 Ti. 5:23). El vino en los tiempos bíblicos por lo general se mezclaba con agua, a la cual el alcohol en el vino ayudaba a desinfectar. Beber esa agua relativamente purificada habría ayudado a proteger de mayor enfermedad a Timoteo. La preocupación de Pablo por la salud física de Timoteo era característica del afecto de cualquier apóstol por un hijo en la fe (cp. Tit. 1:4). Lo mismo sin duda se aplicaba al amor de Juan por Gayo.

Pero la salud del **alma** de Gayo le producía mucho más placer a Juan, pues sabía que él tenía una vida espiritual dinámica. Usando expresiones de otros apóstoles, podemos decir que Gayo estaba entre aquellos que son “sanos en la fe” (Tit. 1:13); que crecen constantemente “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18), y que andan “como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col. 1:10). Juan sabía que esto era cierto por el testimonio de quienes conocían personalmente a Gayo, como se declara en el versículo siguiente.

ELOGIO A GAYO

Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad. No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad. Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; (3-6a)

Juan se regocijó **mucho cuando** algunos **hermanos**, probablemente predicadores itinerantes a los que Gayo había mostrado hospitalidad, **vinieron... y dieron testimonio de... la verdad** que era eficaz y evidente en la vida de Gayo. La imagen de andar que se usa a menudo en el Nuevo Testamento se refiere metafóricamente a la conducta diaria (p. ej., Mr. 7:5; Lc. 1:6; Jn. 8:12; 11:9-10; 12:35; Hch. 21:21, 24; Ro. 6:4; 8:4; 14:15; 1 Co. 3:3; 7:17; 2 Co. 4:2; 5:7; 10:2-3; Gá. 5:16, 25; 6:16; Ef. 2:2, 10; 4:1, 17; 5:2, 8, 15; Fil. 3:17-18; Col. 1:10; 2:6; 3:7; 1 Ts. 2:12; 4:1; 1 Jn. 1:6-7; 2:6, 11; 2 Jn. 4, 6).

Mostrar hospitalidad era una manifestación de amor, tanto más notable al contrastarla con el feo rechazo de Diótrefes (v. 10). Sin embargo, Juan no elogió a Gayo por su amor sino más esencialmente por su compromiso con la verdad. Como siempre ocurre con los creyentes, el amor

genuino de Gayo fluía de su obediencia a la verdad. Juan lo elogió no solo porque conocía la verdad, sino porque vivía en ella.

Tales elogios no son insólitos en el Nuevo Testamento. Febe fue elogiada por ser una sierva fiel y de gran ayuda en su iglesia (Ro. 16:1). Priscilla y Aquila, el equipo de marido y mujer que era muy apreciado para Pablo, fueron elogiados por los grandes sacrificios que habían hecho en beneficio del apóstol (Ro. 16:3). Estéfanos y su casa, junto con Fortunato y Acaico, fueron elogiados por su servicio a los santos (1 Co. 16:15-18). Epafrodito fue elogiado por servir a Pablo, incluso arriesgando su propia vida (Fil. 2:25-30). Epafras fue doblemente elogiado por su fructífero servicio a Cristo, especialmente su dedicación a orar por los santos (Col. 1:7; 4:12). A pesar de la falta inicial de Juan Marcos (Hch. 13:13; cp. 15:37-39), Pablo lo elogió por el útil servicio que le prestaba (2 Ti. 4:11). Pedro elogió a Silvano como un “hermano fiel” (1 P. 5:12). Sin embargo, no hay mayor elogio para un cristiano que el que Juan le dio a Gayo: quien no solo conocía la verdad revelada por Dios, sino que también vivía conforme a ella (cp. Lc. 6:46-49; 11:28; Jn. 13:17; Stg. 1:22-23).

El comentario general de Juan, **no tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad** (cp. 2 Jn. 4), expresa el objetivo final de todo ministro verdadero. Ese objetivo no es solo enseñar la verdad, o incluso saber que su gente la entiende, sino comprobar que las personas creen, aman y obedecen la verdad (cp. 1 Co. 4:14-16; 1 Ts. 2:11, 19-20; 3:1-10). El escritor de Hebreos exhortó a sus lectores: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (He. 13:17). La gran tristeza de ministrar a las personas es que sean indiferentes o rebeldes hacia la Palabra de Dios.

Con Gayo no había dicotomía entre credo y conducta, entre profesión y práctica. La enfática posición del pronombre **mis** en el texto griego podría significar que Gayo se había convertido bajo el ministerio de Juan.

El apóstol explica así la obediencia de Gayo hacia la verdad: **fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos**. Gayo sin duda ofrecía hospedaje, comida y quizás dinero a los predicadores del evangelio, supliéndoles sus necesidades, incluso aunque fueran **desconocidos** para él. La verdadera fe que salva, tal como la que Gayo poseía, siempre produce buenas obras (Ef. 2:8-10; 1 Ti. 2:10; 5:10; 6:18; Stg. 2:14-26). Los misioneros estaban tan impresionados con el servicio humilde que Gayo les ofreció, que al regresar a Éfeso dieron **ante la iglesia testimonio del amor** de este hombre. Coherente con la devoción de Gayo hacia la verdad, estaba el hecho de que él era un modelo de alguien que vivía “compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad” (Ro. 12:13).

CONSEJO DE JUAN PARA GAYO

y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. Porque ellos salieron por amor del nombre de El, sin aceptar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad. (6b-8)

Juan animó a este hombre piadoso a continuar con su amor generoso cuando otros predicadores de la verdad llegaran en el futuro. El apóstol aconsejó a Gayo: **harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios. Harás bien** es una expresión idiomática griega equivalente a la expresión en español “por favor”. Juan le rogó que orientara a algunos misioneros que le llegaran y los enviara renovados y totalmente abastecidos **para que continúen su viaje**. La exhortación de Juan

es una reminiscencia del mandato de Pablo a Tito: “A Zenas intérprete de la ley, y a Apolos, encáminalos con solicitud, de modo que nada les falte” (Tit. 3:13).

La norma es elevada; Gayo debía tratar a los misioneros **como es digno de su servicio a Dios**. Debía proveerles generosamente como Dios haría. Tres razones se sugieren para apoyar a todos los siervos fieles de Cristo.

Primera, **ellos salieron por amor del nombre de El**. El **nombre** de Dios representa todo lo que Él es. La obra de estos hombres es la obra del mismo Dios y para su propia gloria (1 Co. 10:31; Col. 3:17), y es el motivo implícito en los esfuerzos evangelizadores de la Iglesia (cp. Mt. 6:9; Lc. 24:47; Hch. 5:41; 9:15-16; 15:26; 21:13; Ro. 1:5). Representa una afrenta a Dios que las personas no crean en el nombre del Hijo de Dios, quien es digno de ser amado, alabado, honrado y confesado como Señor. Cuando los creyentes proclaman las buenas nuevas del evangelio de Jesucristo se salvan personas, y en consecuencia abunda “la gracia por medio de muchos, la acción de gracias [sobreabunda] para gloria de Dios” (2 Co. 4:15).

Segunda, los predicadores de la verdad no deben esperar **nada de los gentiles**. No hace falta decir que los incrédulos no apoyan a quienes predicán el verdadero evangelio. Si los cristianos no los apoyan, nadie lo hará. Además, según Pablo le explicó a Timoteo, los que fielmente predicán la Palabra de Dios son dignos de compensación económica (1 Ti. 5:17-20).

Desde luego, aunque es justo que se les pague por su trabajo, los verdaderos embajadores del evangelio nunca deben estar en el ministerio por dinero. Es más, es precisamente el asunto del dinero lo que separa a los verdaderos predicadores de los falsos. La Biblia es clara en que los últimos están en el ministerio invariablemente por dinero, y no tienen compromiso sincero con la verdad. Son mercachifles y estafadores espirituales culpables de falsificar “la palabra de Dios” (2 Co. 2:17), “enseñando por ganancia deshonestamente lo que no conviene” (Tit. 1:11). Judas exclamó: “¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré” (Jud. 11). La Didaché, un antiguo escrito cristiano, ofrecía el siguiente consejo sabio acerca de cómo distinguir a un falso profeta:

Recibamos a todo apóstol [maestro; evangelista] cuando llegue, como si fuera el Señor. Pero no debe quedarse más allá de un día. No obstante, en caso de necesidad, también el día siguiente. Si se queda tres días, se trata de un falso profeta. Al partir, un apóstol no debe aceptar nada más que comida suficiente para llevar hasta su siguiente alojamiento. Si pide dinero, es un falso profeta (11:4-6; citado en Cyril C. Richardson, ed., *Early Christian Fathers* [Nueva York: Macmillan, 1978], p. 176).

Con el fin de evitar cualquier sospecha de que pudiera tratarse de algún charlatán, Pablo trabajó con sus propias manos para sustentarse (Hch. 20:34; 1 Co. 4:12; 9:18; 1 Ts. 2:9; 2 Ts. 3:7-9; cp. 1 P. 5:1-2).

Por último, **nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad**. En 2 Juan 10-11, el apóstol advirtió en contra de participar en las malas acciones de los falsos maestros, animándolos incluso en forma verbal. Sin embargo, al apoyar a quienes presentan la **verdad** los cristianos cooperan con ellos. En Mateo 10:41 Jesús expresó: “El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá”. Por consiguiente, Él prometió recompensa eterna, como si quien atiende a un profeta él mismo fuera profeta. En su gracia ilimitada Dios no solo recompensa a un verdadero profeta, predicador o misionero por su fidelidad, sino que también premia a cualquier persona que lo recibe. Recibir a un profeta equivale a acoger su ministerio, afirmándole en su

llamado y apoyando su obra. Al recibir a un hombre justo se aplica ese mismo principio, extendido a todo creyente que es aceptado por causa de Cristo. En un intercambio incomprensible de bendición, Dios derrama sus recompensas sobre toda persona que recibe a los cristianos porque estos son el pueblo del Señor.

Cada vez que nos convertimos en la fuente de bendición para otros, somos bendecidos; y siempre que otros creyentes se convierten en una fuente de bendición para nosotros, ellos resultan bendecidos. En la magnífica economía de la gracia divina, el menor de los creyentes puede participar de las bendiciones del mayor, y la buena obra de alguien no quedará sin recompensa.

22. El hombre al que le encantaba la preeminencia

Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia. Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios. Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero. Yo tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero escribírtelas con tinta y pluma, porque espero verte en breve, y hablaremos cara a cara. La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular. (9-15)

Una de las características que definen a todo corazón humano es el orgullo (Pr. 21:4). El orgullo hace que las personas se olviden de Dios (Dt. 8:14; Os. 13:6), que le sean infieles (2 Cr. 26:16), desagradecidas con Él (2 Cr. 32:24-25), y que se conviertan en una abominación para Dios (Pr. 16:5). Fue a través del orgullo que el pecado entró en el universo, cuando Satanás intentó exaltarse por encima de Dios (Is. 14:12-14; cp. 1 Ti. 3:6).

Igual que sucedió con el diablo, el orgullo lleva a los seres humanos a tratar de exaltarse. Siempre habrá individuos orgullosos, egoístas y que se promocionan a sí mismos, tratando de usurpar la autoridad, apoderarse de los lugares de preeminencia, y elevarse por encima de los demás, incluso de Dios. Estos sujetos manipulan y tienden a dominar en las posiciones de poder, influencia y protagonismo. La Biblia registra a muchas de esas personas, las cuales forman una clase de “Salón de la vergüenza”, en contraste con los héroes de la fe mencionados en Hebreos 11.

La historia del orgullo humano comenzó en el huerto del Edén. Igual que ocurrió en la caída de Satanás, el orgullo fue un ingrediente importante en el acto de desobediencia que catapultó a la humanidad en el pecado. Eva comió del fruto prohibido en parte porque creyó la mentira de Satanás

de que ella llegaría a ser tan sabia como Dios (Gn. 3:5-6). Además, cuando decidió comer del fruto, sin consultar con Adán, Eva se encumbró por sobre su esposo, usurpándole el papel en el orden creado (1 Ti. 2:13; cp. 1 Co. 11:3-10). Está claro entonces que el orgullo estaba en acción desde el mismo instante en que el pecado entró al mundo.

El siguiente capítulo del Génesis presenta a Lamec, un descendiente de Caín, el primer asesino. Lamec también fue un asesino (así como el primer polígamo conocido). Tal como el asesinato de Caín fue motivado por envidia orgullosa, las matanzas de Lamec fueron consecuencia del orgullo. En el primer poema registrado en la historia humana, Lamec se jactó con arrogancia delante de sus esposas:

Ada y Zila, oíd mi voz; mujeres de Lamec, escuchad mi dicho: Que un varón mataré por mi herida, y un joven por mi golpe. Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad setenta veces siete lo será (Gn. 4:23-24).

Quizás Enoc tenía a Lamec en mente cuando profetizó: “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Jud. 14-15).

Génesis 10 y 11 relatan la historia de Nimrod, otro personaje lleno de orgullo. Génesis 10:8 lo describe como “el primer poderoso en la tierra”. Es probable que su nombre se relacione con una palabra hebrea que significa “rebelarse”, aunque la expresión traducida “poderoso” se refiere a alguien que se magnifica a sí mismo, que actúa con soberbia, o que es un tirano. La descripción de Nimrod como un “vigoroso cazador” (v. 9) podría indicar su destreza para cazar animales, o para cazar personas con el propósito de esclavizarlas. Fue bajo su liderazgo que se construyó la torre de Babel, un monumento a la altivez humana y la rebelión contra Dios (Gn. 11:1-9). Nimrod también fue el fundador de lo que más tarde se convirtiera en los imperios babilónico y asirio (cp. Gn. 10:10-12). Derek Kidner escribe respecto al carácter de Nimrod: “Nimrod aparece en la antigüedad como el primero de los ‘grandes hombres que están en la tierra’, recordado por dos aspectos que el mundo admira: habilidad personal y poder político” (*Genesis, The Tyndale Old Testament Commentaries* [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1979], p. 107).

Cuando Israel deambulaba por el desierto, “Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová” (Lv. 10:1-2). Estos dos sacerdotes, hijos de Aarón, en su primer acto sacerdotal violaron en alguna manera específica la prescripción divina para ofrecer incienso. La conducta de ellos, quizás estando borrachos (cp. Lv. 10:8-10), les traicionó su rebelde imprudencia, irreverencia y preferencia por hacer su voluntad por sobre los mandatos específicos de Dios. Los dos decidieron hacer las cosas a su manera, y pagaron el precio más elevado por tan altiva independencia. También durante el vagar por el desierto los propios hermanos de Moisés, Aarón y María, trataron de elevarse a sí mismos hasta el nivel de su hermano (Nm. 12:1-3). El Señor juzgó severamente a los dos por su arrogancia y presunción (vv. 4-15).

Durante la época sin ley de los jueces, Abimelec, el hijo de Gedeón, quiso ser rey. Tan apasionada era su ansia de poder que asesinó a setenta de sus hermanos en un intento por eliminar a todos los rivales posibles (Jue. 9:1-6). Pero el reinado de Abimelec llegó a un final prematuro y vergonzoso. Mientras sitiaba a la ciudad de Tebes, “una mujer dejó caer un pedazo de una rueda de molino sobre la cabeza de Abimelec, y le rompió el cráneo” (v. 53). En la agonía de la muerte, el monarca realizó

un intento desesperado y orgulloso de evitar la vergüenza de morir por mano de una mujer. “Entonces llamó apresuradamente a su escudero, y le dijo: Saca tu espada y mátame, para que no se diga de mí: Una mujer lo mató. Y su escudero le atravesó, y murió” (v. 54). A pesar de su intento por encubrirlo, la muerte vergonzosa de Abimelec quedó registrada en la Biblia para siempre.

La búsqueda de poder y protagonismo de parte de Absalón lo llevó a encabezar un golpe de estado contra su propio padre, el rey David. Pero sus días en la tierra fueron efímeros, y enfrentó un final ignominioso. Mientras huía de los hombres de David a través de un bosque espeso, la mula de Absalón pasó por debajo de una encina. La cabellera del joven se enredó en las gruesas ramas del árbol, dejándolo suspendido indefenso en el aire. Pronto fue ejecutado por Joab, el general de David (2 S. 18:9-15).

Otro de los hijos de David, Adonías, también trató de usurpar el trono de su padre. En los últimos días de la vida de David, “Adonías hijo de Haguit se rebeló, diciendo: Yo reinaré. Y se hizo de carros y de gente de a caballo, y de cincuenta hombres que corriesen delante de él [igual que había hecho su hermano Absalón; 2 S. 15:1]” (1 R. 1:5). Sin embargo, su intento de apoderarse del trono fracasó, frustrado por la rápida acción del profeta Natán (vv. 11-48). Al recibir misericordia por parte del rey Salomón (vv. 50-53), Adonías le pagó esa bondad conspirando para derrocarlo (1 R. 2:13-21). Pero Salomón se dio cuenta de la maquinación, y lo hizo ejecutar (vv. 22-25).

No contento con ser rey, Uzías trató de usurpar la función de los sacerdotes. De acuerdo con 2 Crónicas 26:16, “cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso”. A Uzías se le opusieron valientemente Azarías y ochenta sacerdotes, quienes le advirtieron que estaba sobrepasando sus límites (vv. 17-18). Furioso, altanero y seguro de sí mismo Uzías amenazó a los sacerdotes y de inmediato Dios lo hirió con lepra (v. 18). Durante el resto de su vida Uzías vivió marginado en una casa aislada, y su hijo Jotam asumió los deberes reales (v. 21).

El libro de Ester relata la historia de Amán, el gran enemigo del pueblo judío. Obsesionado con su propia importancia tras ser elevado a una alta posición en el imperio persa, Amán se enfureció porque Mardoqueo no quiso rendirle honores (Est. 3:5). Por consiguiente, Amán instigó una matanza con el fin de exterminar a los judíos, el pueblo de Mardoqueo, (v. 6). Sin embargo, al final fue Amán quien pereció, colgado en la misma horca en que había planeado ejecutar a Mardoqueo (Est. 7:10).

Nabucodonosor era el rey del poderoso imperio babilónico. Un día mientras caminaba por la azotea de su palacio real en Babilonia, “habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” (Dn. 4:30). Pero su orgullo fue rápidamente humillado y aplastado:

Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves (vv. 31-33).

En el Nuevo Testamento, el presuntuoso rey Herodes Agripa I decidió celebrar una fiesta. Mientras él pronunciaba un discurso, el embelesado pueblo incapaz de contenerse “aclamaba gritando: ¡Voz

de Dios, y no de hombre!” (Hch. 12:22). Debido a que Herodes se negó a darle la gloria a Dios, un ángel del Señor lo hirió y murió (v. 23), provocando un brusco e inesperado final a las festividades.

Los cuatro evangelios describen todo un grupo de hombres jactanciosos que buscaron preeminencia, concretamente los escribas y fariseos. Jesús dijo de ellos:

Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí (Mt. 23:5-7).

Estos son de los que se justifican a sí mismos delante de los hombres (Lc. 16:15), “por pretexto hacen largas oraciones” (Lc. 20:47), reciben “gloria los unos de los otros” (Jn. 5:44), y les encanta “más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Jn. 12:43).

La ambición orgullosa apareció incluso entre los propios discípulos de Jesús. Mateo 20:20-21 narra que “se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. El le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda”. Santiago y Juan usaron la supuesta influencia que su madre tenía sobre Jesús para pedir lugares destacados en el reino. No obstante, en vez de concederles su petición, Jesús usó la ocasión para instruir a sus discípulos con relación a la importancia de la humildad:

Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (vv. 25-28).

En esta tercera epístola el apóstol Juan presenta a Diótrefes, otro más en la larga línea de los individuos que buscan preeminencia. El versículo 9 marca un cambio brusco en el tono de la carta. Los ocho primeros versículos alaban a Gayo por mostrar amor sacrificial hacia los misioneros que llegaban a su iglesia. Pero al comenzar el versículo 9, el tono es todo lo contrario, cuando Juan reprende con dureza a un hombre llamado Diótrefes por negarse a mostrar hospitalidad hacia los siervos del evangelio, y por negarse a permitir que otros sí lo hicieran. El apóstol desenmascara la ambición personal y las acciones perversas de Diótrefes, y ofrece a otro hombre, Demetrio, como un contraste digno de elogio para él.

AMBICIÓN PERSONAL DE DIÓTREFES

Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. (9)

El contraste entre el justo Gayo y el injusto **Diótrefes** es sorprendente; los dos hombres eran polos opuestos. Gayo era gentilmente hospitalario. Diótrefes era un descortés inhospitalario. Gayo amaba la verdad y a todos con humildad (vv. 3-6); Diótrefes rechazaba la verdad y se amaba a sí mismo, y amenazaba a todo el mundo desde su posición de autoridad autoproclamada en la iglesia. Uno se sometía a palabras de verdad; el otro mascullaba palabras de desprecio. La diferencia entre los dos hombres no era principalmente doctrinal sino de comportamiento; Juan no reprendió a Diótrefes por herejía, sino por soberbia.

La carta que el apóstol escribió **a la iglesia** de Gayo se perdió, tal vez porque Diótrefes la interceptó y la destruyó. No pudo haberse tratado de 2 Juan porque esa carta no fue escrita a una iglesia sino a una persona. Tampoco pudo haber sido 1 Juan, la cual no trata del tema de mostrar hospitalidad a los misioneros.

La descripción explicativa de **Diótrefes** como alguien a quien **le gusta tener el primer lugar entre ellos** va al meollo del asunto. **Le gusta tener el primer** se traduce de una forma en participio del verbo griego *philoprōteuō*, una palabra compuesta de *philos* (“amor”) y *prōtos* (“primero”). Describe a una persona que es egoísta y egocéntrica. El tiempo presente del participio indica que este era el patrón constante de la vida de Diótrefes. *Prōteuō* aparece en el Nuevo Testamento solo en Colosenses 1:18, donde se refiere a la preeminencia del Señor Jesucristo. Al rechazar a quienes estaban representando a Cristo, Diótrefes en realidad estaba usurpando el papel de Cristo como cabeza de la iglesia. El nombre **Diótrefes** (lit., “nutrido por Zeus” o “hijo de crianza de Zeus”) no era común, mientras que Gayo sí lo era. Algunos creen que se usaba exclusivamente en familias nobles. Si Diótrefes era parte de una familia noble, su conducta arrogante bien se pudo haber cultivado en ese ambiente exaltado.

El hecho de que Diótrefes **no** aceptara las palabras de Juan indica simplemente cuán lejos había llegado en su arrogancia. Sorprendentemente, sus ansias de poder y de gloria personal lo habían llevado a rechazar la autoridad de Cristo mediada a través del apóstol Juan. Diótrefes era culpable de orgullo espiritual de la peor clase. Su actitud era la de un demagogo que se promovía a sí mismo, y que se negaba a servir a otros pero ansiaba que todos le sirvieran. Esa actitud desafía totalmente la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el liderazgo de siervo (cp. Mt. 20:25-28; 1 Co. 3:5; 2 Co. 4:5; Fil. 2:5-11; 1 P. 5:3).

ACCIONES PERVERTIDAS DE DIÓTREFES

Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parloteando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia. (10)

Por esta causa (el desafío altanero de Diótrefes a la autoridad apostólica de Juan) el apóstol declaró: **si yo fuere, recordaré las obras que hace.** Juan no pasaría por alto este reto a su autoridad apostólica y al gobierno de Cristo en la iglesia. Desenmascararía a Diótrefes delante de la congregación, haría de la conducta del hombre un asunto de disciplina en la iglesia (1 Ti. 5:19-20), y si era necesario usaría su autoridad apostólica para tratar con él. Pablo lanzó un reto similar a los rebeldes en Corinto cuando escribió: “Iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos” (1 Co. 4:19), y volvió a reprenderlos en su segunda carta a Corinto, cuando declaró:

Esta es la tercera vez que voy a vosotros. Por boca de dos o de tres testigos se decidirá todo asunto. He dicho antes, y ahora digo otra vez como si estuviera presente, y ahora ausente lo escribo a los que antes pecaron, y a todos los demás, que si voy otra vez, no seré indulgente (2 Co. 13:1-2).

Juan acusó a Diótrefes de cuatro cargos. En cada caso, el tiempo presente del verbo indica que estos comportamientos eran continuos y habituales de parte de Diótrefes.

Primero, Diótrefes era culpable de estar **parloteando con palabras malignas contra** Juan. La difamación es una estrategia muy común entre los que buscan exaltación. Se ganan la confianza de la

gente no de manera positiva manifestando un carácter piadoso, sino de modo negativo destruyendo la confianza que las personas han depositado en otros dirigentes. El verbo traducido **parloteando** aparece solo aquí en el Nuevo Testamento, pero un vocablo relacionado se traduce “chismosas” en 1 Timoteo 5:13. La Biblia condena reiteradamente el chisme (Pr. 20:19; Ro. 1:29; 2 Co. 12:20; 1 Ti. 3:11; 5:13; 2 Ti. 3:3; Tit. 2:3), y la calumnia (Lv. 19:16; Sal. 15:3; 101:5; 140:11; Pr. 10:18; 16:28; Mt. 15:19; Ro. 1:30; 2 Co. 12:20; Ef. 4:31; Col. 3:8; 1 P. 2:1). El adjetivo traducido **malignas** se usa cinco veces en 1 Juan para describir al diablo (2:13, 14; 3:12; 5:18, 19) y una vez para las malas acciones de Caín (3:12). En 2 Juan 11 describe los hechos perversos de los falsos maestros. Las perversas acusaciones de Diótrefes eran infames, falsas y calumniadoras. Él veía a Juan como una amenaza a su poder y prestigio en la iglesia, y por tanto lo atacó de forma salvaje. Esto se parece a la manera en que los falsos maestros en Corinto habían atacado a Pablo (2 Co. 7:2-3; 10:10; 11:5-7; 12:15; 13:3).

Segundo, **no contento con** atacar a Juan, de modo desafiante Diótrefes **no recibía a los hermanos**, es decir, a los predicadores itinerantes que proclamaban el mensaje apostólico del evangelio. Puesto que veía a estos misioneros como una amenaza a su propio poder en la iglesia, Diótrefes se negaba a extenderles hospitalidad. Puesto que la Biblia ordena tal hospitalidad (Ro. 12:13; He. 13:2; 1 P. 4:9), Diótrefes también era culpable de rechazar la Palabra de Dios. Así lo explica un comentarista:

No solo que las palabras de Diótrefes son crueles; sus hechos son igualmente reprobables. De modo intencional rompe las reglas de la hospitalidad cristiana al negarse a recibir misioneros enviados a proclamar el evangelio. Al negarles techo y comida obstaculiza el avance de la Palabra de Dios. En resumen, Diótrefes está frustrando los planes y propósitos de Dios, y en consecuencia enfrenta la ira divina (Simon J. Kistemaker, *III John*, New Testament Commentary [Grand Rapids: Baker, 1986], pp. 9-10).

Diótrefes no solo se negaba personalmente a extender hospitalidad a los hermanos; también prohibía hacerlo **a los que querían recibirlos**. Además abusaba de su poder obstruyendo o evitando que otros en la iglesia mostraran hospitalidad a los predicadores itinerantes.

Aquellos que desafiaban a Diótrefes al mostrar hospitalidad eran expulsados **de la iglesia**. Tan amenazador era este sujeto que tenía influencia para excomulgar a cualquiera que él percibía como una amenaza aparente. Tal vez eso le había sucedido realmente a Gayo, lo cual podría explicar por qué Juan debió hablarle de lo que estaba pasando en la iglesia. De haber estado todavía en la iglesia, Gayo enfrentaría hostilidad y oposición de parte de Diótrefes, lo que quizás motivó a que Juan lo animara para que no cediera, sino que continuara mostrando hospitalidad en el futuro (cp. el estudio de 3 Juan 5-8 en el capítulo anterior de esta obra).

Como la mayoría de los conflictos en la Iglesia, este se derivó del orgullo. Fue orgullo lo que hizo que Diótrefes calumniara a Juan, rechazara a los misioneros y expulsara a quienes se atrevían a desafiarlo. Su arrogancia lo llevó a la ambición, lo cual resultó en acusaciones calumniadoras, desafío a la autoridad apostólica, y aplastamiento de cualquier oposición a su poder. Es muy triste que siempre haya habido individuos como Diótrefes en las iglesias. Incluso es más trágico que muchas iglesias, ya sea porque les tienen miedo o en el nombre de la tolerancia, se niegan a tratar con sus propias clases de Diótrefes. Sin embargo, el apóstol Juan no dudó en enfrentarse a tal pecador por el bien de la Iglesia y la honra de Cristo.

ENCOMIABLE CONTRASTE DE DEMETRIO

Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios. Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero. Yo tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero escribírtelas con tinta y pluma, porque espero verte en breve, y hablaremos cara a cara. La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular. (11-15)

A primera vista el versículo 11 parece interrumpir el flujo de pensamiento del apóstol. No obstante, es una introducción necesaria a la sección de elogio a Demetrio. Juan instó a Gayo a que **no imitara lo malo** de la conducta de Diótrefes negándose a recibir a Demetrio. En vez de eso, lo instó a modelar su vida en **lo bueno**, como hacía Demetrio. El recordatorio de Juan de que **el que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios**, es una aplicación práctica de la prueba moral de la verdadera fe que enseñó en su primera epístola (véanse las exposiciones de 1 Jn. 2:3-6 y 5:2-3 en los capítulos 5 y 16 de esta obra). La Biblia es clara en que las buenas obras no salvan; “el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo... por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gá. 2:16; cp. Ro. 3:20). Sin embargo, la obediencia es la prueba externa y visible de la salvación (Jn. 14:15, 21). La negativa de Diótrefes a obedecer los mandamientos de Dios demuestra que él no era salvo.

En contraste con su fuerte condenación a Diótrefes, Juan elogió calurosamente a **Demetrio**. Así como Gayo, el nombre Demetrio (“el que pertenece a Deméter”, la diosa griega del grano y la cosecha) era común. Un orfebre en Éfeso con ese nombre inició un alboroto por la enseñanza de Pablo, porque el evangelio estaba perjudicándole a él y a sus compañeros fabricantes de ídolos (Hch. 19:23-41). Demas (Col. 4:14; 2 Ti. 4:10; Flm. 24) era una abreviatura de Demetrio.

Aparte de este versículo, nada se sabe del Demetrio a quien Juan elogió, y que pudo haber entregado esta carta de Juan para Gayo. Que era un hombre de noble carácter cristiano es evidente por estas tres fuentes. Primera, **todos** daban buen **testimonio de Demetrio**. Su reputación era conocida entre la comunidad cristiana de esa región. Segunda, Demetrio estaba comprometido a vivir **la verdad misma** (v. 3). Por último, Juan añadió su propio **testimonio** (el cual Gayo sabía que era **verdadero**) para elogiar el carácter de Demetrio. El ejemplo de Demetrio muestra que la valía de un hombre se puede medir por su reputación en la comunidad, su fidelidad a la verdad de la Biblia, y la opinión que dirigentes cristianos piadosos tengan de él. Demetrio recibió altas calificaciones en todos los escrutinios.

La conclusión de esta epístola se asemeja mucho a la de 2 Juan. El apóstol escribió: **Yo tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero escribírtelas con tinta y pluma, porque espero verte en breve, y hablaremos cara a cara**. En ambas epístolas Juan tenía mucho más que decir a quienes les escribió, pero prefería hacerlo **no con tinta y pluma, sino cara a cara**.

El deseo del apóstol en su despedida, **la paz sea contigo**, era apropiada para esa congregación desgarrada por los conflictos. Evidentemente Gayo y Juan tenían **amigos** mutuos que pidieron a este último que saludara a Gayo en nombre de ellos. Juan también pidió a Gayo que saludara a los **amigos** que estaban con él. La frase **a cada uno en particular** añade un toque personal e íntimo. Aunque con más de noventa años, el apóstol seguía apreciando a quienes había ministrado a lo largo de su vida.

Sin lugar a dudas, el concepto de la verdad se destaca en esta breve carta. Primero, los creyentes deben conocer la verdad y obedecerla (v. 3). Segundo, deben ser hospitalarios con otros creyentes fieles que predicán la verdad (vv. 6-8). Por último, deben modelar sus vidas con las que corresponden

a ejemplos piadosos que viven en la verdad (v. 11; cp. He. 13:7). Donde la verdad prevalece, el Señor es glorificado en su Iglesia.

Bibliografía

- Brooke, A. E. *A Critical and Exegetical Commentary on the Johannine Epistles*. The International Critical Commentary. Edinburgh: T. & T. Clark, 1912.
- Bruce, F. F. *The Epistles of John*. Grand Rapids: Eerdmans, 1970.
- Burdick, Donald W. *The Letters of John the Apostle*. Chicago: Moody, 1985.
- Carson, D. A., Douglas J. Moo y Leon Morris. *Una introducción al Nuevo -Testamento*. Barcelona: Editorial Clie, 2008.
- Gundry, Robert H. *A Survey of the New Testament*. Grand Rapids: Zondervan, 1970.
- Guthrie, Donald. *New Testament Introduction*. Edición revisada. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1990.
- Hiebert, D. Edmond. *An Introduction to the Non-Pauline Epistles*. Chicago: Moody, 1962.
- _____. *The Epistles of John*. Greenville, S.C.: Bob Jones University Press, 1991.
- Kistemaker, Simon. *Comentario al Nuevo Testamento: Santiago, 1-3 Juan*. Grand Rapids: Libros Desafío, 1986.
- Law, Robert. *The Tests of Life*. Edinburgh: T. & T. Clark, 1914.
- Lloyd-Jones, Martyn. *Life in Christ: Studies in 1 John*. Wheaton, Ill.: Crossway, 2002.
- MacArthur, John. *The MacArthur Bible Commentary*. Nashville: Thomas Nelson, 2005.
- _____. *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan*. Grand Rapids, MI: Editorial Portavoz, 2011.
- Marshall, I. Howard. *The Epistles of John*. The New International Commentary on the New Testament. Grand Rapids: Eerdmans, 1978.
- Moulton, J. H. *A Grammar of New Testament Greek*. Vol. IV: *Style*, por Nigel Turner. Edinburgh: T. & T. Clark, 1976.
- Plummer, Alfred. *The Epistles of St. John*. The Cambridge Bible for Schools and Colleges. Cambridge: Cambridge University Press, 1911.
- Smith, David. "The Epistles of John". En W. Robertson Nicoll, ed., *The Expositor's Greek Testament Vol. V*. Reimpresión. Peabody, Mass.: Hendrickson, 2002.
- Stott, John R. W. *The Epistles of John*. The Tyndale New Testament -Commentaries. Grand Rapids: Eerdmans, 1964.
- Westcott, Brooke Foss. *The Epistles of St. John*. Reprint. Grand Rapids: Eerdmans, 1966.

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 1-5*

© 2009 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 6-10*

© 2011 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 11-17*

© 2013 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 18-24*

© 2014 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Lucas*

© 2016 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “PDT” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012 World Bible Translation Center.

Realización ePub: produccioneditorial.com

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1570-8 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6697-7 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7515-3 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 25 24 23 22 21 20 19 18 17 16

Tomos del *Comentario al Nuevo Testamento* de John -MacArthur

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

1 y 2 Corintios

Gálatas, Efesios

Filipenses, Colosenses y Filemón

1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito

Hebreos y Santiago

1 Pedro a Judas

Apocalipsis



NUESTRA VISIÓN

Maximizar el efecto de recursos cristianos de calidad que transforman vidas.

NUESTRA MISIÓN

Desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

NUESTROS VALORES

Nuestros valores se encuentran fundamentados en la Biblia, fuente de toda verdad para hoy y para siempre. Nosotros ponemos en práctica estas verdades bíblicas como fundamento para las decisiones, normas y productos de nuestra compañía.

Valoramos la excelencia y la calidad
Valoramos la integridad y la confianza
Valoramos el mérito y la dignidad de los individuos
y las relaciones
Valoramos el servicio
Valoramos la administración de los recursos

Para más información acerca de nuestra editorial y los productos que publicamos visite nuestra página en la red:
www.portavoz.com

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

1, 2 y 3 JUAN

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*